intervalo ALBUM

LEA HOY

BEN CASEY

10 OBRAS COMPLETAS

de 

Henry Greville • Orson Welles • Alejandro Dumas • Claudio Martinez Payva • Neal Adams
Anthony Mann • Osvaldo Moro • Cristóbal M. Paz • Leonard Finley Hilts • John Essex

SUMARIO

LA CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO

Por ANTHONY MANN

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE J. C. COTIGNOLA

Ha muerto el Emperador Marco Aurelio, apresurando el desenlace de su enfermedad por Cleandro, el Sumo Sacerdote ciego, quien espera de ese modo tener a Cómodo -el disoluto sucesor, hijo de Marco Aurelio - bajo su influencia.



El Emperador, conociendo el carácter y las condiciones negativas de Cómodo, había ofrecido a Livio, joven general triunfante que se criara bajo su protección, la sucesión del Imperio.



Livio vaciló, pese a que Lucila-hija de Marco Aurelio a quien ama, lo instó a aceptar- y con ello posibilitó a Cleandro ejecutar su plan. Siempre leal, decide atacar la autoridad de Cómodo. Y él mismo, en nombre de sus legiones, lo proclama Emperador. Lucila que había sido prometida al Rey de Armenia, decide a aceptar también la voluntad de su padre muerto.



La comitiva que llevará a Lucila a las lejanas tierras de Armenia, aguarda. La joven entrega a Timónides, fiel filósofo amigo íntimo del Emperador muerto, los escritos que su padre le confiara.







-Nunca es prudente realizar afirmaciones semejantes, Lucila. No sabemos si ... En este caso, sí. Pasarán muchos años, quizá antes de que yo pueda ver de nuevo a Roma. Y Livio estará en el Norte... ¡Mejor así!

Sin que ella lo viera, Livio contempló la partida de la mujer que amaba.



Cómodo, entretanto...

¡Desde hoy, habrá en Roma un espíritu de fiesta! Juegos, diversiones... ¡Quiero abundancia y felicidad para los romanos! Mi padre fue demasiado austero.





Días después de la consagración del nuevo Emperador en Roma, Livio partió de nuevo a la frontera norte. Había un nuevo levantamiento de Ballomar, el caudillo bárbaro. Cómodo lo despidió, sonriendo.



Livio pensó en aquella conversación que tuviera, tiempo atrás, con Marco Aurelio. El le había ofrecido la cabeza de Ballomar, y el Emperador le había contestado: "No sabría qué hacer con ella. Traémelo vivo. Quiero hacer de él un amigo, un aliado de Roma." ¡Qué distinto era Cómodo!



Cuando Livio se fue...



Cleandro, el Sumo Sacerdote ciego que había consumado el asesinato del Emperador, entró en ese momento.



Cómodo sonrió.



Tiempo después, en la frontera Norte...





Livio, jugándose por entero, decide internarse en los bosques dominados por los bárbaros de Ballomar, en busca de Polibio, uno de sus capitanes.

Egidio Esteban Passamonti /2021 - Columberos





Livio ordenó el avance inmediato. Llegaron a tiempo. Polibio, rodeado de un reducido grupo de legionarios romanos, luchaba desesperadamente, cubierto de heridas. . .





Los bárbaros huyeron hacia sus refugios en las cavernas de las montañas, pero Livio no estaba dispuesto a dejarlos reorganizarse.













Ballomar ordena a los suyos, en la gruta que les servía de celda, que prendan a Timónides. Pone al filósofo griego frente a Wotan, el Dios de la guerra, reverenciado por ellos. -¡Debes adorarlo! -Es inútil que me lo pidas Ballomar. No adoraré a tu Wotan. Estoy indefenso pero podría gritar, y los soldados vendrían en mi auxilio. . .







El suplicio era horrible, pero Timónides no gritó, sino que por el contrario, continuaba hablando, tratando de convencer a Ballomar de su sinceridad.



Ballomar miró al griego, que soportaba el suplicio, con extrañeza. ¿Qué clase de hombre era éste? Era débil, no era guerrero, y sin embargo... de su mirada, de sus palabras, parecía provenir una fuerza superior, desconocida. Lentamente retiró el tizón del torturado brazo...

...y luego miró de hito en hito a su dios. Wotan parecía impotente... ¡era impotente ante la fuerza de ese espíritu extraordinario! Súbitamente...





Timónides, con la persuación, con el heroísmo del amor, había vencido aquellos corazones salvajes. De ese modo, logró que aceptaran ir con Livio y él a Roma, para solicitar tierras al Emperador, y crear una colonia germana cerca de la misma ciudad. Sería el modo de convencer con hechos a Ballomar, de la buena voluntad romana.

Meses después, entraban en Roma. Cómodo recibió a Livio en triunfo. Pero se equivocaba en cuanto a sus intenciones para con los vencidos.





Cómodo frunció el ceño. -Traes ideas muy renovadoras, Livio... -No lo son, Cómodo, sino la aplicación de las ideas de tu padre. El joven Emperador apenas pudo contener su ira. Pero debía aceptar el planteamiento de Livio.



Y en el Senado, días después, pese a los manejos de Cómodo para hacer triunfar su punto de vista intolerante para con los vencidos, la elocuencia de Timónides y la rectitud de Livio se impusieron. Ballomar y los suyos fueron admitidos como ciudadanos romanos, y se les dieron tierras cercanas, para que fundaran su colonia.









Pero antes de irse de Roma, Livio tuvo noticias de que una delegación armenia, encabezada por Lucila, venía a hablar con Cómodo, en nombre del Príncipe Sohamus. Solicitaban la reducción de los excesivos impuestos que el Emperador había decretado para el Oriente.













Sin responder, Livio se volvió y partió. Sus caminos continuarían separados. Lucila fue el alma de la insurrección contra Cómodo, que estalló al fin en Oriente, amenazando la estabilidad del Imperio. Las medidas imprudentes y las represalias injustificadas avivaron el fuego.


Y después de ver sublevados a sus ejércitos en Siria y Egipto, Cómodo no tuvo más remedio que llamar a Livio a Roma.
Sólo me queda el ejército del norte... ¡Sé que eres leal, Livio, aunque a veces podamos opinar distinto, y puedes aplastar la rebelión!


Hazlo... en nombre del Imperio.


–No soy el general en jefe del ejército romano, sino que mi puesto está en el Norte, Cómodo.
¡Te nombraré general en jefe; te daré todo el poder necesario! ¡Sólo tú puedes salvár ahora el Imperio, Livio!


Está bien: acepto marchar a Oriente.Pero recuerda... ¡tú me diste el poder, Cómodo! Voy a luchar por el Imperio. ¡Solamente por el Imperio!


Tiempo después, en una llanura oriental, las tropas de Livio avanzan al encuentro de los rebeldes.
El campamento armenio está cerca de aquí. Iré con una escolta, para parlamentar, tal como ha sido convenido.
Ten cuidado, Livio. No confío en Sohamus...


Antes de entrar en la carpa del rey armenio, Livio conferenció con Marcelo y Virgiliano, los gobernadores romanos de las provincias orientales rebeldes.
Tú nos conoces, Livio. Sabes que amamos a Roma, y no luchamos contra ella.


¡Pero estos pueblos no pueden ya soportar la tiranía de Cómodo! Y Roma misma será destruída por él. Antes de proclamar mi rebeldía, yo visité Roma, con Marcelo. Fuimos por última vez, para explicar a Cómodo la situación: no quiso recibirnos...


"...y nos entregó un edicto, aumentando aún más las cargas para nuestras provincias. ¡El, mientras tanto, participaba en una orgía!"
Sé que lo que me dicen es verdad...


...y empeño mi palabra: ¡eso cambiará! Pero ahora, debemos salvar la autoridad del Emperador. La rebelión debe ser aplastada.
¡Nosotros no aceptamos ya la autoridad de Cómodo! Debes elegir, Livio...


–Son ustedes, quienes deben hacerlo. Por Roma o contra ella. Livio dejó a Marcelo y Virgiliano para entrar en la tienda de Sohamus. Allí ...
¡Livio! Por fortuna has venido a parlamentar. Aún estás a tiempo...


¿A tiempo, para qué, Lucila? ¡No lucharé contra Roma.
¿Crees que yo no amo a Roma? ¡Pero amo a la Roma de mi padre... no a la de Cómodo! Tú no sabes...


Es inútil cuanto digas. Puedo ofrecer cambios, pero deben deponer la rebelión. Cómodo aceptará lo que sea.
¡Tú no conoces a Cómodo! ¡Ya no volveremos atrás!


-Entonces, no hay más que hablar... -y Livio dejó la tienda de Sohamus, mientras Lucila se cubría el rostro con las manos.
¡Livio, Livio...! ¡Oh, no!


Cuando Livio volvía hacia sus tropas, con su reducida escolta...
¡Señor! ¡Los armenios! ¡Vienen hacia nosotros!
¡Es una celada! No puedo creer a Lucila capaz de esta traición...


Sin amilanarse, Livio ordenó arremeter contra la caballería armenia que les cortaba el paso. Desde una loma, Polibio y Victoriano, sus generales, vieron lo que ocurría, y ordenaron a su vez avanzar, para salvar a su jefe en peligro.


Pero Sohamus, el autor de la traición, ya tenía previsto sus pasos. Y había buscado poderosos aliados, sin que Lucila, ni los cónsules romanos rebeldes, se hubieran enterado. Los persas , que avanzaron por el flanco romano...
...mientras la caballería armenia atacaba por el frente. Las tropas romanas rebeldes permanecieron indecisas, al ver a sus compatriotas en esa situación.


¡Sohamus llamó a los persas! ¿Qué hacemos, Marcelo? Somos romanos y si Livio es derrotado, asolarán el Imperio.


Sí... Livio tenía razón: no es una rebelión contra Cómodo. ¡Es contra Roma! ¿Qué esperamos, Virgiliano? ¡Vamos, contra los persas!


Sohamus había calculado que en el peor de los casos, Marcelo y Virgiliano, con sus legiones, permanecerían neutrales.
Pero el cálculo falló, y los enardecidos romanos, furiosos por la traición, pusieron en fuga a la caballería persa.


¡Marcelo y Vigiliano luchan a nuestro favor! ¡Adelante, Polibio, contra los armenios!

















El Ejército del Norte, secundado por las legiones de Marcelo y Virgiliano, quedó horas después vencedor absoluto del campo, aplastando a los persas y armenios. Los generales se reunieron, para decidir sobre el futuro.






...y además, que en cada pueblo el castigo sea ejemplar. Cinco mil crucificados y cinco mil esclavos para ...
¡Un momento, Juliano! ¡Primero hablaré yo! Tengo que enviar mis presentes al Emperador, con un mensaje...


Días después, mientras las tropas de Livio aguardaban a varias jornadas de Roma, llegaron los "presentes" para Cómodo.
¡Ah! Veamos, veamos estas jaulas... ¡Livio envía regalos para el circo! Animales salvajes... ¿Y en esa que está cerrada?


Al abrir la jaula...
¿Eh..? ¡Y esto....!
¡Livio nos aprisionó, y nos dijo que te diéramos un mensaje, oh, César!


El mensaje... El mensaje es ..."Díganle a Cómodo que no habrá sacrificios ni castigos, y que cuando llegue, habrá una nueva Roma ...¡o un nuevo César!


Ebrio de furor, Cómodo mandó azotar a sus enviados, y luego se reunió con Cleandro, el astuto y corrupto sacerdote ciego.
Sus tropas ya están sobre Roma, y él tiene ahora el poder. ¿Qué puedo hacer con mi guardia pretoriana, para enfrentarlo?


Hay una fuerza que aún posees, Cómodo. ¡Las riquezas de Roma! Livio apelará al Seando, y si no lo escuchan, empleará sus tropas... ¡Hay suficiente oro en Roma como para comprar a todos ellos!


Los ojos de Cómodo brillaron con un siniestro fulgar de locura endemoniada.
¡El oro! ¡Tienes razón, Cleandro! ¡Venceré, o Roma caerá conmigo! ¡Les demostraré que todos son esclavos del oro... miserables esclavos! Pero antes, me vengaré...

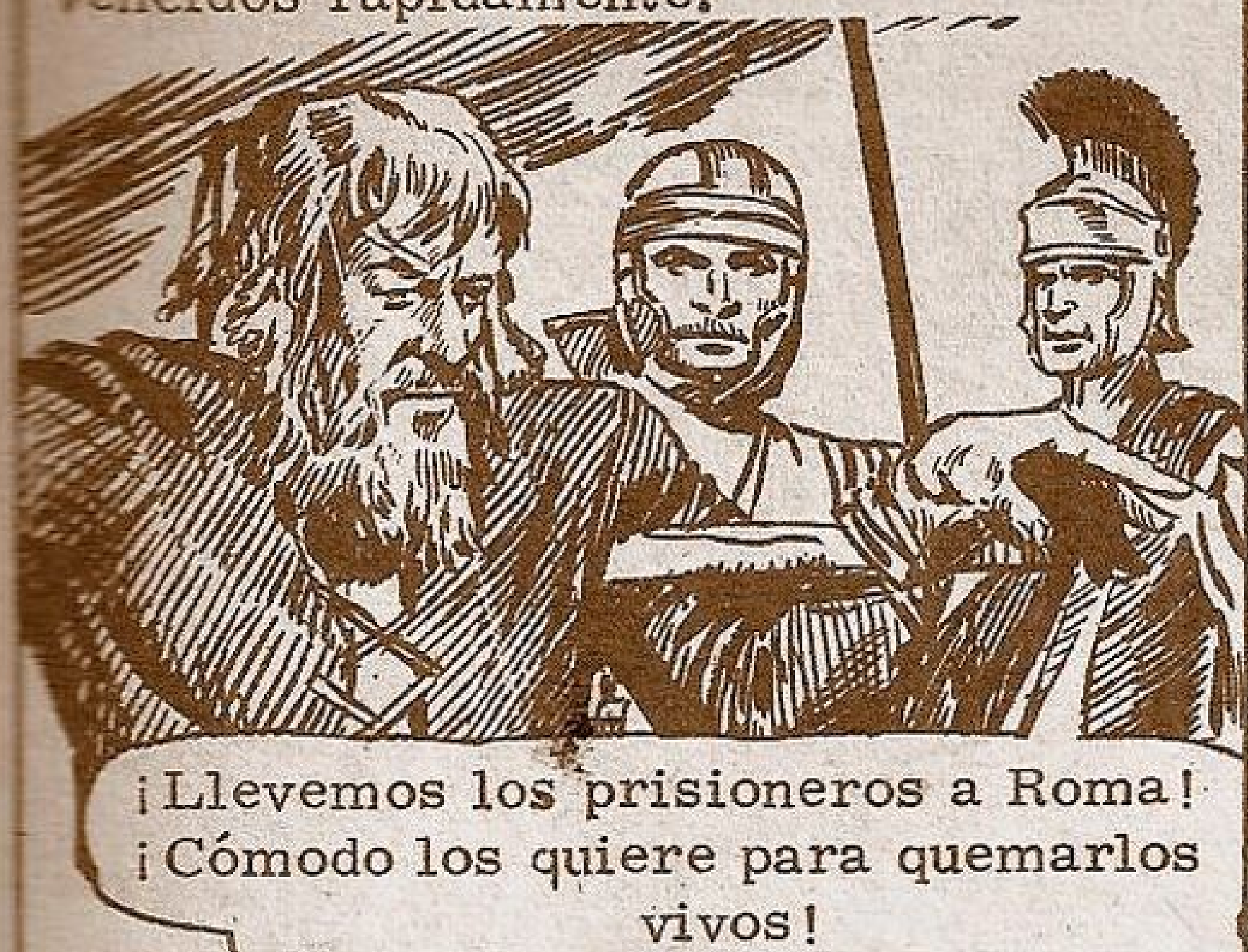

Las milicias pretorianas de Cómodo partieron para la comarca habitada por la colonia germana de Ballomar, y en la cual el griego Timónides vivía enseñando.


Pronto no hubo allí sino muerte, llamas, desolación.-¡Traición! ¡Los romanos nos atacan! ¡Traición!


¡No, no...! ¡Alto, soldados romanos, alto! ¿Qué significa...?


Timónides se interpuso vanamente. Una jabalina lo atravesó, cortando sus palabras.
¡Paz... paz...ah...!

Pese a que ofrecieron desesperada resistencia, Ballomar y los suyos fueron vencidos rápidamente.



Cuando las tropas de Livio llegaron...



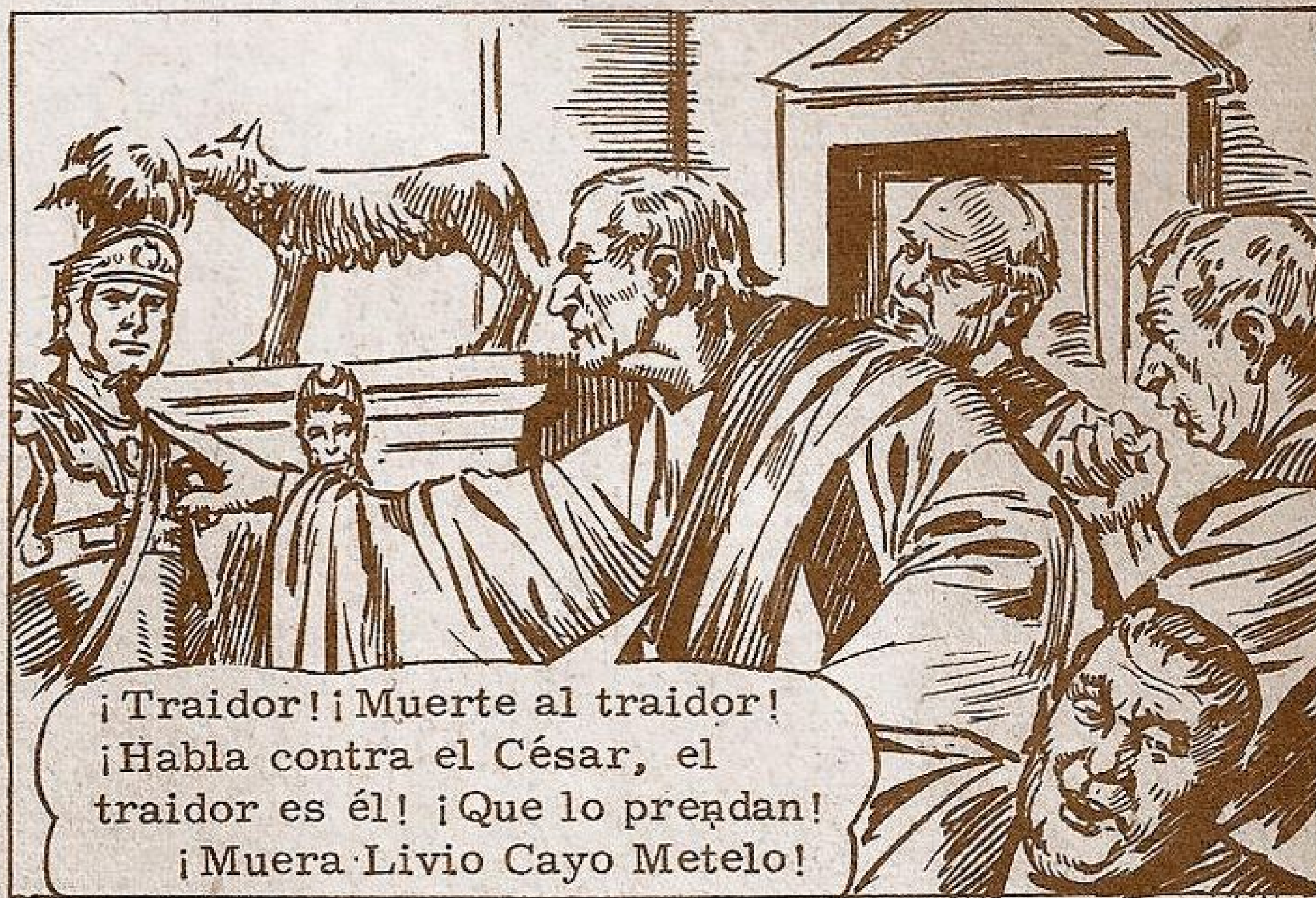
Un emisario de Cómodo llegó hasta Livio, invitándolo a conferencias. Sospechando alguna celada, éste dijo a Polibio y Victoriano:



Poco después...



Livio confió en la probidad de los patricios romanos. Pero olvidaba que bajo Cómodo, Roma estaba corrompida profundamente. Apenas había comenzado a hablar, denunciando lo que consideraba una traición al Imperio por parte del sucesor de Marco Aurelio, cuando...





¿Qué me dices, Livio? ¡Tendré que hacer caso al Senado! ¡Soldados, prendedlo! ¡Prended al que quiere derribar al César!



En esos momentos, carros repletos de oro, a las órdenes de oficiales de la guardia pretoriana de Cómodo, se paseaban por entre las tropas de Livio, repartiendo oro a diestra y siniestra.



Egidio Esteban Passamonti /2021 - Columberos



Poco a poco, la mayor parte de las tropas se iba contagiando de esa locura febril: ¡Oro, diversiones, ofrecidas por el Emperador! Oficiales y soldados iban siendo ganados para la causa del infame Cómodo. Polibio intentó poner orden reuniendo algunos oficiales leales.







Una flecha de los soldados de Victoriano dio en el pecho de Polibio. La escasa resistencia de los leales a Livio fue anulada.



Desesperada, Lucila que había presenciado todo desde su palanquín, llegó hasta Polibio.



Ese fue el principio del fin. Cómodo precipitó a Roma en una bacanal enloquecedora.



El mismo, parecía poseído de la pasión destructiva.



Entre los que Cómodo mandó asesinar, estaba Cleandro, su consejero.



Ballomar, los germanos prisioneros, Lucila y Livio, iban a ser quemados públicamente.









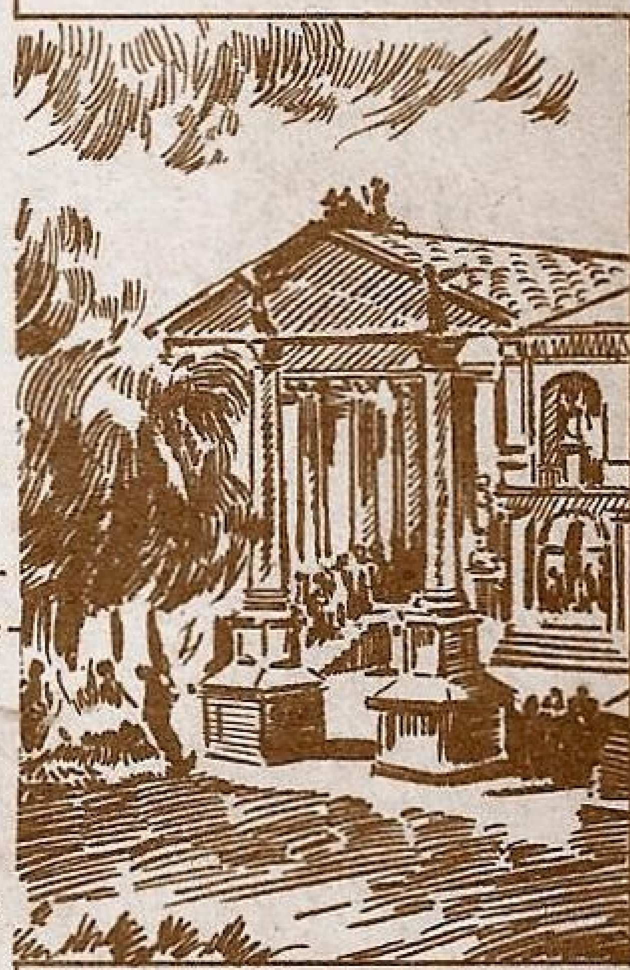












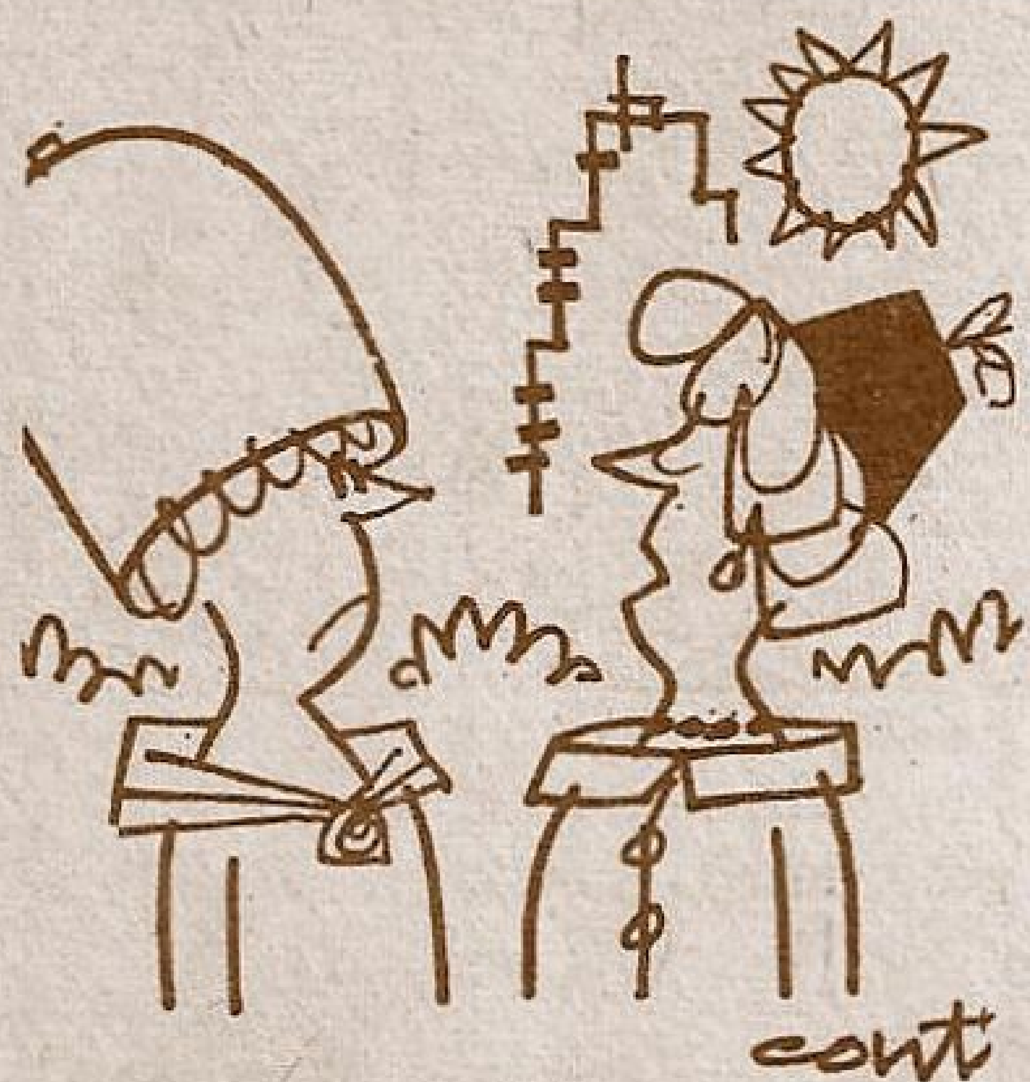
...aún no habían llegado hasta Lucila. Livio la liberó, haciendo lo propio con Ballomar y algunos de sus hombres. Secundados por algunos soldados que lo reconocieron y decidieron ponerse a sus órdenes, avanzaron a caballo por entre la turba enloquecida...



Livio y Lucía se alejaron, en busca de la paz para sus vidas. No todo estaba perdido. El Imperio, el Coloso del Mediterráneo, la Roma de Augusto, tardaría varios cientos de años en despedazarse ... pero sus entrañas sirvieron de semilla, de matriz donde se gestó la civilización occidental que hoy nos nutre. Y la savia nueva del cristianismo, corriendo a través de ese cuerpo moribundo, comenzó a construir en la vieja Roma de los Césares, la Roma Eterna del Espíritu.

FIN

UN POCO DE BUEN HUMOR



-¿Es un nuevo modelito o te has olvidado de sacarte el secador de pelo?



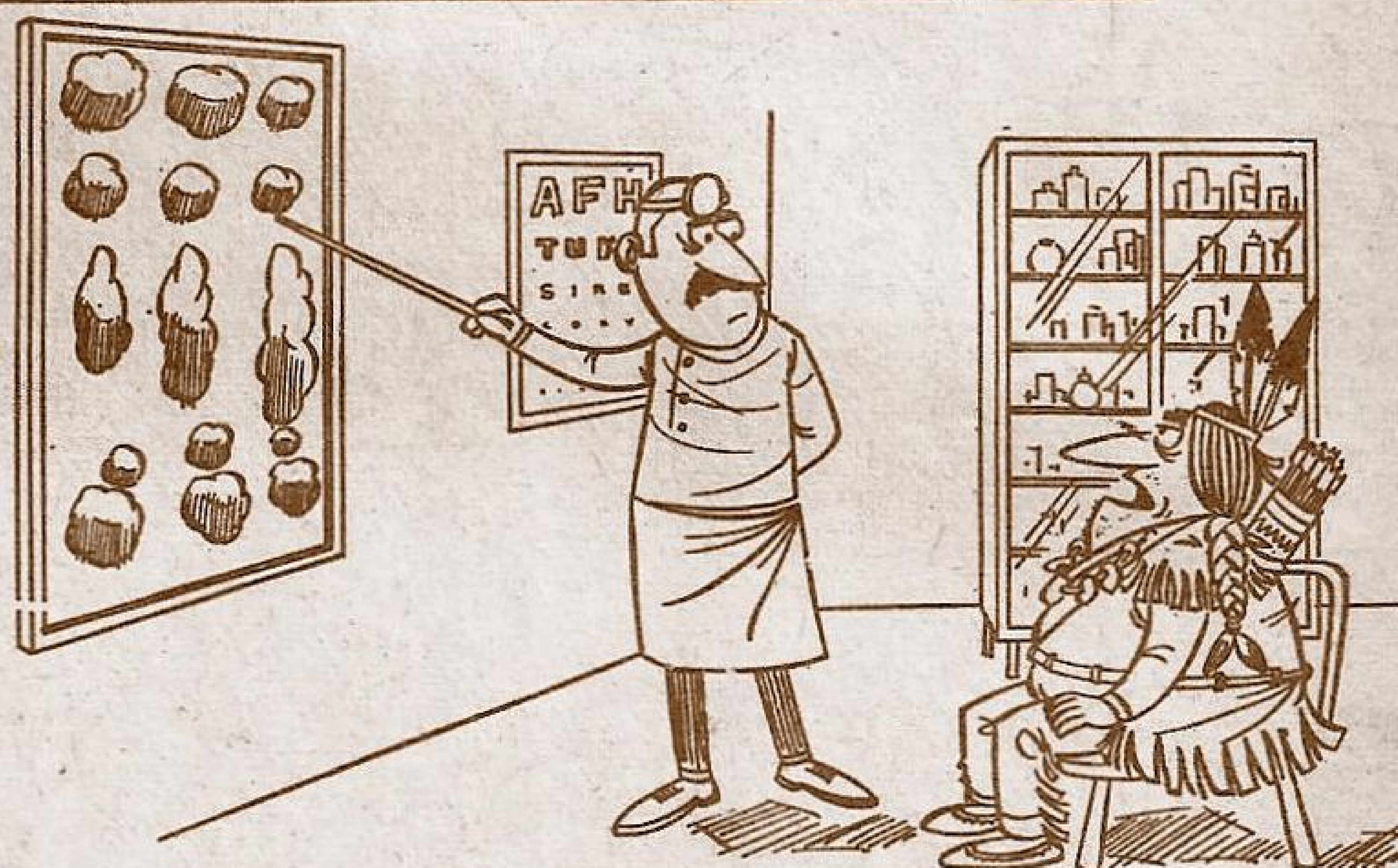
-Debes arriesgarte más. Los niños prefieren la carne a los huevos.



-Le telefonée para que viniese vestido de frac porque mi hija le tiene reservada una sorpresa.



-Tengo un empleo estupendo, mamá. No hago más que hablar... hablar... durante todo el día.



-H... J... K...



-¡Le digo que ese no es el saludo que corresponde hacer a los generales!













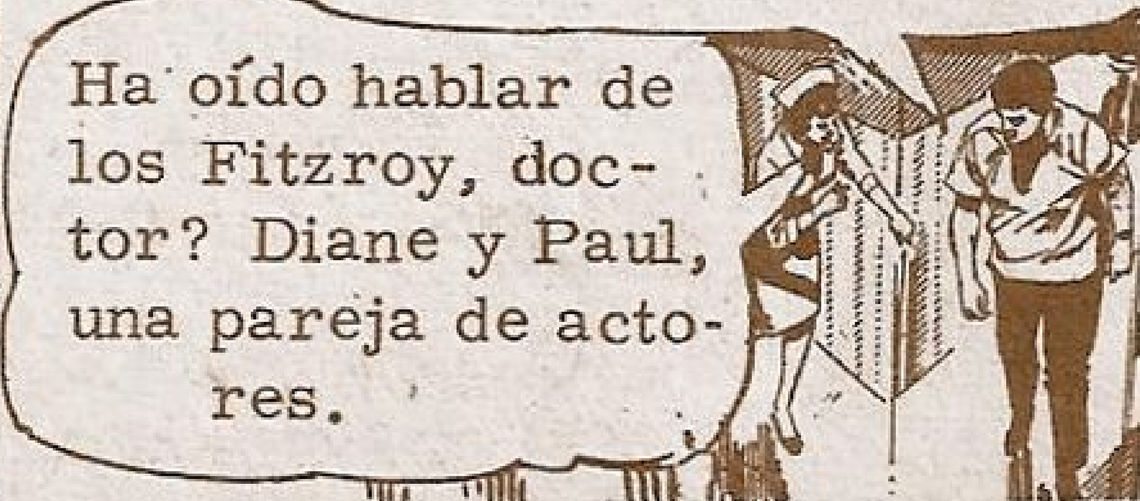






Y, apenas una hora después, un coche de los Fitz Roy, conducido por un chofer, traspone la entrada de emergencia del Hospital General del Condado.



















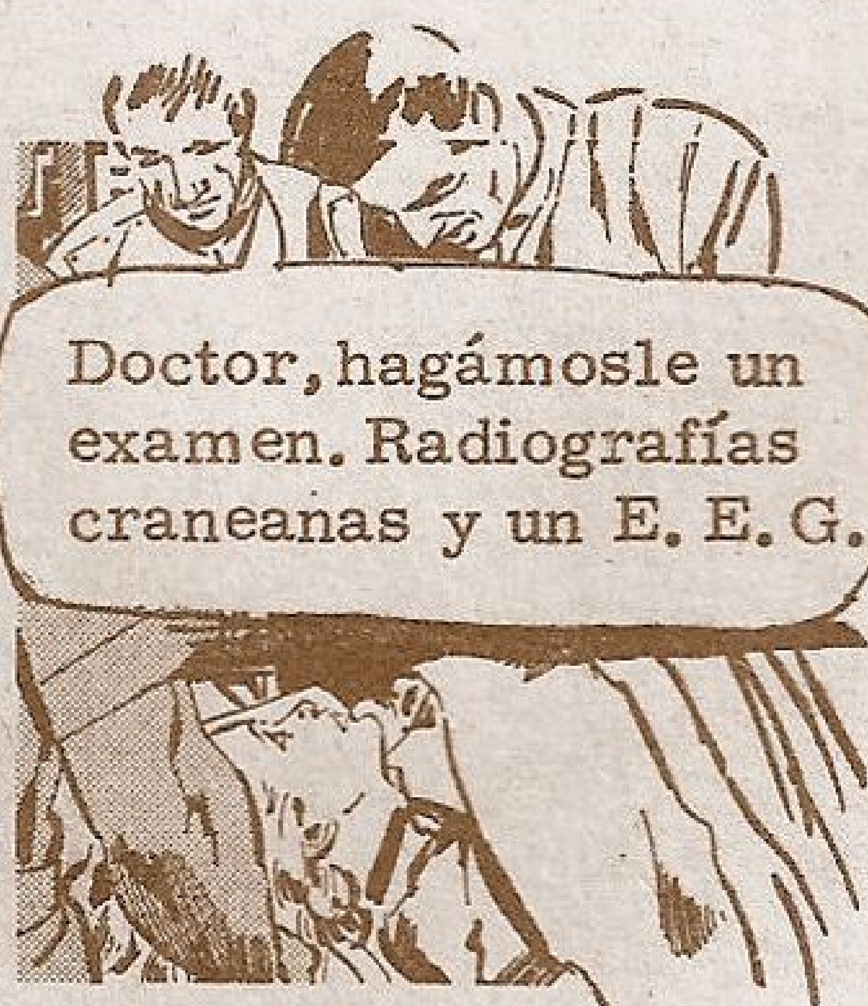














-Antes de que entremos, doctor, le diré que no hay signos de lesión cerebral. Las radiografías y el E. E. G. son negativos.






Hum. . . y otra vez hum. . . ¡Gran chica, Marcy! Quédese tranquila y quietecita.


Doctor Casey, ¿puedo verlo afuera?


¿Qué pasa con Marcy, Mortimer?
Ben, no hay ningún signo oftalmológico de ceguera. Tampoco ningún trastorno orgánico.


Pero Marcy tiene sensibilidad a la luz. Y sufre un espasmo en los párpados. Los superiores están un poco recubiertos.


Esos síntomas tienen un significado claro, Ben.


Enfrentemos la realidad, Ben. No habiendo orígen neurológico en la dolencia, ésta tiene que ser funcional.


Eso significa que. . .

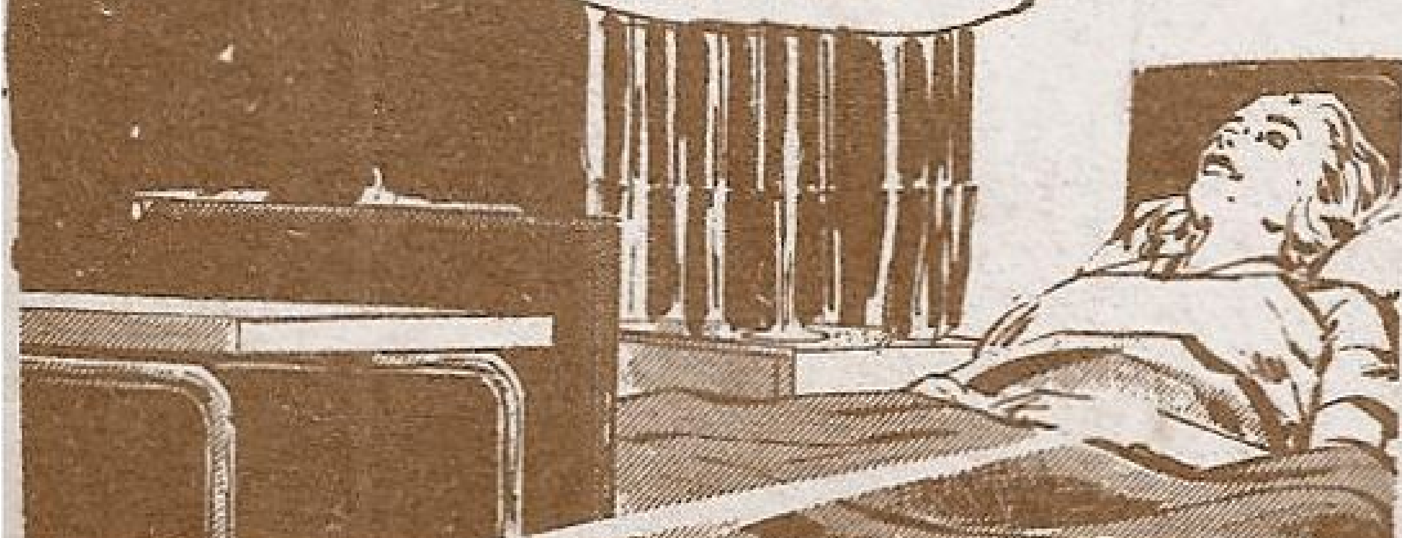

¡Eso mismo! Debemos considerar la posibilidad de una ambliopía histérica. . . :un ceguera histérica.


Hum. . . De modo que es eso lo que debemos combatir.
Ese es mi diagnóstico preliminar, Ben.


Debo volver de inmediato a cirugía. Pero mañana quiero examinar nuevamente a la chica.


Mientras, debemos conjeturar que toda ambliopía histérica tiene una causa... algún choque emocional... no sé. Comience a investigar, Ben.


Marcy, el doctor Stone hará más pruebas mañana. Pero ahora quiero hablarle.
¿Sobre qué?


Para empezar, le diré que estoy encantado con su comportamiento. Es indispensable no atemorizarse. . . Pero también es importante que sepamos. . .


. . . si ha sufrido alguna conmoción emocional recientemente.


Se lo repito, Marcy: ¿ha tenido algún trastorno emotivo recientemente?
Yo no me siento perturbada con facilidad, doctor Casey.



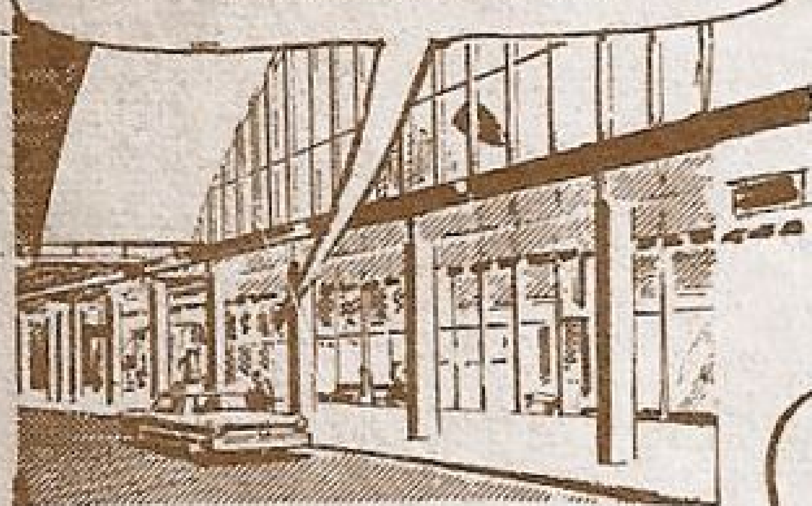


















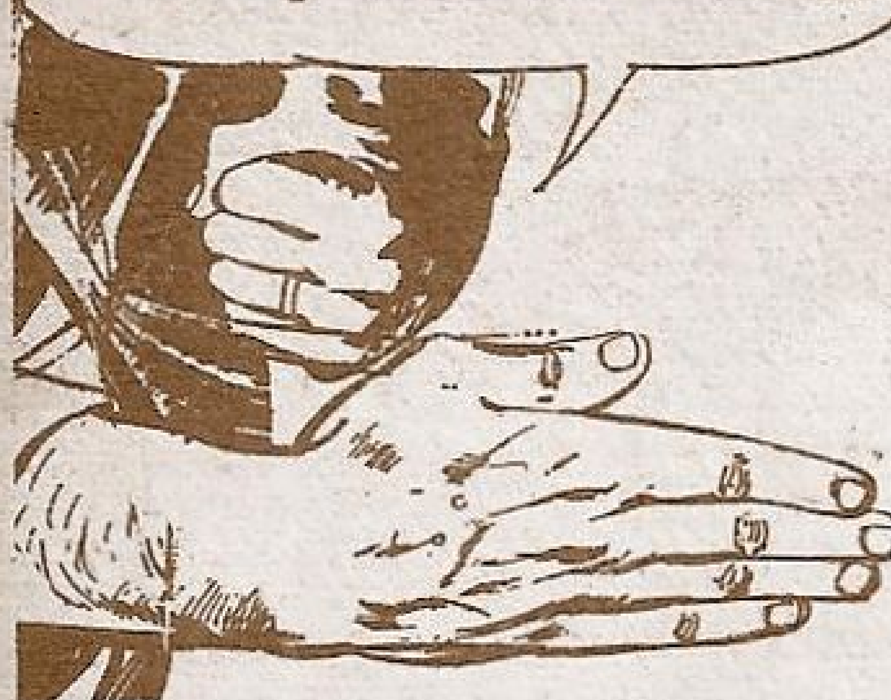




-Es una chica fuerte y totalmente normal, Casey. Si usted no puede hallar la causa de su afección, éste no es el lugar apropiado para su curación, ni usted el hombre adecuado.






Mantiene la cabeza inclinada durante el examen. . . puede cruzar una habitación en medio de obstáculos naturales sin tropezar con nada...


Tiene el poder de la visión en una base subconsciente, pero está funcionalemnte ciega porque no quiere ver.


Acabo de hablar con nuestro oftalmólogo. Marcy sufre de ambliopía histérica; es decir, ceguera histérica.
¿Qué?


Es una alteración funcional. Puede durar cualquier tiempo: varias horas o varios días. . . y a veces más.


En este caso, no tenemos un pronóstico definido, y no lo tendremos hasta que sepamos qué ha provocado la afección.


Esta ceguera siempre es provocada por un shock emocional. Algo horrible, que la víctima quiere expulsar de su mente. Díganme, ¿pueden ustedes darme algún indicio sobre qué puede ser esa causa?


¡No! ¡No, no, no! ¡No puede ser algo así!


No puedo imaginar qué conmoción sicológica pudo haber tenido, doctor Casey. Lleva una vida enteramente normal.
Jamás ha sufrido crisis personales profundas. Ni jamás ha tenido problemas con nadie.


Jamás le hemos negado nada. Y siempre hemos sido para ella buenos padres.
¿Cómo se atreve a insinuar que la hemos sometido a . . . ?


¡Te dije que este hombre era. . . era. . . un idiota! ¡Voy a sacarla a Marcy de acá!
Un minuto. . . ¡Un minuto!


Señor Fitzroy, usted ha decidido no creer lo que le acabo de decir. . . pero lo que dice suena a una especie de autoacusación.
-No le he pedido que acepte ninguna culpa, de modo que no hay necesidad de negar nada, ¿cierto, señora Fitzroy?


Sí, doctor Casey.
Bien, ahora pueden pasar a ver a Marcy.
-Doctor Casey, ¿podremos hacerle preguntas a Marcy? Quiero decir. . . si ella se sintió atemorizada. . . o trastornada. . . recientemente.


Siempre que no traten de obligarla a hablar, señora Fitzroy.
¡Está bien! Entremos, Diane.





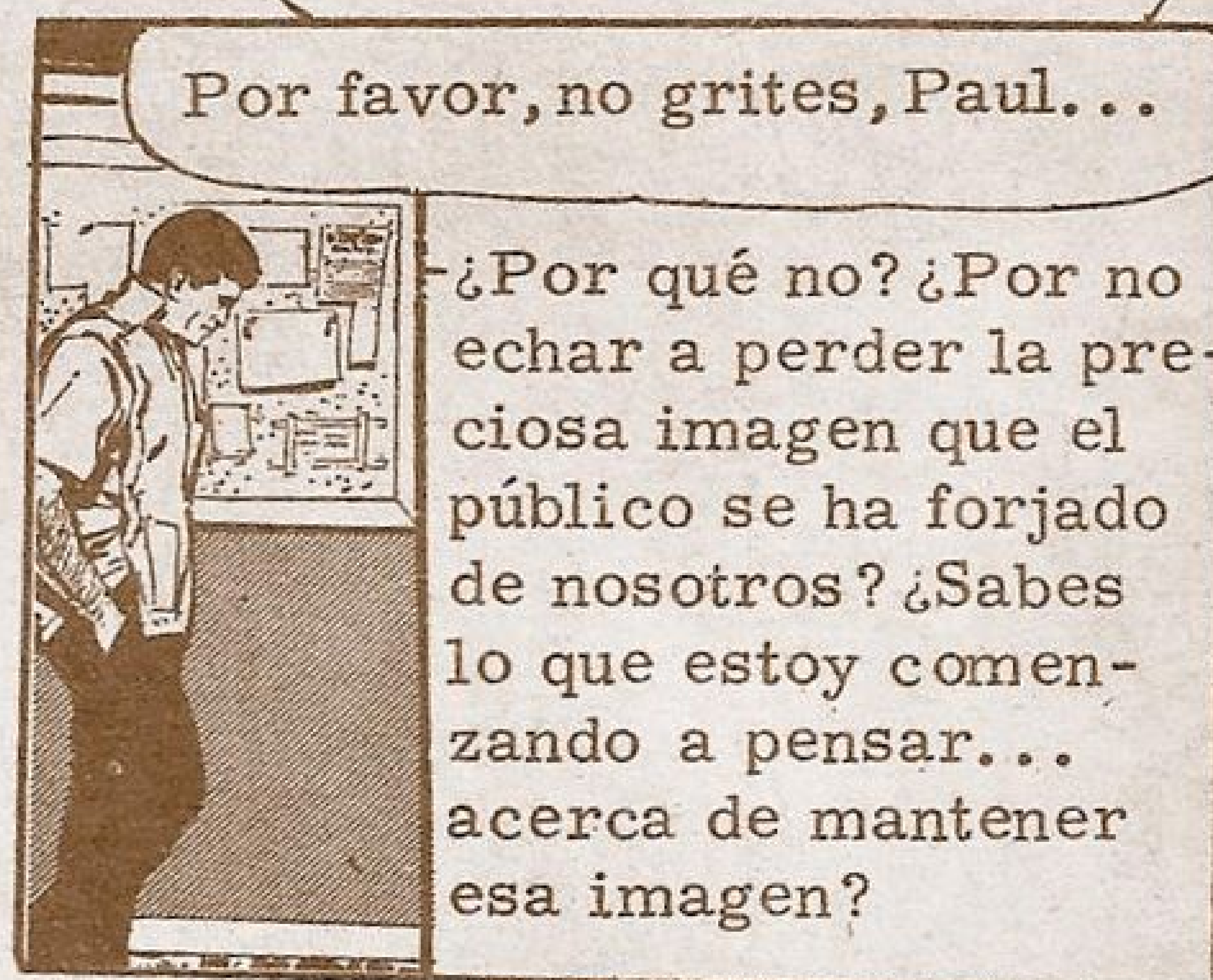




















-Doctor Zorba, creo que por allí puedo encontrar una pista de lo que le ha ocurrido a Marcy.
-Creo que sé de alguien que puede darte esa pista: Skeet Hendrix, "el agente de talentos".



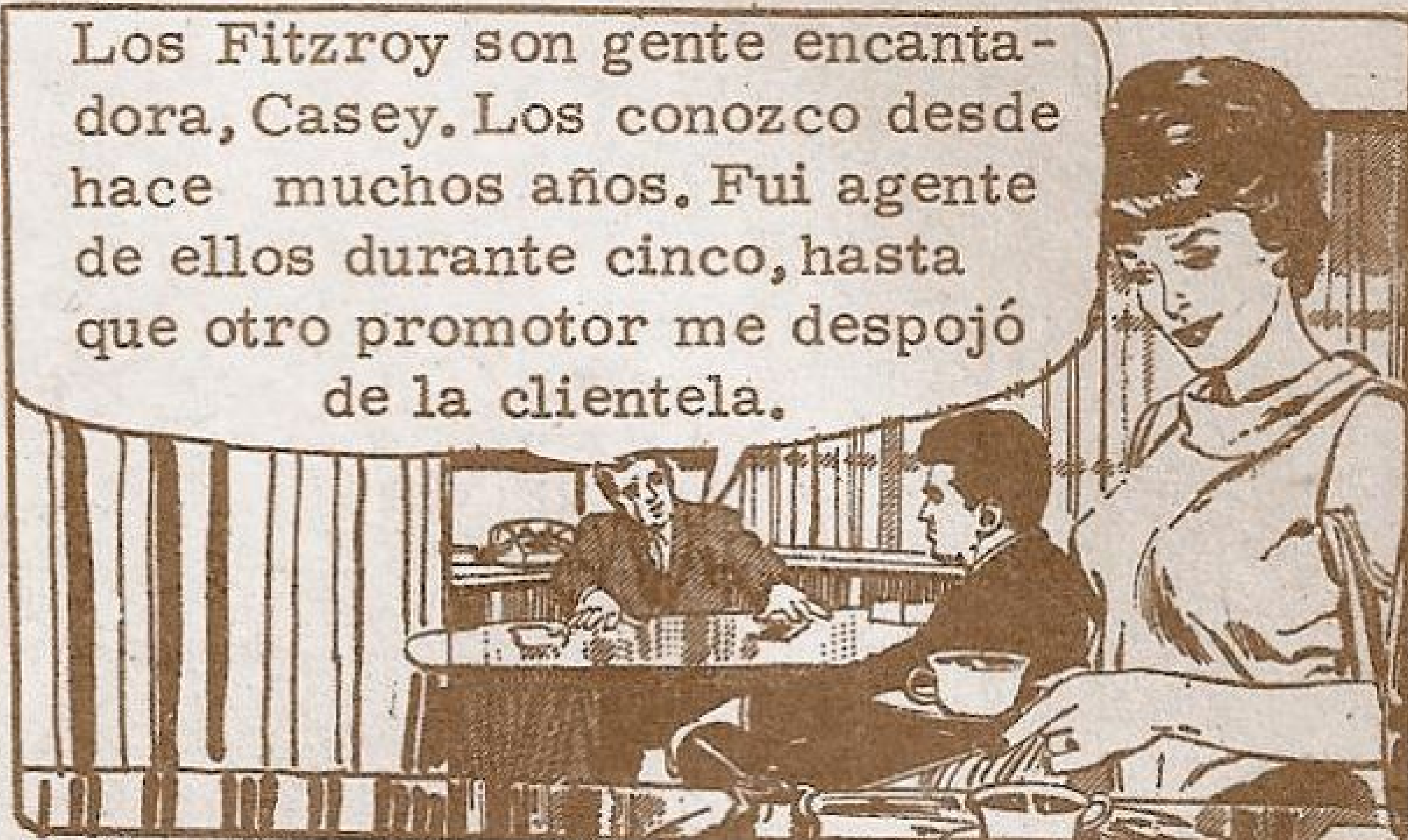


















¡Puras pamplinas! Ellos siempre se han querido, pero han pagado muy caro el vivir conforme a esa imagen ideal.

Más tarde, en el hospital...











Era sopa caliente, Marcy. Tendrá la piel enrojecida por un tiempo, pero no creo que sea nada serio.

Minutos después...

...y fue un tremendo susto para ella, Ben. Eso puede ser el apoyo que tú necesitabas.

Quiero quedar aquí por un tiempo, doctor Casey. No permita que me lleven a casa.

Quédese tranquila, Marcy. Y tal vez esa quemadura que ha sufrido sea al final una bendición para usted.

Prueba lo vulnerable que puede ser. Sin embargo, podría no ser necesario que corriera nuevos riesgos.

Ahora tengo una idea bastante precisa de qué le ha causado esta afección.

¿Usted... sabe por qué no puedo ver, doctor Casey?

Creo que sí, Marcy. Creo que soy la única persona a quien no podrá seguir engañando.

No trato de engañar a nadie, doctor Casey...

Bueno, deliberadamente, no, por supuesto. Todo es subconsciente.

Y estoy seguro de que todo se relaciona con sus padres. Algo ha sucedido... ¿Qué es, Marcy?

Marcy, me gustaría pensar que soy la persona a quien usted no podría ocultarle ...

...lo que sucedió entre usted y sus padres.

Creo ser lo bastante lista para darme cuenta de que usted tiene razón, doctor Casey... ¡Pero me siento tan avergonzada!

¿Avergonzada, Marcy? ¿De qué? Sea franca. Sea valiente. ¡Tiene que serlo!

Oh, doctor Casey... ¡estoy avergonzada de mis padres!

Ella lo golpeó... y entonces él respondió del mismo modo. La hizo trastabillar a lo largo de todo el cuarto.

Yo lo vi. Ellos no sabían que yo estaba allí. Mamá le dio una bofetada, y entonces papá... él...

Yo bajaba en malla de baño. Ellos discutían acaloradamente.


"Mamá le estaba pidiendo a papá que dejara de beber. De repente, ella tomó la bote-lla... y entonces..."


"... cunado papá se negó a soltarla, mamá lo abofeteó".


"Apenas lo golpeó, él hizo lo mismo con ella".


"Luego, ambos quedaron sollozando. Mamá tendi-da en el piso, y papá sen-tado en la silla".


"Yo salí corriendo a la piscina. No podía pen-sar... Todo lo que sabía era que mis padres no es-taban enamorados como la gente lo creía".


Corrí a la piscina...


"... y momentos después, mis padres salían para el aeropuerto. Se mostra-ban como si nada hubiese sucedido... y me dieron un beso de despedida".


"Luego de irse ellos, qui-se gritar... Me zambullí en la piscina... y sentí como si fuera a ahogarme".

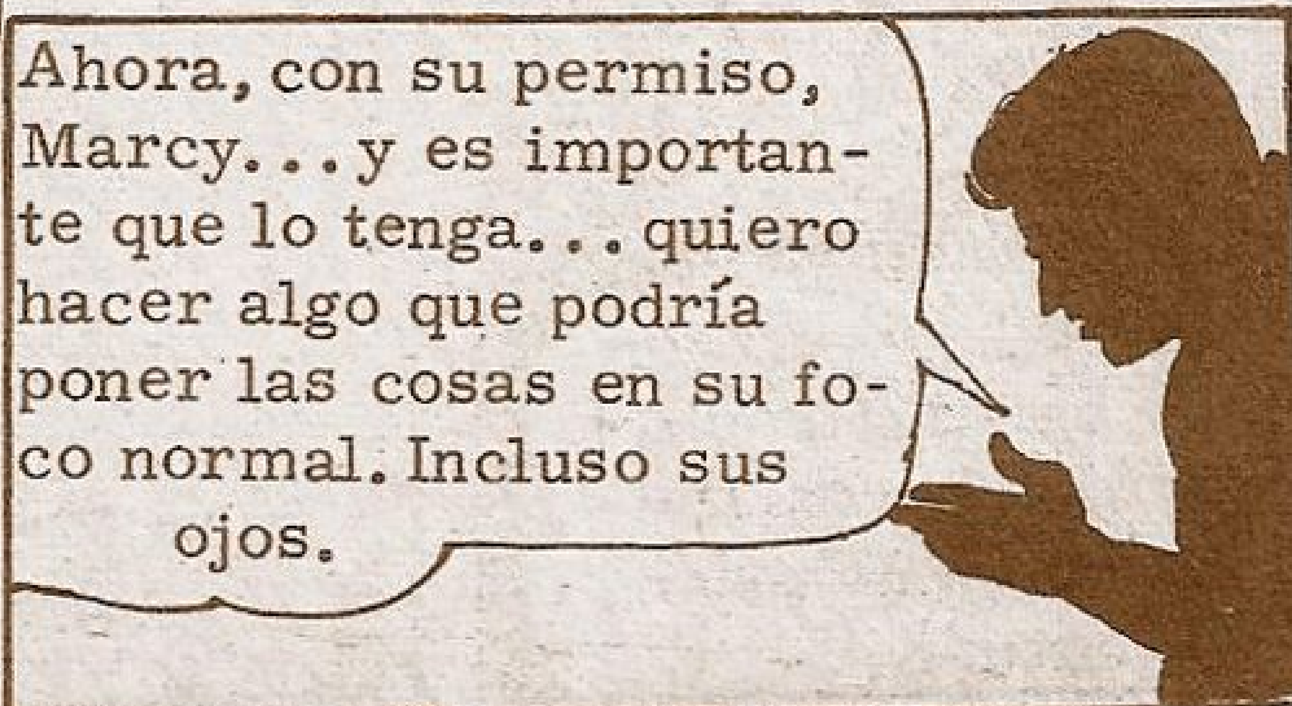

"Poco después, y al salir del agua, sentí que las cosas comenzaban a vol-verse borrosas y grises".


Tropecé contra la casa, y la cocinera y el chofer me tra-jeron al hospital.


Lo que fue muy difícil de aceptar, Marcy. Y el resultado:un clásico caso de ceguera histérica. Pero quizá lo peor haya pasado ya.


Mis padres no se quie-ren, doctor Casey. Todo era una horrible men-tira.
No, Marcy. Ellos se aman. Pero no pudie-ron vivir una vida normal.


Estaban encaminándo-se hacia una catástro-fe. La presión fue fi-nalmente insoportable, y usted trató de olvidar la escena para siempre.


Ahora, con su permiso, Marcy... y es importan-te que lo tenga... quiero hacer algo que podría poner las cosas en su fo-co normal. Incluso sus ojos.

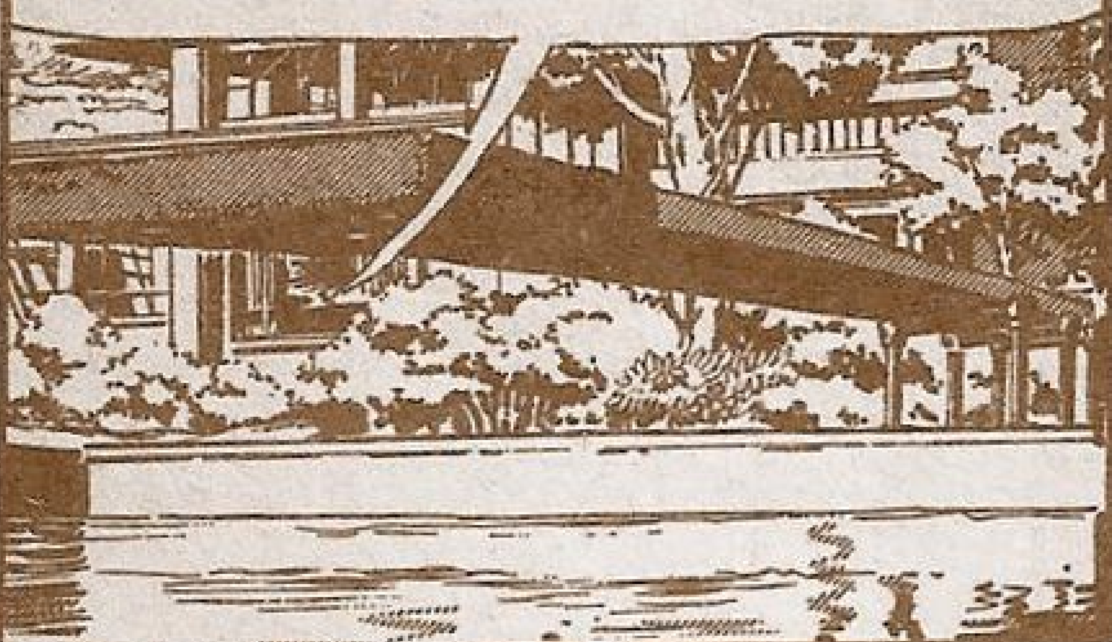

Señora Fitzroy, he hallado el motivo de la ceguera de Marcy. Si usted está visible...




Me temo que no podrá dejar de hablar con crudeza. Marcy vio la riña que ustedes tuvieron. Y eso fue lo que causó su ceguera.
¡Paul! ¡Oh, Paul! ¿Qué le hemos hecho a nuestra hija?


¡Oh, no!


Cuando Marcy vio que se tomaban a golpes, su ilusión se destrozó. Fue una conmoción insoportable.


Algunas personas tratan de borrar las escenas desagradables alejándolas de la mente, pero otras procuran borrarlas negándose a ver nada.


Marcy perdió la vista... ¡Y nosotros la perdimos a ella!
No necesariamente. Al menos creo que ella podrá recobrar la vista.


Señora Fitzroy, me he tomado la libertad de decirle a Marcy que lo que pasó entre ustedes no significaba que ambos no se amaran.


Le expliqué que actuaron bajo la presión creciente de los hechos y no por odio. Ella podría creer eso... si es cierto.
¡Doctor Casey, consejero matrimonial!


-No, Paul. Es cierto. Y tenemos la oportunidad de probarlo. Tú puedes hacer lo tuyo eliminando una de las cosas que dieron origen a esto.


¿Dejas eso, Paul... y nos das una verdadera oportunidad de examinar nuestros errores... los míos tanto como los tuyos?


¿Es fácil eso, doctor?
Tal vez... tal vez no. Pero usted no puede subir la montaña si no da el primer paso.


Como dice el hombre, querida, uno no puede subir la montaña a menos que dé el primer paso.


-En caso de que haya algún tiempo antes de que percibamos cuán difícil es ese primer paso, Casey... ¿que es exactamente lo que debemos hacer con respecto a Marcy?
Creo que tengo la respuesta para ambos, Paul.


Cualquiera sea esa respuesta, señora Fitzroy, les pido a ambos que no den a Marcy pie a pensar que uno de ustedes culpa al otro.







- Preciosa, ¿no te opones a que haga un llamado telefónico?





















-Marcy, lo que queremos es ... que haya algunos pequeños cambios. En vez de las tonterías de los Fitzroy, la diversión de los Fitzroy. Vayamos a dar un paseo, preciosa. Yo guiaré ésto.



























-¿Hablas de fracaso, mamá? La palabra "fracaso" no es nunca definitiva. En el colegio, obligadas por las circunstancias, las chicas ensayábamos las escenas que hubiéramos querido ver en nuestras casas.





Marcy, si se siente con deseos de volver, me parece buena idea.

Mi vida, ¿quieres decir que... que... ?

¿Que voy a recuperar la vista, mamá?

Sí depende de mí, sí. ¿De qué me vale encontrar a mi familia si no la puedo ver?

¡Hurrah! ¡Déme paso, Casey¡

-Voy a establecer un nuevo record de velocidad con este carruaje.

Me alegra, señor Fitzroy. Pero tenga cuidado con la próxima curva. Recuerde que es un viaje de placer.

Buena suerte, Marcy. Y telefonéeme cuando tenga buenas noticias para mí.

Será pronto, doctor Casey. Se lo garantizo.

Oí que Fitzroy te daba una garantía de no sé qué, Ben.

Sí, doctor Zorba. La garantía de que pronto su hija volverá a ver.

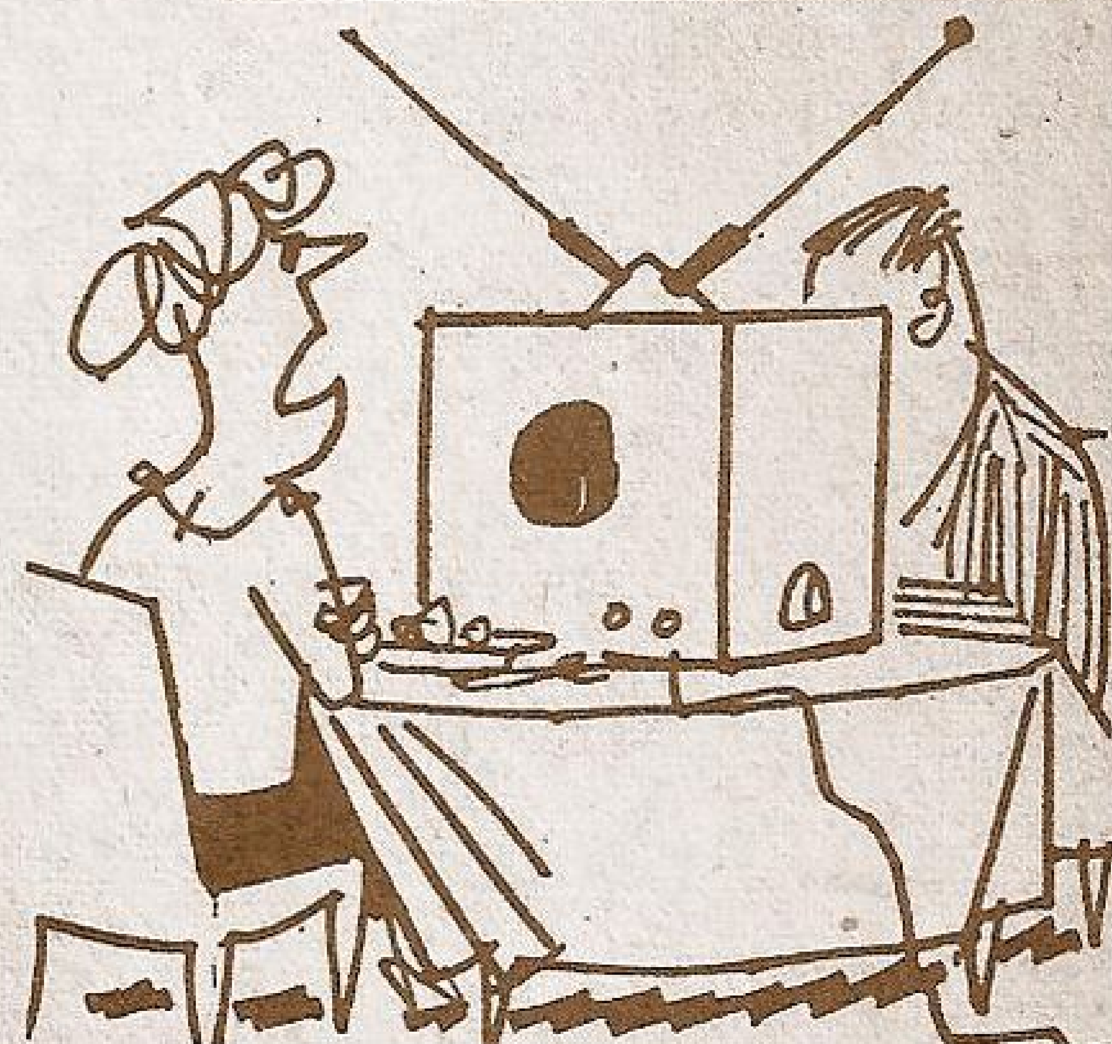
Y no dudo de que lo hará. Pero sólo porque sus padres han recuperado antes su propia vista.

FIN

UNA SONRISA



-Adivine quién se casa mañana y deja de ser su secretaria.



-¡Al menos cuando leías el periódico eras más soportable!



-Padece trastornos producidos por un complejo de corta estatura.

EL CIUDADANO

Por ORSON WELLES

(Film "Royal")

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE EUGENIO COLONNESE

El niño se deslizaba por la nieve con su hermoso trineo verde.



El pequeño Charles Foster Kane contestó a la mucama: "En seguida estoy de regreso", pero su voz se perdió en el paisaje nevado de aquella Manchester de principios de siglo.



Charles Foster cruzó el bosque de pinos, el lago helado. Entonces su hermoso trineo verde se detuvo. Estaba radiante.



Consideraba a su sólido trineo verde el mejor y único amigo. Empujándolo con suavidad, regresó a casa de sus padres.



Los Kane eran gente adinerada de Manchester. Y esa fortuna no disminuyó a la muerte del señor Kane, padre de Charles Foster.



La madre del joven Charles Foster era también una mujer nostálgica.



Charles Foster estudiaba en la Universidad, pero no olvidaba tampoco algunas de sus queridas cosas de la infancia.



Seguía considerándolo su grande y único amigo, aunque ahora estaba rodeada de algunos jóvenes meritorios; como Jerry V. Uwelt, por ejemplo.



Sí, lo quería. Y bastante más que al piano. Y a su flamante pipa.



Cada tanto visitaba el desván de la casa natal. Estaban las muñecas de su madre, y su trineo verde. Charles Foster Kane sonreía al amigo.



Pasaron los años. El niño ya era un hombre.
En Nueva York dirigía a su primer diario.













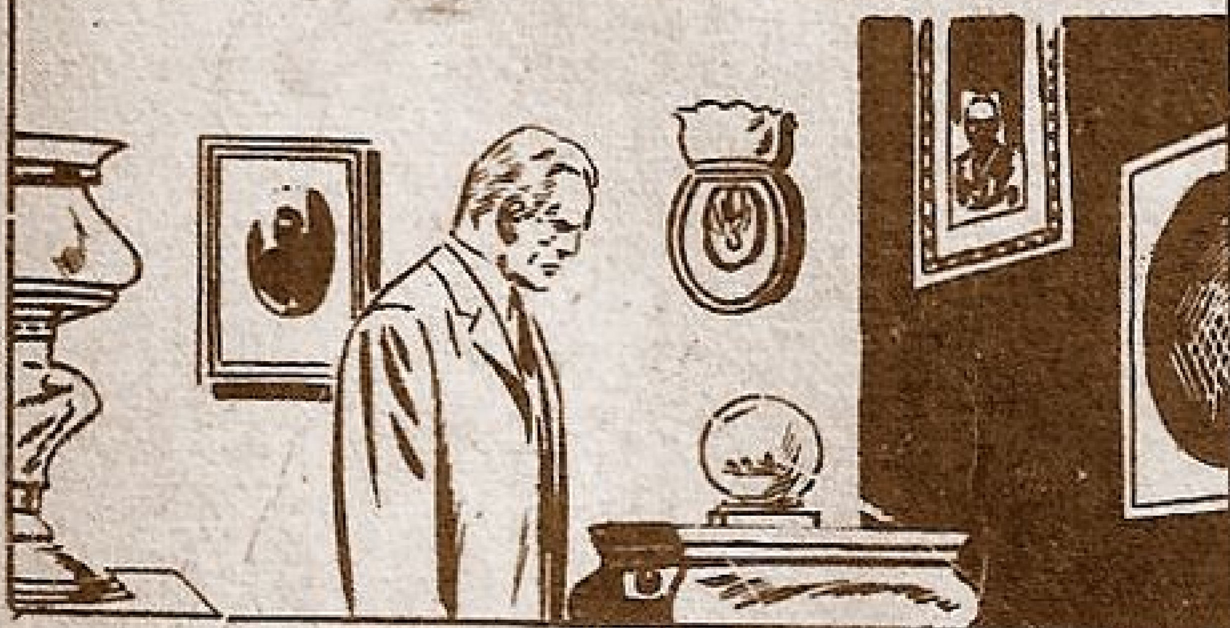


La señora madre de Charles Foster murió repentinamente, unas semanas después. Charles alquiló un frágil avión para ir a Manchester. Lloró como un niño durante el trayecto aéreo.





Un pequeño y poco valioso objeto, le distraía de sus muchas preocupaciones. Era una esfera de cristal, conteniendo una criatura montada en su trineo, y "nieve", que caía sobre la figura, en cuanto la esfera era removida. Charles Foster Kane pasaba largos ratos contemplando la escena. Y murmuraba: "Rosebud".



Nunca más volvería a Manchester. Hizo vender la enorme casa. Algunos objetos quedaron en un depósito de la calle 46, en Nueva York. El trineo verde, entre ellos.






La cicatriz le recordaba su ambición sin fronteras.
(¿Por qué no puedes ser presidente, Charles Foster?)


Así fue como conoció con toda sencillez a la sobrina de un - ex- presidente del país ...
¿Bailamos, miss Norman?


... y la enamoró sin que le costara gran trabajo.
(¡Ella está sorprendida por mi gran prestigio!)
Así, así, llegaría a la meta soñada: ¡Presidente!


Tío dice que eres el más joven y hábil de los diputados.


Charles Foster Kane tenía en un puño a esta tonta de Jacqueline Norman, como así también a docenas de tontos importantes.
(Crece mi fortuna. Ya poseo cuatro importantes diarios.)


En ocasiones, lo asaltaban algunas nostalgias, escasos remordimientos. Entonces, manejando su propio auto -o a pie, democráticamente- iba a encontrarse con el ayer almacenado en la calle 46.
Buenas tardes, señor Kane.


Pagaba con gusto, para que le cuidaran su infancia allí dormida.
¡Hasta otro día, señor Kane!


Jacqueline era su novia, pero, ¿acaso estaba conforme con ella?
C. F. KANE PRESENTA CANDIDATURA PARA GOBERNADOR.


Buscó una nueva salida política para aturdirse con sus demagógicos discursos. Era tiempo propicio para las grandes frases.
¿Qué opinas de mis discursos, viejo J. V. U.?


Jerry V. Uwelt, contestó: "muchas palabras".
¿Cómo? ¡He dicho las palabras justas!

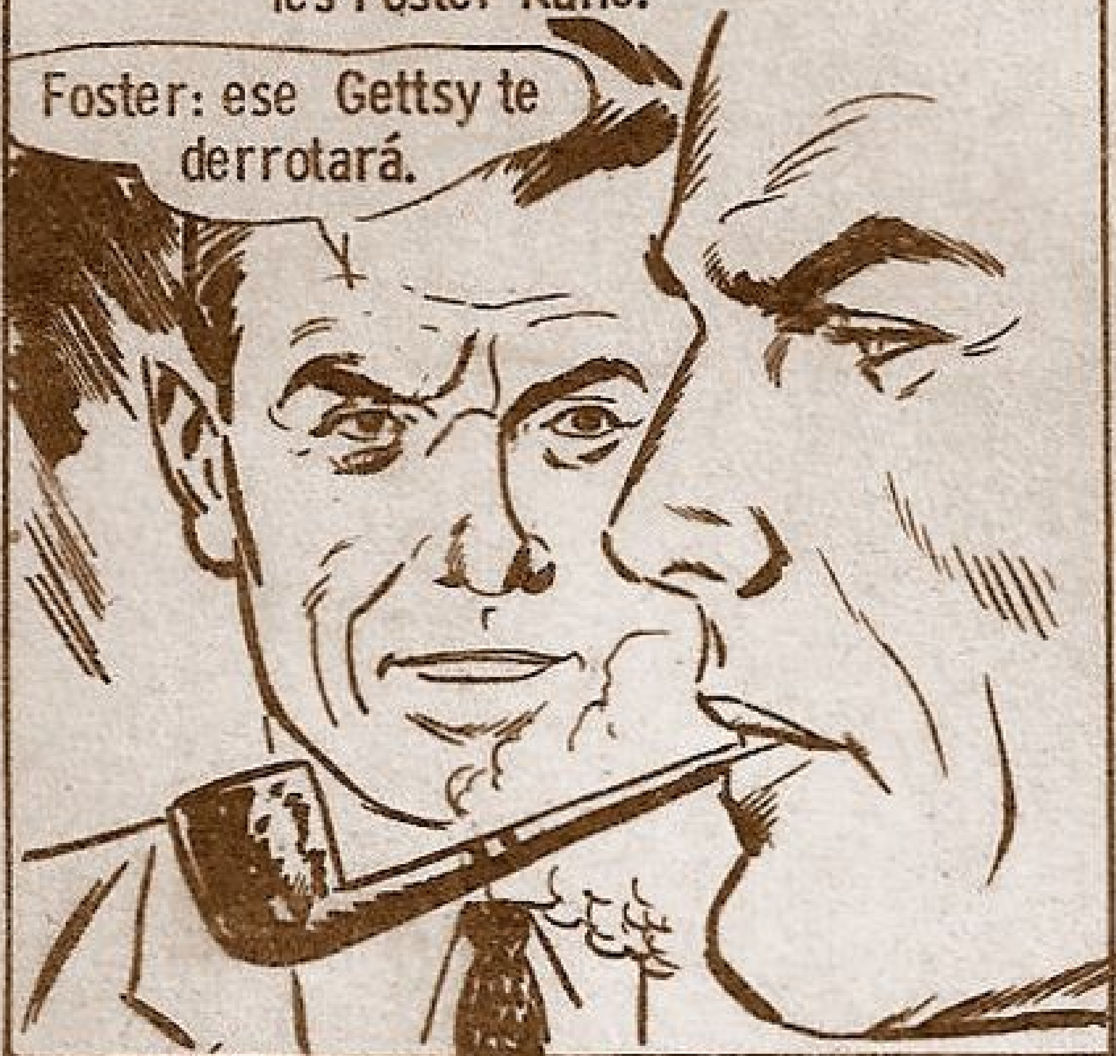

Jerry deseaba evitar las discusiones con su viejo amigo y patrón.
Soy crítico musical, Charles Foster. Nada más que eso.
Jamás voy a preguntarte una sóla palabra de política. ¿Oyes?


A Kane no le costaba trabajo desembarazarse de "lo inútil". Así lo consideró a Jerry V. Uwelt.
(Estoy furioso pero no lo echaré, pobre Jerry.)


La corte que nunca le faltaba en cualquiera de sus diarios, elogió a bocas llenas sus exactos y contundentes discursos.
¿No es cierto que yo estoy en lo cierto, muchachos?


Especialmente un ratoncillo, untuoso, sonriente, apellidado Berts, pero a quien llamaban Stan "el conejo".
¿Stan "el conejo? ¡Caramba, muy bueno! ¡Ja, ja, ja!


Los diarios le preparaban el camino a la gobernación.
¿QUIENES "UN TAL MAX GETTSY?" ¡APOYAD AL CIUDADANO KANE!


Max Gettsy era el más firme rival de Charles Foster Kane.
Foster: ese Gettsy te derrotará.


Con el mismo amigo circunstancial, tejieron la trama que hundiría al rival político.
Algo le encontraremos a ese Gettsy. ¡No te aflijas!


En los diarios de un día más tarde...
(¡Es una infamia! ¡Una ruindad!)


¿Qué decían sobre Max Gettsy los diarios de Kane?
CANDIDATO QUE ESTUVO EN LA CÁRCEL


Era una historia antigua y confusa. Se remontaba a la adolescencia del veterano Gettsy. En Utah había matado a un hombre.
¿UN MATÓN ASESINO A LA GOBERNACION?
MAX GETTSY


Max Gettsy se defendió con su valiosa actuación de los últimos treinta años, por todos conocida.
Eso vengo a decir a la ciudadanía aquí reunida.


Agentes de Kane, infiltrados, promovieron un grave escándalo.
¡Se tiñe con sangre de inocentes un acto de Gettsy!


Eufórico, Charles Foster consideró que el rival estaba aplastado.
Esto merece celebrarse, patrón.
Viva por la idea de "conejo". ¡Ja, ja, ja!


Rociaron con champaña hasta las máquinas de escribir.
¡Que hable Charlie! ¡Que hable el gobernador!


Max Gettsy sufría su derrota por anticipado, cuando se le ocurrió···
(¿Quién será esa joven que acompañaba a Kane, ayer?)


La historia había sido así:Una tarde de lluvia, Charles Foster salió en busca de su infancia, en el depósito de la calle 46.
¡Hasta otro día, señor Kane! ¡Y buena gobernación!


Se sentía el más poderoso y respetado de la Tierra. ¿Por qué, entonces, la lluvia lo fastidiaba? Se dirigió hasta su coche.
¡Berts! ¡Conejo idiota! ¡Mira esa goma desinflada!


Desesperado, el empleado comenzó a dar vueltas alrededor del auto de su patrón.
¡Vete a buscar un auxilio, hombre!


Charles Foster iba a penetrar en su auto, cuando pasó otro vehículo pisando violentamente un charco de agua turbia.
¡Maldición! ¡Ese idiota de conductor!


Llegó hasta el muy salpicado Kane, una risita nerviosa, aguda.
(¡No es fea esta tontuela!)


Betsy Hood reía, viendo los hinchados carrillos de ese hombre desbordado por la ira.
Muy mal corazón ha de tener quién se ríe de la desdicha ajena.


Charles Foster Kane hubiera penetrado en su auto y cerrado la puerta con violencia ante las narices de esa tonta, pero el caso era que la naricilla de la muchacha le agradó sobremanera.
Y no tengo encima ni un miserable pañuelo de repuesto.


Ella se despojó del pañuelo que recubría su cuello, alcanzándoselo al caballero con gran seriedad.
¡Oh, no! ¡Es demasiado, señorita...!


"El tío John dirá que no cuido mi garganta privilegiada,"dijo.
¿Canta, tal vez?


"Con el maestro Keerger que allí vive", contestó la bonita joven, alzando uno de los brazos, encantadoramente. Estaban bajo una ancha cornisa, y lejos del alcance de la lluvia. Allí, Charles Foster pudo comprobar que Betsy Hood tenía unos ojos muy expresivos.








El tío John permanecería atado a su sillón de ruedas hasta la muerte. Betsy lo presentó a Charles Foster. El señor John Hood "únicamente leía los clásicos". Odiaba a los diarios. No conocía a Kane, ni a su imperio. Ni le importaba nada de Kane.



Fastidiado al principio, Charles Foster se dejó arrastrar luego por la frágil belleza de Betsy Hood, nada más que una discreta aspirante a soprano ligera. Le declaró su amor. Ella rompió a reír.



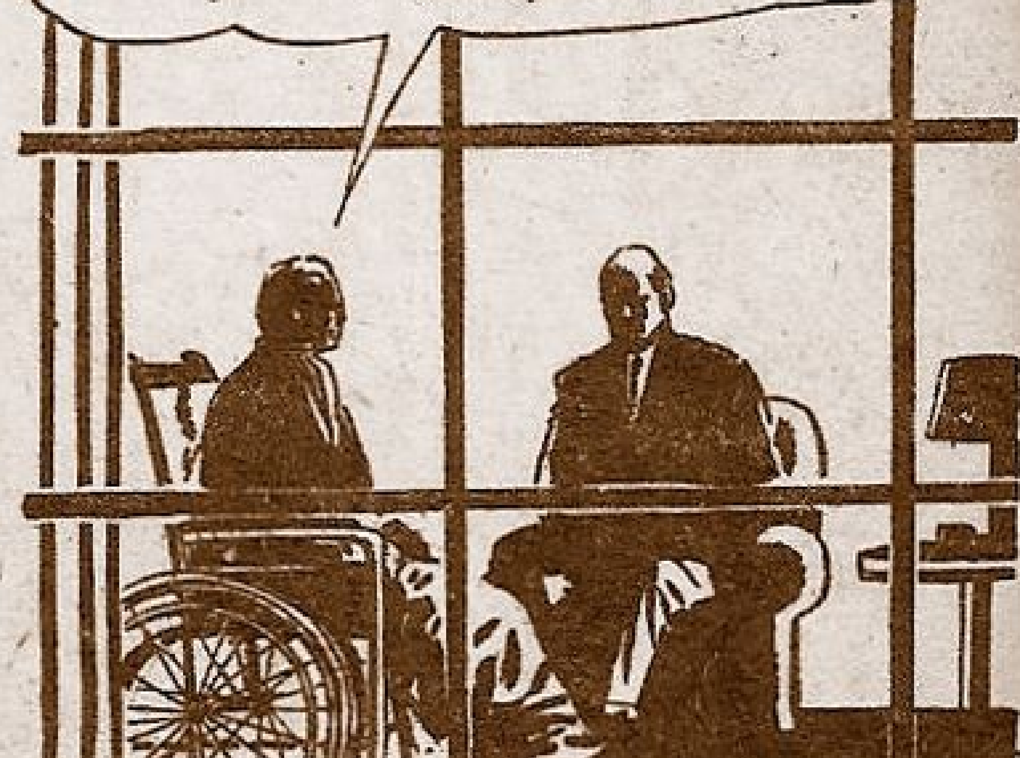













Sorprendido al principio, Charles Foster Kane rompió a reír.
¡Esfuerzos de un ahogado! ¡Hundiré lo mismo a ese Gettsy!


Luego, advirtió que la campaña del rival lo estaba perjudicando.
(Menos gente que en el mitin de anteayer.)


La redacción del principal diario de Kane, era preparada para celebrar principescamente su victoria.
¡Viva el gobernador Kane! ¡Vivaaaa!


Max Gettsy derrotaría a Charles Foster Kane por leve mayoría de votos;pero lo derrotaría.
¿Quién? ¡Oh, tú, Betsy! ¿Te das cuenta, querida?


Entre flores mustias y guirnaldas deshechas por la indignación de Kane y sus íntimos, el vencido hablaba tiernamente con la muchacha vulgar que lo había privado de la gobernación.
Al demonio con mi novia, Betsy. ¡Me casaré contigo!


Escapando de algunas pullas por su derrota, el poderosa Kane se refugió en Chicago. Allí trabajaba en uno de los diarios de su cadena el oscuro y talentoso Jerry V. Uwelt. En los últimos tiempos se había dedicado a la bebida.
¡Vamos, Jerry! ¿Por qué te abandonas así, amigo?


En la mañana siguiente, Uwelt era llamado a la oficina del director. Charles F. Kane -su antiguo compañero de Universidad- estaba allí, mirándole a los ojos.
Hola, J. V. U. ¿Cómo te va?


Se trataron con frialdad, pero conversaron largamente sobre determinado proyecto del multimillonario.
No olvides que será "mi regalo de bodas", Jerry.


Le pareció descabellado el asunto, al magnífico crítico musical, pero un nuevo teatro para la ciudad de Chicago, no estaba mal.
(Aunque se lo obsequie a su flamante y vulgarísima esposa.)


A medida que las obras del coliseo progresaban, Betsy Hood luchaba con sus pocas condiciones para el canto. No tenía la defensa de otras cantantes, con poca voz y gusto exquisito.
(¡Podría dedicarse a otra cosa esta "signorina!")


Kane pagaba al mejor maestro de canto, pero Betsy Hood no tenía remedio. Un año después, el teatro de Chicago esperaba para su sensacional estreno.
UNA VOZ NUEVA Y SENSACIONAL


Un lleno total;un público excelentísimo. Y el magnífico Jerry V. Uwelt en su palco, impecable bajo su frac;sobrio, espectante. Luego del primer acto ...
(¡Es lo peor que he visto en mi vida!)



Al fin del segundo acto, J. V. U. no estaba en su palco. Al concluir la velada, resonaron escasos aplausos. Charles Foster Kane presenció el fracaso total de su flamante y joven esposa.

En el diario, J. V. Uwelt dejó la sarcástica crónica inconclusa, y empezó a beber. No podía decir la verdad. No podía hundir a la esposa de quien fuera un amigo de la juventud. Kane llegó hasta él, y de un manotazo quitó la hoja a medio escribir en la máquina.



Uwelt fue despedido esa misma noche. Kane dejó junto a él, un sobre con la paga completa de ese mes, y un sueldo extra.



Desde ese día, Charles, enamoradísimo de la vulgar Betsy, pugnó por ubicarla en un plano que jamás alcanzaría. La apoyó con el enorme poder de sus diarios. Gastó dinero a manos llenas, pero la mediocre cantante nunca iría más allá de un levísimo éxito con una canción de corte popular. Y luego, un día...







Cuando los esposos hablaban en las gigantescas habitaciones, las voces se volvían eco. Generalmente, eco cargado de tristeza.



Betsy languidecía en ese palacio descomunal y solitario. Con una jauría de mastines cuidando el césped eternamente verde de sus inmensos jardines. Con una puerta de hierro donde se veía la "K" de oro y una frase de advertencia: "Nadie pase por aquí".



La joven enfermó aún más de los nervios. Escuchaba los pasos lentos, pesados, de su marido. El hombre que volvía a chocar con la derrota. El hombre que se aislaba para no golpearse con la evidencia de su nuevo fracaso personal.



Betsy Hood distraía su amargo ocio, armando un rompecabezas que abarcaba la totalidad de una mesa de cinco metros de largo. Lo había comprado ese hombre extraño, que hacía de chambelán y confidente del poderoso Charles F. Kane. Un sirviente llamado Chris.



Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Ella deseaba que ese hombre se fuera, que no le dirigiera la palabra. Y en verdad, Chris era un excelente individuo. Discreto, correctísimo, culto. A la pobre Betsy Hood le causaba terror.



Chris en persona acomodó durante dos largos días todas las rarezas que el patrón ordenara traer a Gran Rapids, desde varias ciudades de los Estados Unidos.





Betsy tuvo una gran discusión con Charles Foster.





Ella insistió tanto, que Charles Foster tuvo que ceder. Betsy se ausentaba por un tiempo a la ciudad, a casa del anciano tío John.



Era tal su rabia, que empezó a destrozar muebles y objetos que adornaban esa habitación.



Nunca sabrá cómo sufrí su fracaso. ¡La quiero! ¡La quiero!

Probablemente fuera verdad, pues luego de los sucesivos fracasos de Betsy, Charles Foster envejeció de manera sorprendente. Su espalda quedó algo encorvada, y una prematura calvicie concluía por hacer más lamentable el cuadro de alguien que fuera enhiesto, impulsivo, arrollador.



Le sobrevino una enfermedad fulminante. Charles Foster Kane murió una madrugada, acariciando esa esfera de vidrio "con la escena de la nieve", y diciendo una misteriosa palabra "Rosebud".



La prensa del país se agitó ante la muerte del hombre que durante muchos años fuera noticia permanente.



El imponente e inútil palacio de Gran Rapids salió a la venta.



El inmenso horno de la mansión empezó a devorar las cosas queridas por un hombre que ya no existía. Las muñecas, destrozadas, fueron a parar a un inmenso cesto de desperdicios...



Quien lo adquiriera decidió subdividirlo, remodelarlo, y echar abajo algunas de sus habitaciones donde lo tétrico imperaba curiosamente. Fue encontrado aquél caudal de "recuerdos" del muerto...



...mientras el fuego lo consumía todo, con diabólica alegría. Muebles antiguos de la casa natal en Manchester, y un trineo verde, de madera apolillada, en el cual aún podía leerse una palabra: "Rosebud". La palabra final en los labios del moribundo Charles Foster Kane. Y no sifnificaba...



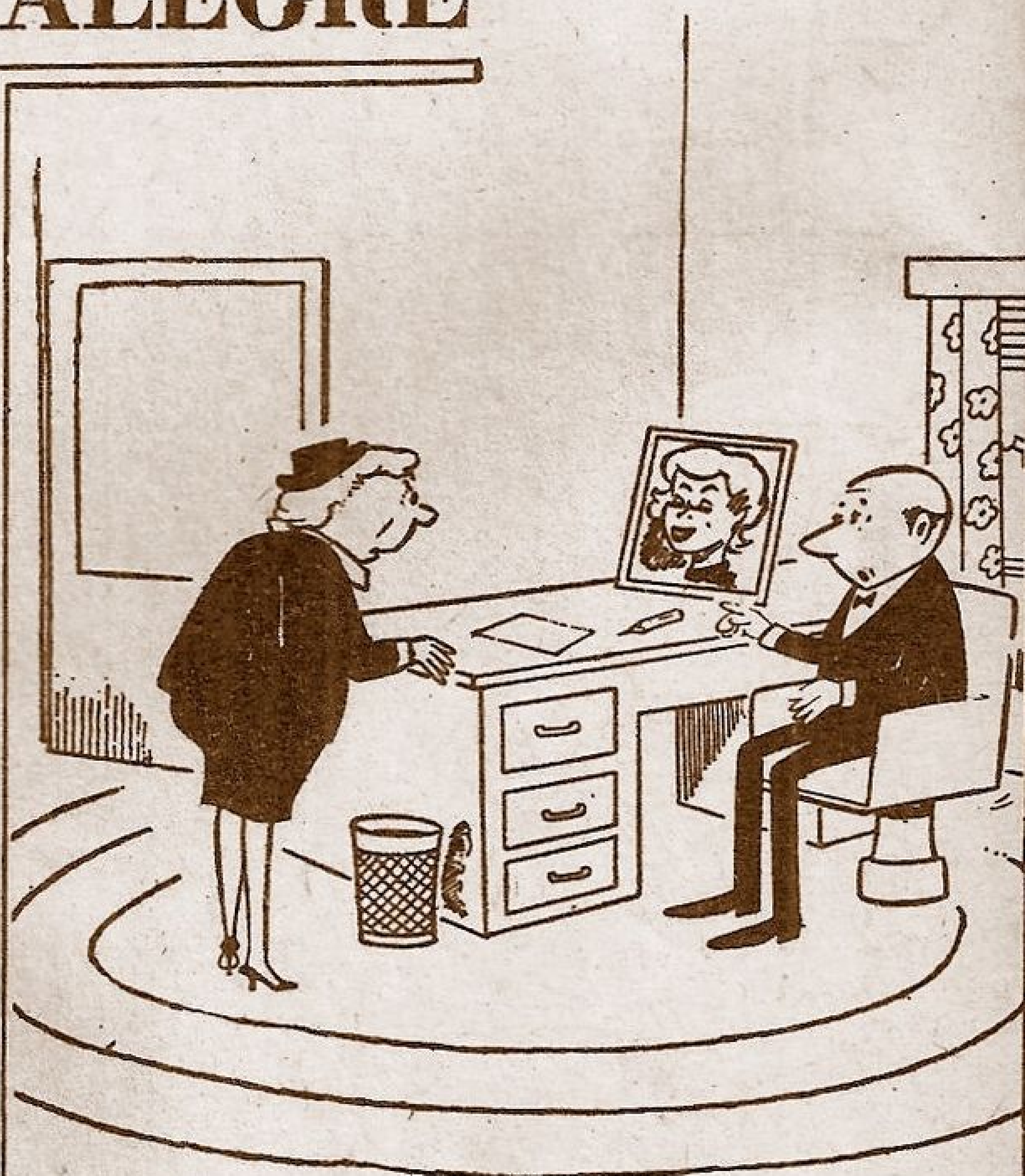
...el nombre de un amor secreto -¡lo dijeron varias revistas románticas!- ni "alguna palabra clave del político," ni nada del otro mundo. "Rosebud", en los labios de Charles Foster, era como una caricia nostálgica al ayer;a una infancia notablemente más hermosa que los años posteriores. Los años de triunfos, halagos, sonrisas y mentiras, en la vida de un hombre.

FIN

RINCON ALEGRE



-¿Dice que está arruinado? Entonces no es necesaria la operación. Tome bicarbonato y quedará como nuevo.



-¡Pero, querida! Si eres tú...¿Ya no te acuerdas?

GOTITAS DE ALEGRIA



-¿Ha visto usted una mujer sin un niño de mi edad?



-Benson, necesito su consejo. Tengo que despedir a tres empleados.



-¡Mi vida! ¿Te sientes bien? Como encontré la línea desocupada...



-Cada vez te sale mejor el estofado, querida. Uno de estos días me voy a decidir a probarlo.



-Estoy un poco nervioso porque es mi primer hijo, ¿sabe...?

UNA LARGA ESPERA



Por Leonard Finley Hilts

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE DURAÑONA




















Horrorizada, dio un paso atrás, al notar que su bata estaba manchada de sangre. Y una mancha roja se agrandaba sobre la alfombra.


La chaqueta del hombre estaba abierta: su camisa mostraba el lugar donde penetrara la bala asesina. Helen sintió que todo daba vueltas en torno suyo, y ...


Al despertarse, permaneció inmóvil unos minutos, tratando de recordar lo sucedido. Estaba en la cama.
(Me había caído en el living, junto a la puerta, y ahora... ¿Habrá sido todo sólo una pesadilla?)


Dirigió una mirada al reloj: las 9. 30. Dio un salto. ¡Debía estar en la oficina, dentro de dos horas! Tomó su bata.
(Recuerdo que estaba manchada con sangre... ¡Pero no, no tiene ninguna mancha.)


Recordaba con tanta nitidez, con tantos detalles, el horror de aquella visión nocturna...
(¿Estaré loca? No puede ser una pesadilla... Y sin embargo ... ¿Cómo estoy en el dormitorio, y la bata inmaculada?)


Bajó las escaleras. El living parecía totalmente normal, sin huellas en la alfombra ni rastros del cadáver. De pronto, aspiró profundamente.
(¡Huelo a líquido de limpiar manchas!)


Se arrodilló en el lugar donde recordaba al hombre caído. Pasó la mano por la alfombra.
(¡Está ligeramente húmeda... y el olor al quitamanchas es más intenso!)


Temblando cruzó la habitación y se desplomó en una silla, llorando histéricamente. Sentía frío. Alargó la mano hasta el teléfono y marcó un número.
¿Paul? ¿Puedes venir en seguida? Te necesito. Estoy en casa.


-Estaré allí en quince minutos, Helen -fue la respuesta.

Volvió a subir a su dormitorio, para vestirse. Mientras lo hacía, comenzó a recordar su vida pasada con Jimmy. El había sido piloto de las Fuerzas Aéreas. Se casaron dos semanas antes de que su escuarón fuera destinado a ultramar.

















Se fue al día siguiente, dejándole la casa. Después de su partida, Helen comprendió su error.






Llamaron a la puerta, sacándola de sus recuerdos. Era Paul Harver. Un año antes había alquilado un departamento frente a su casa y desde entonces, se hizo muy amigo de Helen.


En una ocasión, le pidió qu se casara con él, y cuando ella se negó, se mostró comprensivo. Ahora estaba en el sillón, preocupado.
¿Qué te pasa, Helen? Cuéntamelo detalladamente. Por teléfono parecías muy angustiada.


Te parecerá muy extraño, Paul, pero todo sucedió exactamente como te lo contaré. Puedes creerme.
Muy bien, adelante.


Al terminar Helen su relato...
¿Reconociste al hombre que llamó a la puerta?


Por primera vez, Helen pensó que en el aspecto de aquel hombre había algo que le resultaba familiar. Fue hasta su escritorio.
Este es el album de fotografías de Jimmy. Quizá...


Miró varias fotos hasta que se detuvo en una: la del escuadrón de Jimmy. La estudió cuidadosamente y ...
¡Este es! Cabellos oscuros y espesos, rostro anguloso... ¡Es el visitante de anoche!


Dio vuelta la foto y leyó el nombre escrito al dorso: "Lou Harris".
Ya recuerdo... Lo conocí en un baile, en la base. Era copiloto de Jimmy.

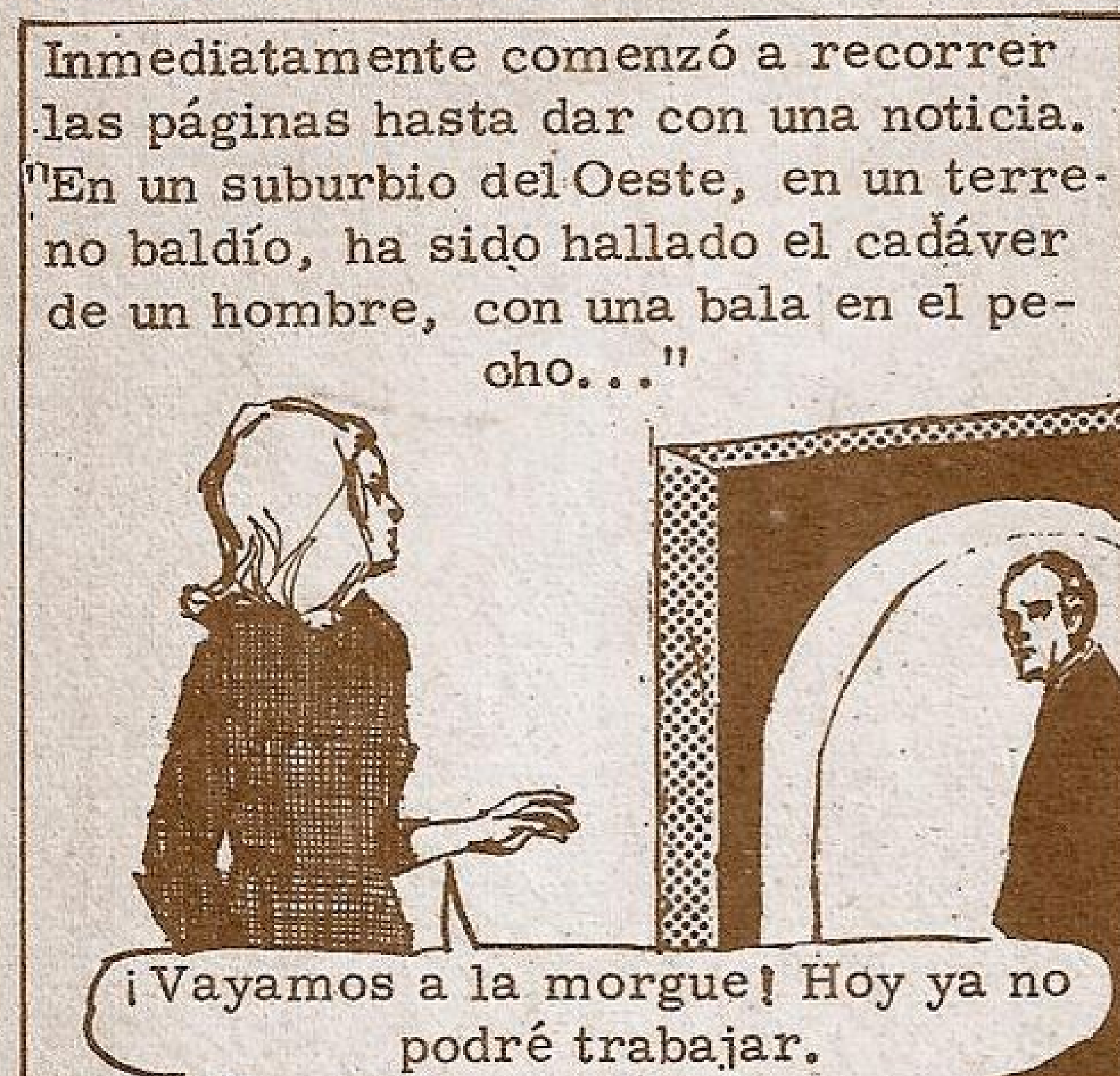

Paul meneó la cabeza.
Mira, Helen... Has estado bajo una intensa tensión nerviosa por mucho tiempo. A veces se sueña cosas y ...
¡Sucedió, Paul! ¡Sé que sucedió!


Está bien, supongamos que sí. Ahora recapitulemos los hechos. Parecería que tu marido necesita ayuda y que alguien no quiere que tú lo sepas.


Pero, ¿por qué llevaron el cadáver?
Pudieron sacarlo para no dejar rastros... ¡Aunque es demasiado fantástico para ser verdad!

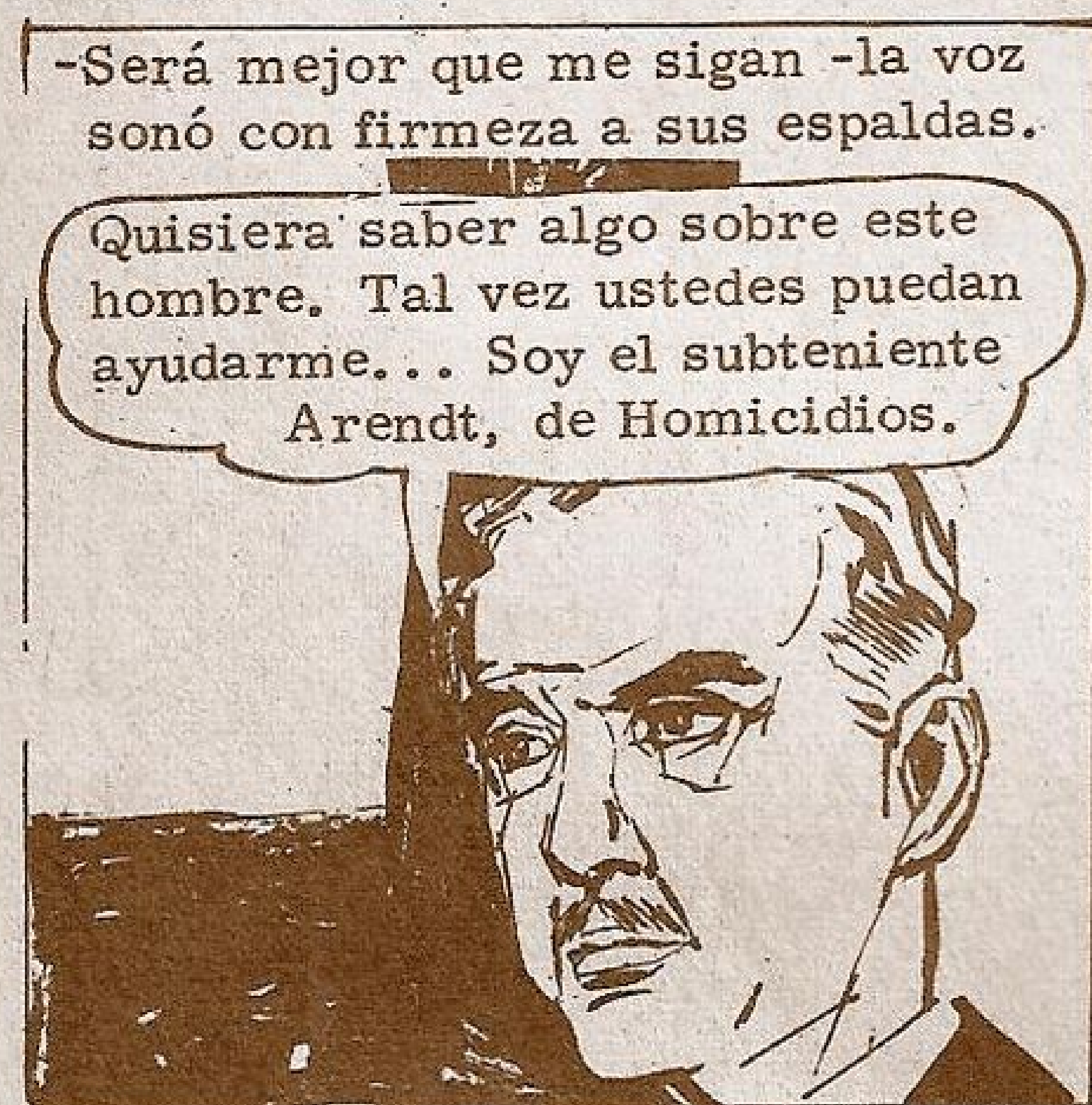

¿Piensas que estoy volviéndome loca?
No, Helen. Pero has estado pensando en Jimmy tanto tiempo, que tu mente...


Un golpe en la puerta del frente interrumpió a Paul.
Es el diario del mediodía. El repartidor lo arroja desde su bicicleta.
Dámelo. Tal vez traiga algo de interés.


Inmediatamente comenzó a recorrer las páginas hasta dar con una noticia. "En un suburbio del Oeste, en un terreno baldío, ha sido hallado el cadáver de un hombre, con una bala en el pecho..."
¡Vayamos a la morgue! Hoy ya no podré trabajar.


Me parece una ridiculez. No sabes si se trata del mismo hombre y podríamos meternos en un lío...
¡Es necesario que ayude a Jimmy! ¡Iré ya mismo! ¡Algo debo hacer!


El empleado de la morgue retiró el lienzo y ...
¡Es él!
Salgamos.


-Será mejor que me sigan -la voz sonó con firmeza a sus espaldas.
Quisiera saber algo sobre este hombre. Tal vez ustedes puedan ayudarme... Soy el subteniente Arendt, de Homicidios.


Poco después, en la oficina policial...
Creo que su nombre era Lou Harris.
¿Cómo lo sabe?


Subteniente, la señora ha tenido una terrible pesadilla, y ...
¡No fue una pesadilla!


Arendt pidió a Helen que contase todo. Mientras tanto, Paul fumaba nerviosamente, como contrariado. Cuando ella terminó...
Una historia realmente extraña... pero no imposible. Señor Harver: ¿cree usted que se trata de un sueño?


Conozco las desdichas de Helen; sé lo que pasó, desde que su esposo la abandonó... Sus sueños le han perturbado.


¡Bien! No los retendré más. Indagaré sobre Harris, y los comunicaré cualquier novedad. Este asunto puede ser más serio de lo que parece a primera vista.


Paul manejó el coche en silencio.
¿Qué sucede?
¡Todo esto es ridículo! ¡Cada vez me convenzo más que lo has soñado!

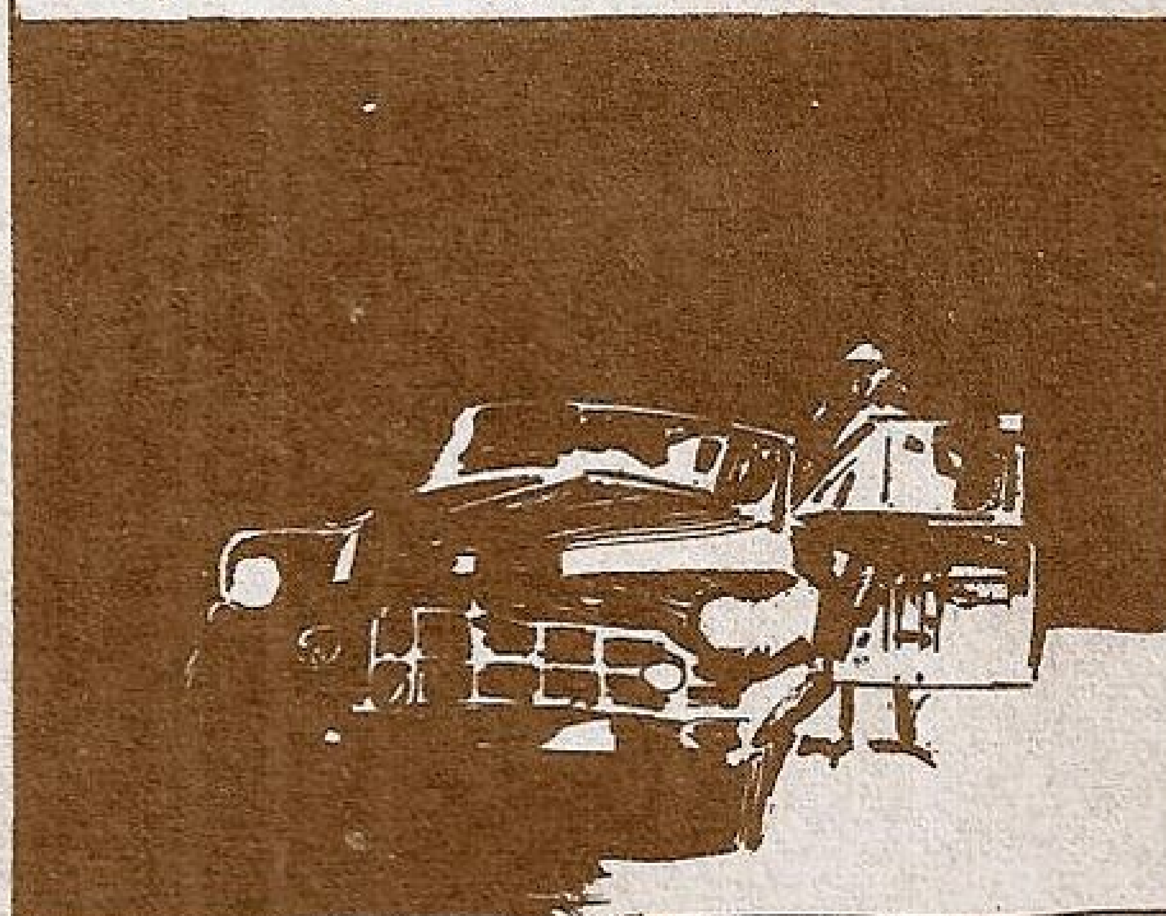

Helen se disponía a protestar, cuando vio que Paul hacía un brusco viraje. Un coche se les había atravesado como un bólido obligándolos a echarse a la banquina.


Helen vio que el otro automóvil frenaba. Dos hombres salieron del vehículo, obligaron a Paul a abrir la portezuela, y ...


Quiso gritar, pero...


...tras sacarla por la fuerza del auto, la introdujeron en el otro.
¡A ver si te quedas quieta!


Luego, el vehículo se puso en marcha. Oyó que decían:
¡Listo! Ya terminamos con el tipo.


Los minutos le parecieron le parecieron siglos. El auto se apartó de la ruta, tomando un camino de pedregullo, y por fin, se detuvo.


La sacaron del auto y comenzaron a subir una escalinata.
No te asustes, chiquita... Si te portas bien, no te pasará nada.













Oyó los golpes de puño que iniciaban la pelea, pero ésta fue interrumpida por una voz, que reconoció angustiada...









Movió Helen la cabeza, en señal de asentimiento. El hombre se fue. Cautelosamente, volvió ella a escuchar.

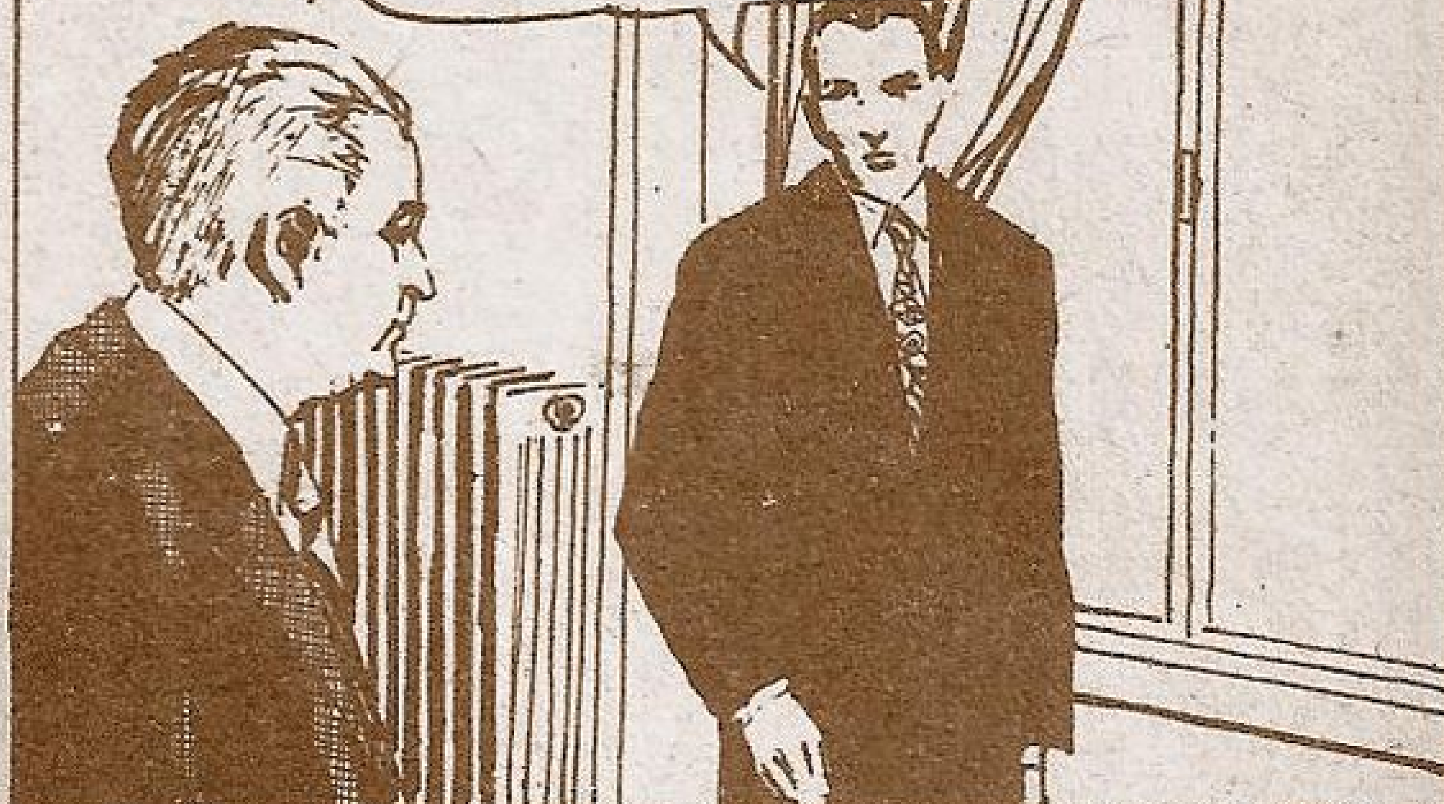


Abajo estaba su Jimmy, y ella no podía hacer nada por él, ni decirle que estaba allí.



Así me gusta más... En cuanto el tiempo lo permita, volará a Oklahoma. Por ahora, estará encerrado en un hotel.

Yo me ocuparé de acompañarlo, jefe.



Las voces dejaron de oírse. Helen quedó pensativa.



Se abrió la puerta, y entraron dos hombres. En uno de ellos reconoció al "jefe".

Quiero que sepa, que si algo de lo que oyó aquí llega a conocimiento de otra persona, su esposo morirá.



Será muy sencillo... Simplemente, lo obligaremos a arrojarse sin paracaídas, cuando estemos volando sobre el desierto.



Sí, ya sé... Usted obedecerá en todo. ¿Es lo que quiere decir, verdad, señora Rinehart?

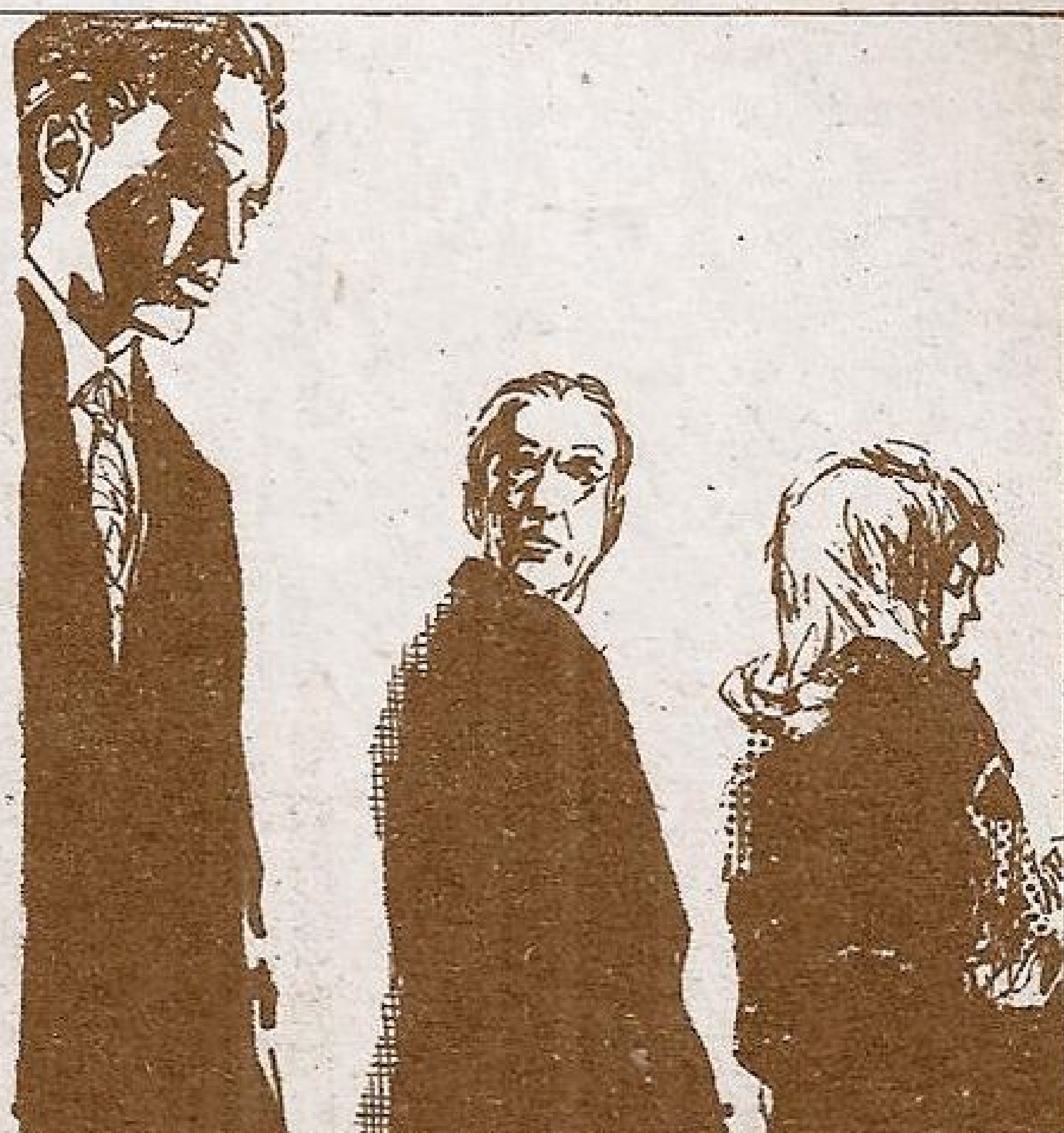


El hombre que acompañaba al jefe, le acercó un vaso de leche y un sandwich.

Como algo, ahora... No queremos matarla de hambre.



Mientras Helen bebía la leche, alguien gritó, abajo: -¡Jefe! ¡La niebla se está levantando! ¡Dentro de una hora podrá despegar el avión! -Está bien, ya vamos. Tú Stan, te quedas aquí. -dijo el jefe. Poco después, el automóvil partía.



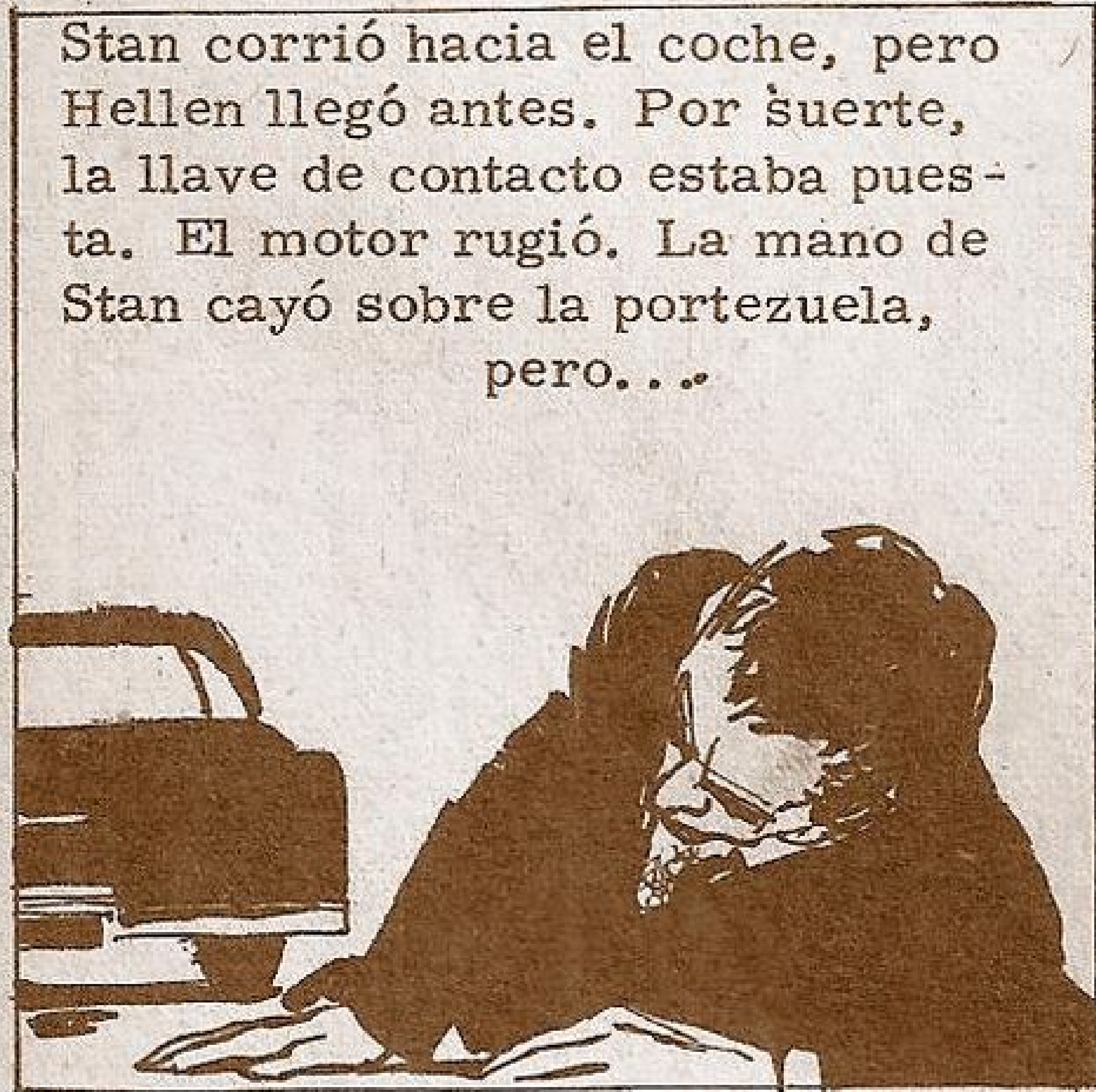
(¡No sé cómo, pero debo huir! ¡Tengo apenas una hora para salvar a Jimmy!)




Había dos autos, y sólo uno salió. Si lograba llegar sin que Stan lo advirtiera, hasta el otro... Abrió la puerta, sigilosamente. El corredor estaba en penumbras. No se oía ruido alguno, pero no podía aventurarse a bajar por la escalera. Stan estaría abajo.

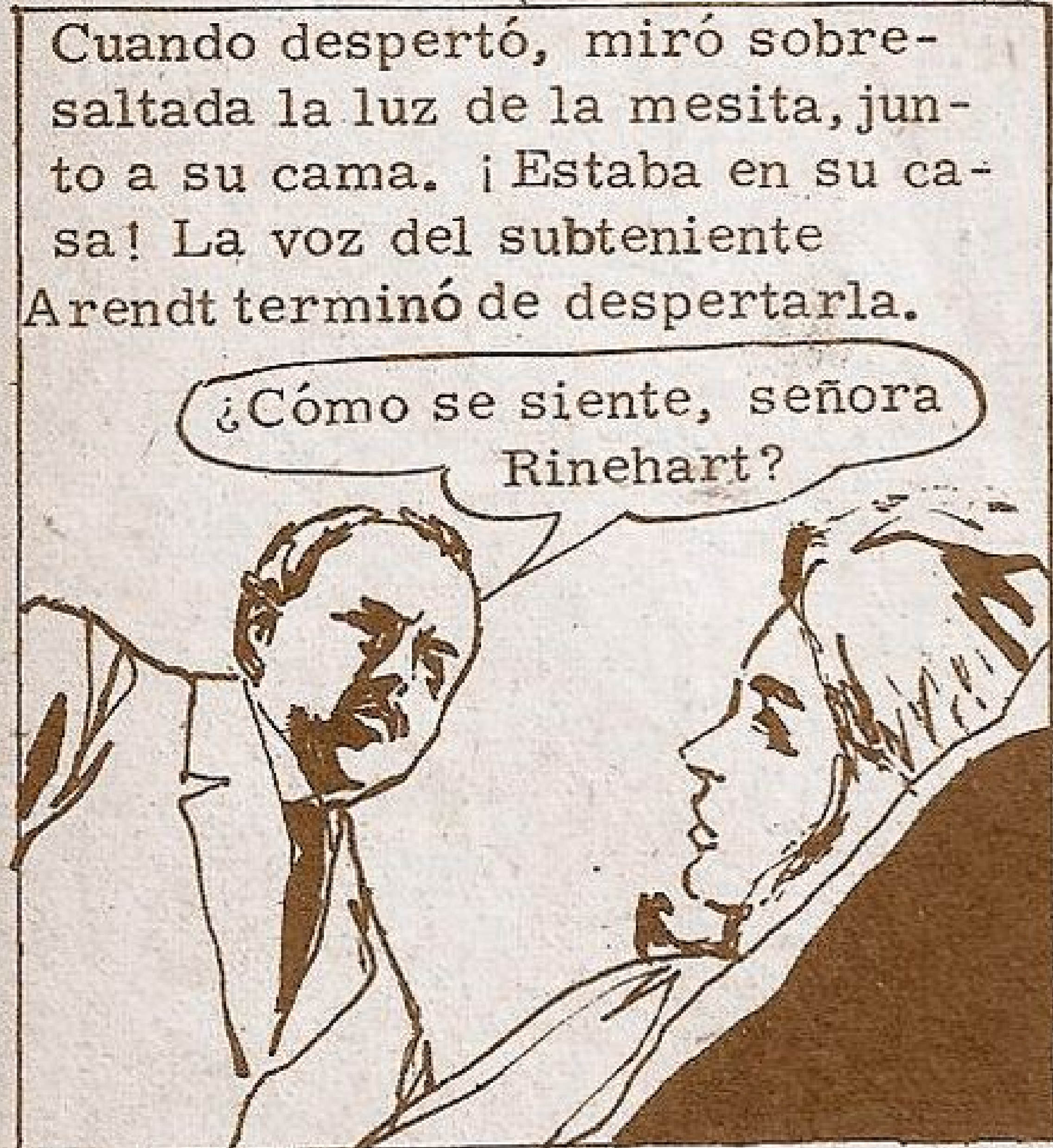

Vio una ventana, y...


Fue un descenso algo arriesgado, pero el pensamiento de Jimmy le dio fuerzas. Estaba casi abajo, cuando...
(Allá está... ¡y me ha visto!)


Stan corrió hacia el coche, pero Hellen llegó antes. Por suerte, la llave de contacto estaba puesta. El motor rugió. La mano de Stan cayó sobre la portezuela, pero...


Mientras manejaba, Helen comenzó a sentir un extraño sopor, imposible de dominar. Era como ... ¡De pronto, comprendió!
(¡La leche!... ¡Contenía un somnífero! No podré... llegar ...)


Le habían dado, evidentemente, una dosis muy alta. No pudo resistir más. Detuvo el coche a un costado del camino, e intentó bajar. Pero se sintió caer en un oscuro pozo... caer. Caer... dormir... dormir...

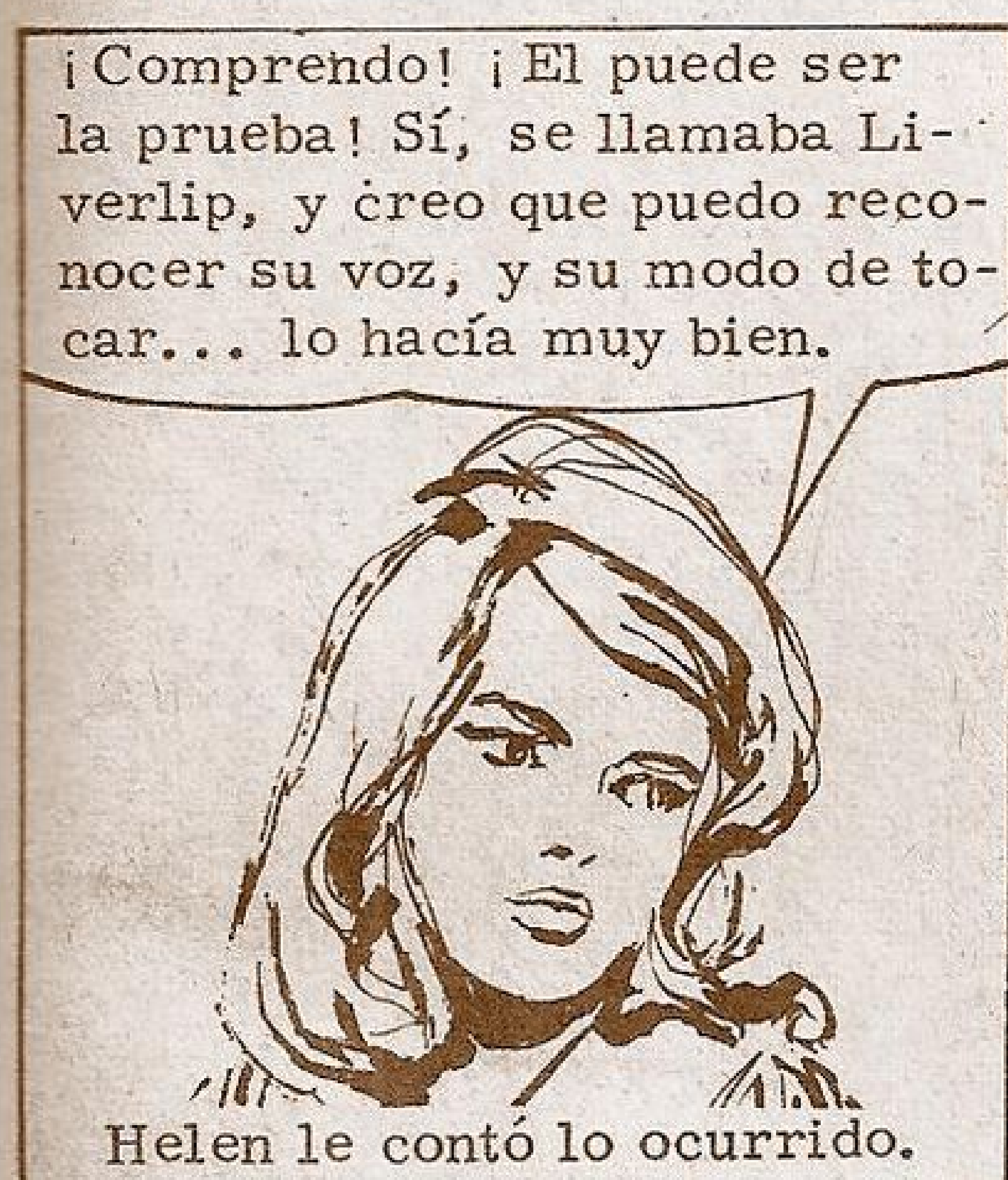

Cuando despertó, miró sobresaltada la luz de la mesita, junto a su cama. ¡Estaba en su casa! La voz del subteniente Arendt terminó de despertarla.
¿Cómo se siente, señora Rinehart?

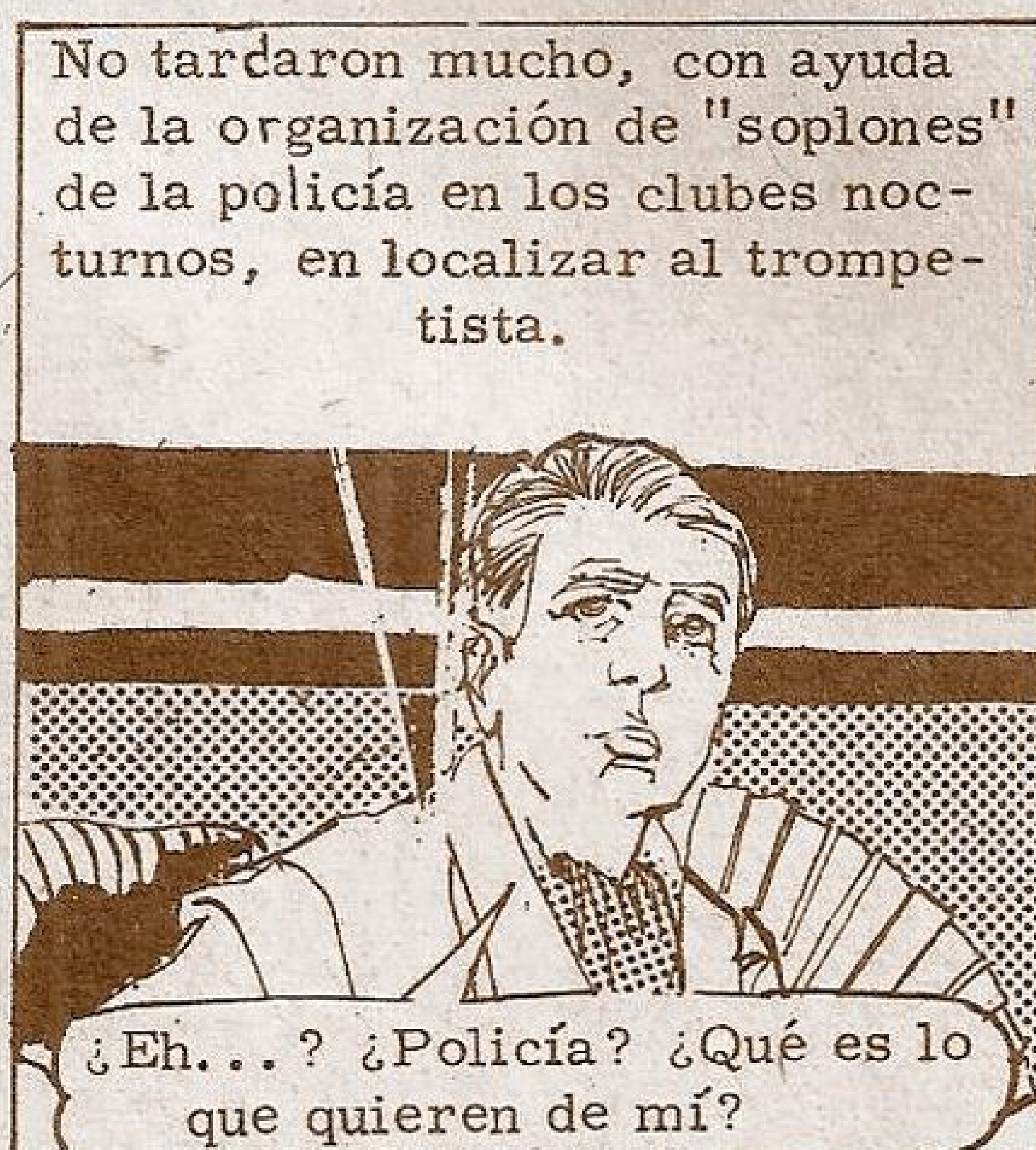

Algo... mareada... Yo... el auto...
Una patrulla la halló en un auto, drogada. ¿Qué le ocurrió?

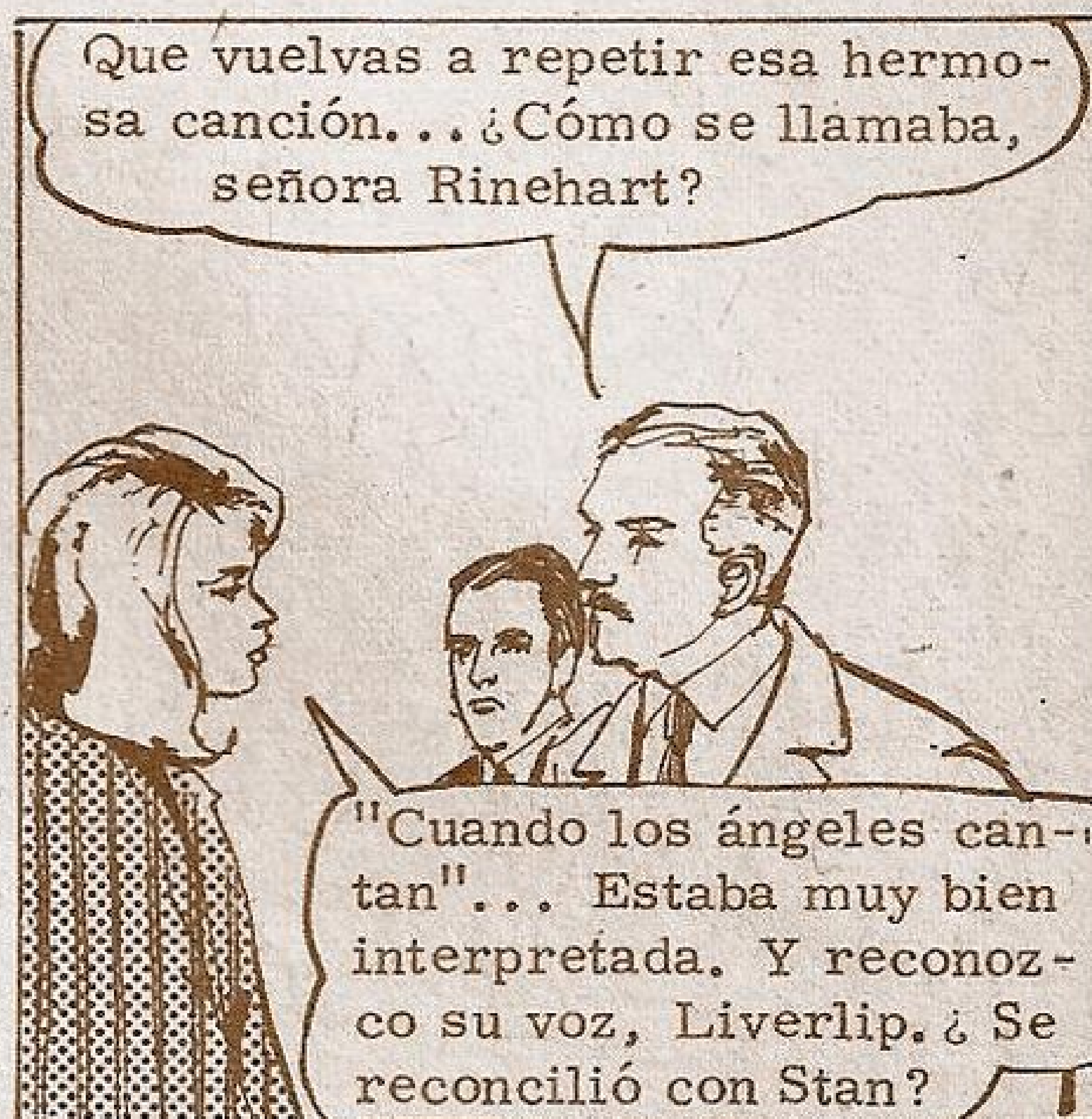

¿Qué hora es? ¡El aeropuerto! ¡El avión ya habrá despegado...!
Tranquilícese: los vuelos están suspendidos. Sigue la niebla. Ahora, cuénteme lo ocurrido. ¿De qué avión habla?


Ahora está todo más claro. Mandaré agentes al aeropuerto, para detener a la banda, pero necesito pruebas...
¿Pruebas? ¡Ellos van a matar a Jimmy!


No ahora. Lo necesitan para pilotear el avión. Y aún no podrán levantar vuelo. Mientras tanto, vamos a buscar a ese trompetista. ¿Dijo que se llamaba Liverlip?


¡Comprendo! ¡El puede ser la prueba! Sí, se llamaba Liverlip, y creo que puedo reconocer su voz, y su modo de tocar... lo hacía muy bien.
Helen le contó lo ocurrido.


No tardaron mucho, con ayuda de la organización de "soplones" de la policía en los clubes nocturnos, en localizar al trompetista.
¿Eh...? ¿Policía? ¿Qué es lo que quieren de mí?


Que vuelvas a repetir esa hermosa canción...¿Cómo se llamaba, señora Rinehart?
"Cuando los ángeles cantan"... Estaba muy bien interpretada. Y reconozco su voz, Liverlip. ¿Se reconcilió con Stan?


¡Maldición! ¡La tipa que secuestramos! Siempre dije que esto se destaparía...
Así es, Liverlip. Y su mirada no me gusta. ¡Regístrenlo! Estoy seguro que encontraremos algo interesante...


Después del registro...
¡Ya me parecía! Me imagino lo que habrá en este sobrecito... ¡Ahora cantarás lo que sabes, sobre la organización. ¡Drogas!


Liverlip, viéndose perdido, confesó ampliamente.
El jefe consigue el polvo en la frontera. Hay dos aviones, para transportarlo...


¿Qué sabe del crimen de Harris? ¿Quién lo hizo?
¡Yo no fuí! ¡Ese no es mi trabajo! ¡Habrá sido Stan... o Goose! Ellos son los matones.


El cielo está despejándose... ¡Vamos ya al aeropuerto! ¡Este pájaro quedará bien encerrado!

Al llegar al aeropuerto, escucharon el rugir de motores. Presa del pánico, temiento por la vida de Jimmy, Helen hechó a correr súbitamente.















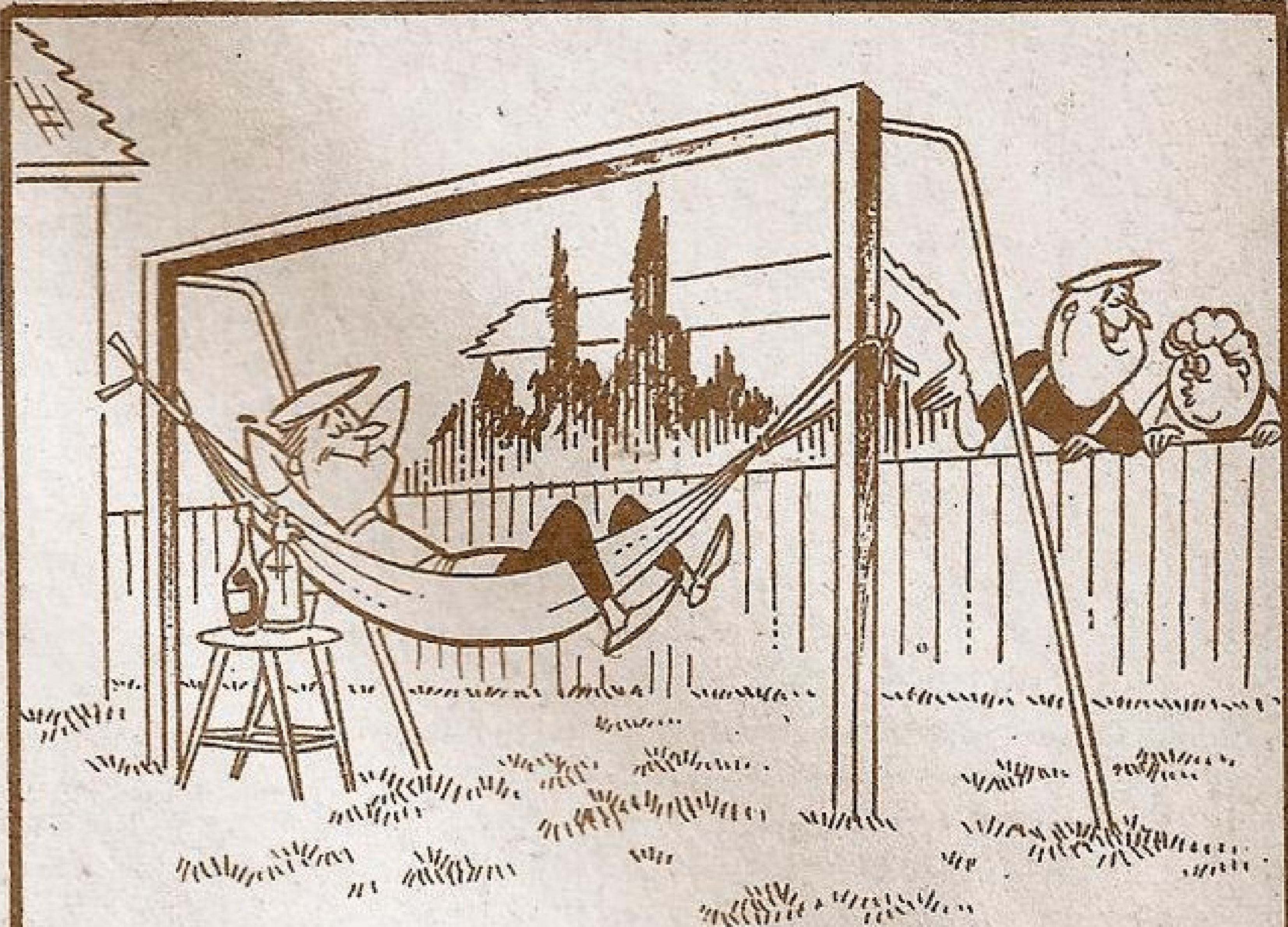




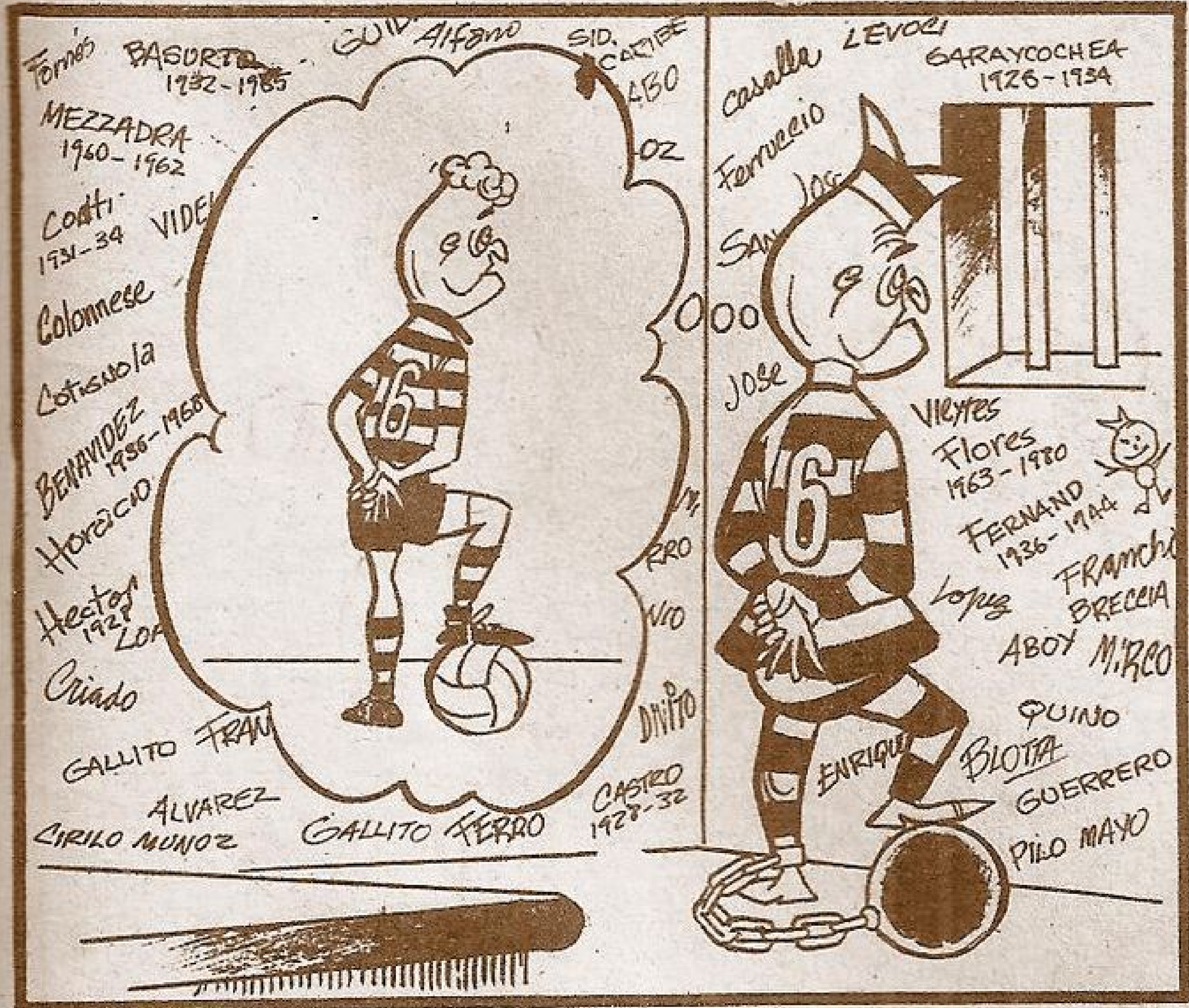
LEJOS DE LAS CANCHAS



-Esto ocurre desde que formaron una sociedad comercial. En el fútbol formaban una pareja que se entendían a las mil maravillas.



- Dice que es la única forma que no extraña el aleja - miento de las canchas.

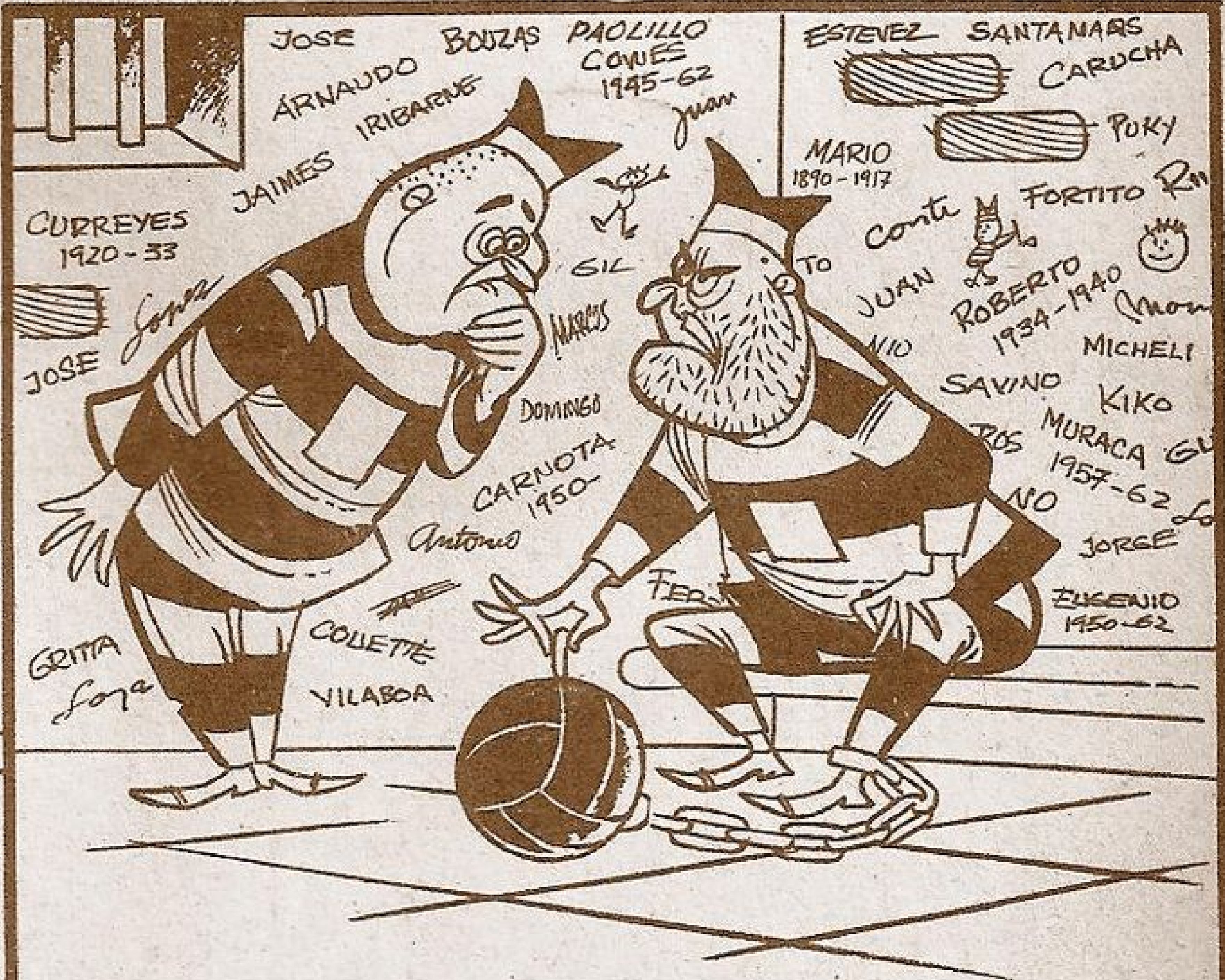




-¡ Y pensar que hace ocho años la podía usar !



- Abandoné el fútbol porque las piernas no me respondían más y tú me obligas a hacer esto todos los días.



- Dibujándola así parece más livianita.

BANDIDOS *de* CALABRIA

POR

Alejandro Dumas



ADAPTACIÓN · DIBUJOS DE ENRIQUE RAPELA

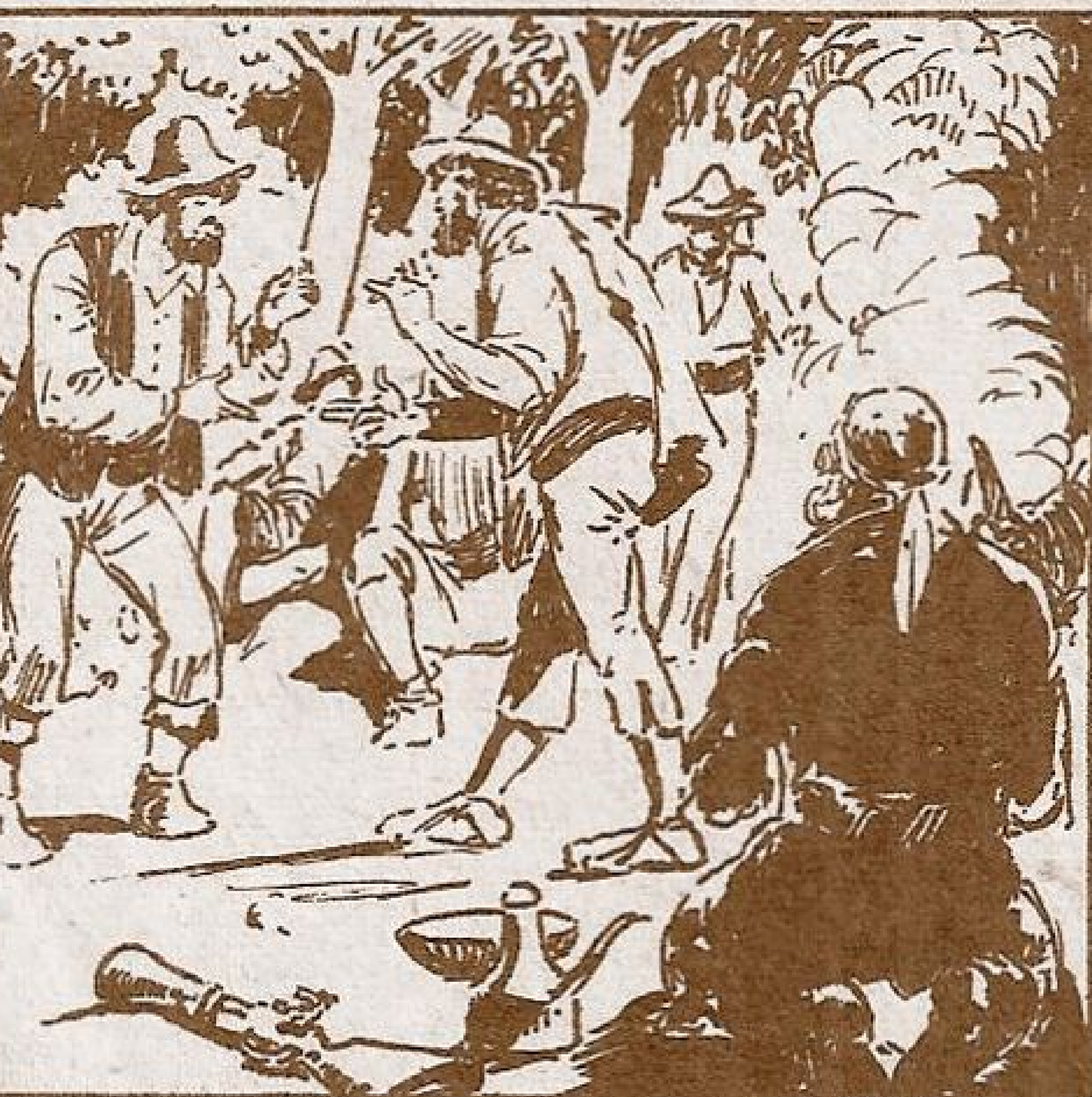
Estamos en las montañas de Calabria. Serpeando por los flancos de una de las más escarpadas hay un camino, a lo largo del que brillan muchas hogueras, en torno de las cuales se agrupan hombres armados. Estos hombres son gendarmes que van...



...en persecución del bandido Jácomo, con cuya banda han cruzado un nutrido tiroteo. Al llegar la noche, no se atrevieron a arriesgarse en su seguimiento, y esperan el día para explorar la montaña.



Ahora levantad la vista y mirad sobre aquella meseta cuyos otros flancos se cortan a pico sobre el abismo, rodeada de cumbres rojizas y cubierta de árboles. Se divisan, en un punto estratégico, unas veinte personas, de las cuales un grupo juega a la "murra" y otro se ocupa de asar un cordero y hacer los preparativos para la cena. Hay, además, dos...





...centinelas que montan guardia subidos sobre una roca; una mujer sentada con un niño en los brazos; y, por último, algo más alejado, un...



...bandido que arroja los últimos terrones de tierra sobre una fosa recientemente cavada. Este bandido es Jácomo, el jefe de la banda. Aquella mujer es su compañera, desde hace unos meses. Aquellos hombres son su "cuadrilla", y el que reposa en la tumba es Hierónimo, primer teniente de ella: una bala lo libró del patíbulo, al que seguramente marchará Antonio, segundo teniente de la banda, que cometió la tontería de dejarse atrapar.



Cuando Jácomo concluyó su obra funeraria, soltó el azadón y se arrodilló sobre aquella tierra fresca. Permaneció así largo rato, rezando. Luego se levantó y...



Estas palabras fueron pronunciadas con tal sentimiento, que el bandido se conmovió, tanto como era posible que se conmoviera su salvaje naturaleza, y dejó caer su mano curtida sobre la cabeza de ella, diciendo: — María, eres, en verdad, una buena mujer.





. . . mano por la frente, suspiró y dijo: — ¡Compañeros: tengo que contaros una historia!

Esa historia comienza en 1799. Los franceses se habían apoderado de Nápoles. Hicieron de ella una república, y esta república, a su vez, quiso . . .

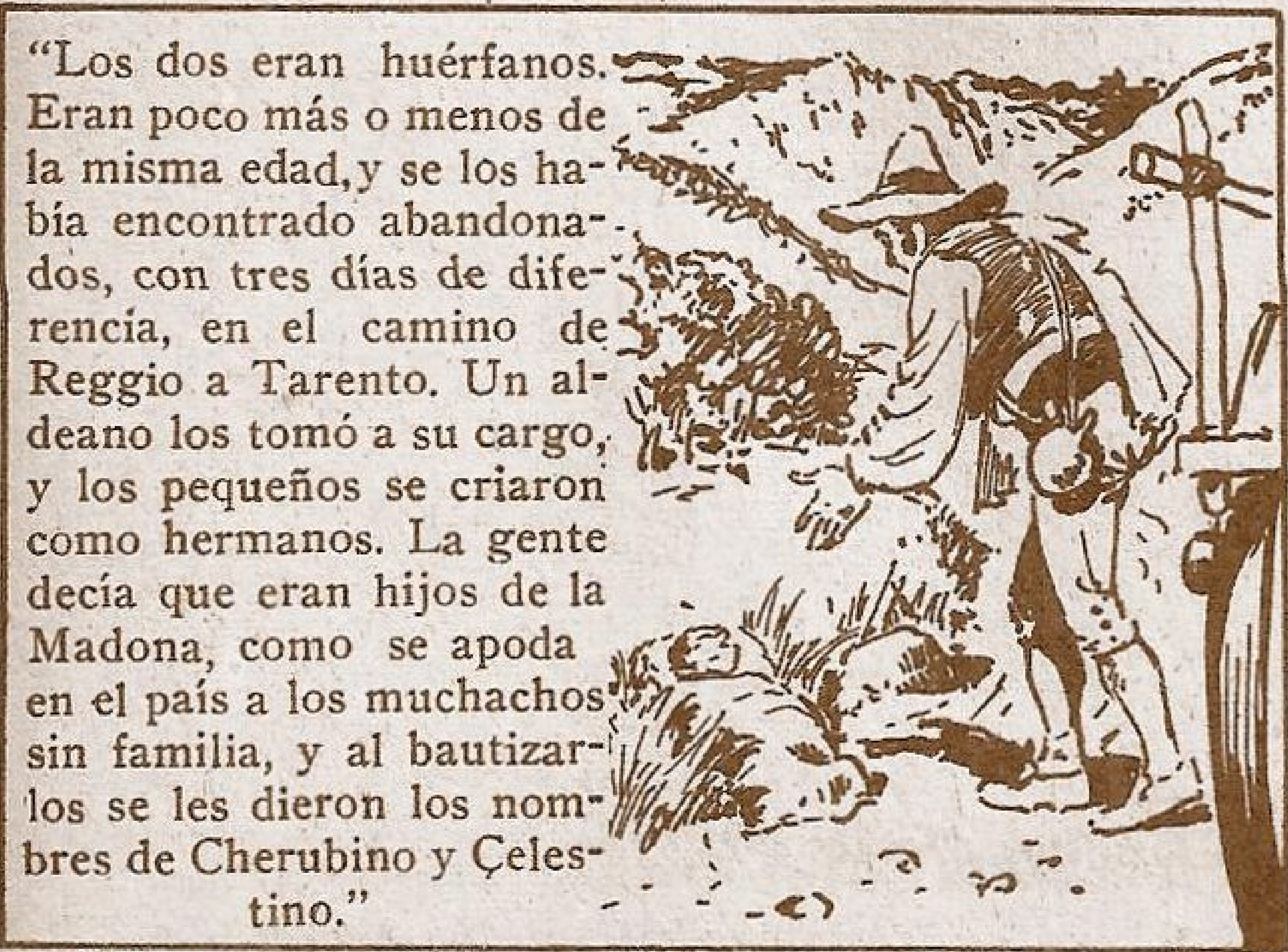


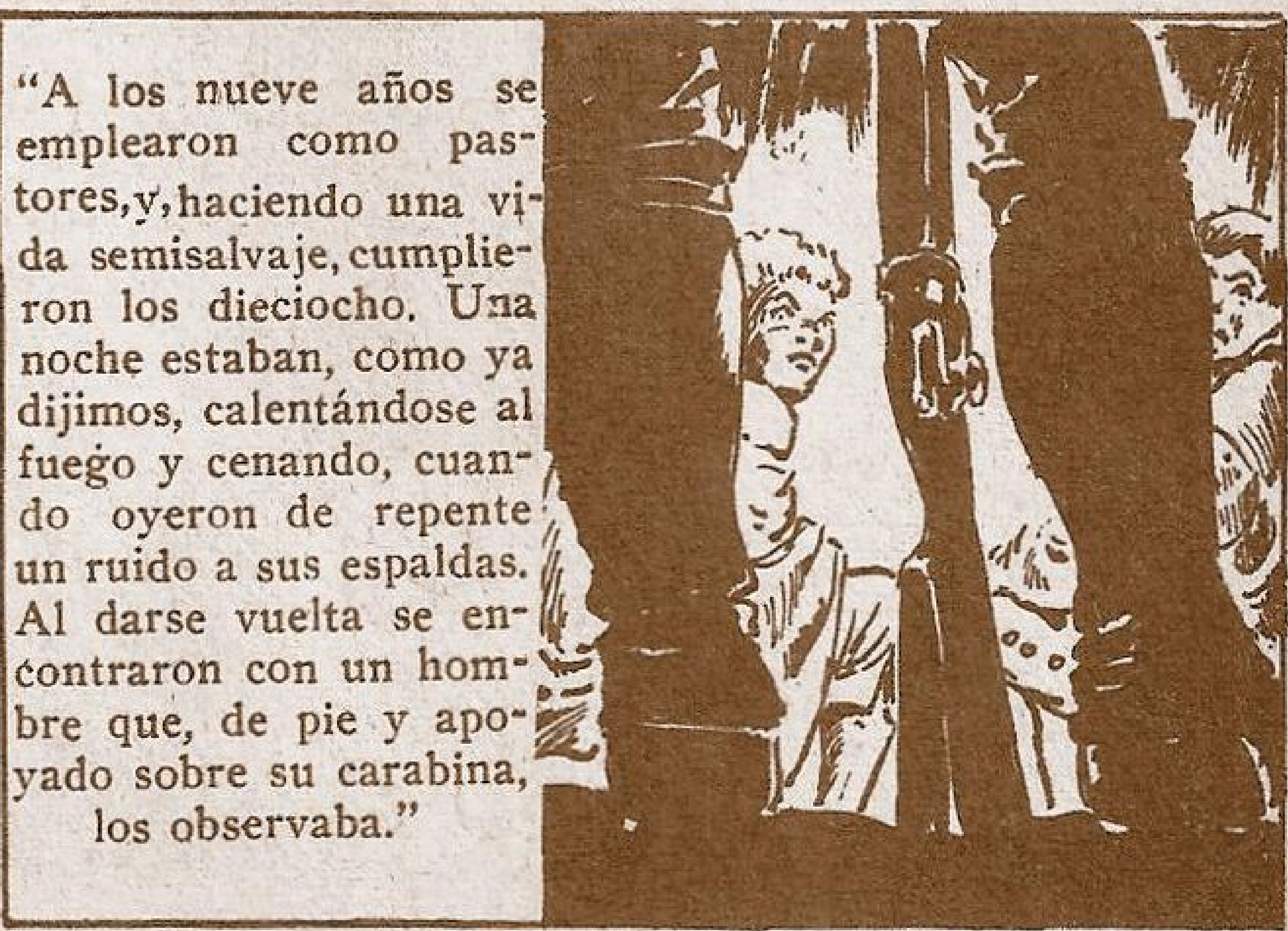


. . . "hacerse dueña de Calabria. **Per Bacco!** ¡Tomar la montaña a los montañeses! Rápidamente se formaron partidas de guerrilleros calabreses, cuyos jefes, mitad patriotas y mitad bandidos, se hicieron temibles. El gobierno había puesto precio a la cabeza de estos jefes, del mismo modo que se ha puesto ahora precio a la mía. La cabeza del célebre Césaris, entre otras, fué tasada en tres mil ducados napolitanos."



"Una noche que, como ésta, se había oído un tiroteo en la montaña de Tarsia, dos pastorcitos, después de guardar su rebaño, cenaban al amor de la lumbre que habían encendido para calentarse y para alejar a los lobos."

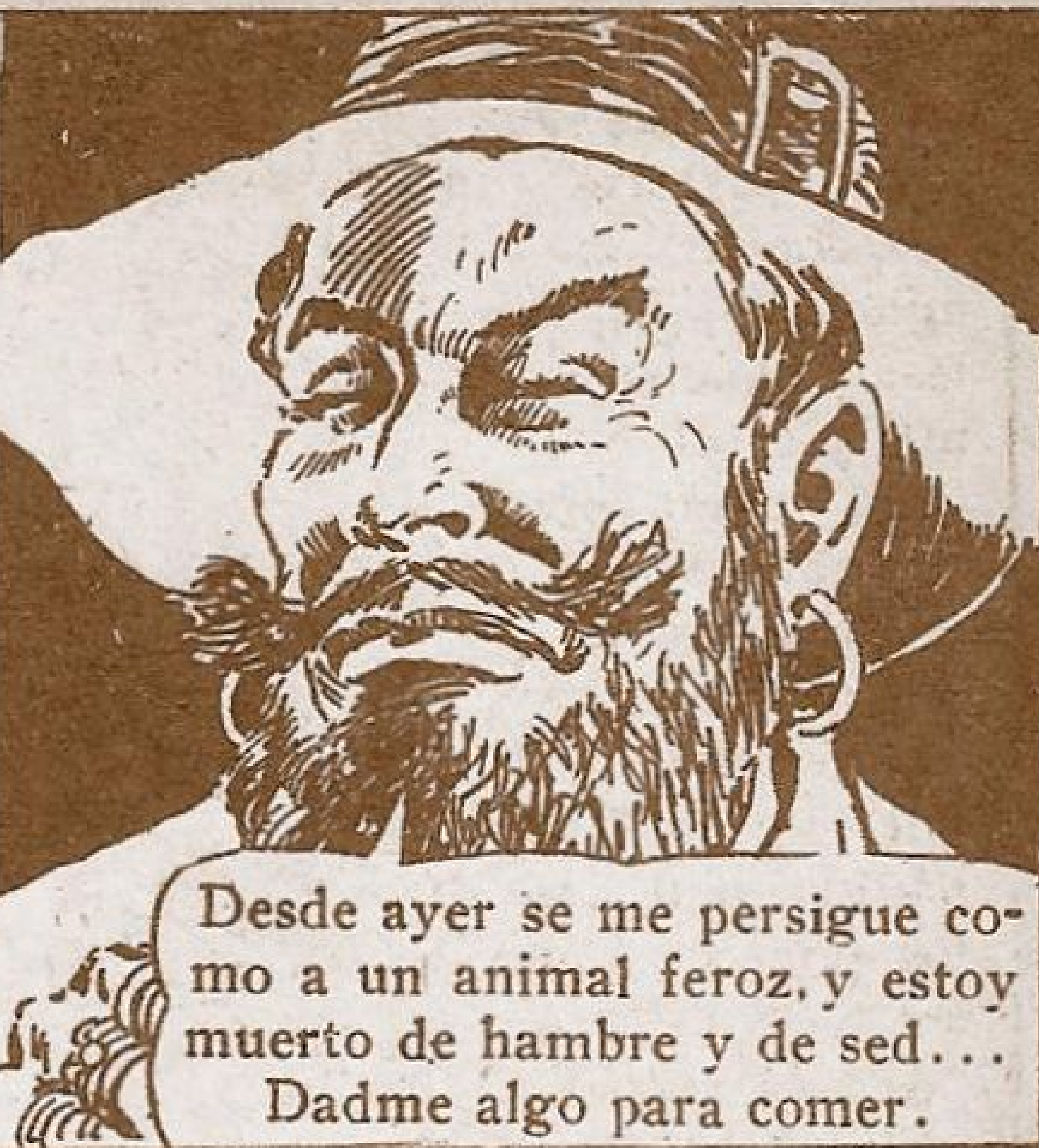




"Llevaba un gran sombrero calabrés, adornado con terciopelo y cintas blancas y encarnadas, sujetas por una hebilla de oro. Lucía pendientes en las orejas, y su chaqueta napolitana estaba bordada con hilos de plata. Una "padroncina" repleta de balas sujetaba los calzones de terciopelo azul. Agréguese a esto que tenía...



... anillos en casi todos los dedos, relojes en los dos bolsillos del chaleco, y dos pistolas y un cuchillo de monte en la cintura, y se sabrá así por qué los dos sorprendidos pastores se dieron cuenta inmediatamente de que aquel hombre era un capitán de guerrilleros o bandidos."



"Los dos pastores lo atendieron, más por miedo que por lástima, pues no tardaron en deducir que aquel jefe de bandoleros era nada menos que el famoso Césaris, de quien ya habían oído decir que andaba por aquella región, aunque jamás les pasó por el magín que podrían toparse con él."



"El bandido engullía a prisa, con la carabina sobre los muslos, y sin soltar el cuchillo. Cherubino obedeció."



"Los dos mozos cambiaron una furtiva mirada de consternación y furia. Tan pronto como hubo concluído, Césaris se levantó y, señalando a lo lejos, preguntó qué gran ciudad era la que se divisaba."



"Sólo cuando cesaron en su esfuerzo y se dieron vuelta para decir al bandido que se había equivocado, advirtieron que había desaparecido y comprendieron que había utilizado esa estratagema para que ellos no viesen en qué dirección del bosque se retiraba."



"Esto era hiriente para su amor propio de montañeses. Imaginaban el modo de "cobrarse", cuando, de pronto, algo que recordó Cherubino acaparó el interés de ambos: ¡el gobierno ofrecía tres mil ducados por la cabeza de Césaris!"





"Tentados por el dinero, aquellos pastores que hasta entonces apenas habían degollado alguna que otra liebre, buscaron a Césaris por el monte. Cuando lo encontraron, profundamente dormido a causa del cansancio, se acercaron sigilosamente y..."



"Al día siguiente, los pastores marchaban camino de Nápoles. Envuelta en una piel de oveja, y ceñida por un pañuelo de seda, llevaban la cabeza del célebre Césaris, al que no habían podido abatir ni los ejércitos ni las estratagemas del gobierno."



"Al entrar en Nápoles los detuvo un gendarme, atraída la curiosidad de éste por el singular bulto."



"El propio ministro, admirado de la hazaña de los pastores, les entregó el premio. Sin embargo, antes de hacerlo, Su Excelencia, al verlos tan jóvenes, les propuso que dejaran el dinero en depósito e ingresaran en un colegio o en un regimiento."





"Los pastores, semisalvajes y desconfiados como eran, rechazaron tan previsora proposición y exigieron los tres mil ducados, que les fueron entregados sin dilación."

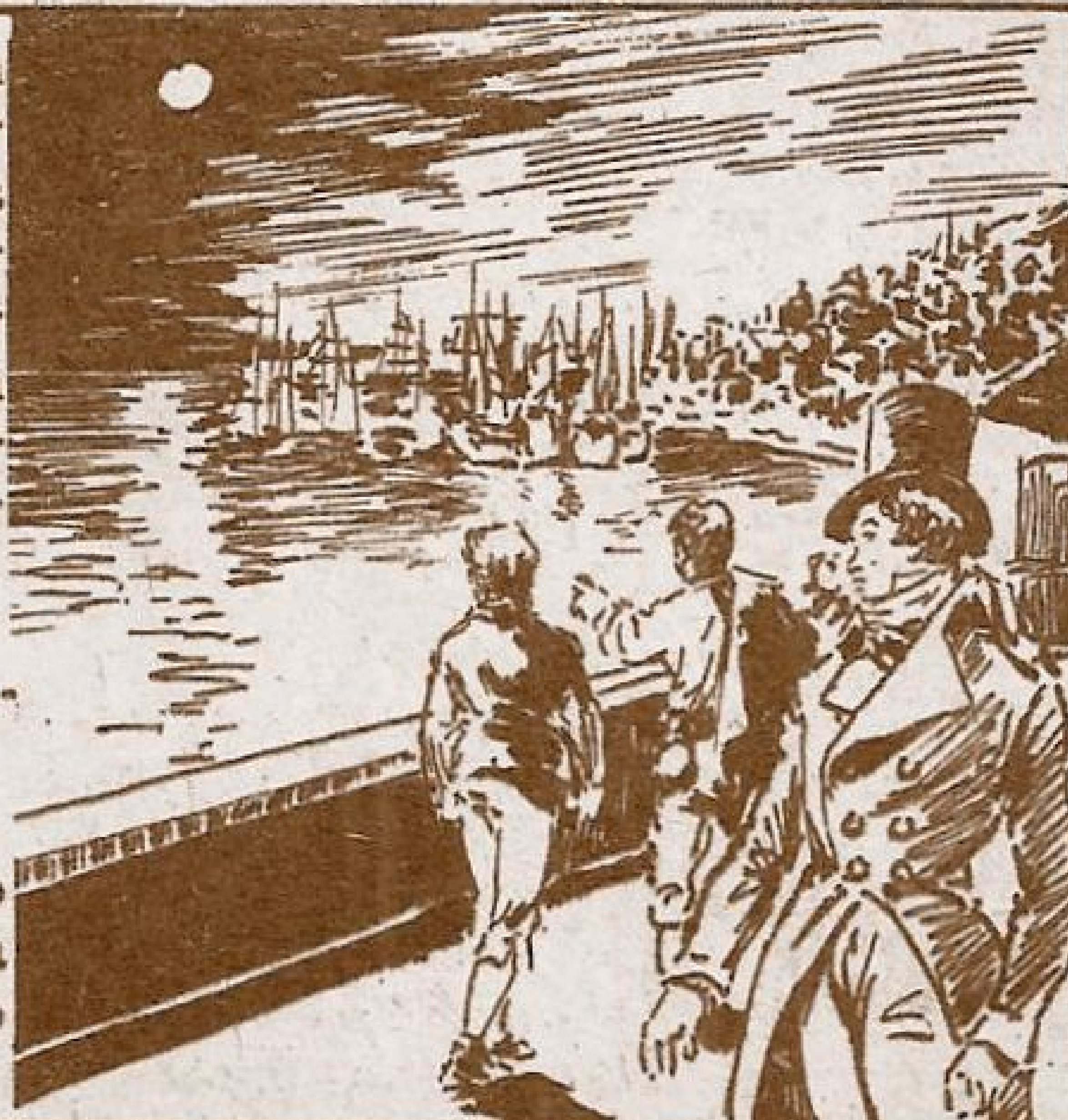


"Lo primero que se les ocurrió a Cherubino y Celestino fué entrar en un lugar donde pudieran comer, beber y divertirse, disfrutando de aquellas cosas privadas a los campesinos. Un bribón, al que pidieron noticias, les dijo que fueran al "Espolón de Oro", donde, además de comer y beber, se. . .



. . . hacían apuestas en riñas de gallos y se jugaba a la "murra" por dinero. El primer día perdieron quinientos ducados. Gastaron y jugaron al día siguiente dos mil más."

"Quedándoles tan sólo quinientos ducados, los pastores decidieron poner coto a sus diversiones en el "Espolón de Oro", y esa noche se fueron por la calle de La Chiaja, adonde afluye la gente elegante napolitana. Paseaban por allí, respirando la perfumada brisa del golfo, cuando se. . .





. . . hallaron ante un grupo de gente que rodeaba a una carroza detenida a la puerta de un café. En el asiento de ella, una mujer hermosa y elegante tomaba un helado, sonreía y guiñaba, de cuando en cuando, sus ojos lánguidos y seductores."

"Querubino y Celestino se quedaron deslumbrados por aquellos encantos, a los que su dueña se esforzaba por hacer más atractivos. De haber vivido en Nápoles, nuestros pastores hubieran captado en seguida el significado mundano de tal escena. Pero no lo captaron y se dejaron . . .



. . .embaucar por un "ruffiano" que, habiéndolos conocido en el "Espolón de Oro", y sabiendo que tenían dinero, vió el modo de despojarlos."



¿Verdad que es maravillosa?... Pues escuchad: por quinientos ducados os recibirá en su palacio la Condesa Gidsa Fornera.

El diablo tentó a los dos pastores. Mas como sólo les quedaba la cantidad exigida, debieron echar suerte, y ésta favoreció a Cherubino. Entregó los quinientos ducados al "ruffiano", quien lo acompañó hasta la puerta del palacio de aquella presunta cortesana, y entró."



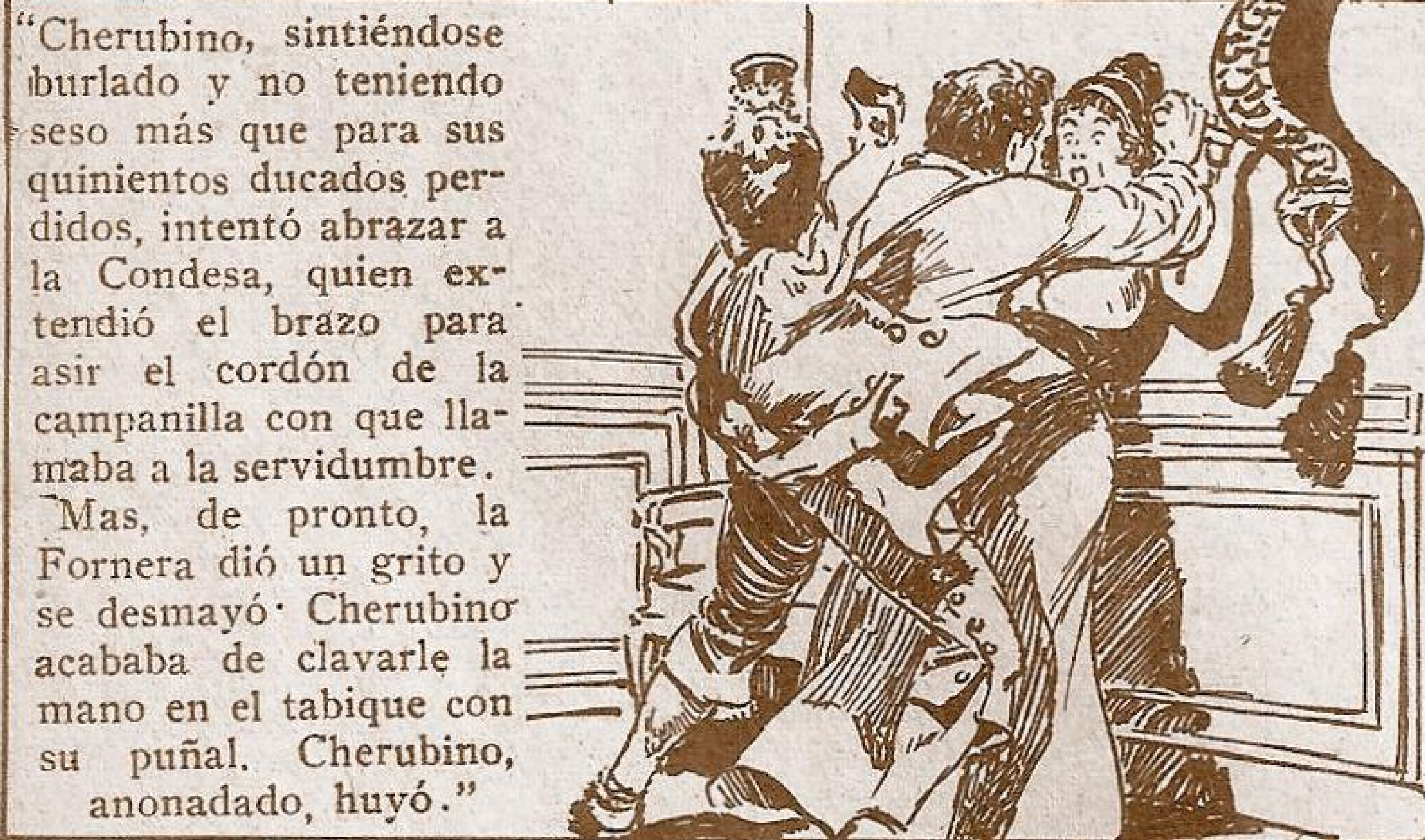
"Anunciado por una criada, la Condesa Fornera no tardó en recibirlo."



"La Fornera mostró tal sorpresa e indignación, que, Cherubino se desorientó."



"Cherubino, sintiéndose burlado y no teniendo seso más que para sus quinientos ducados perdidos, intentó abrazar a la Condesa, quien extendió el brazo para asir el cordón de la campanilla con que llamaba a la servidumbre. Mas, de pronto, la Fornera dió un grito y se desmayó. Cherubino acababa de clavarle la mano en el tabique con su puñal. Cherubino, anonadado, huyó."



"Media hora después, Cherubino entró en la fonda donde dormía Celestino, a quien despertó bruscamente."





"No podían quedarse en Nápoles. Tampoco podían volver a las montañas de Tarsia, pues temían se los fuese a buscar allí. Fué en aquellas circunstancias cuando Cherubino y Celestino decidieron hacerse bandidos." El jefe de la banda terminó así su relato: — Los dos muchachos se dieron la mano y se juraron lealtad. Cumpliéron santamente su juramento, y desde aquel día jamás se separaron.



Mas señalando hacia la fosa donde enterró a Hierónimo, Jácomo corrigió: — Me equivoco: hace una hora que aquellos dos muchachos acabaron por separarse... Los bandidos, que habían escuchado atentamente al jefe, permanecieron en silencio.
—Bueno, ahora a dormir. Dos de vosotros reemplazad a los centinelas.

Jácomo tendió su capa en el suelo y dijo a María que se recostara sobre ella. — ¿Tú no duermes? — preguntó ésta a su compañero.



—Yo voy a buscar un paso en medio de esos condenados gendarmes napolitanos. Es probable que no conozcan la montaña lo bastante para que hayan guardado todos los desfiladeros. Nos será imposible permanecer más de cuatro días en esta roca sitiada, pues tenemos muy pocas provisiones.



En vano insistió María. El bandido se alejó. Tres horas más tarde regresó, con el rostro sombrío y preocupado.



—¡Así que no hay medio de salir de esta roca?



Y añadió: — La única ventaja es que ellos no se atreverán a subir. Pero ¿de qué nos vale, si moriremos por inanición?



Jácomo no estaba mal encaminado al imaginar una traición. Había sido traicionado, sí, pero no por los aldeanos, sino por Antonio, su segundo teniente de la banda, quien se libró de la horca comprometiéndose a entregar a su jefe. Comenzó a cumplir su promesa colocando él mismo los centinelas con que Jácomo tropezó.



Sin embargo, el coronel que mandaba a los gendarmes no descuidaba a Antonio. Hombre desconfiado, al amanecer le ordenó que lo condujese a algún punto estratégico desde el cual pudiese comprobar, mediante un anteojo, que efectivamente el plan de Antonio había impedido escapar a los bandidos.



El coronel percibió claramente a unos veinte hombres y a una mujer que se movían en la cima, y se quedó tranquilo. Luego hizo llamar al médico del regimiento, que había ido con ellos, y le preguntó:— Doctor, ¿cuántos días puede vivir un hombre sin comer?



El coronel rió. Mas, poniéndose serio en seguida, calculó: — Siendo así, antes de una semana, Jácomo y sus secuaces se habrán entregado o estarán muertos, porque, según ha jurado Antonio, allá arriba tienen provisiones para tres días escasos. Dos, descontando el de hoy.



No aconteció, con asombro de los sitiadores, lo previsto. Pasó una semana, y mediaba la segunda sin que en la roca donde acampaba Jácomo se notasen indicios de muerte o desesperación. El anteojo de larga vista del coronel reveló idéntica situación en los días siguientes.



El sentido común decía al coronel que el médico podría haber errado en uno o dos días, pero no más. No cabía duda, entonces, de que Antonio o le había mentido en la cuestión de las provisiones con que contaban los sitiados, o había dejado sin centinela algún paso, por donde los bandidos bajaban a la aldea en busca de ellas.



Descartó, sin embargo, esta segunda suposición: si los bandidos hubiesen encontrado un paso libre, habrían escapado por él. Antonio volvió a jurar que los bandidos llevaron al refugio escasos alimentos.



—Ya os referí que yo mismo los adquirí en un almacén de la última aldea que atravesamos, una legua antes de que vosotros me atraparais...

A las dos semanas justas el coronel perdió la paciencia y mandó comparecer a Antonio, a quien dijo: — Eres, además de bandido, un perfecto farsante. Me engañas, esperando la ocasión de unirte a los tuyos. Y ordenó a Antonio que preparase su alma, si por casualidad creía tenerla, para morir colgado a la mañana siguiente.
—Nada adelantará con colgarme, coronel. Cometerá una injusticia, pues yo no he mentido, y se privará del único de sus hombres que conoce estas traicioneras montañas. No cabe duda de que Jácomo ha hallado un medio de alimentarse que resulta misterioso para usted y para mí.

Yo, en su lugar, me esforzaría por averiguar qué medio es ése. Y para ello le diría...



..."a Antonio, cuya muerte es un acto inútil, y cuya vida puede ser preciosa: — Vas a jurarme, por la sangre de Cristo, subir a reunirte con tu jefe, averiguar de qué viven y regresar con el informe antes de ocho días."

Y ¿qué garantía tendré yo de que tú regresarás?



Ofrecedme la libertad, que es más de lo que puede ofrecerme Jácomo, y cumpliré.

Has razonado con bastante seso, Antonio. Pues sea; hagamos el pacto que sugieres, al que añadiré otra cláusula: si además del informe antedicho me traes la cabeza de tu ex jefe, te haré dar los tres mil ducados que el gobierno ofrece de recompensa.



Es más de lo que esperaba, coronel. Partiré esta noche.

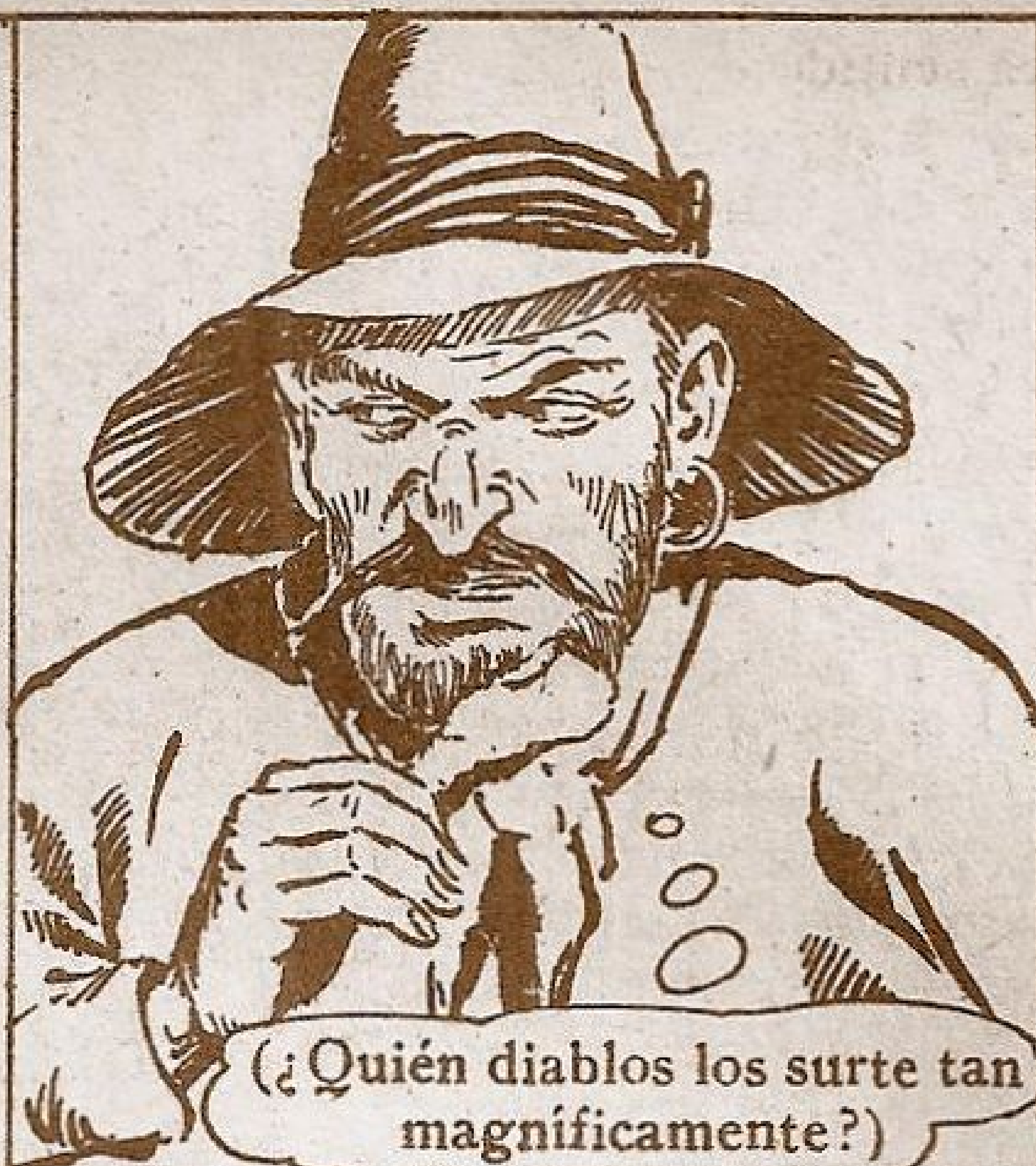
Al día siguiente, Antonio estaba reunido con sus antiguos compañeros, a los que explicó que se había evadido poco antes de ser colgado y otras novelerías por el estilo. Jácomo lo recibió con la alegría de quien recobra a un hijo al que creía perdido.



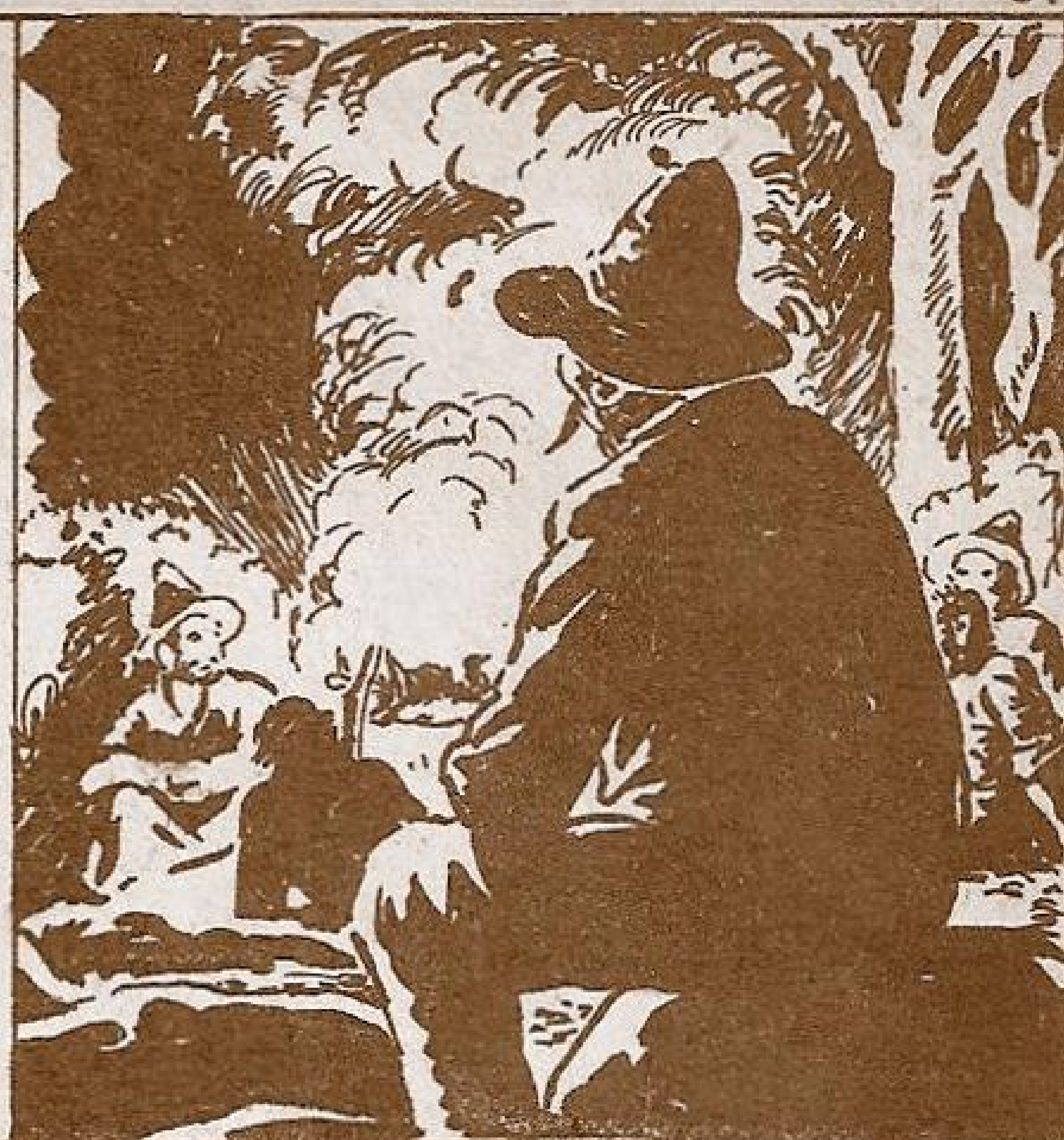
Estas palabras fueron el primer asombro de Antonio. El segundo, que rayó en lo maravilloso, fué el ver aparecer a María con una perdiz y una liebre asadas.



Antonio sabía muy bien que en la escarpada roca en que se hallaban, cortada a pico por tres flancos, y por el otro vigilada por los gendarmes, no era posible cazar aquellas finas piezas, que abundaban en los valles de abajo, a los cuales, por fuerza, los bandidos no tenían el menor acceso.

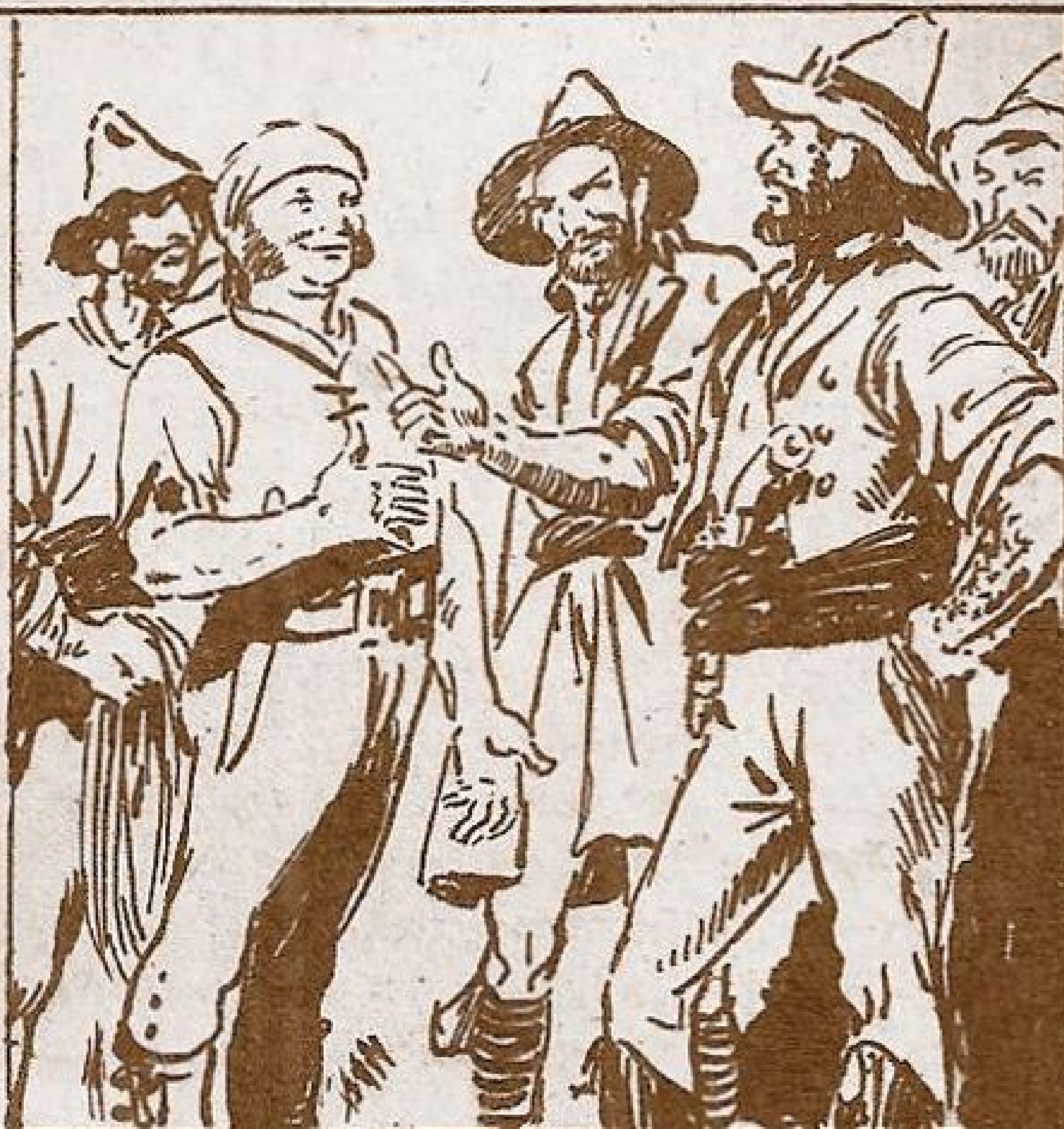


No se atrevía Antonio a preguntarlo, por temor a que su curiosidad despertara sospechas. Esa noche asaron dos corderillos de meses. El emisario del coronel seguía devanándose los sesos. ¿De qué majada provenía aquella tierna carne?



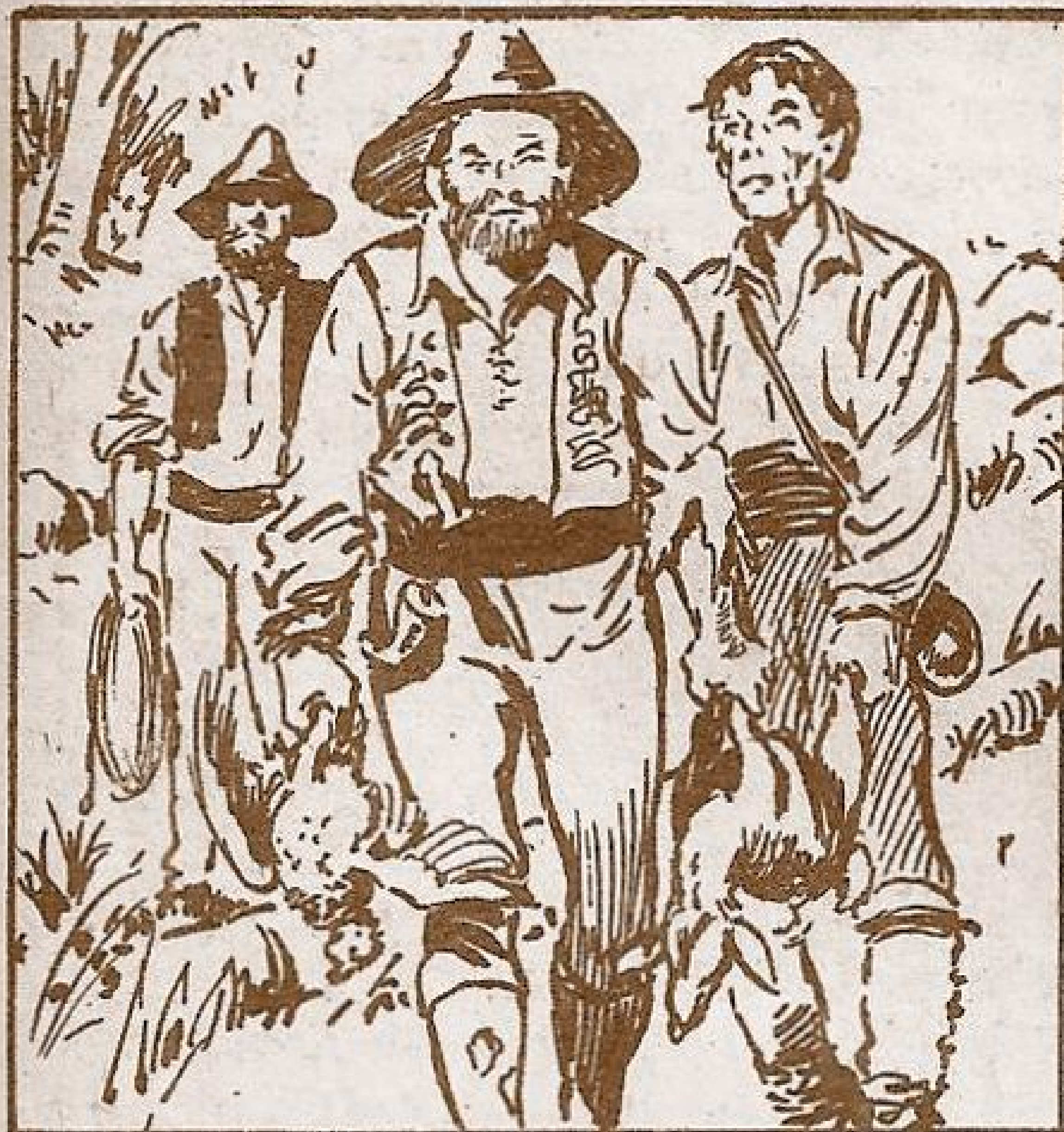
Por la mañana, todos se levantaron alegres y satisfechos. A las siete, el jefe consultó una lista, señaló a un hombre y le dijo: — A ti te toca hoy. El bandido partió sin decir palabra, acompañado por otros dos.

Antonio, intrigado, se ofreció a tomar parte en la...



...expedición, pero Jácomo le dijo: — No hace falta. Basta con tres personas. Dos horas más tarde regresaron con un cabrito, dos faisanes y un conejo. A la hora de comer, Jácomo dijo a Antonio:— Como has visto, aquí se hace una sola comida al día, pero excelente.



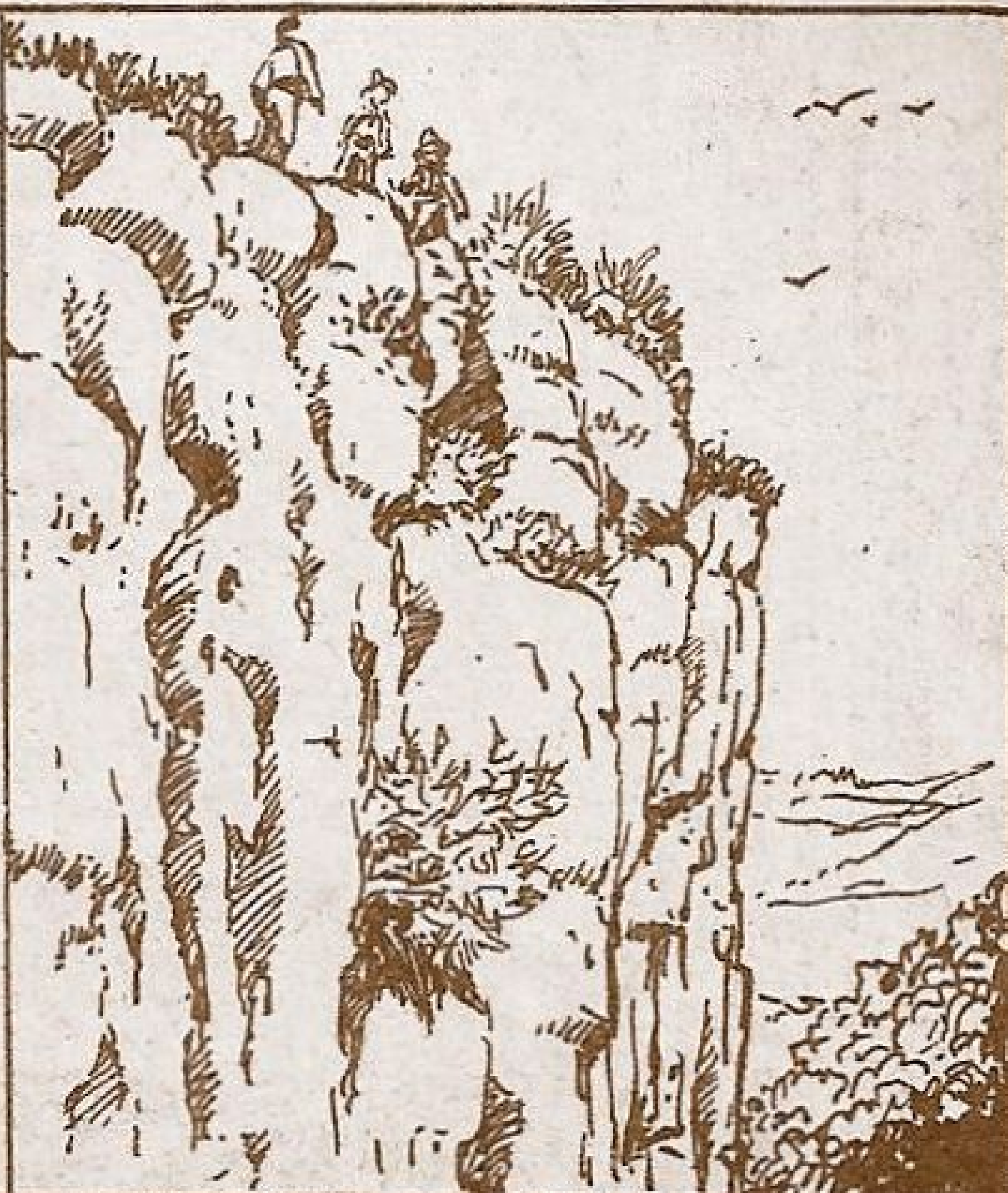


Así pasaron los días. Faltaban dos para cumplirse el término en que Antonio había prometido al coronel regresar, y nada más había descubierto que cada mañana partía un bandido acompañado de otros dos, y volvían provistos de las más variadas y finas piezas de caza. Estaba pensando...

...en esto Antonio, cuando apareció Jácomo, quien le dijo: — Hoy te toca a ti. —¡Magnífico!... Será bueno que lleve una escopeta.



La intriga de Antonio llegó al colmo. Y con ella partió, dispuesto a obtener lo que necesitaba para cumplir con el coronel y ser libre, amén de ganarse los tres mil ducados. Los tres avanzaron hacia una parte de la roca cortada a pico tan perpendicularmente y a tal altura, que el coronel había juzgado innecesario poner allí centinelas.



Se aproximaron a un matorral, del cual uno de los bandidos sacó una bolsa y una larga cuerda. Colgó la primera del cuello de Antonio y le ciñó un extremo de la segunda a la cintura. Luego se echó boca abajo y señaló: — ¿Ves aquel árbol?



Era un abeto que brotaba en las hendiduras de una roca, a veinte pies abajo de ellos, y a mil por encima del valle. — En el hueco que hay junto a ese árbol tiene su nido un águila. Te agarrarás del abeto con una mano, y con la otra registrarás el nido. Lo que encuentres, lo pondrás en la bolsa.



-No, sino la caza que el padre y la madre les traen, de la cual tomamos nosotros las tres cuartas partes, y ellos el resto. Las piezas son las que has visto en nuestra mesa.

Antonio estaba asombrado. — ¿A quién se le ocurrió esto? — preguntó, a lo que el otro respondió: — ¡A quién había de ser sino a nuestro jefe! ¡Ya sabes que es un hombre extraordinario!



En efecto, Jácomo, batido como una bestia feroz, sitiado en la cima de una roca desierta, sin comunicación con nadie, se había valido de una artimaña para hacer de aquel casal de águilas sus proveedores. Y así, los bandidos del aire y los de la tierra firme compartían la comida como hermanos.



Aquella misma noche, Antonio regresó a la tienda del coronel, a quien informó acerca de su descubrimiento. Al amanecer, el jefe militar mandó formar a su regimiento, y preguntó:

— ¿Quién de vosotros se atreve a romper de dos tiros dos botellas, a ciento cincuenta metros de distancia? Tres soldados se adelantaron.



De la prueba salió ganador un tal Andrés. El coronel lo llevó a la montaña y, luego de darle ciertas instrucciones...



Mientras así hablaba, se vió precipitarse al ave sobre el valle con la velocidad de un rayo y ascender con un lebrato entre las garras, para posarse luego en el hueco donde tenía el nido.



Cuando el ave de rapiña rasgó el aire, se oyó una detonación, y aquélla cayó herida de muerte. Andrés la recogió y vino a arrojarla a los pies del superior.



Andrés se presentó a la noche a cobrar los veinte luises, arrastrando de las patas a aquel padre de las cumbres que por tanto tiempo proveyó de comida a Jácomo y sus compañeros.



Y al día siguiente:—No había nada en el nido, capitán.—¿Volaron ya los aguiluchos?
—No; pero están tan hambrientos como lo estaremos nosotros mañana. Algún aldeano debe de haber muerto a sus padres.



Fué entonces cuando Jácomo dedujo que Antonio lo había traicionado. Sin acobardarse, se pasó el resto del día y la noche buscando el medio de salir de la situación en que quedaban. Al día siguiente engañaron el apetito comiéndose los aguiluchos. Después de comer, Jácomo se asomó al extremo...

...de la roca y alcanzó a ver al coronel y a unos soldados, que agitaban un pañuelo blanco en la punta de una pica. Comprendió que lo invitaban a parlamentar. Entonces llamó a María y, rasgando un trozo de su enagua, improvisó una bandera y la plantó en un sitio bien visible.



El coronel, conociendo la astucia de Jácomo, quiso ganarle de mano, como suele decirse. Designó parlamentario a Andrés y le dió instrucciones. Debía anunciar ante los bandidos que se les perdonaría la vida a todos si entregaban a su jefe, y los bandidos, obrando como tales, no mirarían más que a salvar su pellejo.



Andrés cumplió al pie de la letra su comisión, pero ésta tuvo un resultado adverso al que esperaba. Pues, apenas había anunciado su taimada proposición, un bandido llamado Luidgi levantó la carabina contra él y lo hubiese hubiese muerto de no interponerse el propio Jácomo.



Jácomo dijo a Andrés: — Ya puedes volver a contar a tu coronel que en toda la cuadrilla de Jácomo, que está amenazada por el hambre, no hay ni un solo hombre que haya querido rescatar su vida al precio de la de su capitán. Y cuando el soldado se marchó...



El hambre comenzaba a dominarlos. Jácomo salió para volver horas más tarde con la cuerda que escondían en el matorral y una aguda estaca con forma de jabalina.



—¿Ha encontrado paso, jefe? —preguntó un bandido. El respondió misteriosamente: — Sí y no... Adelantaos los que estéis dispuestos a arriesgaros conmigo. No quedó ni uno en su sitio.



Se pusieron en camino siguiendo un sendero. Era un sendero fácil, pero tan angosto y escondido a medida que bajaba hacia la falda donde estaban las fuerzas napolitanas, que no había sido advertido ni siquiera por Antonio, gran conocedor de aquellas montañas.


Seguidme en silencio. Una palabra pronunciada en voz alta puede ser llevada por el eco hasta las tiendas napolitanas, y nos matarían aquí como a hormigas.


El temor parecía poner sordina hasta a las respiraciones. Mas, de pronto, el niño largó un berrido. Jácomo se volvió. Sus ojos brillaban en la sombra, como los de un tigre. María dió su agotado pecho al lactante, que se conformó.


La marcha prosiguió. Al cabo de diez minutos, el niño volvió a chillar.
Jácomo dejó escapar tal rugido, que cualquiera hubiese podido tomarlo por el grito de una fiera. María, temblorosa, pegó su boca a la del hijo para que callara.


Dieron algunos pasos más, pero el pequeño, atormentado por aquella presión y siempre acuciado por el apetito, dió en llorar desesperadamente. Entonces Jácomo saltó hasta él y le tapó la boca con el intento de hacerlo callar, pero...


...lo hizo con tal violencia, que el niño quedó muerto en brazos de la madre. Esta permaneció un instante pálida, con los cabellos erizados y los ojos fijos, centelleantes, como si hubiera enloquecido de rabia y de dolor.


Después recogió su falda, puso allí al pequeño ser querido y siguió a la banda, al frente de la cual marchaba otra vez Giácomo.


Durante una hora marcharon sin novedad. Al fin, entraron en una zona tan abrupta y enmarañada, que parecía no dar paso a ninguna criatura viviente que no fuese reptil. Sin embargo, Jácomo seguía adelante, desbrozando el sendero al avanzar. Por fin llegaron a una parte de la meseta cortada a pico, frente a la cual, separada por un abismo, se alzaba otra meseta. Jácomo se detuvo al borde de aquel abismo, de unos cinco metros de ancho.
Vamos a pasar por aquí.


Los bandidos se miraron espantados, pero su espanto se trocó en esperanza cuando vieron que el jefe, después de atar un extremo de la cuerda en la estaca, arrojó ésta hacia la meseta opuesta, sobre la que se clavó como lo haría la más certera jabalina.
Ya está. Ahora ataré este extremo de la cuerda de un árbol, y ella nos servirá de puente de mano.


Acto seguido, Jácomo dió el ejemplo pasando a pulso el abismo que separaba una meseta de la otra. Sus hombres lo imitaron, seguros del éxito.

María quedó la última. Cuando le tocó el turno, apretó con los dientes la falda donde llevaba el cadáver del hijo, y, sin dar síntomas ni de debilidad ni de temor, como inconsciente, pasó del mismo modo que los demás.



Al ver a salvo a sus hombres, Jácomo respiró, lanzando al mismo tiempo una mirada de desprecio a los puestos militares, cuyas hogueras chispeaban aquí y allá. Después se pusieron en marcha, llenos de entusiasmo y valor.



Una hora más tarde se acercaron a un pueblecillo, donde, después de proveerse de víveres en una fonda, continuaron andando. Pernoctar allí habría sido exponerse. Al cabo de un cuarto de hora estaban de nuevo en la montaña, fuera de la vista de quienes podrían haber salido en su persecución.







Cuando la comida concluyó, Jácomo dispuso que un centinela se quedase en guardia y ordenó a los otros que se acostaran, pues debían partir al amanecer, y convenía que estuviesen descansados para la nueva jornada. Y él, dando el ejemplo, se tendió sobre su capa. No tardó en dormirse, lo mismo que sus agotados compañeros.



Haría un cuarto de hora que velaba el bandido que hacía de centinela, y apenas podía tener abiertos los ojos. María, que no dormía, se le acercó.
–¡Pobre Luidgi! Te caes de sueño, y tienes el deber de mantenerte despierto...



María le contestó: — Yo no puedo dormir. La sangre de mi hijo me mantiene despierta... Dame tu carabina, y yo haré de centinela en tu lugar.



Luidgi le entregó la carabina. Minutos después, roncaba a la par de los demás.

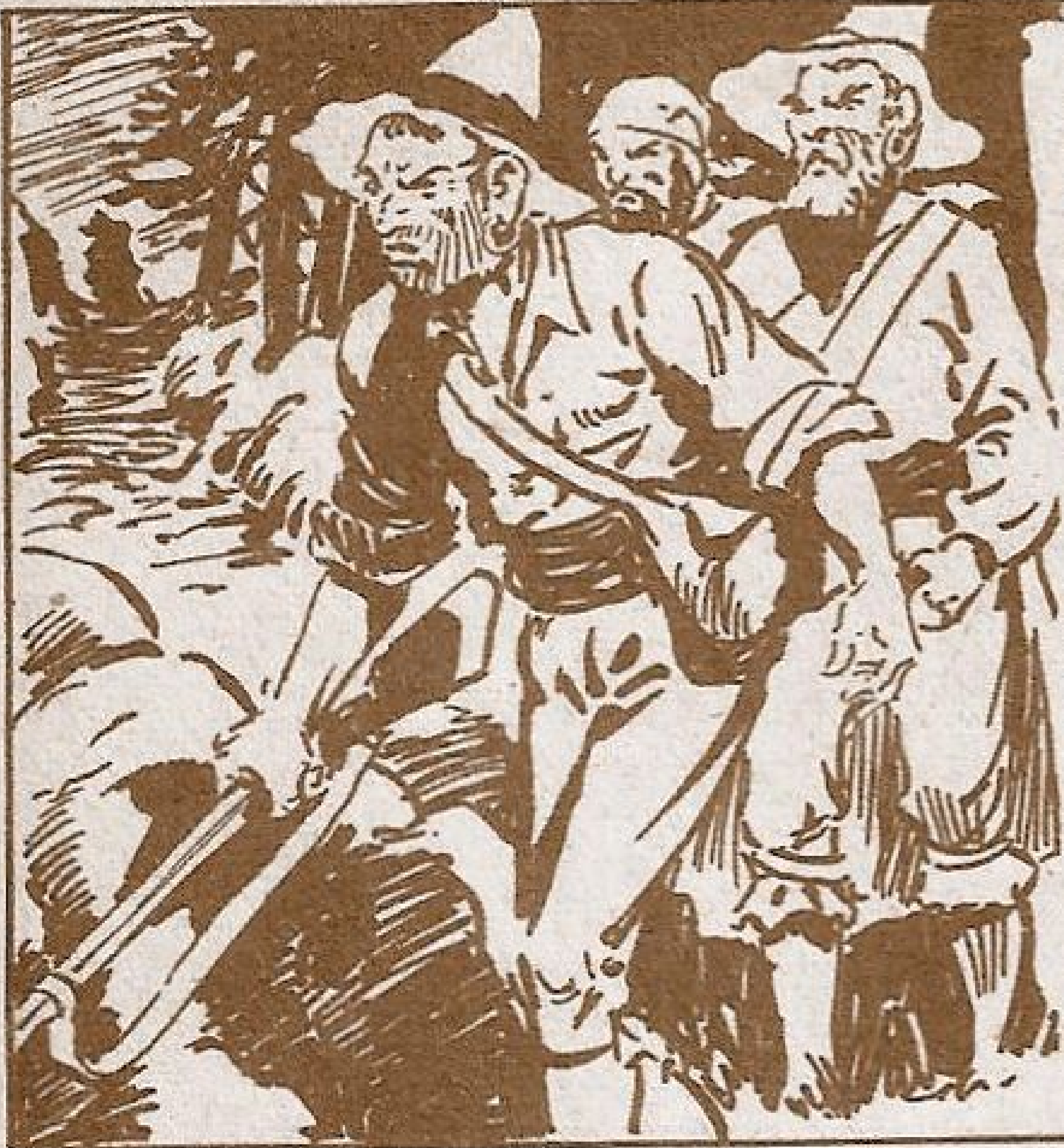


María permaneció casi media hora en el puesto del centinela, ensimismada, como si dentro de sí sostuviesen una terrible lucha la vida y la muerte. Luego se levantó y, pasando por entre los malhechores dormidos, se acercó a Jácomo.





Una ola de desolación la invadió. Entonces apoyó el cañón del arma en el pecho de Jácomo y apretó el gatillo.



La detonación despertó a los bandidos, que echaron rápidamente manos a las armas, creyéndose atacados por el enemigo. Mas al tener conocimiento de lo ocurrido, optaron por alejarse, discutiendo lo que correspondía hacer. Ninguno se atrevió a sublevarse contra el dolor de aquella madre que acababa de vengar la muerte de su hijo.

En las primeras horas del nuevo día anunciaron al coronel que una joven calabresa, que decía haber dado muerte al bandido Jácomo, deseaba hablarle. El coronel la hizo venir. María se detuvo ante él, aflojó las puntas de su falda, y la cabeza del bandido cayó a tierra. Aunque estaba...



...habituado a las emociones del campo de batalla, el coronel se estremeció; luego, dirigiendo los ojos a la muchacha, grave y pálida como una imagen de la Desesperación, le preguntó: — ¿Quién eres?



—Dadle los tres mil ducados de la recompensa —ordenó el coronel, mirándola asombrado.

Diez años después de este suceso, una religiosa del convento de la Santa Cruz, en Roma, murió en olor de santidad. Era la misma que donó al convento tres mil ducados para obras de caridad, el día que pronunció sus votos. En cuanto a...



...su vida anterior, se ignoraba en absoluto lo que había podido ser; tan sólo se sabía que sor María había nacido en un pueblecillo calabrés, próximo a una montaña que tiene una meseta cortada a pico por tres flancos, en cuyos huecos suelen hacer nido las águilas.



COMPRE

fantasía





YA APARECIO
OTRO NUMERO EN SU NUEVO
Y SENSACIONAL FORMATO GRANDE



ALAMO JIM

y el almanaque criollo para todo 1965!

CABO SAVINO
TUG TRANSOM

- HAMBRE Y MUERTE EN LA LLANURA
- BAJO LA SOMBRA DEL CRIMEN
- EL FRENTE DEL DOLOR
- AVENTURA EN HONG KONG

FORMIDABLE SELECCION DE AVENTURAS COMPLETAS

DOS MUJERES, UN HOMBRE, EL MIEDO...

Por OSVALDO MORO

DIBUJOS DE D. HAUPT

Esta historia esta basada en un personaje real de la última guerra: MAX MANUS, de quien el periodista Edwin Muller dijera que "dos mujeres habían gravitado con su amor en su carrera de espía. Una, salvándolo, la otra, poniéndole en grave peligro". Por no ser una mera crónica de los hechos ocurridos se han cambiado algunos nombres.

Oslo. Nora Gram era enfermera. Nada más que enfermera. Siempre enfermera. Había aprendido a olvidarse de que también era un ser humano. La vida le había exigido mucho. Siempre había alguien que la necesitaba; que necesitaba de Nora Gram, enfermera.



Y ella fue renunciando, poco a poco, a todo aquello que no fuera servir a los demás como enfermera. Pero un día, y de pronto, todo resultó distinto...



Max Irs entró al edificio en que tenía instalado su consultorio de dentista. Se detuvo a escuchar. El silencio lo alarmaba. Era demasiado seco y fabricado. Algo estaba ocurriendo. Algo grave podría ocurrir en cualquier momento.



Noruega había caído en manos de las prepotentes fuerzas nazis. La Resistencia de los patriotas se organizaba rápidamente. En la formación del ejército clandestino estaban dedicados los afanes de Max.

No había terminado de abrir la puerta del departamento, cuando cuatro guardias de la Statspoliti (Policía Política de Ocupación), lo rodearon violentamente.



Le quitaron una pistola que llevaba en su funda escondida debajo del brazo y otra que tenía asegurada en una pierna. Luego le arrancaron de la espalda la mochila en que cargaba documentos sobre las primeras acciones de la Resistencia.





Max estaba confundido. Recordó que tenía un par de granadas escondidas en el baño. Le permitieron entrar, pero con dos acompañantes que no se le apartaron. No hubo manera de echar mano a las granadas.

Cuando volvió al cuarto, el jefe de los policías estaba revolviendo algunos papeles. De reojo, Max midió la distancia a la ventana. Luego miró hacia la puerta e hizo un movimiento súbito de sorpresa. Ocho ojos se volvieron en la misma dirección, convencidos de sorprender a los cómplices del detenido.



Max aprovechó el momento para saltar por la ventana, rompiendo los vidrios y el papel que los cubría para oscurecer en caso de ataques aéreos. El golpe fue muy fuerte. Max había caído de una altura de dos pisos.



Max Irs tuvo que ser internado en un viejo hospital de Oslo. Entonces lo conoció Nora Gram.



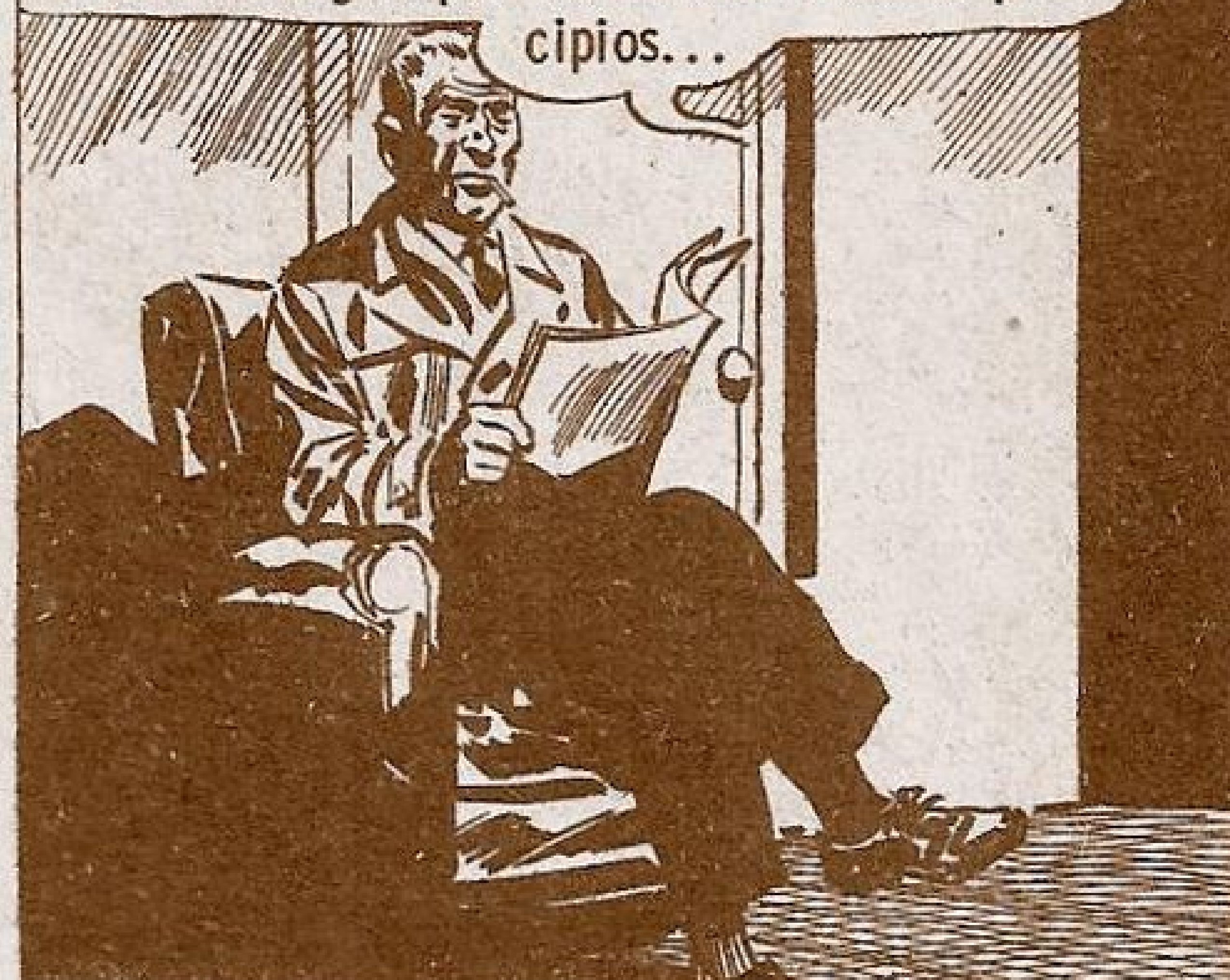
Max volvió a perder el conocimiento. Sabía muy bien cómo era de lenta y espantosa la muerte de los que tienen quebrada la columna vertebral.





Transcurrieron varias semanas. Día y noche los guardias de los Statspoliti custodiaban al herido. Max era el eslabón que necesitaban para descubrir la extensión del ejército de Resistencia. Además sería el primer ciudadano noruego condenado por sabotear.









Pocos días después Max estaba en condiciones de levantarse. Con muchas precauciones se las arregló para dar los primeros pasos. Observó atentamente cada una de las cosas que le rodeaban. Tenía que huir de ahí cuánto antes...



Necesitaba ayuda. Alguien tenía que llegar hasta el refugio secreto del Estado Mayor del ejército clandestino y traerle los elementos para cumplir con la fuga, y los detalles necesarios para combinar con la gente que le ayudaría a dejar el hospital. Esa ayuda podría venir de una sola persona: Nora Gram.



Nora se había enamorado de Max. Le dolieron entonces sus cabellos grises, sus ojos cansados, sus manos viejas. Era tarde para amar, no sabría decirlo, no sabría hacérselo saber al hombre sin pronunciar ninguna palabra. No era tiempo para el amor. La guerra parecía no dar tiempo para amar; parecía dar sólo miedo y nada más que miedo. Pero su corazón amaba y ella no podía impedírselo.



Entonces, repentinamente, Nora se dio cuenta que era el último día que vería a Max. Y tembló. Tembló de miedo por él y de lástima por ella que se quedaba otra vez sola; que se quedaba más que enferma, para siempre.







Veinticuatro horas más tarde era fusilada Nora Gram, acusada de alta traición y conspiración. No hubo juicio previo. Dicen que Nora lloró mucho antes de enfrentar al pelotón. Pero no lloraba de miedo ni de cobardía. LLoraba por su soledad que de ahora en adelante sería para siempre. El Cielo le ofreció la paz que tanto necesitaba su alma de muchacha.









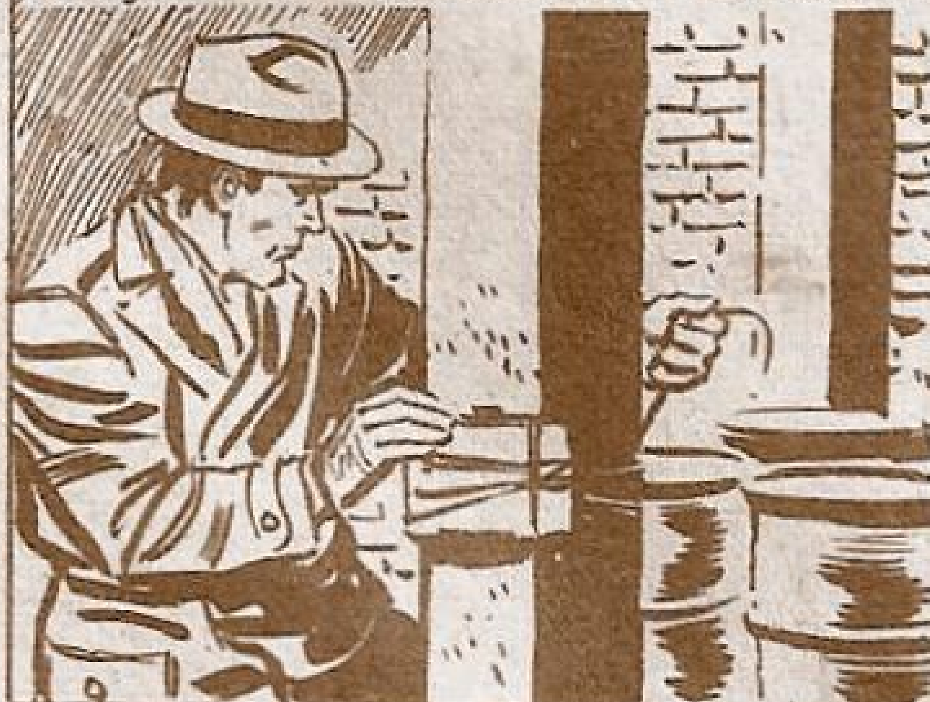


El terror se había adueñado de la ciudad. La policía secreta de los nazis estaba en todas partes. La gente caminaba en silencio por las calles, temerosas de la traición de cualquiera de los que hasta hace poco eran sus amigos.



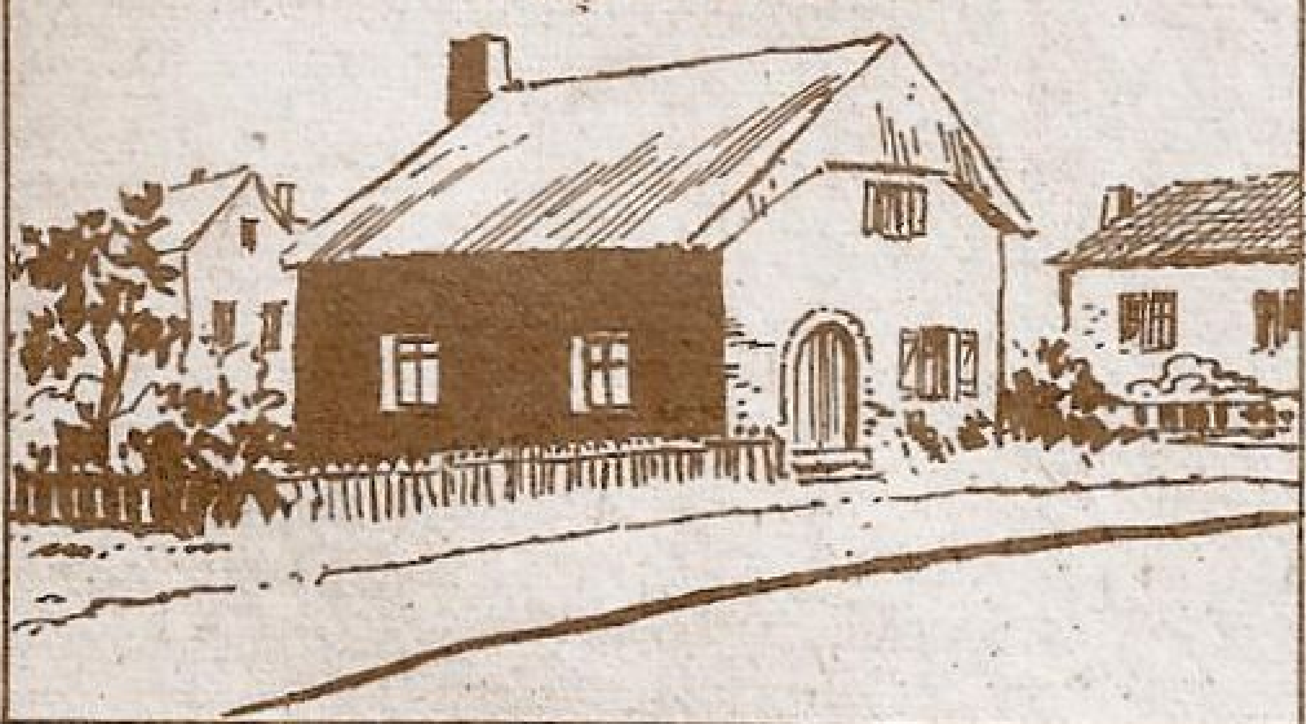
Max logró establecer contacto con los agentes de la Resistencia y comenzó entonces a realizar su cauteloso y arriesgado trabajo de saboteador.

Tomó parte principal en la destrucción de siete fábricas que trabajaban para las fuerzas germanas: una de aviones, varias de productos químicos, una de rulemanes, una de locomotoras, una de instalación de petróleo y de administración de ferrocarriles.



Comenzaba una segunda etapa en la Resistencia del doctor Max Irs. Pronto iba a hacerse presente en su vida una mujer;una muchacha llamada Gertrudis Lardie. Tenía una misión: destruir definitivamente al espía Max Irs.

Gertrudis vivía con sus padres en una pequeña casa blanca en un barrio de las afueras de Oslo. Su hermano, menor que ella, estaba detenido por conspirador. La policía política había decidido enviarlo a un campo de concentración. La libertad del hermano de Gertrudis tenía por precio la misión de entregar a Max,vivo o muerto.



Una noche, en uno de los pocos cines que funcionaban en la ciudad, Max y Gertrudis se conocieron. Era el punto de partida de un amor torturado. Era también el principio del gran peligro, de la terrible traición...





Se encontraron sus ojos. Sus miradas coincidieron en un punto luminoso y sonrieron. Se pronto Max se dio cuenta que no era la primera vez que la veía. Volvió a sonreírle.



Salieron.Las calles estaban desiertas. La gente tenía pocas ganas de divertirse. Max insistió en su pregunta, en su tonta pregunta que trataba de vencer la timidez de los dos.









Caminaron. El silencio los acompañaba. No tenían demasiadas cosas en común. Eran dos desconocidos que habían coincidido en una mirada, una pobre mirada con una mentira inédita:amistad casual...

Tomaron un vaso de cerveza. Volvieron a hablar de la película. Gertrudis describió minuciosamente su casa blanca con tres matas silvestres al frente.





Max le dio la moneda y Gertrudis fue hasta la vitrola. Sobre la mesa había dejado su bolso. Max comenzó a hacer cálculos. El encuentro con la muchacha no había sido casual. Gertrudis venía espiándolo desde varias semanas.





Al día siguiente, Max se disponía ir al encuentro de Gertrudis, cuando recibió una citación cifrada. El Comando Mayor de las Fuerzas de la Resistencia, quería hablar con él. Iba a ejecutarse la operación RATAS. Tenía por objetivo el buque transporte MONTE ROSA.

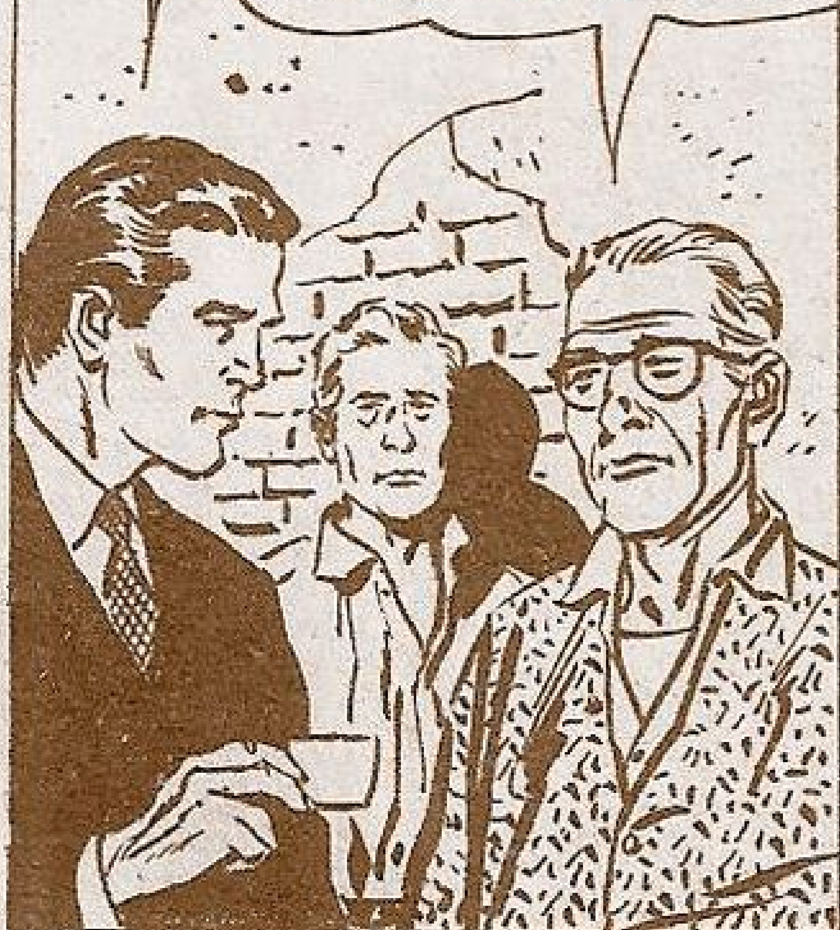


Cuando el buque estaba en puerto, se redoblaban las precauciones. El mismísimo Hitler difícilmente hubiera podido entrar a la nave con libertad. Por la noche, poderosos reflectores iluminaban las aguas en torno al Monte Rosa.





El plan tenía sus atractivos. Lo único objetable era que podía costar dos vidas. Pero la Resistencia consideró que el hundimiento del Monte Rosa bien valía esas dos vidas. Y uno de los elegidos para llevar adelante la empresa era el doctor Max Irs.





Max entendió claramente que era necesario protegerse. Pero necesitaba ver a Gertrudis, saber la verdad de sus torpezas. Aquella muchacha le parecía demasiado inteligente como para cometer esos errores.









Se dieron las explicaciones necesarias. Max conoció al padre y a la madre de Gertrudis. Los ancianos estaban nerviosos. Discutían entre ellos. Caían repetidamente en contradicciones.



Max quería quedarse. Le apasionaba el peligro que se respiraba en aquel hogar; el peligro que adivinaba en cada movimiento falso de los dueños de casa, en cada uno de sus silencios, en cada una de las sombras que se amontonaban afuera.







Gertrudis dudó. Quería que él viniese a verla; lo quería sinceramente. Pero le angustiaba decirlo; lo desesperaba pedirle que viniese a verla, que volviese la noche siguiente y todas las noches.



Gertrudis regresó a la casa. Max se perdió lentamente calle abajo. Parecía no tener apuro. Sabía que había entrado de lleno al último acto de su gran drama. Tenía un precio y lo estaba vendiendo...





¿Y su vida? Iba a reclamar por su vida; por la vida de su corazón que había comenzado a amar al hombre que debía traicionar. Pero le pareció terriblemente egoísta pensar en ella.



Gertrudis continuó con el juego. Los nazis sospechaban que el grupo al que suponían pertenecía Max estaba preparando un gran golpe. Gertrudis tenía que ganar tiempo y la confianza del saboteador, rendirlo, descubrir su secreto y entregarlo.





Gertrudis se sintió ahogar. Estaba acorralada. Amaba a Max. Había descubierto con miedo que amaba a Max. Pero a pesar de ese amor debía ser su verdugo.

¿En qué piensas...?

¿Quién eres? ¿Quién eres, Max..?

¿Quién eres tú, Gertrudis? ¿Qué haces aquí, metida en mi vida, viviendo un amor que te atormenta...?

Gertrudis calló. No podía decir su gran traición. Quiso huir pero recordó a su madre, a su padre, a su hermano prisionero y torturado y entonces olvidó su amor, su inmenso amor, su terrible amor...

Me voy...

¿Mañana nos volveremos a ver?

Nos tenemos que volver a ver.

Se encontraron muchas veces más. Poco a poco se aproximaba la fecha del arribo del Monte Rosa. Poco a poco se agigantaba la ternura en el corazón de Gertrudis. Lentamente crecía la sospecha y la angustia en el alma valiente de Max Irs.



Una tarde Max fue citado urgentemente del Comando Mayor del ejército de la Resistencia. Habían descubierto su amistad con Gertrudis; sabían quién era ella. Tenían que proteger a un agente tan valioso.

Esa muchacha pertenece al cuerpo de inteligencia de la Statspoliti...

Lo suponía. Lo suponía...



Era la gran revelación. El terrible secreto quedaba en descubierto. ¿Y el amor? No podía hacer con su amor una gran bola de papel y arrojarla por una ventana. Tenía que defender su amor, su buen amor, su gran sueño de amor...

Max no quiso escuchar más. Fue en busca de Gertrudis. Ella pereció adivinar lo que ocurriría.

Gertrudis, tengo que confiarte algo muy delicado.



Te quiero mucho. Creo en ti; creo en el amor que sientes más allá de las palabras que dices, Gertrudis. Este es el último día que nos vemos. Mañana comienza para mí una peligrosa aventura...

Max Irs relató a Gertrudis, paso a paso, toda su campaña de espía y de saboteador e incluso le explicó cada uno de los detalles que formaban la operación RATAS que daría como resultado la destrucción del MONTE ROSA.



¿Por qué me dices todo eso?

Creo en tu amor. Si me traicionas, estoy perdido. Tu traición nos separaría para siempre. Lejos de ti la vida no tendría interés para mí...

Adiós. No olvides que te amo, que te quiero mucho.



Se separaron. Comenzaba la trágica espera. La duda, el miedo, el amor; se enfrentarían en una dura lucha.

Vestidos con overoles usados, Max y un compañero de nombre Gregers, llegaron a la entrada del muelle en un camión. Llevaban 12 bombas "lampreas" escondidas en el fondo de dos grandes cajas de herramientas.

Max explicó al guardia que iban a reparar unos cables del muelle. Enseñó los papeles pertinentes. El guardia los examinó y pasó a inspeccionar el camión. Abrió las cajas y comenzó a revolver las herramientas.





El guardia dio paso a Max y a Gregers y corrió a revisar el segundo camión. Su chofer era también de la Resistencia. Habían logrado confundir al soldado nazi.

Max y Gregers colocaron las dos cajas en un caño de desagüe que no se usaba y se marcharon.



A la mañana siguiente regresaron a pie. Saludaron al guardia, enseñaron sus papeles y entraron. Ahora debían colocar las cajas debajo del muelle, donde había un centinela alemán.



Bajo la mirada del guardia cargaron las cajas hasta la escala que debía llevarlos abajo. Cuando estaban a dos pasos de ella, el centinela los detuvo agresivamente.





El guardia miró primero a Gregers y luego a Max. Se inclinó y les ayudó a levantar las cajas. Debajo del muelle estaban a oscuras. Las vigas y los pilotes de hormigón, helados y viscosos. En el agua de aceite flotaban desperdicios.

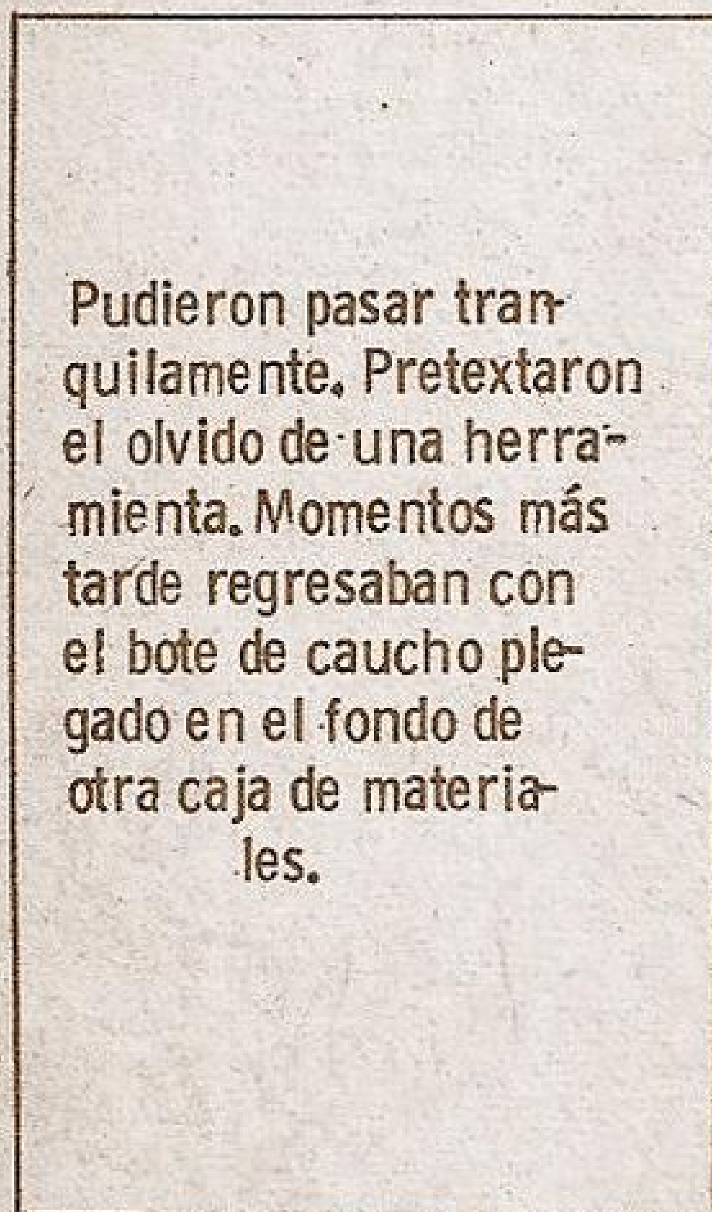
Tenían que pasar las cajas al otro lado del muelle, donde se esperaba que atracaría el Monte Rosa. Era como andar a gatas en una cueva. Las vigas eran tan bajas que los hombres tenían que arrastrarse. Los clavos les rasgaban los overoles.



Luego las vigas terminaban. Quedaba un vacío y más allá más vigas. Pero era imposible salvar a nado esa distancia con cajas que pesaban más de 20 kilos. Durante un buen rato permanecieron acostados ahí. Al fin se le ocurrió una idea a Max.







Pudieron pasar tranquilamente. Pretextaron el olvido de una herramienta. Momentos más tarde regresaban con el bote de caucho plegado en el fondo de otra caja de materiales.

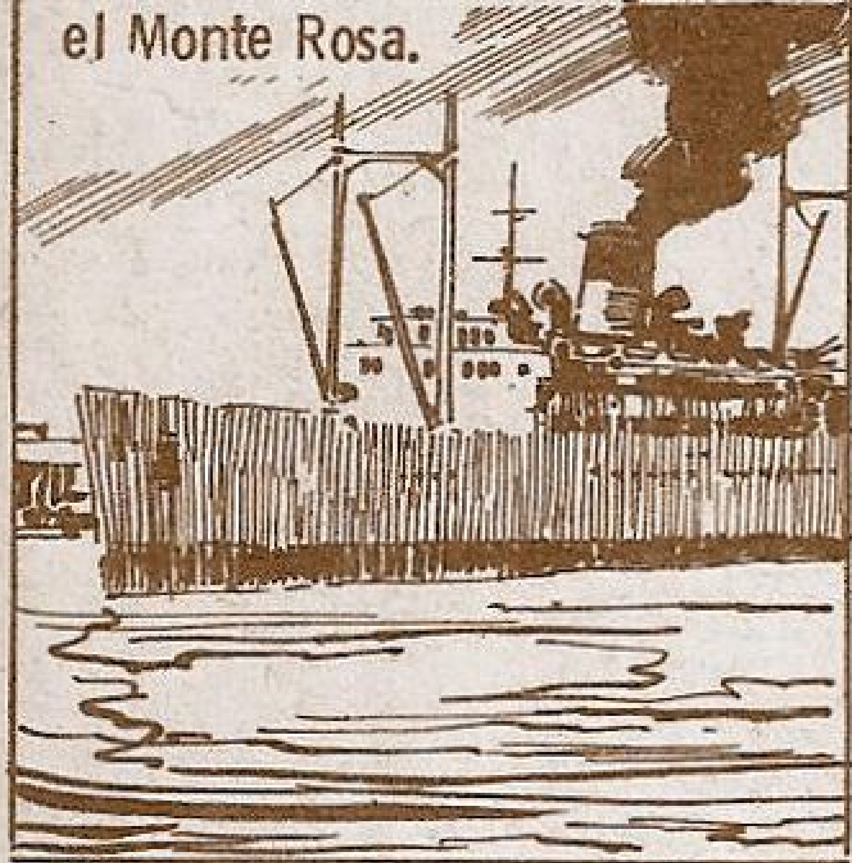
Ya era gente conocida y se les dejó pasar sin mayor trámite. Poco después, acompañados por sus cajas, Max y su camarada descansaban en las vigas, del lado en que se esperaba la nave. Allí estuvieron durante tres días.



El primer día fue llevadero. Tenían sándwiches y una botella de coñac que les sirvió para soportar la hediondez que los rodeaba.



Las ratas les pasaban rozando y por las noches se les acercaban más y más. Las atraían los sándwiches. Sus ojillos brillaban en la oscuridad. Parecían tan grandes como gatos. Max y Gregers se turnaban para espantarlas.





Max había mentido. Se acordó de pronto de Nora porque estaba pensando en Gertrudis.









Gertrudis caminó mucho. Necesitaba llenarse los pulmones de aire limpio. Quería limpiarse los ojos de todos los horrores que había visto en aquella carcel. Amaba a Max, lo amaba valientemente. Pero estaba su hermano, la suerte de su hermano, la tristeza de sus padres.



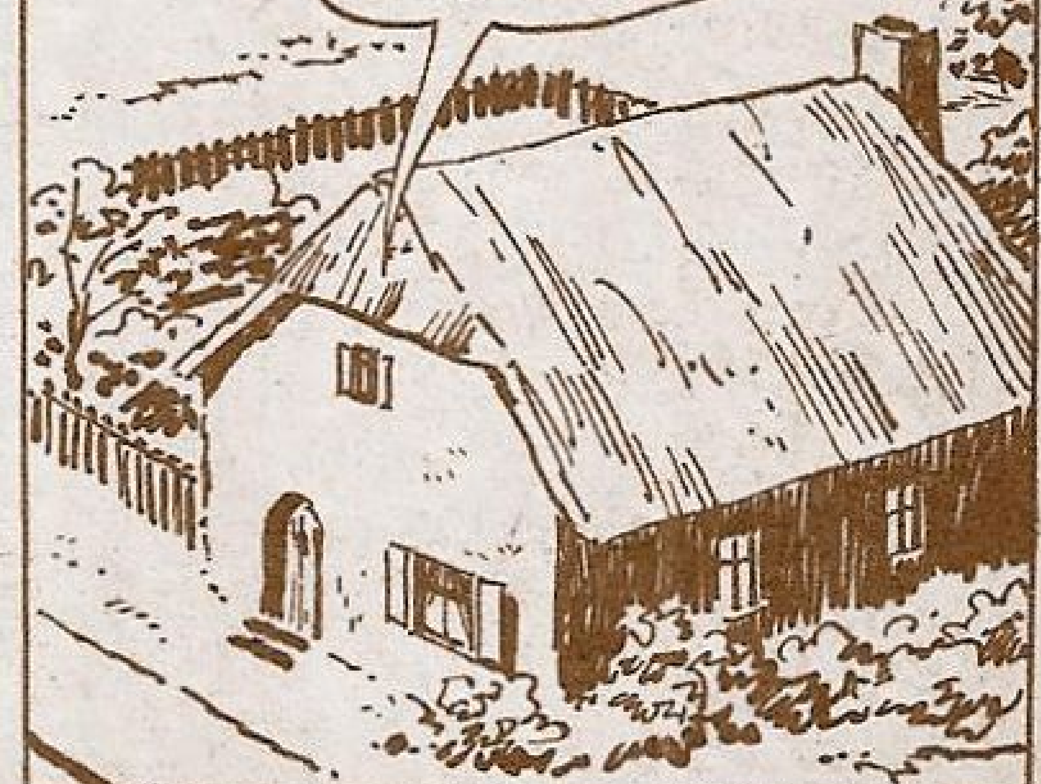




Gertrudis pensó en su hermano. Era casi un niño cuando se enroló en las filas del ejército de la Resistencia. Quería echar a empellones a los extranjeros que habían invadido su país. Lo detuvieron pronto y lo mandaron a un lejano campo de prisioneros.











Se volvieron. No habían escuchado llegar al padre. Gertrudis tembló. Creyó comprender. Tuvo miedo. La guerra, la mala guerra los estaba destrozando poco a poco.









Gertrudis salió de la casa. Estaba aturdida. No sabía dónde ir. El dolor le retorcía los pulsos. Necesitaba ver a Max. Necesitaba encontrar a Max. Necesitaba llorar sobre las manos de Max, el amado, el bien amado, el infinitamente querido.



Vagó muchas horas. Por fin llegó la noche con su frío y su silencio. La seguían obstinadamente. La seguían cuadra por cuadra; paso a paso. Pronto Gertrudis comenzaría la esperada equivocación...



El Monte Rosa estuvo anclado en el puerto 36 horas. Max y Gregers esperaron hasta el último momento. Casi esperaron demasiado.



Trabajando desde el bote de goma, ajustaron la última "lamprea" justamente cuando comenzaba a moverse la nave. Poco faltó para que la succión que hacía el buque al arrancar hundiese el barquichuelo.



Agujerearon el botecillo y lo hundierom. Fue un momento difícil cuando treparon la escala y sacaron la cabeza. No había guardias. El Monte Rosa se alejaba lentamente.






¡Necesitaba verte, Max! ¡Te quiero! ¡Mataron a mi hermano!
¡Nos han descubierto!


¡Al suelo, rápido!


¡Max, he hechado todo a perder! ¡Perdóname! Estaba desesperada. Quería verte...
¡Fuego, Gregers! ¡Fuego!


Un numeroso grupo de soldados comenzó a rodearlos. Sin querer Gertrudis había echado por tierra el éxito de la operación Ratas. Resultaría muy difícil que salieran con vida. Estaban encerrados.


¡Hagan fuego! Tengan cuidado. Quiero al hombre que está con la muchacha. Lo necesito vivo para matarlo después de que confiese...


¿Qué haces, Max?
Dispara. No los dejes avanzar.


Son muchos. No podremos hacer nada contra ellos...
Dispara. No te lo quiero ordenar más. ¡Dispara!


El tiroteo era violento. Max sabía que no podrían aguantar mucho tiempo. Gertrudis se aferraba a su cintura. No tenían ninguna posibilidad de salvarse...


¿Y ése?


Calculamos mal el tiempo. Se están adelantando las explosiones...
Estamos salvados. EL MONTE ROSA hundido y nosotros a salvo. Arrojémonos al agua del otro lado del muelle. Rápido...

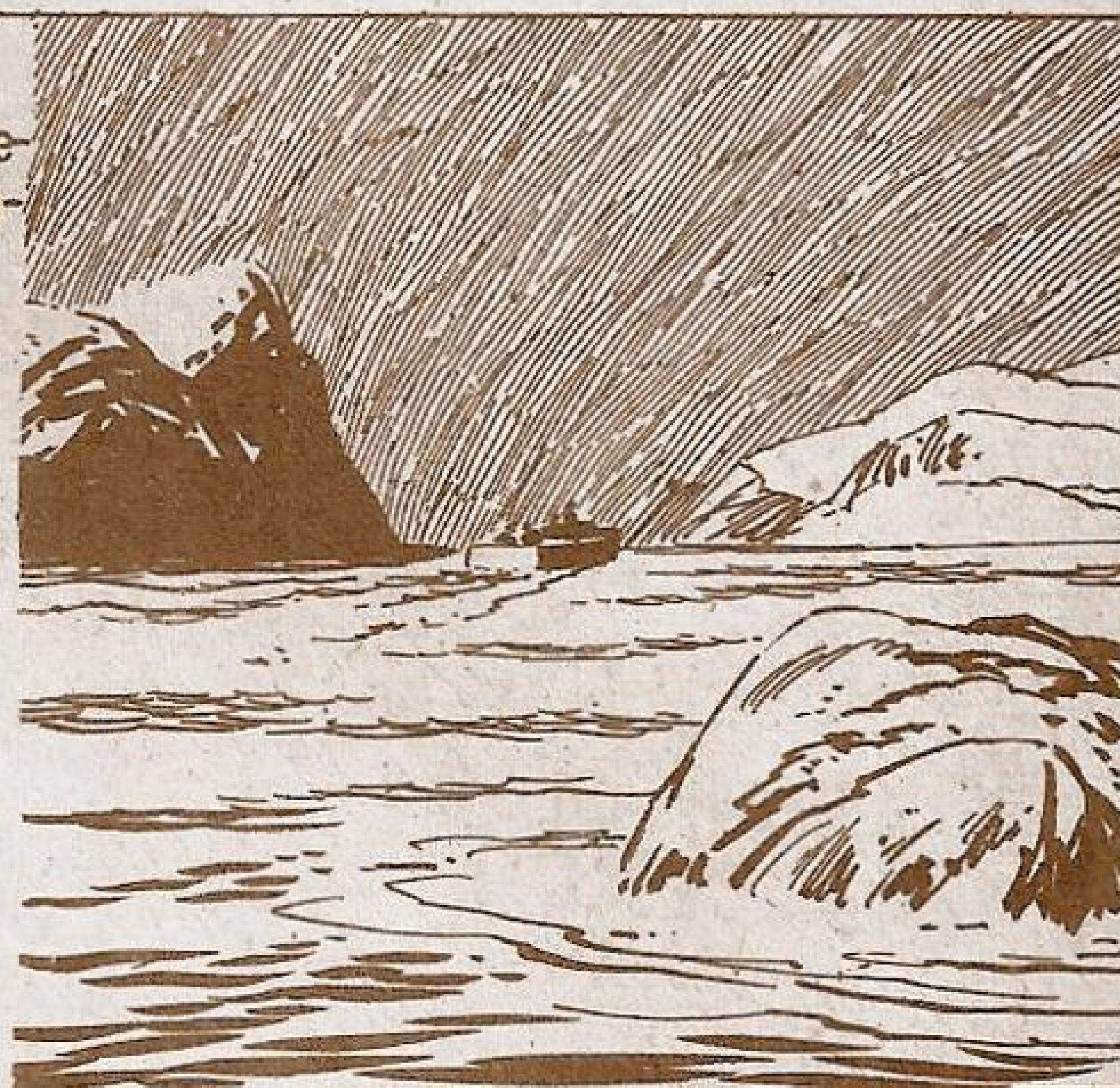

¡No los dejen escapar!


Fue entonces cuando una tremenda explosión partió en dos al MONTE ROSA y convirtió en una larga llanaura de fuego vivo a los muelles cercanos.









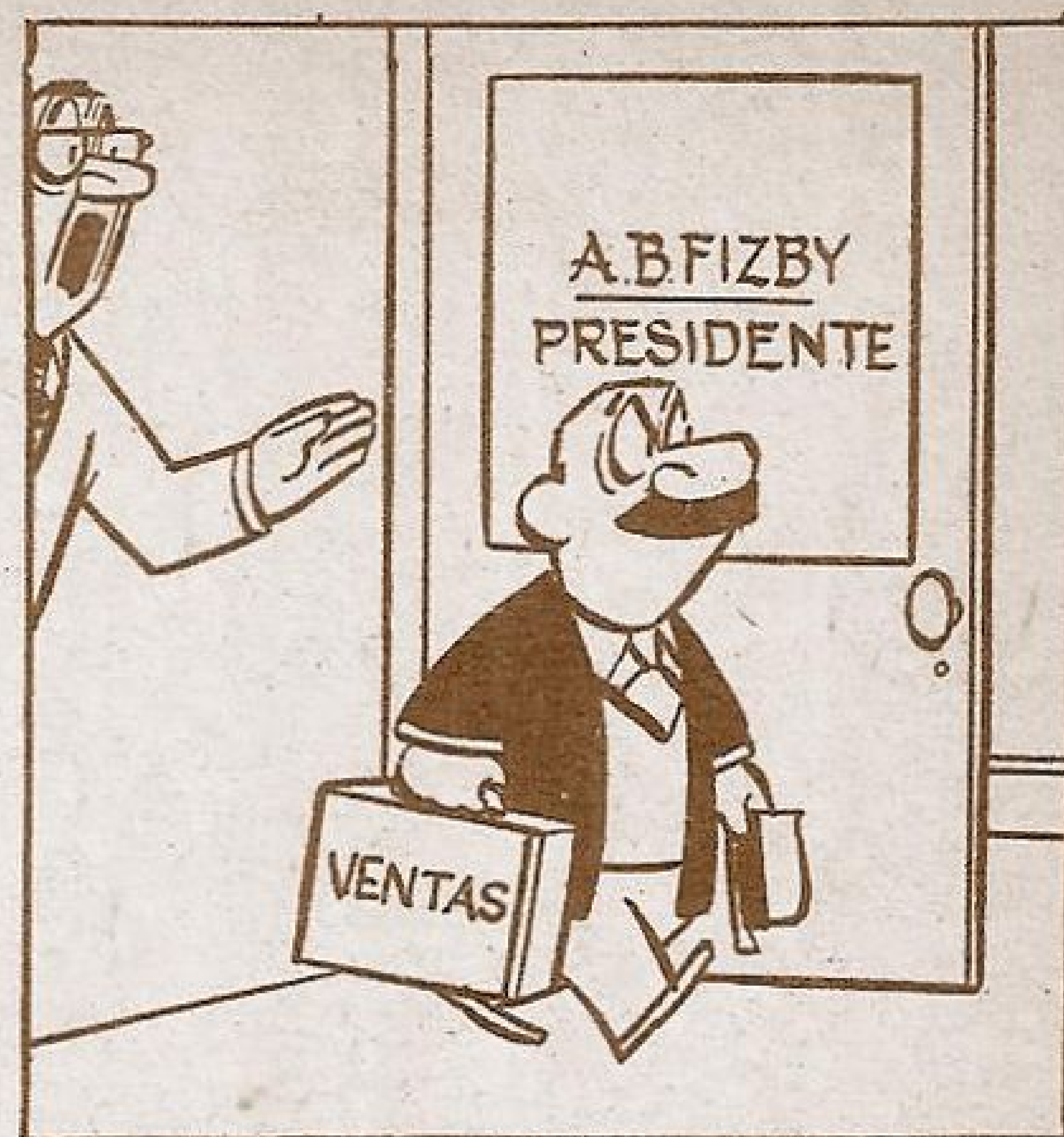


Cierto día de primavera, Max y Gertrudis desfilaron en un automóvil descubierto, en compañía del rey y la princesa de la corona, en medio de la celebración de Noruega libre.



JUAN CEPILLO





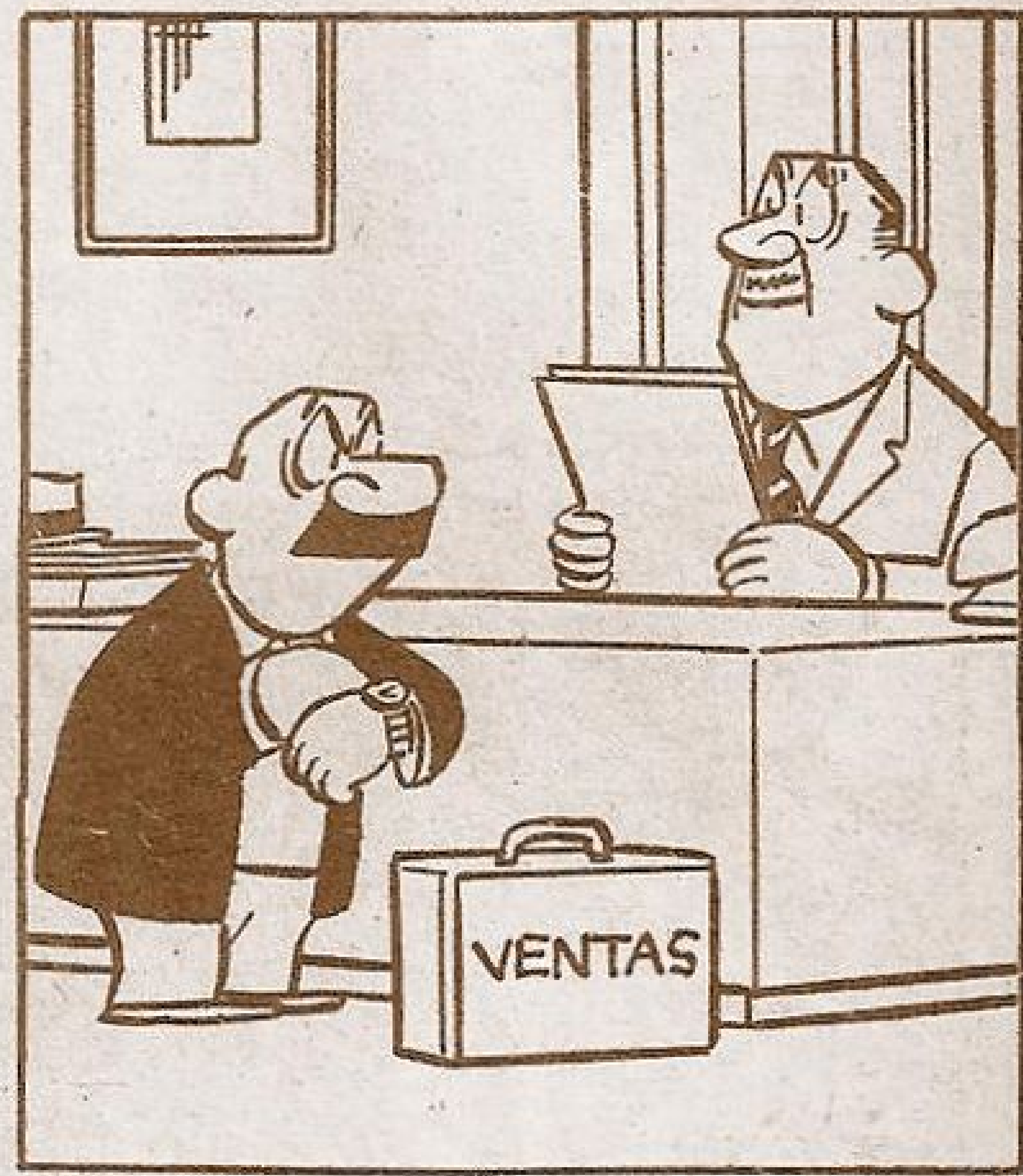


















CRISTÓBAL MARÍA PAZ

presenta sus historias de hombres y mujeres

EL ROBO

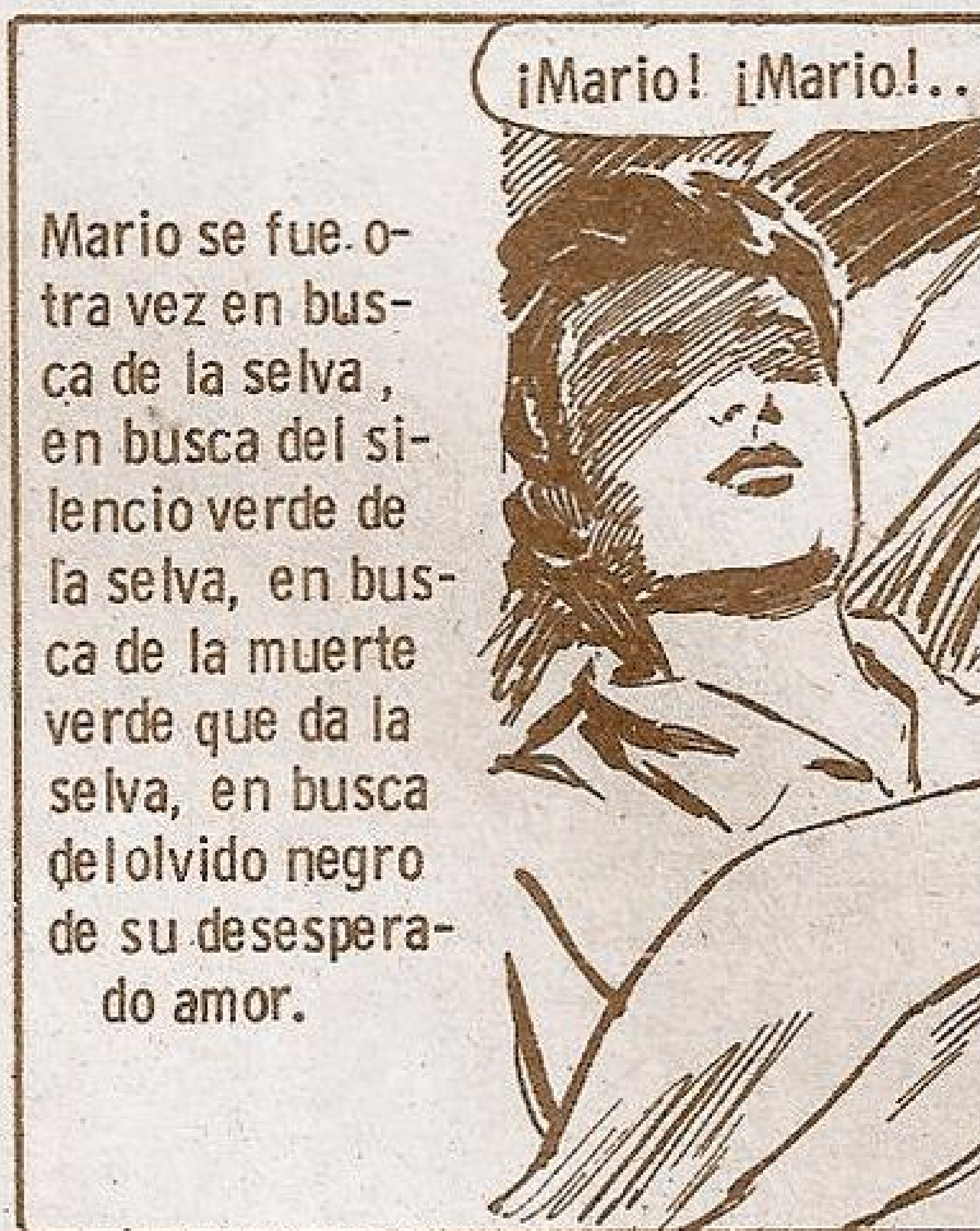
DIBUJOS DE O. MORAGA



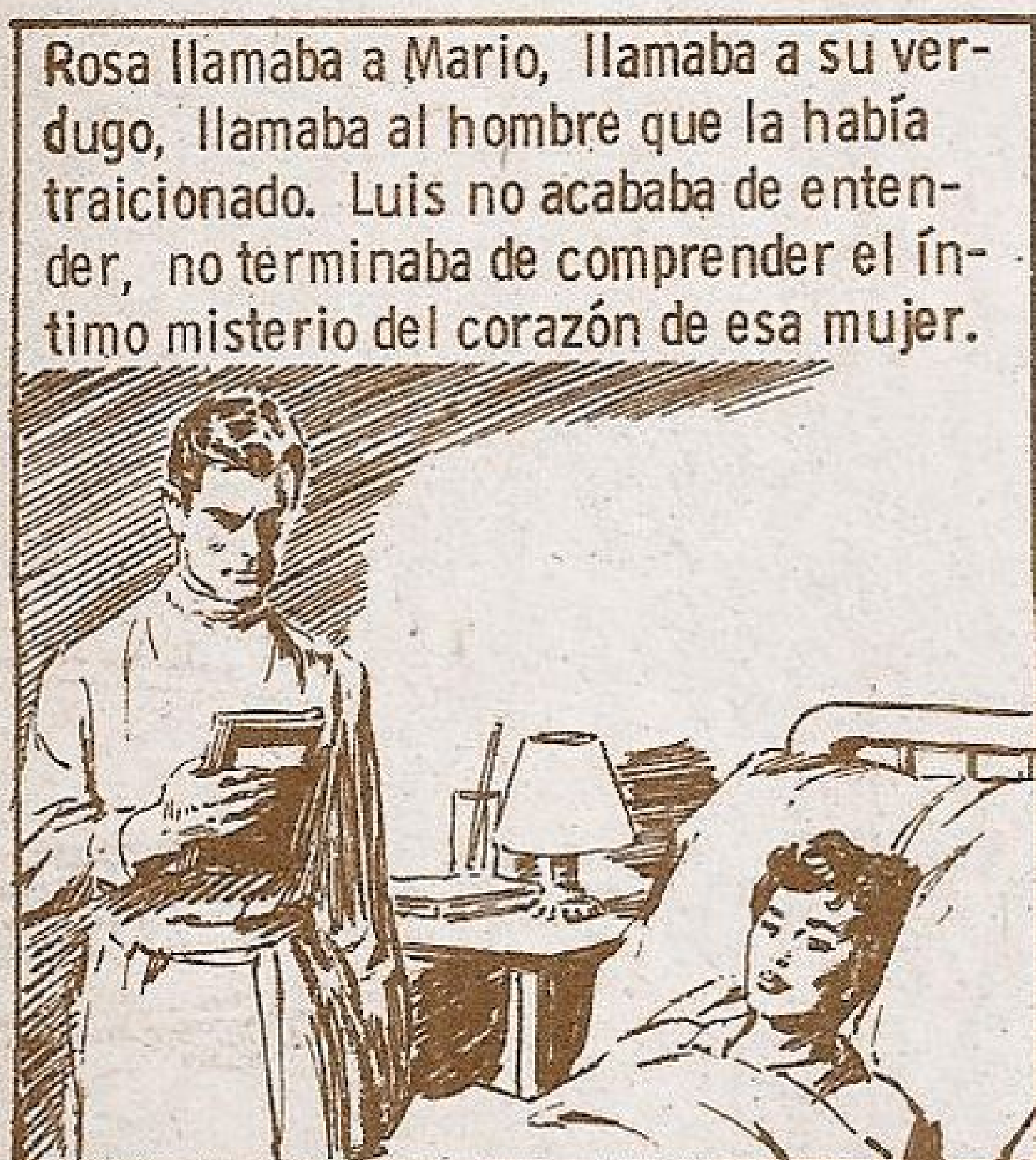


















Doctor Gutiérrez, ¿le ocurre algo?

Nada, perdóneme. De pronto he descubierto que estoy muerto y no quiero convencerme. La tremenda revancha de la vida...

Clorinda. Antes de hoy. Muchos años atrás. Cuando los hombres de ahora eran niños. Cuando se comenzaba a construir la vida, cuando se entraba poco a poco al escenario del drama.















Mario no alcanzó a terminar su bachillerato. Se empleó en el almacén de Ramos Generales de los Rodríguez. Luis venía a pasar las vacaciones con sus padres y contaba cosas maravillosas de esa ciudad de Buenos Aires tan lejana y tan extraña para el ánimo de Mario.



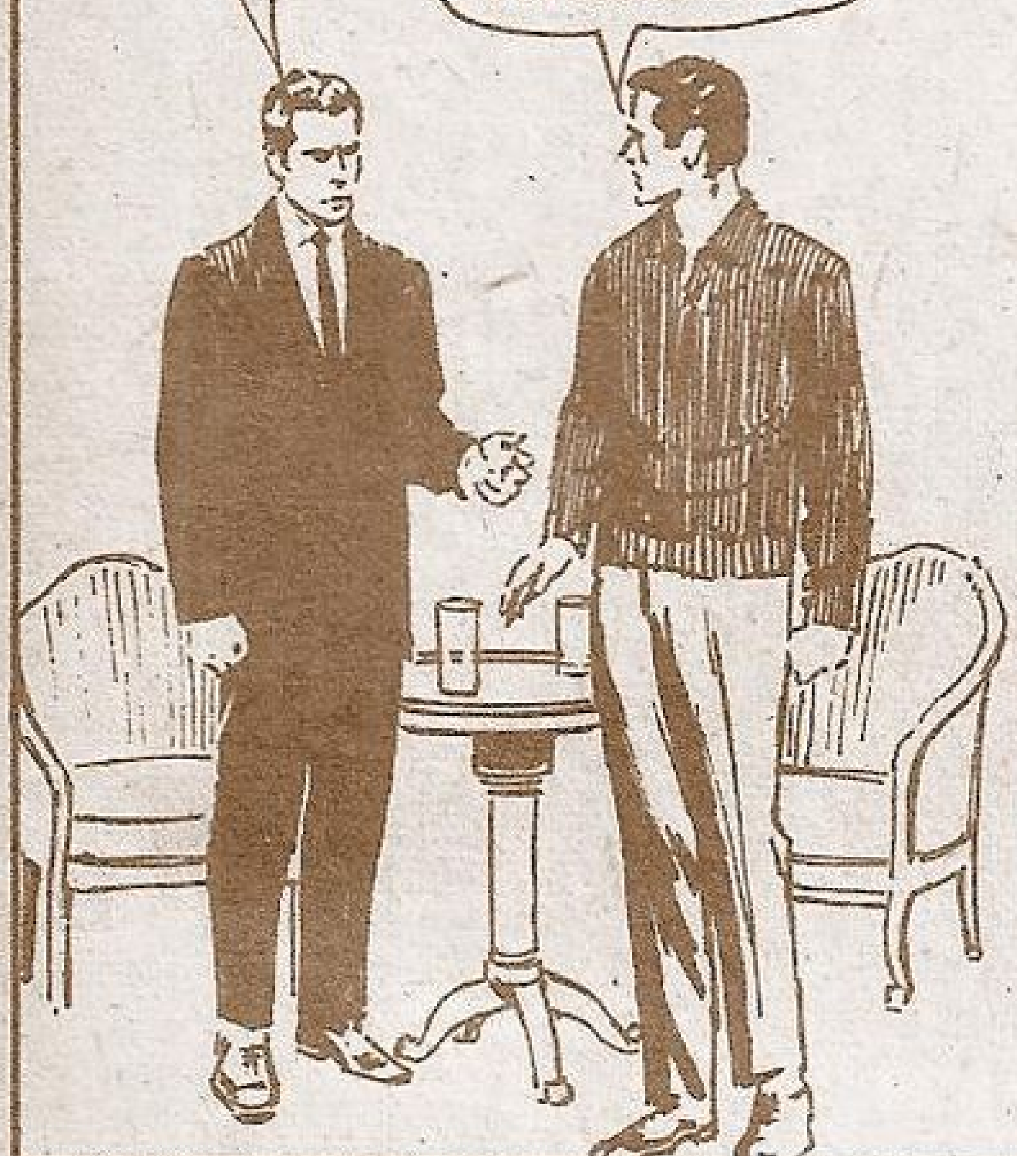





Miras las pibas; están locas conmigo. Buenos Aires me hace este regalo.
No sé. Es suerte. Hoy va a Buenos Aires el que quiere.


¿Por qué no vas vos, entonces?¡No seas sonso, che! ¿O me tenés envidia?


Luis se había molestado. Se sentía el dueño del mundo. Mario se había atrevido a enfrentarlo, a desafiarlo, a decir que la empresa que él acometía era fácil de realizar.


¿Por qué no estudiás vos, entonces?
Perdoname...


Se fue. No podía quedarse más en el paseo, con su derrota, con la sonrisa de triunfo de Luis, con la sonrisa de piedad de las chicas. Entonces pensó en vengarse. La vida le iba a dar esa oportunidad. Pero la trampa sería terrible, lo aprisionaría para siempre.


Volvió a pasar el tiempo. Mario se empleó en la administración de un obraje. Luis se recibió de médico y vino a instalarse en Clorinda. Y también llegó Rosa, Rosa Ledesma, la maestra.


La conocieron los dos juntos en el club. Por supuesto que desde el comienzo Luis fue el que tuvo más chance. Su título universitario era un buen anzuelo.


Las señoras mayores comenzaron a comentar en el mejor tono, la amistad de Luis y Rosa; las sonrisas plácidas que se dedicaban el médico y maestra, las miradas cargadas de silencio con que los miraba Mario. Nadie era capaz de descubrir la amargura,raíz negra de su rencor...


(Será mía. ¡Tiene que ser mía!)


Mario no quería a Rosa; aún no la amaba; todavía la maestra era nada más que el objeto que iba a robarle al amigo que triunfaba siempre.


¿Me permite esta pieza?
Si a Luis no le parece mal, con mucho gusto...


Luis dejó que bailaran. Fue el comienzo de su error. Mario era un ser primitivo que intuía el secreto de cada corazón, que sabía llegar, simplemente, directamente, a la debilidad de cada alma.


Mario sabía muy bien que en cada mujer hay una madre dispuesta a proteger al ser más solo y más triste y más desventurado que haya a su lado.


Esa noche comenzó la trágica comedia, el tremendo juego, la suprema derrota de dos corazones nacidos uno demasiado lejos del otro.
¿Por qué está siempre tan callado?


No es bueno encerrarse en sí mismo...
¿A quién le puede interesar lo que yo pienso?


No puedo huir de mí. Estoy prisionero, aquí, adentro de mí mismo. Y me repito siempre lo mismo. "Eres un fracasado"...


Rosa sintió lástima por Mario, la buena lástima que las mujeres sienten siempre por los desventurados. Rosa Ledesma no se daba cuenta que comenzaba a encadenarse, que ese instante era el principio de su esclavitud.


Terminó la pieza."Me gusta este chamamé y desde ahora me va a gustar mucho más porque al escucharlo,recordaré que lo bailé con usted. Gracias, Rosa..."
Hasta pronto, Mario.
Regresaban a la casa que Rosa y su madre tenían destinada como vivienda en la escuela. La maestra parecía extraña. Algo le preocupaba.


¿Mario es amigo tuyo?
Fuimos muy amigos. Ahora estamos un poco distanciados. Está envidioso porque yo me recibí de médico. Es un pobre tonto.


No me gusta que digas eso de Mario.
Vamos, Rosa. Me extraña que te haya impresionado su pose melodramática. Seamos realistas.


Tienes una forma muy particular de calificar a la gente. Se puede ser algo, se puede ser mucho sin necesidad de tener un título colgado en la cuarta pared de un despacho.
No te enojes. Perdoname si no estuve bien.


Alguna vez tampoco la gente creía en mí. Me costó mucho trabajo estudiar. Mis notas nunca fueron las mejores de mi clase. Estaba entre el montón; quizá en el final del montón de las alumnas, pero luché...


Hay una diferencia grande entre vos y Mario. El no luchó...
La diferencia continúa existiendo. A él no lo ayudaron a luchar. Lo dejaron solo. Quizá hasta le faltó el cariño de un amigo sincero...
Luis calló. Entendía que el dolor de Mario había deslumbrado a Rosa. Sabía que resultarían inútiles sus palabras. Era mejor dejar las cosas así y esperar. Cada uno de ellos tres cometía un error y el de Luis era justamente eso, no darle demasiada importancia a la preocupación de Rosa...


Quince días más tarde Rosa y Mario volvían a encontrarse. La maestra había salido con un grupo de alumnos a realizar una excursión por el río en una lancha de transporte de mercaderías.


Se vieron en el desembarcadero del obraje. Mario controlaba un desembarco. Se cruzaron una breve e intensa mirada. Mario comprendió que Rosa estaba cayendo en la trampa.


Rosa no estaba bien de salud. Luis la atendía. La joven era de conformación débil. El clima intenso del litoral minaba aún más sus escasas fuerzas.


Llegaron las placas que se tomaron hace tres días, Rosa. Tienes que cuidarte. Tus pulmones no están bien. Tengo que ser sincero...


¿Qué te ocurre? Hace unas semanas que estás melancólica. ¿No confías en mí? Yo te había hablado de mis sentimientos, de mis deseos de formar contigo un hogar. Parecía que estabas decidida a aceptarme y de pronto das la impresión de haber cambiado de opinión.


Todo cambió en mi vida. Una palabra de soledad me hizo cambiar. Yo conocí la soledad. Siento piedad por todos los que la viven, ¡pobrecitos!


¿Y mi amor y yo? ¿No tienes en cuenta mis sentimientos, no me tienes en cuenta a mí?
Tú no me necesitas. Tú eres fuerte...


Rosa Ledesma se había hundido en la gran trampa. Desde entonces se preocupó de poder encontrarse con Mario. Lo esperaba cada sábado cuando después de una semana de intenso trabajo éste regresaba del obraje.


Mario se preocupaba muy bien de hacerle notar a Rosa la necesidad constante que tenía de ella, de su presencia, del auxilio de su bondad, de su palabra de apoyo.


Rosa, en la escuelita del obraje necesitan una maestra. Renuncia a tu puesto en la ciudad y toma ese otro. Podremos estar más cerca, vernos todos los días...


Luis se sintió profundamente herido cuando se enteró del cambio de Rosa, cuando supo que renunciaba a su cargo en la ciudad para ir a hundirse en el obscuro obraje. Fue en busca de Mario. Necesitaba explicarle algunas cosas.
¿Te sientes burlado? ¿El hombre fuerte comienza a conocer el rostro ocre de la vida? En este mundo todo no es brillante y rosado. Hay cosas obscuras. Hay dolores...


Eres un resentido. Estás jugando con todos nosotros. Te quieres vengar de mí y del mundo hiriendo al ser más indefenso que hay a mi lado.



Pero Mario no le creyó y logró que Rosa Ledesma se trasladara al obraje. Entonces fue él quien comenzó a penetrar en la profunda trampa que le tendía su corazón.



Mario corrió desesperado hasta la humilde escuelita. Encontró a Rosa tendida en el suelo. Sintió miedo, un espantoso miedo por ella que parecía muerta, por él que la había precipitado a esa pequeña muerte.





Rosa no se compuso nunca del todo. Mario comenzó a angustiarse por el estado de salud de la maestra. Comenzaba a amarla. La mentira se hacía realidad. La trampa se cerraba...







Luis lo había predecido. Rosa Ledesma se moriría en el obraje mucho antes de lo que se moriría en la ciudad si no dejaba aquella zona de calores húmedos.





Entonces Mario venció su orgullo Amaba intensamente a Rosa. La había comenzado a amar y ahora se le moría; ahora él la mataba bárbaramente; la asesinaba por haberla arrastrado a la aventura de su venganza hacia la vida que le había dado poco.



La llevó al hospital. La dejó en manos de Luis con la promesa de no volverla a ver, suplicándole que la salvara; y regresó al obraje, al silencio de la selva a purgar su robo, su crimen.

















—Olvidémonos del precio por un momento y probemos éste para ver su medida.

A REIR



-Seis mil dólares por este anillo me parece una verdadera estafa.

EL ALZAO

por CLAUDIO MARTÍNEZ PAYVA

ADAPTACIÓN — DIBUJOS DE VOGT

En aquellos bravíos años del siglo pasado no era raro ver por las montaraces zonas de Entre Ríos, a esos hombres anchos de espalda y finos de cintura, mirada negra y firme, y un ciclón de rebeldía en el alma. Les llamaban a esos guerreros criollos: los alzaos.



















"Venía asustado mi tordillo. Dio contra un árbol. Cuasi nos matamos. De frente, el ventarrón es un cuchillo", dijo el recién llegado. Y agregó: "Espero no molestar".



"Aquí naide lo apura", contestó Rosario que parecía muy segura en sus movimientos y palabras. Acercó un mate al hombre, preguntándole "si iba lejos". El se turbó brevemente: "Sí", replicó.

¿O es que anda perdido?

También, pero ahura nadie me espera.



"Cardo florido", dijo Rosario intencionadamente. Y agregó: "Con más espinas que flores. Cada cual con su cruz, ¿no?"

Cada cual. ¿Usté también con la suya?

Que le conteste mi tata.



"¿Se va a asustar mi hija por un puñao de palabras tristes? ¡Es hija e' tigre Rosario Lema!", exclamó el gaucho viejo.

Cría de tigre, sí, señor. Vide ya las manchas.

La fiera ahura está lagrimeando de puro dolorida.

"Nunca se cerrará la herida que me hiciera la muerte e' mama", dijo la muchacha, y Ruperto bajó la cabeza tristemente. Maidana comprendió que un silencio iba a hacer daño a esa buena gente y empezó a contar parte de su vida. De vez en cuando decía: "No me interesa el hilo que otro corta, ni bailo al son que toca cualisquiera".

¡Es hombre de ley! ¡Ya lo he visto!



"Lo que se me murió, cavo y lo entierro", agregó el rebelde. Rosario lo miró fijamente: "Mal los ha de enterrar, pues andan con usté y son lúgubres sus cencerros." Maidana iba a decir algo pero se contuvo. En un suspiro replicó: "Pinchan sus prosas". Don Ruperto abrió un poco la puerta y movió la cabeza, disgustado.

De aca un rato todo esto será un gran río.



Volvió junto al gaucho, palmeándolo paternalmente.

Pacencia, amigo. No podría hacer pie ni en la cuchillas.



Tordillo blanco; los persigue el rayo. Via fijarme cómo está.

Me pondría a llorar si un rayo lo mata. Es lo más fiel que tengo al lao, pa una larga, muy larga huella.



Rosario sonrió a su padre.

Mi tata lindo que supo librarse de las tristezas y encontrar la huella del amor.



Mi tata que supo ser hombre y clavar horcones, no abrir pozos pa enterrar ensueños.

Saulo Maidana se sintió herido por las palabras de la altanera Rosario. Ella volvía a decirle "cobarde", de otra manera.

Moza, moza...

"¿Lo ofendí?", se apresuró a decir Rosario, mientras cebaba otro amargo.

Se empeña en que me ponga serio de verdá.

"Es mujer. Tenés que estar prievenido, Saulo Maidana", gritaba una voz en el alma del criollo.

(Siempre fuiste libre, Maidana. Naide te amarró jamás.)

Con la cabeza gacha el jinete alzao de las cuchillas entrerrianas sorbió su mate. Quedaron los dos callados, mientras en el lejando cielo parpadeaban los relámpagos.

¿Se le ha comido la lengua?

Por no discutir, ni me defiendo.

Se levantó nerviosamente: "Lo atinao es seguir. Pero si ahura ni un sapo novio puede andar". Ante la vista de la correntada se amargó. Rosario, con un asomo de alegría en los ojos, se puso a cambiar la yerba. "Es como velar una noche que no tiene fin", agregó él.

La tremenda explosión de un rayo hizo temblar el rancho. Una mano varonil y otra femenina hicieron la señal de la cruz. El mate golpeó contra el suelo de tierra dura.

Maidana se había vuelto a dejar caer sobre un banco de madera. Rosario alzó el mate, y con rabia eclamó: "Siempre mirándose las espuelas".

Grite, insulte, si lleva algo adentro que lo lastima.

"Habladora. Capaz de querer que hasta hable un dijunto", graznó el gaucho. "Por eso quiero que no se quede así, mirándose las espuelas", fue la contestación de la hija de Ruperto Lema.

Mujer. Como pa'fiarle en prienda un gran secreto.

Se suavizó la mirada de ella.

Si me lo fiase usté, lo guardaría.

La frase acarició los oídos del rebelde.

Dijo, "¿si juese yo?" ¿Saulo Maidana?

Usté mismo, Saulo Maidana, un valiente. De no haber sido usté quien se priesenta en este rancho...

... no lo dejo arrimar ni a la ventana...

Preferencia de mujer, es a veces como regalo el diablo. Pero no; creo que hay una luz en mi sendero.

"Dios lo alumbre", replicó Rosario.

... y pueda ricordar lo bueno. Y arrojar lo malo. Lo que logre dispués, va a ser un regalo.

Tuvo maestros la moza.

" Como los suyos. La Tierra, el cielo, y hasta la víbora que espera entre los yuyos. Aprendí a golpes, y a lágrimas, ", dijo Rosario.

¡Igualito! Por eso, ni recordar ni hablar es necesario. Alivea el dir callado, solitario...

... mientras el ayer queda atrás. Un ayer que no merece que uno vuelva la cabeza.

Bruscamente se abrió la puerta, y Saulo Maidana, sorprendido, saltó con el facón en la mano.

Liviano el hombre. Se ve que no da ventaja. Envaine, envaine.

No me he criao entre gente que se asusta, señor.

Descolgó un fusil el gaucho viejo, comentando "que había visto un ciervo entre el chilcal". Aludiendo a su arma, Ruperto Lema dijo:"Tengo dos más, y cargadas, en mi pieza. Si hay apuro están listas para emplearlas al momento". Dicho eso volvió a salir, y el silencio atrapó de nuevo a los jóvenes.

Lo quebraría Rosario, unos instantes después:" ¿Quién es ella? ¿Quién la ingrata?" Con un hilo de voz, contestó Maidana:"Ni por broma la ofienda, moza. Si hubo una, fue una santa".

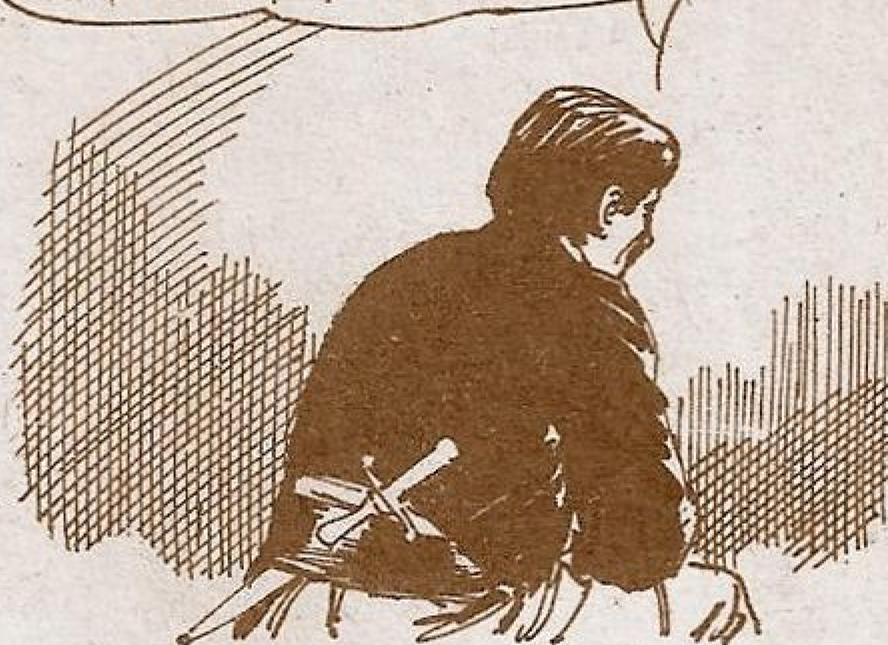
Mucha lealtá de sentimiento.

Suspiró, soñadora:"Qué no daría porque mi nombre fuera, allá a los años,ansina rispetado por un hombre. Cuénteme,Maidana. ¿Era linda? ¿Rubia? ¿Alta? ¿Delgada?" El gaucho respondió: " De su mesma hechura, Rosario".

"Su nombre... quémelo y basta", agregó dolorido."Es disgracia antigua. Como esto mío de andar entre fogones y sangre derramada. Como esto de buscar y buscar mi revancha".

Ella y yo fuimos siempre juntos;desde gurises. Su pelo al viento, y un cascabel de risas en la boca.


Dos pichoncitos amarraos a un tiento. Eso éramos.


El triste recuerdo de aquella dulce edad pasada, dominó al gaucho.
Un día me dijeron "que era un mocoso con pretensiones, y que entuavía tenía que pedir permiso pa pitar"..


Protesté. Yo era un trabajador desde muy gurí, y sabía cómo se portan los hombres de verdá.
¡Pobre hijo de criollo, convertido en mozo!


"Pero es que yo ahora quiero ayudarlo a reír y no a llorar", exclamó la muchacha cebando otro mate.
Mate el gusano que le come la raíz, y dará flores, gaucho.
La miro y me parece una mujer de piedra.


Las otras que encontró en su camino serían flojonas. Mucho han cambiao las mujeres 'e mi patria.


Mirándola a los ojos, Saulo Maidana agregó: "Pues, priegunte entonces, mujer de raza juerte. Haga hervir el borbollón sangriento".
¿Me ha creído que soy alcalde?


Sorbió su mate tranquilamente.
Quiero ser amiga, hermana...
...trigo, harina. ¡Y que Dios haga nuestro pan con su mirada!


Ruborizada bajó las pestañas que en ese momento eran largas como las ilusiones de ambos. Maidana prosiguió con su relato: " ¿Me querían hombre y pronto? ¡Pues eso traté de lograr! Trabajé duramente, juntando rial sobre rial. Ni bailes, ni boliches".
¡Todo para su rancho! ¿Eh?


Se le sellaron bruscamente los labios a Maidana.
¿Entonces:..?
Un día tuve unas palabras con cierto mandria, familiar del caudillo.


¡Imagino el resto, amigo mío!
¿Por qué, si es pior de lo que usté imagina, Rosario?


La ofensa de ese cobarde no iba a dejarle ansina Saulo Maidana. No maté a naides...


. . . pero el muchachito aprovechó pa decirles a esos malos criollos todo lo que se merecían.
Cadenas, prisión, castigos. . .


"Un mes estuve en el cepo. La argolla en el cogote me hizo blanquiar sobre la nuca el hueso. A sablazos impusieron a ese muchachito "una idea que nunca podría ser la de un hijo 'e Dios nacido en estas tierras . Y ese muchachito juró vengarse", rugió el gaucho.
¿Dispués?


–Lo pior, Rosario. Me dijeron que tenía que irme de ese pago . . .
¿Por qué, si allí estaba mi rancho, mis pertenencias honradas?
Y su amor.


La amargura volvió a dibujarse en los labios de Saulo Maidana. Rosario le preguntaba sobre "su amor".
Por Dios, no eche sal en mi herida.


Rosario Lema fue implacable. Necesitaba saber. Pero se estremeció ante el posterior relato del hombre golpeado, robado, y que viera ultrajar lo que más quería.
¡Basta! ¡Basta! ¡Salvajes! ¡Salvajes!


"Usté lo quiso. ¡Sopórtelo ahura, moza!", gritó Maidana, agregando: "¡Como final, la mataron! ¡Ah, cómo iba a cobrarme poco después todos esos escarnios! ¡Pasando a cuchillo a tuitos los mandrias!"
Vengado, me sentí hombre; pero también me ví muy viejo, terminado.


Rosario lloraba en silencio. El gaucho prosiguió con helada serenidad.
Usté quiso andar entre víboras y arañas, moza. Regolverme el cuchillo en las entrañas. . .


Y ahura llora. Ya sé; lo hace de vergüenza, de dolor. Es una buena mujer, Rosario Lema.
¡Dios se apiade de su alma, Maidana!


Cree que no busqué ese perdón. De rodillas anduve mucho tiempo. Solamente de rodillas ante EL.


Tomó sus cosas;palpó el aún húmedo poncho, y caminó hacia la puerta de salida. Una mano de ella se apresuró a apoyarse en el brazo masculino.
No, Rosario. Mi casa ya no es más que un sueño muerto.
¿Por qué? Esta puede ser la casa de su sueño.


"No puedo pararme. Soy un río ensangrentado", murmuró el gaucho rebelde.
Sólo hay yel en mis venas, Rosario.
¡No! ¡No! Hay un resto inagotable de dulzura, de amor.


"Gracias, pero ya no me engaño. Ansina como me trajo la tormenta, me voy al parar el viento, la lluvia. Que Dios la bendiga, Rosario Lema", dijo con esfuerzo, marchándose. Ella no hizo el menor esfuerzo por seguirlo.


Hubo un larguísimo silencio, y Rosario entonces abrió la ventana. Precisaba beber ese aire frío que llegaba de las cuchillas inundadas. ¿Cómo podría salir de allí el pobre alzao? "Solamente un loco", iba a gritar Ruperto Lema cuando se enteró de la desaparición del rebelde.
¡Que se ensope, que se hunda, pa'castigo!


Ruperto no llegó a entender a su hija. Estaba seguro de que ella había sido muy bien impresionada por el forastero. Confiaba en su Rosario, pues la moza no era de esas que se encandilaban fácilmente. ¿Qué habría sucedido? Miró a la joven con pena. Cuando él ya no estuviera más en este mundo...


... ¿cómo soportaría Rosario la soledad del rancho, del paraje?
(Puedo decir que me habría gustado como yerno ese mozo.)
(¡Pobra tata! ¡Yo sé en qué piensa!)


Rosario no quería dejar sin nietos a ese hombre bueno que fuera el gran compañero de su madre muerta. Pero en esos tiempos en que los hombres vivían guerreando, la felicidad había pasado muy lejos de ella. Desesperada, abrió la puerta y salió a enfrentarse con ese viento loco que empujara a la muerte al gaucho maidana.


Caminó apenas unos metros. Todo era agua y barro.
(¿Y si a esta hora él estuviera boqueando en la corriente?)


Le respondieron unos relámpagos de poderosa luz.
(¡Mi Dios! ¡Qué él no muera, y vos bien sabés por qué lo ruego!)





Don Lema estaba alimentando el fuego del fogón. Cuando -mojada, temblando de frío- regresó Rosario, el buen viejo gruñó: "¡Otra gurisa!" La dicha resurgió en las negras pupilas de la moza. Sin decir palabra se puso junto a Maidana, mientras el fuego crepitaba alegremente.





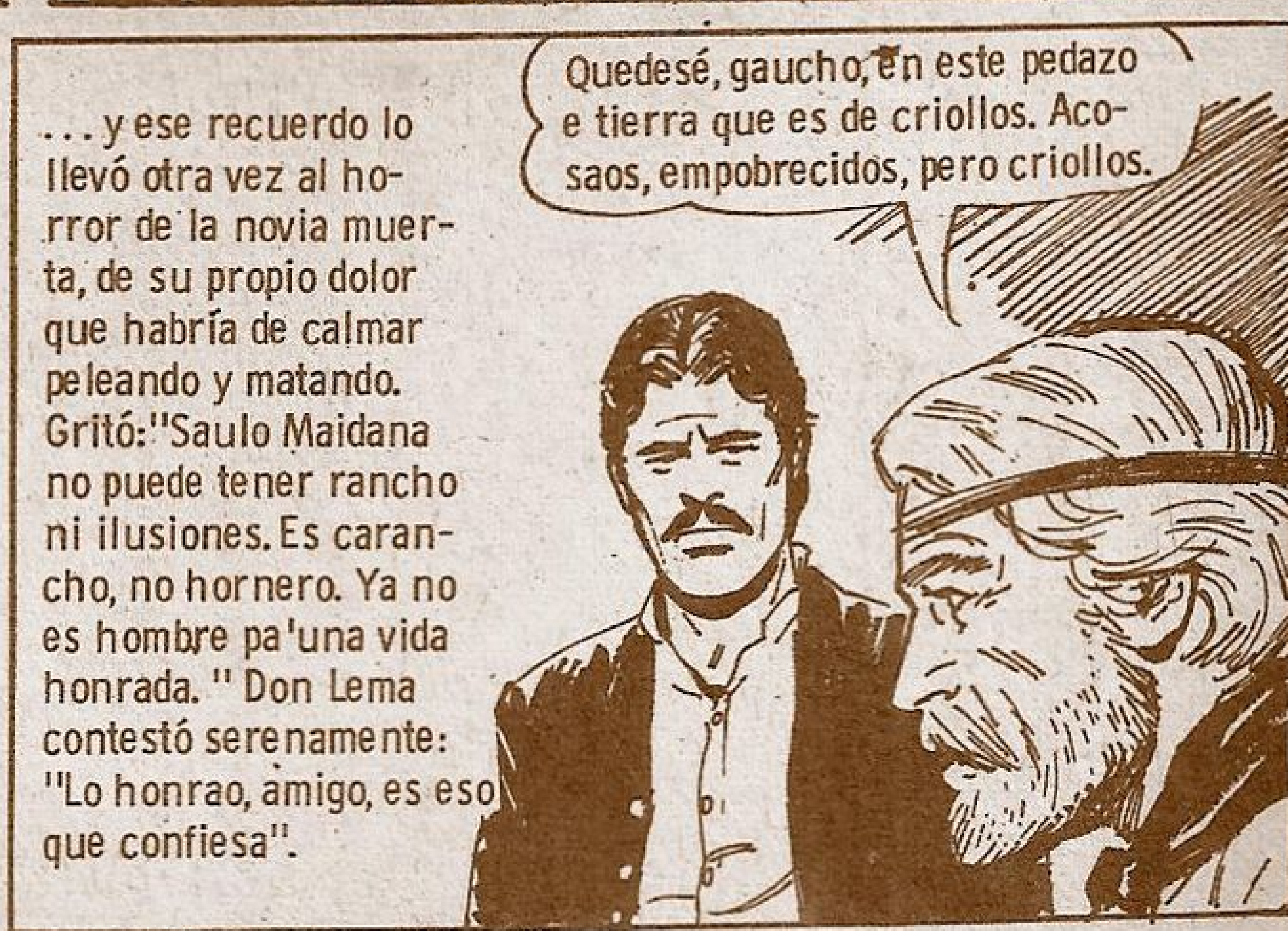






"El hombre es más que un pájaro, apriendelo m'ija", murmuró Lema. Y añadió: "Hasta la infeliz comadreja perseguida, se arrastra con sus hijos contra el suelo. Los lleva a lomo, buscando una guarida." El viejo puso un buen trozo de carne a asar, mientras entonaba una antigua canción criolla. "La preferida de mi mama", pensó Maidana...



















Maidana se quedó contra la puerta. Lo que estaba allí caído, era un rival. Un odiado rival, al que ahora no podía odiar. ¡Si era gurí! Casi su estampa de los tiempos verdes, cuando solo anhelaba casarse con aquella mucha-cha rubia, alta, que ahora estaba muerta.






Se fueron abriendo los ojos del alzao.
Ahura soy traidor. Me he pasau a su guerrilla, gaucho noble. Eso, si es que la herida no me manda al hoyo.


"Muchacho", murmuró Maidana con admiración, palmeando a Castro.
Vamos a empezar tirando esa chaquetilla "de los otros".
Quiero usar como usté, un pañuelo "a lo Ramírez".


Contó Hernán Castro sus pasos de la jornada anterior. La tormenta que lo detuvo cuando ya casi alcanzaba a Maidana.
Por esa tormenta nos quedamos sin peliar "a los otros".
Y usté, muchacho, con un balazo que le obsequió mi Rosario.


"El desertor lo merecía. Ahura es otra cosa. Parece que sabe ser amigo. Tendrá que probarlo, o con gusto lo mataré", dijo Rosario Lema, enorgulleciendo al padre y al novio.
Me salvé raspando. Será que pa'el Señor no soy muy malo.
¿Y si no lo quiso a su lao por endiablao?


Es mejor que ahura descanse, muchacho, o se va a hinchar como vejiga.
No me importa. Quiero poner al tanto a Maidana de lo que está pasando a sus espaldas.


Lo olfatean de cerca, valiente.
Nunca encontrarán este rancho. Además no tenemos vecinos... ni delatores. No habrá pelea, por ahora.


"Quién sabe", exclamó el alzao, mirando hacia las cuchillas con la ayuda de la luz de un relámpago.
Ella tiene razón. El enemigo anda por la parte seca. ¿Se van a arriesgar por aquí, que es la muerte sigura?


"Lástima, pues yo quería empardar la fama de Maidana; un hombre de Ramírez en cuerpo y alma", murmuró Castro.
Si sigue hablando clavará el pico. ¡Qué mozada ésta!
Descanse, muchacho. Si ellos vienen, podrás peliar echao.


Mesmo como usté lo dice: " A cuerpo echao y jusil, hasta un manco es temible!"
Tal vez... vengan... eso me consuela. Cazar al chimango al vuelo.


Dio un alarido de júbilo, truncado por un tirón de su herida. En el silencio posterior, Ruperto Lema maduró una idea. Y dijo de pronto: "Si alguien llega, usté no podrá defenderse gran cosa, Maidana. Le ordeno..."
¿Cómo? Adivino lo que piensa. ¿Quiere que juya? ¿Justito ahura que encontré mi alma, mi vergüenza?


Vaya, mija, y haga un atao con sus cosas.
¡Tata! ¿Qué...?
"Intento hacerlo a un lao, mijo, porque soy un viejo que ve más lejos que la gurisada inexperta. Escúcheme, y no se retobe. Si ellos vienen, el rancho será defendido. No avanzarán más, por estar aquí Saulo Maidana, el rebelde", dijo Lema.


Con el gesto, el viejo gaucho impuso silencio a su hija.
No tenemos vecinos, pero pa suerte nuestra, la casa 'el cura es lo que más a mano tenemos, ¿saben?
Permítame...


"No permito. Soy el dueño de tuito, al tener una hija que se ha apoderao de su corazón, Saulo Maidana. Vayan, vayan. No me ritruequen. Aquí, con el amigo joven, vamos a mantener a raya a esos otros", insistió Lema.
Y si no, que... me conviertan... en osamenta.


"Aprienda a obedecer. Vaya, vaya, mi hija. Enséñele el camino a quien va a ser tuito pa usté, sigún los mandatos e Dios", siguió diciendo don Lema. "¿No compriende que Saulo Maidana nunca podrá juir como zorro asustao?", exclamó el gaucho.
Desmerecido, Maidana. Le estaba imponiendo un deber mucho más alto.


Nada de matar: construir, construir. El corazón de mi hija, y un rancho decente pa' dos que se aman.
Es lo que quisiera.


Rosario Lema había vuelto, cubierta con un rebozo;los ojos brillantes en la hermosa ilusión de amor. "Hay pocas leguas hasta la Capilla. El cura es gaucho y amigo. Por priestar un servicio se hace astilla, buenazo", dijo Ruperto Lema abrazando a su hija.
A él me la va a llevar, Maidana. Rosario, mi riqueza, mi esperanza.
Voy a difenderla con mi vida, y pensando siempre en usté, Lema.


"Con la cabeza en alto, como ella se lo ordenara siempre, gaucho. Y ahura... hasta más ver, "murmuró el valiente casi sin fuerzas.
¡No, tata! ¡Sin usté, yo...!
¡Cállese! Ahí está el que va a llamar marido. ¿O no lo quiere?

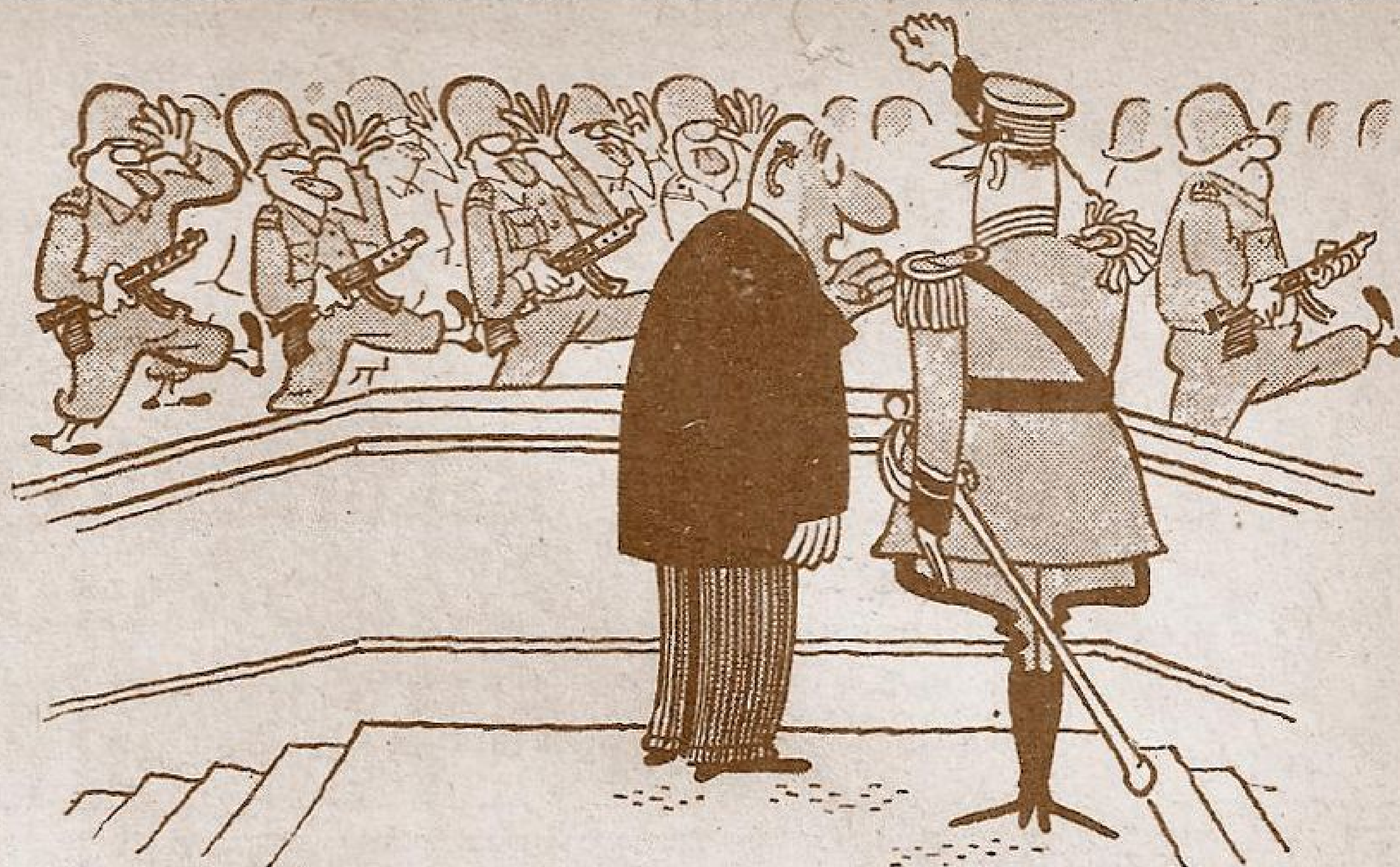

Los brazos de los jóvenes se unieron.
No era ansí que soñé mi noche güena. Sin mama al lao, y ahura usté, tata...
Mil vidas que tuviese, y no igualo el aprecio que les debo.


Se arrojó sobre el gaucho veterano, estrechándolo en un abrazo de amigo, pero mucho más de hijo. Ruperto Lema los bendijo con sus últimas fuerzas. Después, la puerta abierta, los jóvenes huyendo, y una velada luz de amanecer sobre las cuchillas lejanas. El suelo dolorido, despertando a un nuevo trajín de fuego, de muerte.


Hernán Castro se había dormido, agotado como un chico que hubiera hecho esfuerzo superior a sus fibras. El otro, el criollo en el ocaso, se acercó al fuego donde se doraba un trozo de carne. No tenía hambre. En su memoria de hombre bailoteaban mil recuerdos.
(Les entriego la guarida y el destino. Llegó el relevo;es larga la campaña. El gaucho es pueblo...)


"... nace de su entraña, y ha de ser gaucho, o no será argentino".
¡Dios lo salve, y corrija al que se engaña!
FIN

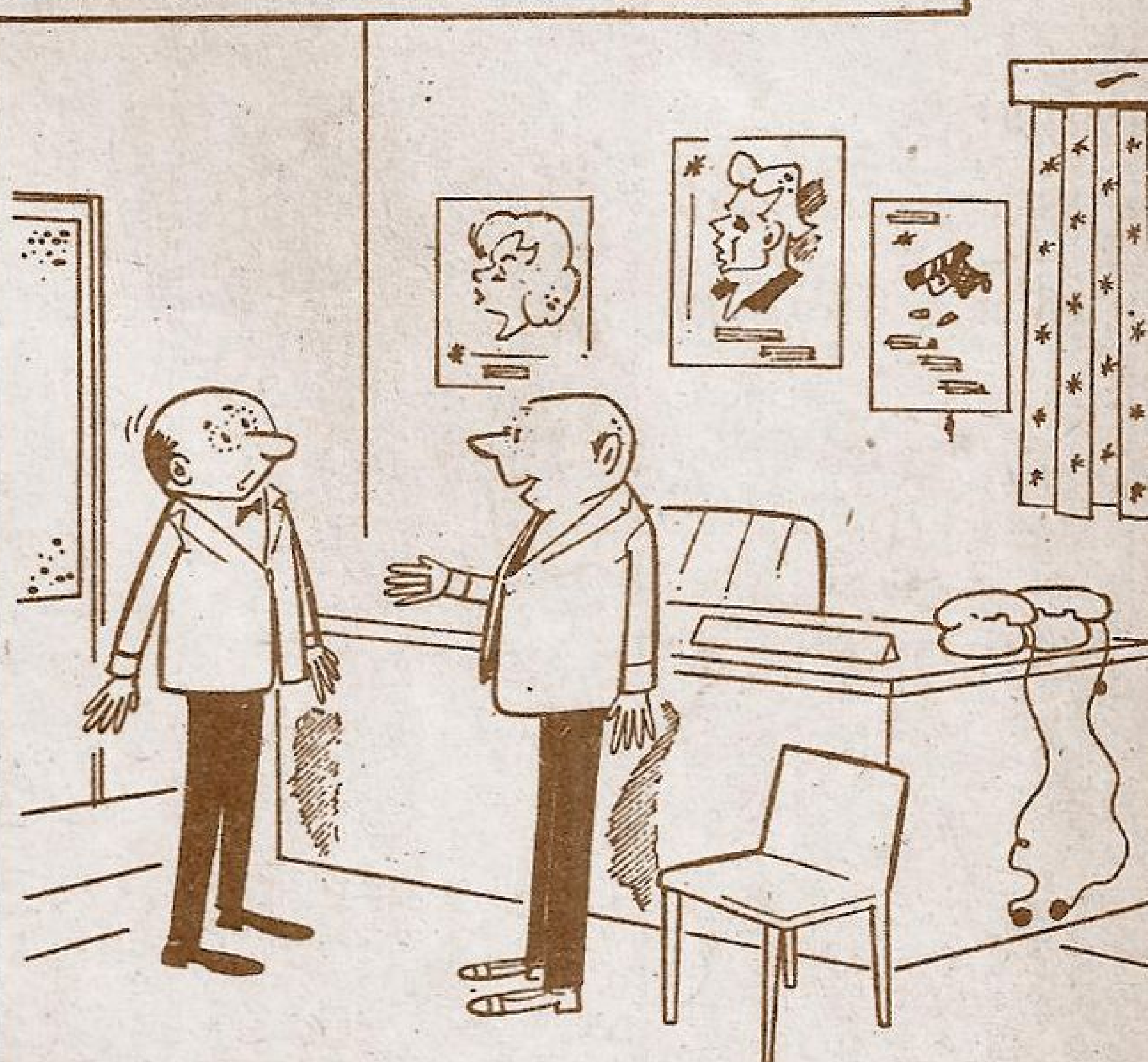
PAGINA ALEGRE



-¿Está seguro que el ejér-
cito le es leal?



-Señor Teodoro, usted no
ha comido nada...



-Es un papel estupendo. Lo
matan en el primer acto.
Así puede usted disponer
de su tiempo el resto de
la noche.



-¿Se fijó usted en el ladrón
alto, moreno, de traje gris?
¿No era buen mozo?





El corazón de Luisa



Por **HENRY GREVILLE**
Adaptación
Dibujos de PÉREZ del CASTILLO

Nuestros lectores ya conocen el nombre de Henry Greville, por haber aparecido en estas páginas otras novelas suyas; como saben también que este nombre es el seudónimo de Alicia Durand, escritora francesa que nació en 1842 y murió en 1902. Así como la acción de las otras obras suyas que hemos publicado transcurre en Rusia, donde su autora vivió mucho tiempo, la de ésta se desarrolla en París, si bien en el París de la segunda mitad del siglo pasado, que ella conoció.

La casa en la que la familia Rieul ocupaba un departamento del segundo piso era una de esas innumerables viviendas parisienses donde se acogen quienes no tienen gran fortuna, pero que gustan conservar ciertas apariencias. Se distinguía de muchas otras por su emplazamiento, en la esquina de dos calles poco frecuentadas, una de las cuales conducía a un barrio nuevo, casi deshabitado todavía en aquellos años de fines del siglo pasado, detrás del cementerio de Montmartre.



La vecindad del cementerio no comunicaba ningún aspecto lúgubre a aquella casa; los árboles eran tan altos y tan espesos, que solamente en invierno podía adivinarse la blancura marmórea de las sepulturas. Durante el verano los pájaros cantaban por centenares, y fieles ruiseñores hacían sus nidos entre el follaje, dando a ese rincón de vida parisiense un aspecto provinciano tranquilo, grato sobre todo para Luisa Rieul, que no podía consolarse de haberse alejado de su querida Normandía.





Fué a poco de casarse. Su esposo acariciaba el sueño dorado de convertirse en un poderoso capitalista, y eso lo indujo a trasladarse a París. Pero pasaban los años, y no conseguía ver realizadas sus ambiciones. Y todas sus desvanecidas esperanzas repercutían sobre Luisa, de una sensibilidad que rayaba en la hiperestesia. Jaime Rieul se vengaba en su mujer de todo lo que irremediablemente tenía que sufrir fuera de casa.



Por fortuna, la desdichada esposa contaba con su hija Alicia. Esta, altiva y delicada como su madre, de quien era la viva imagen, había aprendido a quererla en las largas horas silenciosas o las conversaciones francas. Se identificaron hasta tal punto, que Alicia había tomado la resolución de proteger a su madre, aunque fuera a expensas de su propia dicha: nunca consentiría en casarse sabiendo que su madre tendría que luchar a solas con el carácter del esposo agravado por unos celos absurdos.

Juntas se hallaban las dos aquella noche en el comedor. A la suave luz de la lámpara, la madre parecía casi tan joven como la hija. Ni una arruga en su delicado cutis, ni una cana en su suave cabellera de un castaño claro, que encuadraba su amable y simpático semblante, iluminado por sus ojos azules, siempre algo inquietos. De pronto se oyó un melodioso silbido de alguien que bajaba la escalera, y un imperceptible rubor tiñó las mejillas de Alicia, revelador de su íntima emoción.



Al momento llamaron a la puerta. El visitante era un guapo muchacho de alta talla, de unos veintiséis a veintisiete años, de carácter, al parecer, franco y abierto. Quedó sorprendido al ver la mesa puesta, y se dió cuenta de la inoportunidad de su llegada. Y, no sabiendo cómo colocarse ni qué decir, sólo atinó a disculparse.









—No sé todavía —contestó Ricardo, dirigiéndose particularmente a Luisa—. Desde que tuve la desgracia de perder a mi madre, hará muy pronto cuatro años, ha sido usted muy buena para mí, señora... Me parece que...

..."faltaría a la consideración que le debo si no la tuviera al corriente de mi vida... Pero comprendo mi inoportunidad." Y, sin oír más razones, el joven saludó cortésmente y se fué.

En el mismo rellano de la puerta del piso se cruzó con Jaime Rieul.



Ricardo bajó de cuatro en cuatro los escalones, mientras Rieul entraba en su piso. Preguntó a su mujer qué quería aquel muchacho. Y Luisa, mientras se disponía a servir la mesa, le contestó: —No lo sé. Nos lo dirá mañana u otro día. Por lo visto tiene a intención de hacer un viaje. Rieul exclamó: —¡Nosotros también vamos a hacer un viaje!



Luisa miró a su marido con extrañeza. Después de veintitrés años de casados era la primera vez que proponía una de esas salidas que son hoy tan frecuentes en todas las clases de la sociedad francesa. Nunca se le había ocurrido llevar a su mujer y a su hija a una excursión de recreo. Un alegre brillo iluminó los ojos de **Alicia**.





"Os llevo el sábado por la tarde a Cherburgo —agregó—. Con el lanzamiento del nuevo buque de guerra, se nos ofrece una fiesta naval y un zafarrancho de combate: no he visto nunca eso... Los viajes de placer resultan caros; pero este año está resuelto. Ya tengo los billetes en el bolsillo. Saldremos el sábado por la tarde, es decir, pasado mañana, y regresaremos el lunes a mediodía."



Luisa experimentó una íntima alegría, más que nada pensando que el tren pasaría por Bayeux; pero, al enterarse de que no paraba en aquella estación, exclamó melancólicamente: —Me hubiese gustado detenerme allí, aunque sólo hubiese sido unos minutos, en memoria de mi juventud... ¡Cuánto lo he deseado!







Al decir aquello, los ojos de Luisa empezaron a moverse con la vaga mirada que tanto inquietaba a su hija. —¡Bonita cosa! —exclamó Rieul, sin dar importancia a las palabras de su esposa—. Iremos a ver la botadura de un barco de guerra y un simulacro de combate naval. Y, mientras cenaban, se explayó en los pormenores de aquel viaje.





Al día siguiente, Jaime marchó a su ocupación como de costumbre, y la casa tomó nuevamente el aire de su apacible existencia. Hacia las cuatro y media de la tarde, Alicia y su madre trabajaban juntas, preparando sus ropas para el proyectado viaje. Llamaron. Alicia fué a abrir. Era Ricardo.

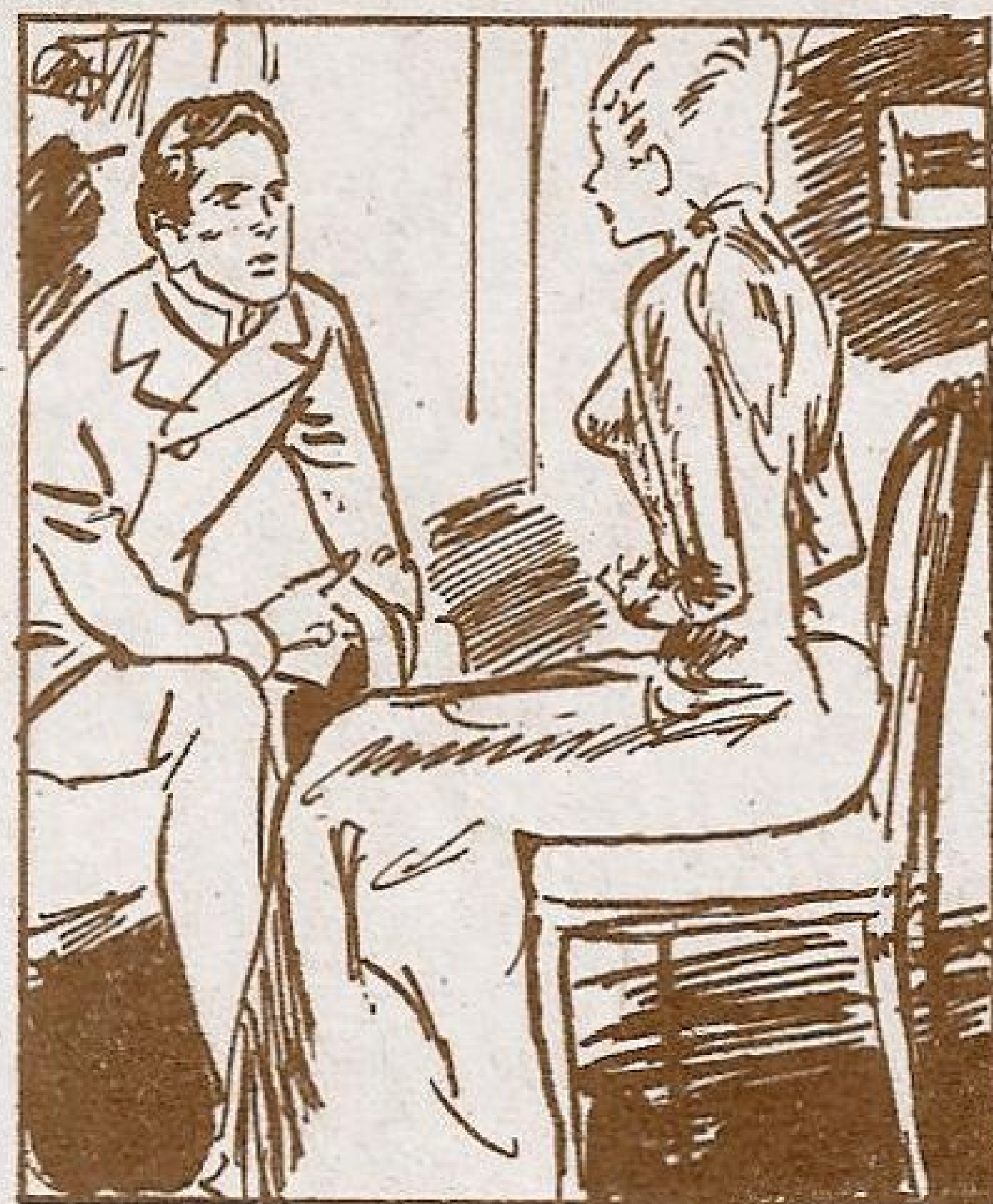


La muchacha lo acogió con una de esas sonrisas en las que los que hubiesen conocido a Luisa en su juventud habrían encontrado toda su gracia de antaño. Le hizo entrar en el saloncito, siempre tan cuidadosamente conservado, y se retiró. La señora de Rieul no tardó en aparecer por la otra puerta, indicando a Ricardo que se sentara, lo que hizo ella también.





Luisa lo miraba emocionada, sin entender aún, y él prosiguió: —Usted ha educado a su lado su viviente imagen, querida señora, y no sé en verdad si respeto más a la madre que ha sabido hacer de su hija una mujercita tan perfecta, o si amo más a la joven que tanto se parece a su madre... ¡Amo a Alicia!... ¡Oh, señora, no me la niegue!



Luisa, con los ojos llenos de lágrimas de maternal orgullo, miraba a aquel apuesto joven que hablaba el lenguaje que ella jamás había oído, que había deseado antes, que hubiera hecho de ella una novia llena de gloria... Al ver que su interlocutora callaba, Ricardo continuó hablando.





—No soy más que un obrero —dijo—, pero un obrero de arte. Construyo armas de lujo, ejecuto sobre el hierro finos cincelados. En la senda que he emprendido, los maestros del Renacimiento han dejado nombres y obras inmortales... Impulsado por el amor de su hija, me siento capaz de hacer que ellos... ¿Es a causa de mi profesión por lo que no me quiere para marido de su hija?



Muy emocionado, el joven tendió a la señora Rieul una mano tímida y suplicante, y prosiguió: —No he hablado con su esposo porque entiendo que es usted la que conoce el corazón de su hija. Si usted y ella consienten en lo que sería mi eterna alegría, tampoco él rehusará. Luisa fijó en el joven una mirada de gran bondad. —Precisamente —dijo— si mi hija y yo estuviésemos de acuerdo para hacerle entrar en la familia, a buen seguro que el señor Rieul no consentiría jamás.

Ricardo quedó aturdido y mudo frente a este obstáculo que no había previsto. Viendo ir y venir al señor Rieul, ocupado solamente en sus negocios, se imaginó que la vida del corazón de aquellas dos mujeres estaba en las manos de la madre, y he aquí que se había equivocado en su apreciación. El joven no podía comprenderlo.





—Usted no conoce a mi marido —prosiguió la señora Rieul—. Es precisa toda la simpatía que usted me inspira, todo el deseo que tengo de ver a mi hija dichosa con usted y por usted, para tener el valor de descorrer el velo de la miseria de mi vida. Jaime es bueno, pero terriblemente celoso: celoso de sus afectos, de su autoridad; celoso de un modo irracional al que nada desarma.

Pero ¿tratándose de la felicidad de su hija?

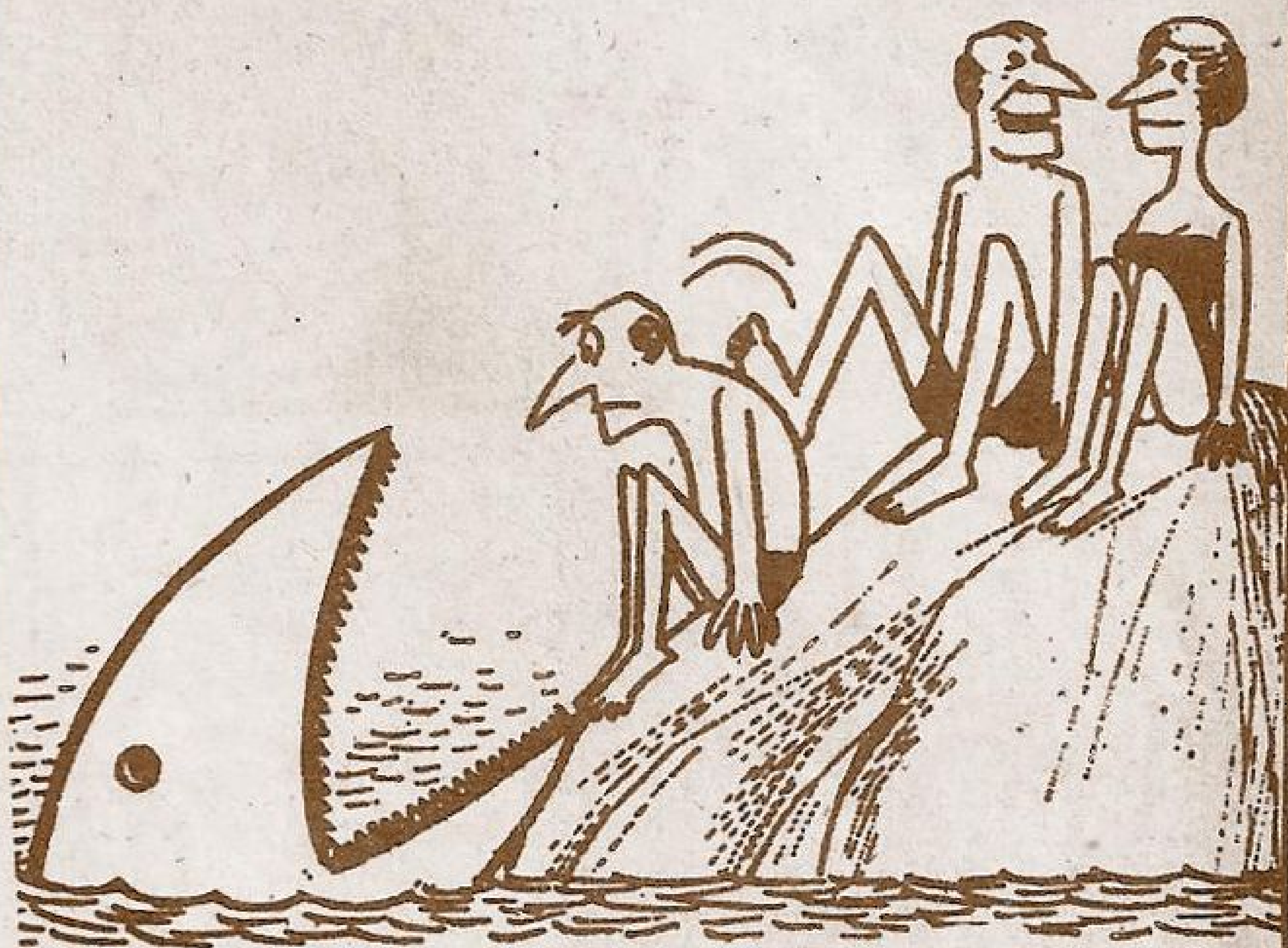
Jamás podrá él aceptar que la felicidad de nuestra Alicia dependa de un hombre que no haya sido elegido por él, a su gusto y conveniencia.



"Si Alicia lo ve a usted con buenos ojos —agregó Luisa—, tenga la seguridad más absoluta de que el consentimiento de su padre será rehusado; y, si yo agrego mis súplicas, convénzase de que no lo obtendrá jamás. He aquí veinte años y más aún de mi existencia... ¡Ah, Dios mío!" — suspiró apoyando una mano sobre su corazón, que latía violentamente.



SONRISITAS



-¡Carlitos no puede olvidar ni en la playa de que es dentista!

Se puso tan pálida que Ricardo se inquietó y, abriendo la puerta, llamó:— ¡Alicia! La joven corrió en seguida y, sin atreverse a suponer lo que podía haber ocurrido, comprendió lo bastante para socorrer a su madre antes de pronunciar palabras inútiles. La ventana abierta, un poco de agua en las sienes, y Luisa recobró el sentido.



—Alicia —dijo la madre—, Ricardo me ha sorprendido con una propuesta inesperada: desea saber si consentirás en ser su esposa. Los colores de la aurora se esparcieron prodigiosamente por sus mejillas; pero la muchacha quedó silenciosa. Allí estaba su felicidad; sólo tenía que alargar la mano para alcanzarla y, sin embargo, no lo haría.









Luisa envolvió a su hija en una tierna mirada. Lo comprendía todo, lo veía todo; mas ¿qué podía hacer? Le pidió que la dejara a solas con Ricardo; pero que antes diera al joven su mano en señal de buena amistad. —¡Con mucho gusto! —exclamó ella, volviendo su rostro, por el cual las lágrimas querían correr a pesar de su valor.

Las manos de los dos jóvenes se juntaron; después se separaron, y cada uno de ellos sintió que en aquel instante tan breve habían cambiado sus vidas, aun habiendo dicho que no. Alicia salió y cerró la puerta; Ricardo quedó de pie, presa de una emoción intensa, extraordinaria.



—Lo ama —dijo Luisa con lentitud. El temblaba y la miraba atento. —Lo ama, estoy segura —repitió la madre, que conocía el corazón de su hija—. Pero lo rechaza porque sabe que el padre no consentirá y que nuestra vida sería un infierno.





"En ese día —prosiguió Luisa — seré yo quien se la entregaré. Es decir, que yo le inspiraré el valor necesario para luchar. Y la obtendrá usted por sí misma, porque su corazón le pertenecerá por completo, y porque la ley se la habrá dado." Ricardo miró con admiración a aquella mujer, tan débil en apariencia y que cobijaba tan grande energía moral.



—Así, pues —dijo Ricardo—, me marcho. Precisamente me han propuesto expatriarme por un año; se trata de fundar una especie de escuela de grabado sobre metales en el Río de la Plata. Mi deseo hubiese sido marcharme con mi mujer y volver a Francia al cabo de un año. Veo que lo más razonable será marchar en seguida y volver cuando...







En aquel momento se abrió la puerta, y entró el señor Rieul, que preguntó con acento burlón: —¿Por qué este adiós? Ricado le respondió: —Porque me marcho al Río de la Plata, a fundar una escuela de grabado en metales. Me ofrecen una bonita suma, y si quiero quedarme allí tendré considerables ventajas.



—¡Ah, ya! —exclamó Jaime—. ¿Y se quedará? Ricardo contestó: —No lo creo. Y, al darle aquella respuesta, no pudo privarse de buscar los ojos de Luisa, para obtener la última seguridad de sus promesas. Rieul, que había sorprendido aquella mirada, gruñó: —Los franceses somos pájaros que amamos demasiado el nido; amamos demasiado a nuestro país y lo que se encuentra en él.



Tuvo que hacer un gran esfuero para contenerse hasta que Ricardo se despidió. La mirada cruzada entre el joven y su mujer, o que él había creído ver cruzarse, porque en realidad Luisa no había levantado la vista, puso fuera de sí a Jaime Rieul. Cuando un hombre es celoso, bien poca cosa basta para exasperar a la pequeña víbora adormecida, que sólo duerme con un ojo en el peor rincón de su ser.

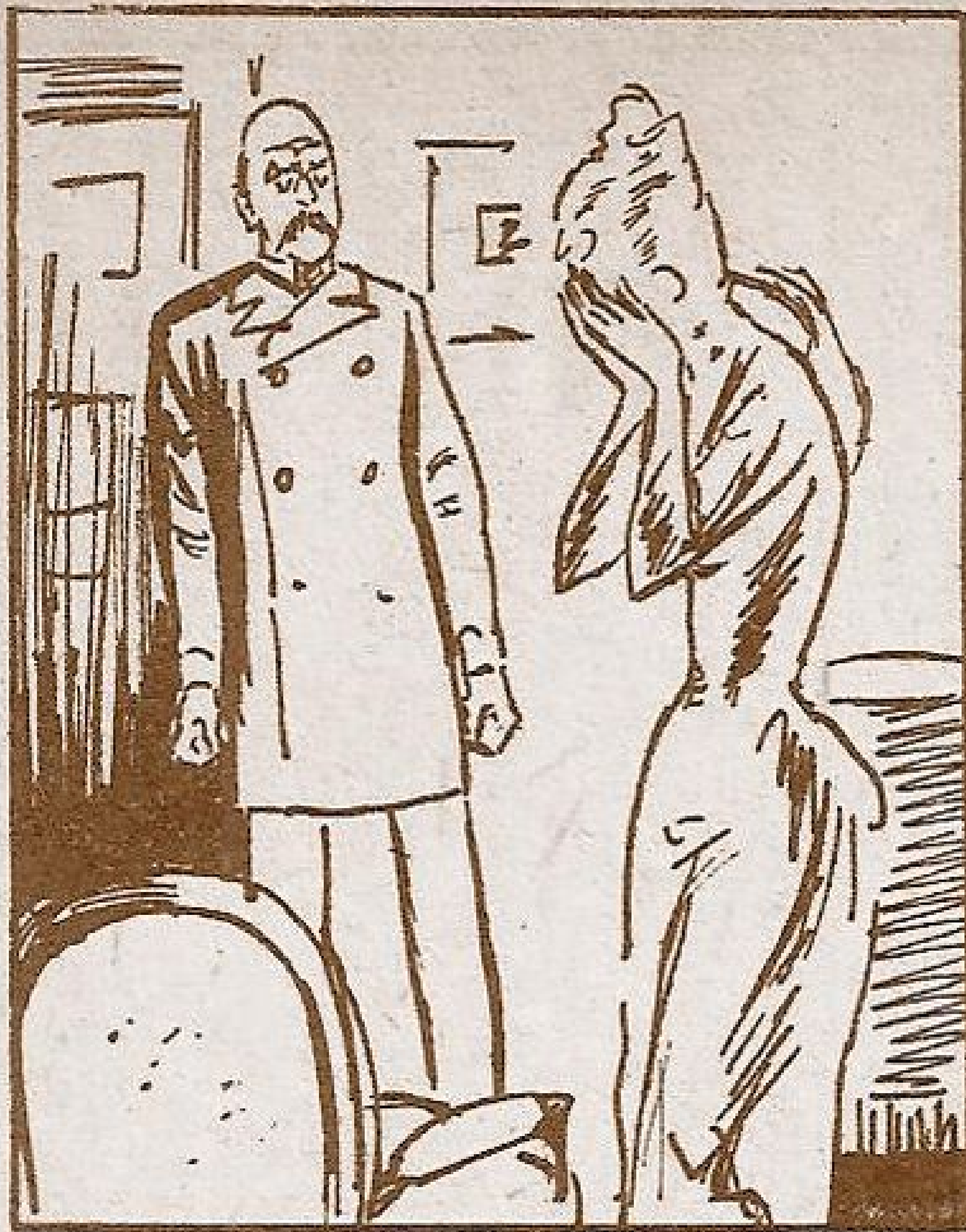


Al quedarse a solas con su marido, la señora Rieul, de pie en el centro del gabinete, buscaba con la mirada alrededor, como un pájaro agarrado por sus patitas y que pugnase por escapar del cepo.





—Pues será conveniente que procures comprenderlo —repuso él con acritud—. Se habla de ti en la casa a propósito de ese joven. Se marcha. Está bien. Pero que no se esfuerce en hablar contigo. No daré escándalos; pero te haré encerrar en lugar seguro te lo prometo. Luisa ocultó el rostro entre las manos y comenzó a sollozar amargamente.

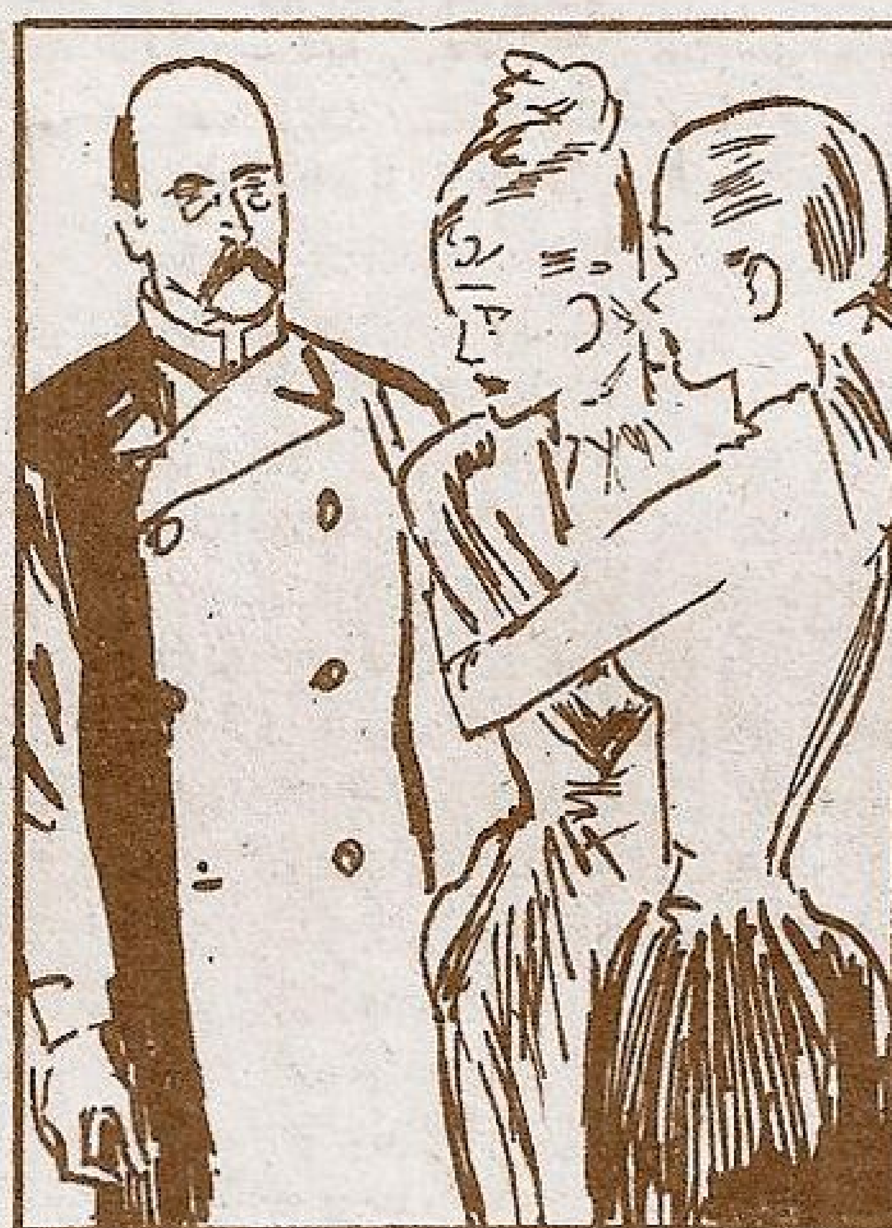


Parecía tan joven, era tan seductora, que Jaime no sabía en verdad si debía pegarle o abrazarla. Esa crueldad que se mezcla a veces con el amor en ciertas naturalezas inferiores hablaba muy alto en el celoso, que se atrevía a invocar la locura de los demás. El débil cerebro de Luisa no pudo resistirlo y llamó a su hija con suprema angustia.





La puerta se abrió, y la jovencita entró para recibir en sus brazos a la pobre madre. —Habrá que concluir por meterla en una casa de salud —amenazó Rieul. —¡Oh, padre! Tú no harás eso —dijo la muchacha—. Tú ya sabes qué respeto y qué ternura merece mi madre. Lo que le falta es reposo y cariño. Era preciso que Alicia hubiese visto repetirse estas escenas muchas veces, para atreverse a hablar así.



Las cariñosas atenciones de Alicia no tardaron en devolver la serenidad a su madre, y el señor Rieul, en tono conciliador, dijo dirigiéndose a su mujer: —Vaya, ya nos hemos peleado bastante por hoy; abrázame, y no nos acordemos más de lo ocurrido. Vayamos a cenar. En la mesa hablaremos de nuestro viaje, y eso nos pondrá de acuerdo.



La estación de San Lázaro estaba brillantemente iluminada a aquella hora. Los trenes que debían salir más tarde, colocados a lo largo de sus respectivos andenes, aguardaban a los pasajeros; todos aquellos trenes ofrecían un raro contraste con el que llevaba un letrero que decía "Cherburgo", alrededor del cual se apresuraba por ganar los primeros asientos un tropel de gente ruidosa.

Los unos escalaban los estribos, para volver a bajar en seguida, obligados por las voces de los primeros ocupantes; otros introducían por la fuerza a toda su prole y sus enormes paquetes, sus cestos, botellas, valijas, etcétera, en los departamentos ya completos, a pesar de las reclamaciones, más vivas que urbanas, de los viajeros y empleados. Era un indescriptible clamoreo, que daba lugar a pensar que nada justificaba su denominación de "tren de recreo".





Jaime Rieul, con su mujer y su hija, llegaron casi los últimos. Sólo faltaban cuatro minutos justos para la partida. Una media docena de retrasados andaban por el andén, como ellos, en busca de sitio, mientras la impaciente locomotora vomitaba su vapor ruidosamente. La cabeza de Ricardo surgió por el hueco de una ventanilla.



—Aquí hay dos asientos, señor Rieul —gritó el muchacho—: uno para la señora y otro para la señorita Alicia, y yo le cedo a usted el mío... Sin prestar atención a sus palabras, y pasando de largo, Jaime Rieul le dió las gracias de un modo que parecía decirle:—¡Quédese con los tres asientos! Y, en su fuero interno, pensó que aquello era un ardid de Ricardo para viajar toda la noche cerca de su mujer.

Alguien dijo:—En el departamento de señoras debe de haber sitio de sobra. Nunca quiere subir nadie, y menos hoy, que está tan cerca de la locomotora. En efecto, el departamento que llevaba el rótulo "Señoras" estaba casi desocupado y pudo así procurar hospitalidad a la familia Rieul. Pero algunas señoras pusieron el grito en el cielo por la presencia del hombre, y el empleado debió aplicar el reglamento, y a los diez segundos el señor Rieul quedaba encerrado en el otro extremo del tren.





Se oyó el silbato, y bajo la noche clara de París. el tren emprendió su marcha hacia el mar, llevándose a un millar de curiosos. Las "terceras" ensayaron canciones en coro; pero decididamente la noche no se prestaba a alegres fantasías; algunos relámpagos cruzaban el horizonte a lo lejos; las lámparas de los vagones ardían tristes; los viajeros estaban cansados por la ruda jornada del sábado, seguida de los preparativos. Cuando no se habla en el tren ni se mira por las ventanillas, se finge dormir.



De pronto se percibió un gran ruido metálico, que estremeció hasta el fondo de los silenciosos vagones, y los viajeros se vieron sacudidos unos contra otros, al detenerse el tren bruscamente. Estaban en Caen. Cinco minutos de parada. Rieul pensó en llegarse hasta el vagón de señoras. Quería saber qué hacía su mujer. Mas la loca masa de un millar de viajeros no le permitió cumplir su deseo.



Apretado, molido, empujado, se halló de nuevo en su asiento sin haber visto ninguna de las caras que buscaba. Uno o dos minutos después, la larga serpiente de vagones desenroscaba de nuevo sus anillos a través de los campos. La llegada a Cherburgo estaba anunciada para las cinco de la mañana, y, pensando en lo que aun faltaba para aquella hora, sentía Rieul crecer en él una sorda cólera, con prisa por hacerle pagar a su mujer la fineza de Ricardo. Se hundió el sombrero hasta los ojos e intentó dormir.

HUMORADAS



-¿Por qué no le pides al médico unas pastillas para dormir, querido?

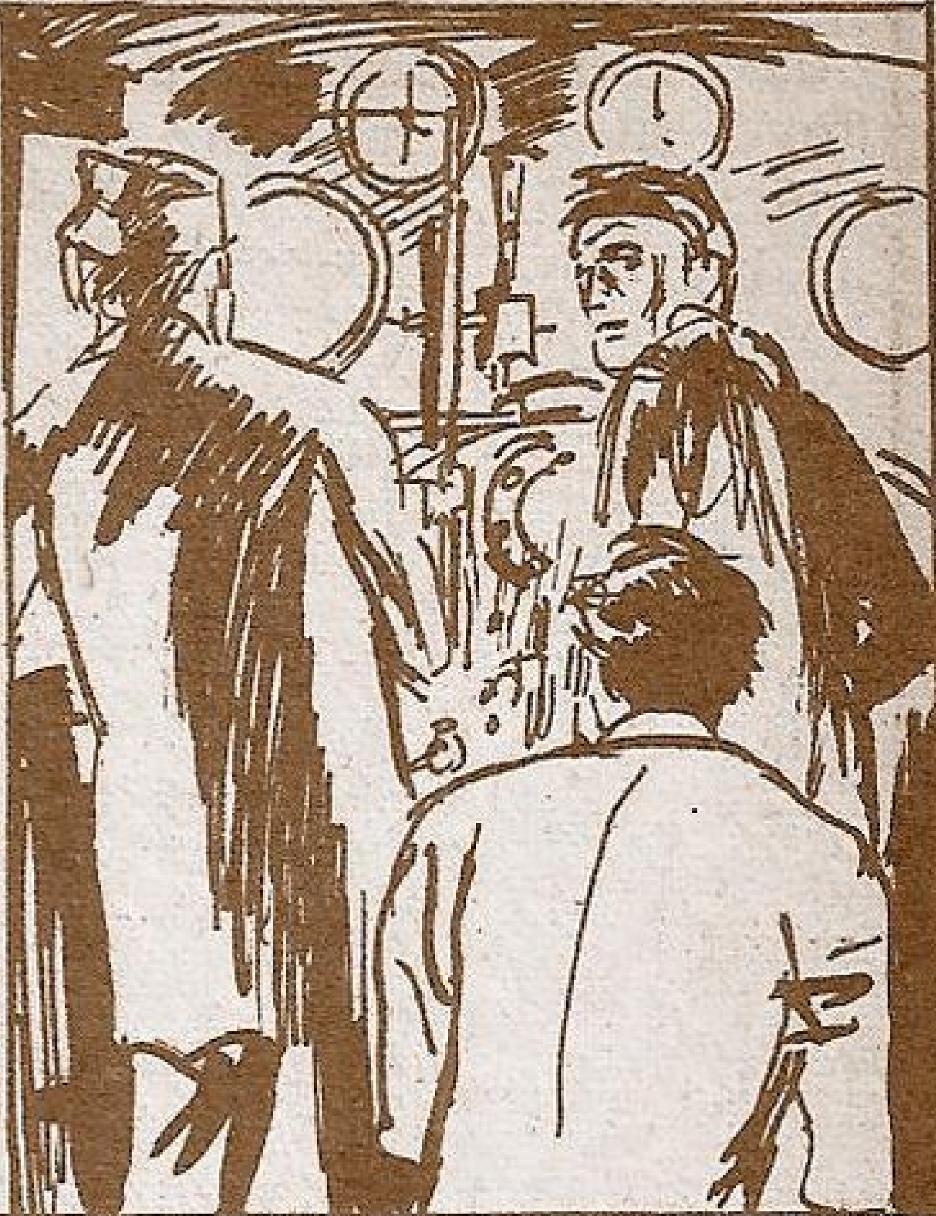


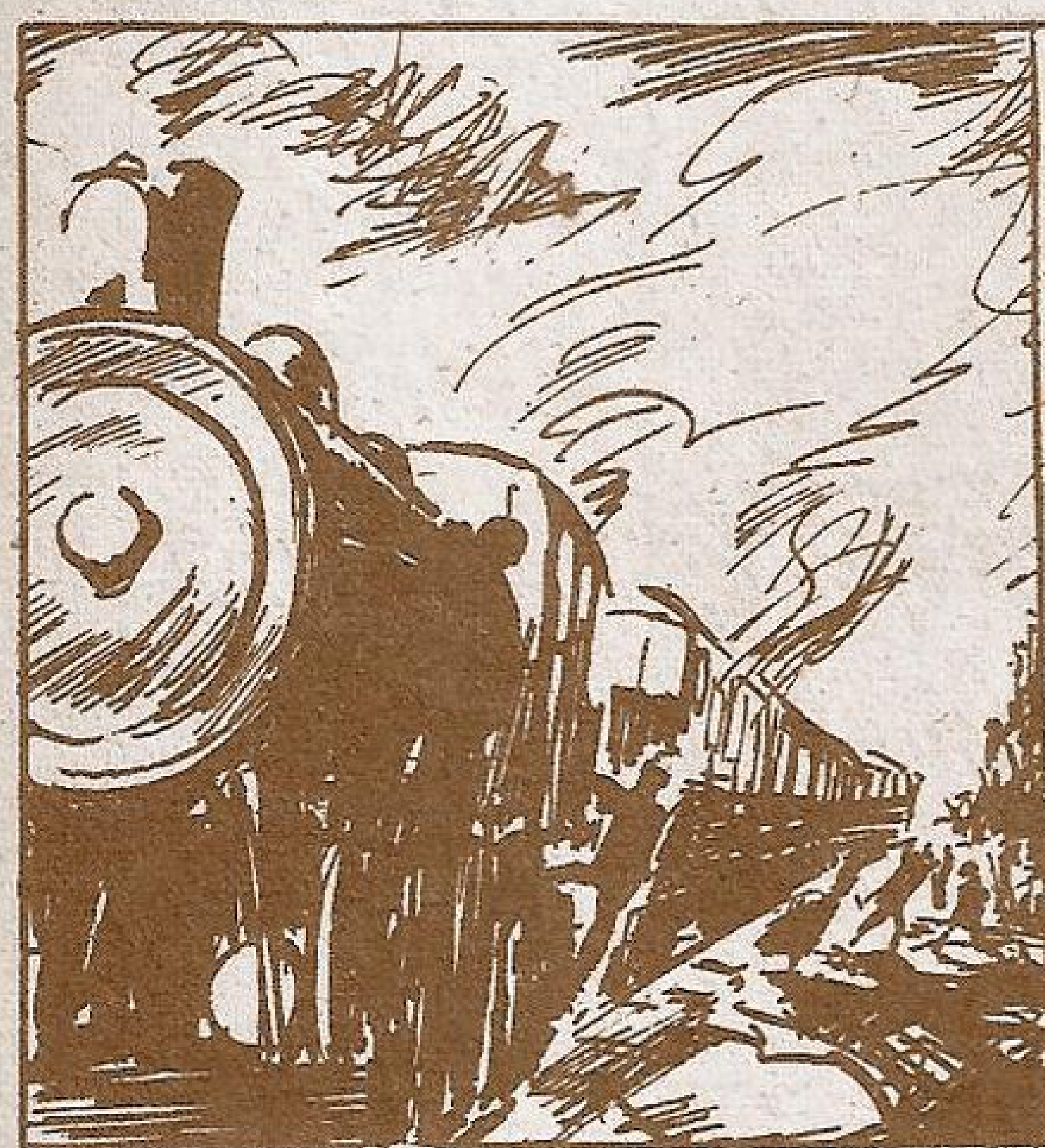
-¿Cómo quieres que celebremos las bodas de plata si a todas las amistades les he dicho que sólo tenía treinta y dos años?



Acababan de pasar Bayeux. Bruscamente, su vecino, que ocupaba el rincón; se levantó y miró por la ventanilla. Un cuadro luminoso se dibujaba en el suelo, siguiendo al tren, acompañado de un humo espeso. —¡Arde un vagón! —gritó el viajero. Todas las manos se tendieron hacia el aparato de alarma; un grito indefinible salió de un millar de gargantas; el tren corría, corría como si nada sucediera.

Se abrió una portezuela, formas humanas rodaron junto a las vías... Alguien saltó de estribo en estribo, subió al ténder, alcanzó la estrecha plataforma de la locomotora y fué a caer, milagrosamente, sin herirse, a los pies del maquinista, quien dando la espalda al tren miraba a su frente. Era Ricardo, que exclamó: —¡El tren arde! ¡Dé contravapor!





Comprobó el maquinista que las llamas y el humo salían del departamento de señoras. Dió contravapor. En virtud de la velocidad adquirida, el tren patinó unos cuantos metros; los vagones chocaron entre sí y se detuvieron después definitivamente. Los pasajeros echaron pie a tierra, y corrían y gritaban alocados.



En medio de aquel desorden de llamadas y gritos de espanto, una mano tibia, cariñosa, viril, apretó la de Alicia, que miraba alrededor buscando a su madre en aquella madrugada gris.

—Alicia —dijo la voz de Ricardo—, no se apene usted por los suyos. Sus padres están a salvo.



Alicia se acordaba demasiado de la escena de la antevíspera, cuyos dolorosos ecos resonaban todavía en sus oídos. —¡Oh, no! —exclamó horrorizada—. No hable con mamá delante de mi padre. Ricardo la miró extrañado. Una luz se elevaba para él sobre hechos hasta entonces misteriosos.



—¡No trate de comprender, no hay que comprender nada! —siguió la joven, roja de vergüenza—. ¡Váyase, Ricardo; váyase! Le debemos la vida mi madre y yo, y tal vez el tren entero; si alguien lo olvida, nosotras no lo olvidaremos jamás.





Y, si su madre viniese con nosotros, si no hubiera obstáculos, Alicia, ¿me amaría?



—¡Oh, Alicia mía! —exclamó Ricardo—. ¡Amada mía, mi mujercita adorada! ¡Me marcho, me escapo como un ladrón! Llevo alegría para todo el tiempo que deba esperar. Adiós, Alicia, y diga a su madre que la bendigo por su bondad. La muchacha sintió un beso muy puro, muy casto, sobre sus mejillas en flor, y Ricardo desapareció siguiendo la vía en dirección a Cherburgo.



Alicia corrió al encuentro de su padre, a quien vió a la distancia, y le preguntó desesperada: —¿No has visto a mamá? Rieul le contestó: —No. ¿No ibas tú con ella en ese maldito vagón? ¡Eres tú quien tiene que saber dónde está! Alicia balbuceó: —No, no lo sé... Desde el primer momento, mamá perdió la cabeza. Ya la conoces. Pero yo la vi a salvo de las llamas.



En cuanto a Ricardo, el maquinista contó lo que sabía, es decir, que los viajeros salvados debían la vida a la presencia de ánimo de aquel joven. Pero ¿qué le había ocurrido a él? ¿No estaría calcinado bajo el ténder, pagando así con la vida su acto de heroísmo? Sólo Alicia hubiera podido decir algo, pero nadie pensó en interrogarla. ¿Quién hubiera podido suponer esa suprema conversación de un instante de puro amor, en aquella hora siniestra?





La joven, sumida en las profundidades íntimas del amor filial, no se atrevía a pronunciar el nombre del que le era tan querido. Los personajes oficiales hicieron su requisa, y Ricardo fué clasificado en el número de los desaparecidos, mientras Rieul y su hija continuaban buscando a Luisa, y los empleados de las ambulancias sanitarias se dedicaban a la triste tarea de amontonar a un lado de la vía los cuerpos de las víctimas de la espantosa catástrofe: dieciséis cadáveres en total.



Se veían volver, ensangrentadas por sus caídas, o por sus precipitadas carreras desordenadas por caminos llenos de arbustos espinosos, buen número de aquellas pobres gentes que habían huído, presas de un terror loco. Volvían hombres y mujeres avergonzados, perdidos, procurando disimular su miedo ante los que se habían quedado. Pero la señora Rieul no regresaba.



Luisa fué la primera a quien el poderoso brazo de Ricardo sacó del vagón en llamas, cuando el tren aun no había detenido del todo su marcha. Y, tras dejarla en lugar seguro, corrió a salvar a Alicia. En cuanto se quedó sola, Luisa se levantó y, sin ver más ni comprender nada, corrió hacia adelante, presa del vértigo que la acometía siempre que su espíritu era sacudido por una fuerte conmoción.

Después de haber corrido un centenar de metros, se detuvo, procurando comprender cómo se encontraba allí. El cielo se aclaraba. Y reconoció las torres de una iglesia que se dibujaban en el horizonte. ¡Era Bayeux! ¡Su pueblo! Con el cementerio donde reposaban todos los seres que había querido y que la quisieron. Correr hacia Bayeux: he aquí lo que debía hacer. Escapar de Rieul, su amo, su tormento, aquel que jamás tuvo confianza en ella.



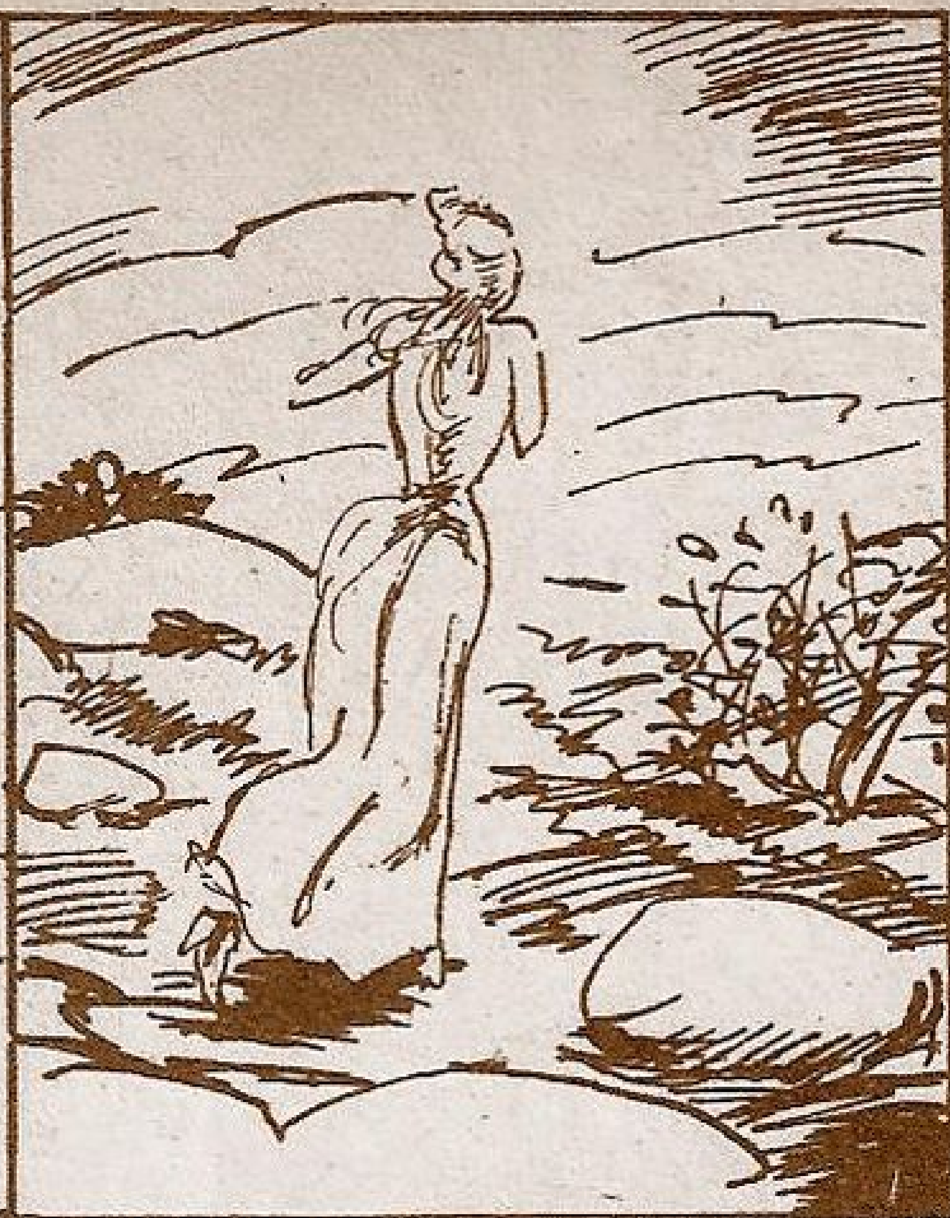
La pobre Luisa no quería vivir. No deseaba más que una cosa: la muerte. Acababa de verla muy de cerca, y por terrible que fuese no hubiera tenido miedo. Huiría, siempre hacia adelante, hasta que, llegada al cementerio, cerca de las tumbas de los suyos, Dios quisiese adormecerla con el último sueño, con ese sueño de los que han llorado demasiado.





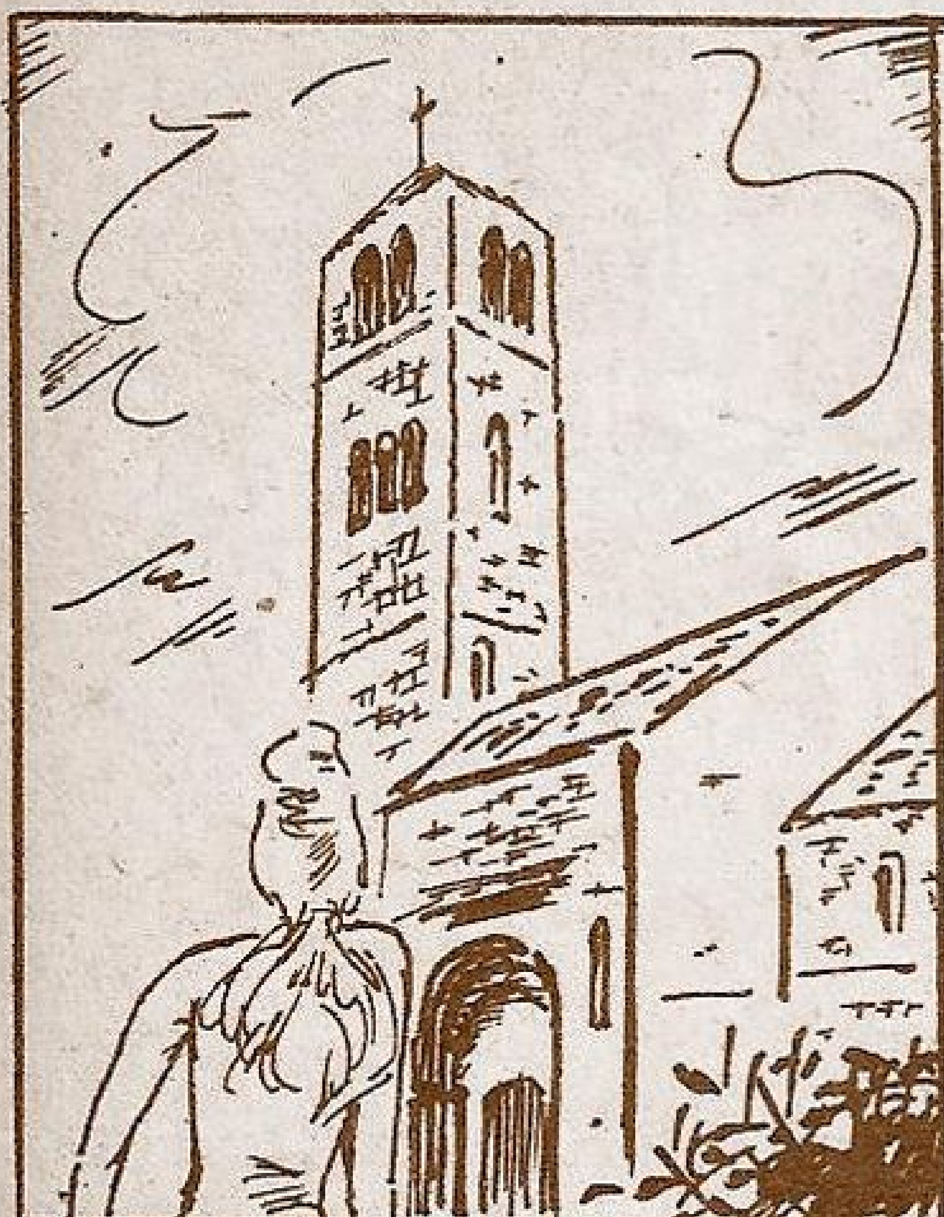
De repente se dió cuenta de que había equivocado el camino; por ningún lado veía, por encima de los árboles, al cruzar senderos, el alto campanario de Bayeux. Su alocado espíritu la había hecho tomar otra dirección. Bien es verdad que, si sus muertos estaban en Bayeux, ella no tenía necesidad de Bayeux para morir: se muere en cualquier parte.

El mar no estaba lejos. Ella notaba su olor vivificante, traído por la fresca brisa del Noroeste. Temblaba bajo su ligero traje. Seguía corriendo. En la locura que acababa de invadir completamente su espíritu, sólo una idea flotaba perfectamente determinada: huir; no entrar más en aquella casa en que había apurado el cáliz del dolor, el vaso de la amargura. Huir de todo; huir de la vida. Y corría desesperada.



Rendida de cansancio, se detuvo junto a una fuente, uno de esos manantiales deliciosos que se encuentran por todas partes, en aquel país surcado por aguas subterráneas. Tenía sed. Bebió con avidez en la cavidad de su mano. Sus ojos se fijaron en la alianza que ceñía el dedo anular de su mano izquierda. Con ademán desesperado se arrancó el anillo y lo arrojó en el manantial.





Rápidamente, por cuanto ella misma se sentía invadida por un raro malestar, una angustia que no conocía, Luisa dobló el recodo del camino y se encontró frente a una iglesia que elevaba hacia el azul del cielo su bello campanario de piedra. La vieja puerta de la nave se abrió lentamente en dos alas en el momento en que Luisa se adelantaba hacia el pórtico.



—Es aquí — dijo Luisa muy suavemente —, aquí, al fin... Un sacerdote que apareció en la puerta que se acababa de abrir dió unos pasos hasta hallarse frente a ella. —Señora, ¿qué quiere? — le preguntó bondadosamente.

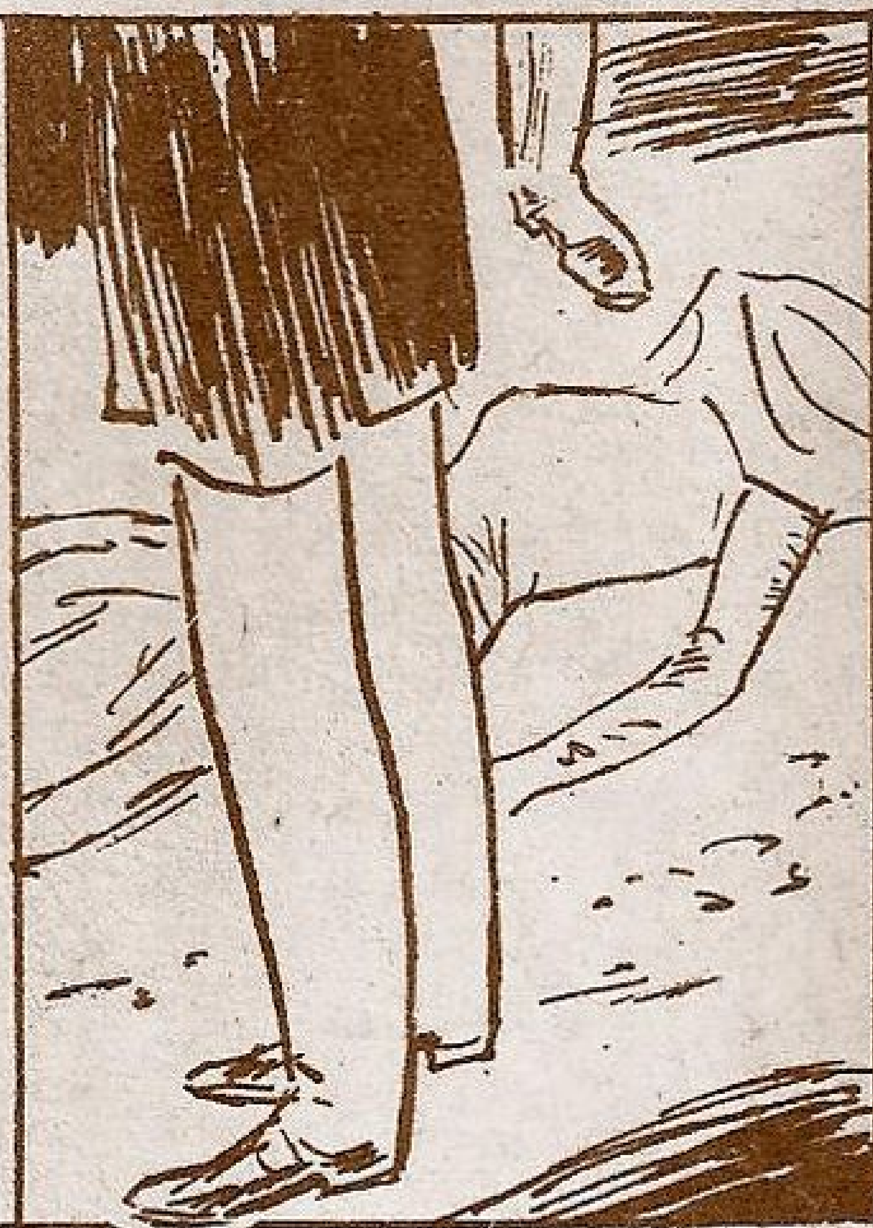
Luisa se arrodilló, extendió los brazos hacia la cruz, iluminada por un rayo de oro, y exclamó: —¡Morir! El cura se inclinó para sostenerla, adivinando sin duda cuánto debía de haber sufrido aquella mujer antes de llegar a semejante estado.



A las palabras del buen sacerdote no respondió nada y se dejó caer cuan larga era sobre el frío pavimento. El ministro de Dios levantóle cuidadosamente el rostro y miró en lo profundo de sus pupilas ya vidriosas. Luisa Rieul estaba muerta. Su ferviente anhelo se había cumplido.



La cuestión, para las autoridades de Louvières, era averiguar quién era aquella muerta. Sus ropas estaban marcadas con las iniciales L. B. Siguiendo una costumbre que se conserva aún en buen número de provincias francesas, había bordado siempre en sus ropas las iniciales de soltera: una muda afirmación de independencia. Pero allí nadie podía sospechar que se trataba de la señorita Luisa Belfroy, porque no tenían ni la más remota idea de su existencia.



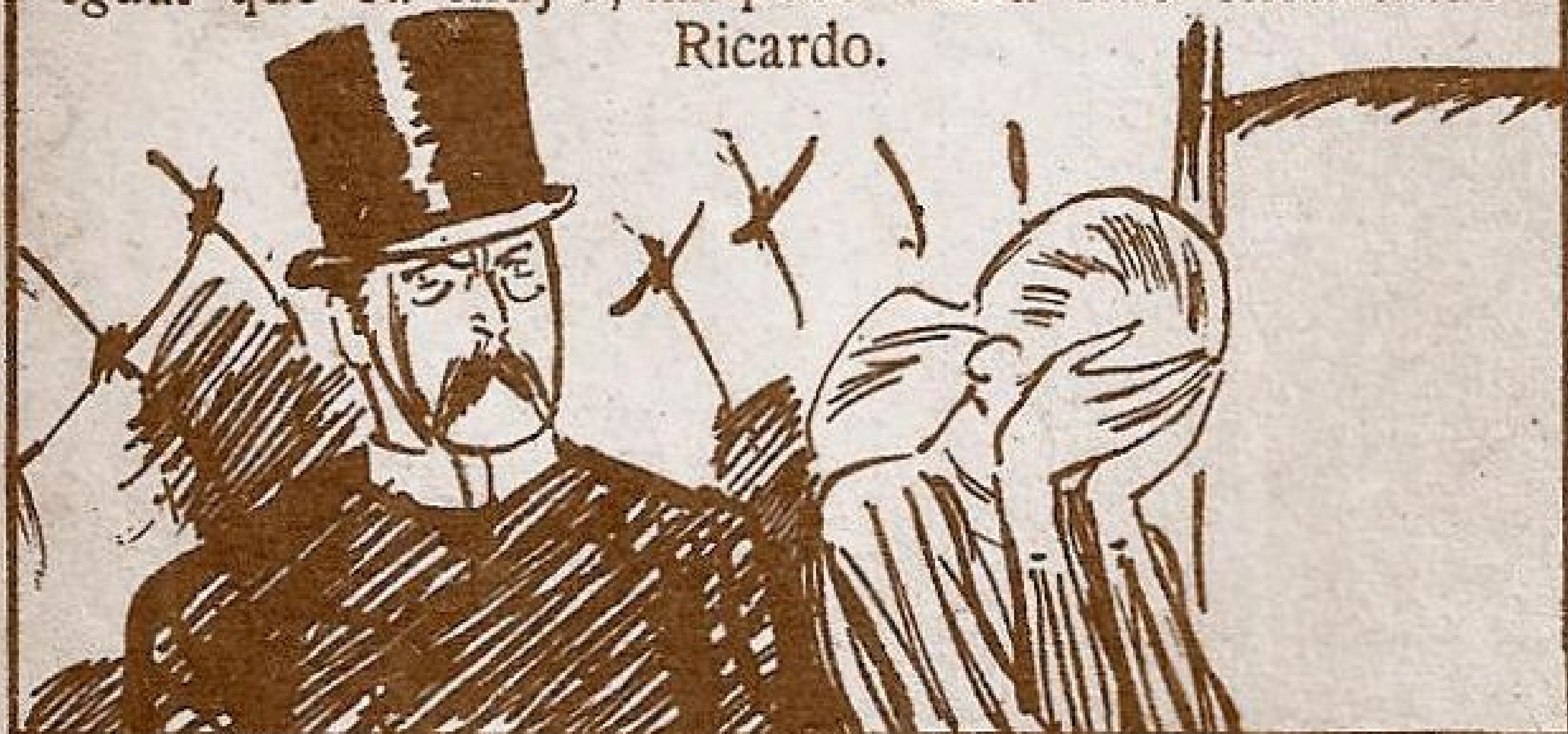


Alguien se acordó entonces de una señorita bastante excéntrica, que había vivido en el lugar hacia unos quince años, sola, sin familia, y que se marchó para un largo viaje. Llamábase Leocadia Bondois. No faltaron viejas comadres que dijeran reconocerla. Pero inscribir en una tumba un nombre del cual no se está seguro es una cosa algo grave. Hubo una verdadera polémica, y al cabo se pintó sobre la losa sólo una L y una B. Eran las iniciales de la señorita Bondois, y así se enterró a Luisa Belfroy bajo las suyas.



El tren que volvía a llevar a París a los damnificados estaba dispuesto, y Jaime Rieul había tomado sitio en él con su hija, deshecha en lágrimas. Otro tren, que se dirigía hacia Cherburgo, ya había partido, lleno de los indiferentes, demasiado felices, dispuestos a divertirse todavía más, por contraste con el peligro pasado. Fué el que tomó Ricardo en la estación próxima, y en el que todavía llegaría a tiempo para embarcarse en el navío que había de conducirlo al Río de la Plata.

Jaime Rieul, instalado en el tren que lo llevaba a París, se hacía lúgubres reflexiones. Había oído hablar de personas que enloquecen y que en estas catástrofes huyen; pero después volvían, como él mismo acababa de presenciarlo. Luisa, pues, hubiese vuelto, a no ser que... De pronto cruzó por su cerebro una idea que le hizo temblar bruscamente. Pensó que, igual que su mujer, tampoco había sido encontrado Ricardo.





Una vez en París hizo buscar a su mujer por todas partes, especialmente en Bayeux, donde no se encontró ningún rastro de ella. ¿Quién hubiera podido imaginarse que una solterona muerta en la iglesia de Louvières, a veinticinco kilómetros de Bayeux, pudiera tener alguna relación con una señora Rieul? Y Jaime seguía alimentando la idea de que su mujer vivía y se había escapado con Ricardo.

Dos meses después, la señora Mornand, vecina de Alicia y buena amiga de su madre, para quien no había secretos en la casa de los Rieul, dijo a la muchacha, en circunstancias en que se encontraban solas, y en el convencimiento de que aquello debía ocultarse cuidadosamente al dueño de la casa: —He recibido una carta que viene de lejos y que te concierne, de nuestro amigo Ricardo Destrée.



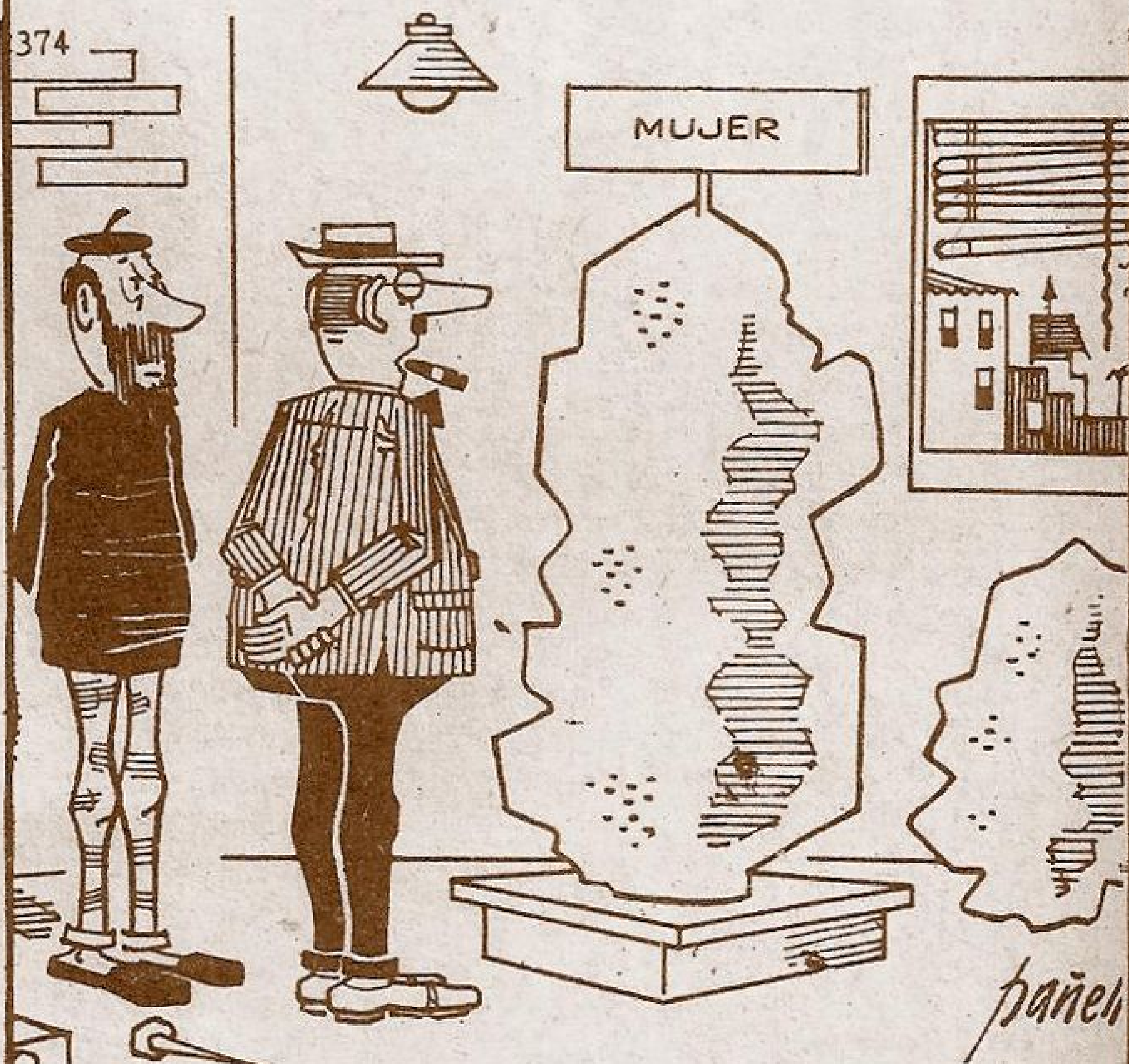


"Me hace saber — agregó — que ha llegado al Plata, que su salud es buena, que todo va a medida de su gusto; pero que se ha dejado el corazón en Francia, en esta casa; no puede más y quiere en absoluto volver, para no separarse ya de ti... Sólo que no sabía él que tu querida madre no estuviese en este mundo... En fin, aquí está la carta: léela."

UNA SONRISA



-Esto debe haber sido una de estas tres cosas: ladrones, el perro que se soltó, o Martita que bailó el "twist".



-No me gusta nada la expresión sonriente que tiene la escultura.

Temblorosa, con los ojos llenos de lágrimas, Alicia tomó la hoja de papel que su amiga le presentaba: la primera carta de amor de aquel que su madre le había dicho que aceptara como prometido, carta que no se había dirigido a ella, pero que, desde la primera a la última línea, estaba redactada para pasar bajo sus ojos.

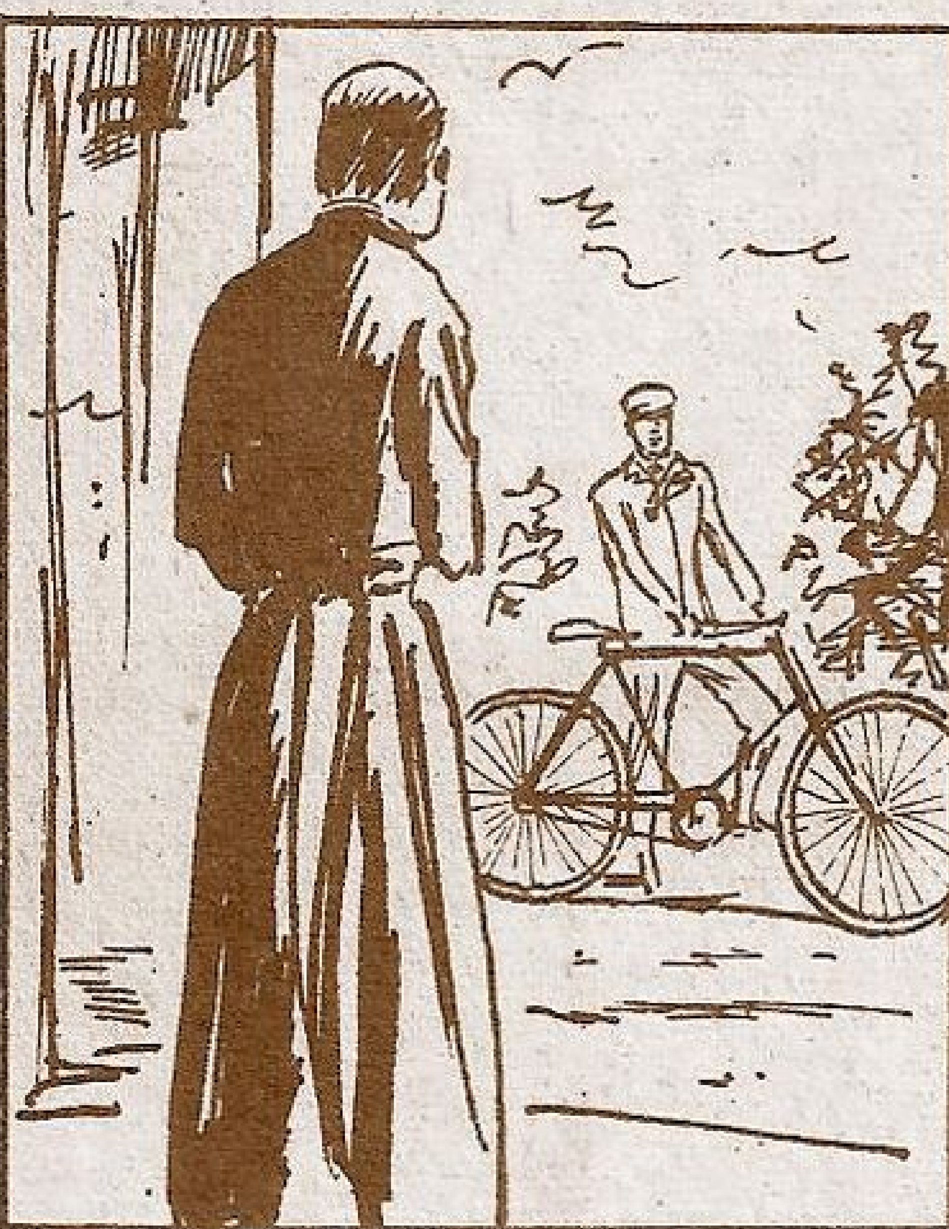


Leyó en silencio y después la devolvió a la señora Mornand, quien le preguntó: —¿Qué le debo contestar al expatriado? Alicia, enrojeció y calló; después añadió con la fuerza que da el amor: —Lo he querido siempre. Cuando pasaba por la escalera, mi corazón latía dentro del pecho. No sé si me casaré con él, pero sí le aseguro que jamás me casaré con otro; esto es lo que le puede decir.



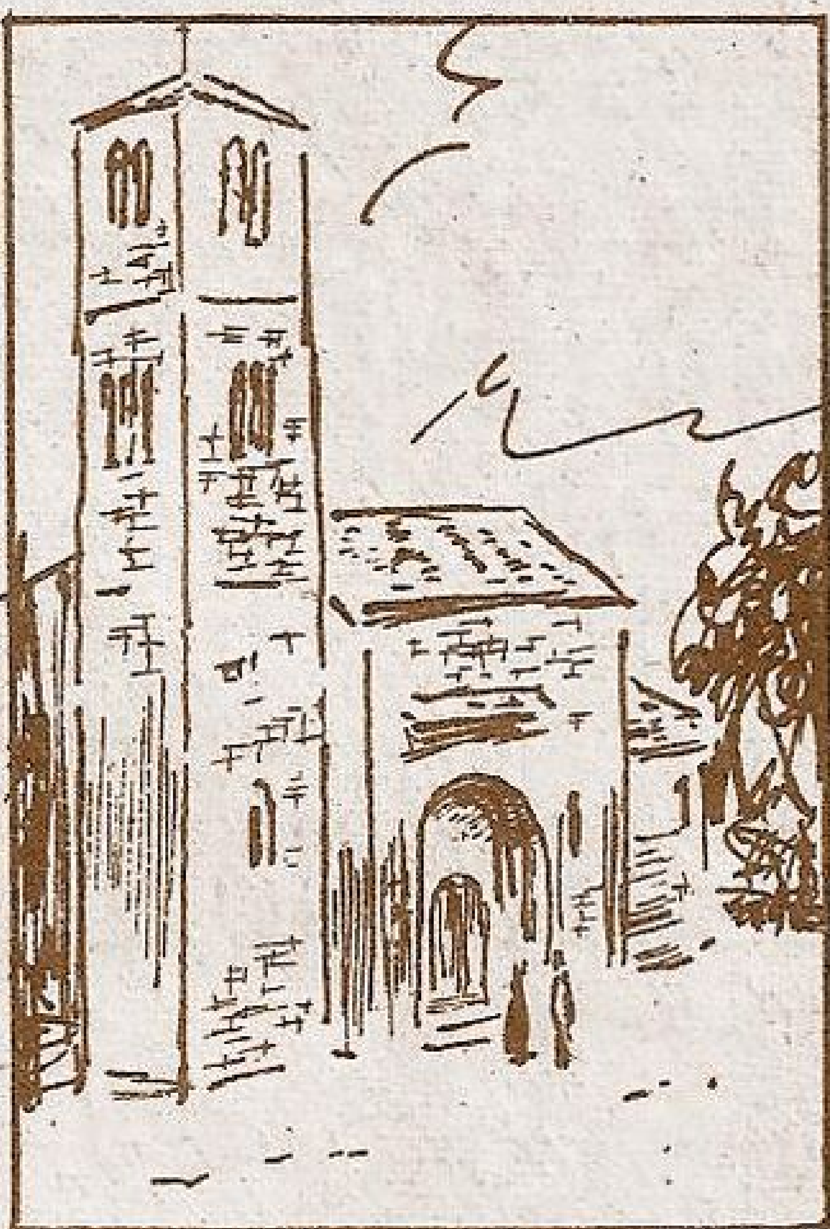


La señora Mornand sonreía, con los ojos llenos de lágrimas. —Se lo haré saber —dijo—. Procuraremos no hacer sufrir mucho a ese infeliz expatriado. Corro a escribir la carta, porque hoy es día de correo, y no quiero perderlo. También yo he sido joven, hija mía, y sé lo que esto significa. Alicia le echó los brazos al cuello y lloró sobre su pecho antes de separarse de ella.



Habían pasado ya ocho meses desde el día en que Luisa Rieul había muerto en la iglesia de Louvières. Poco antes del quince de agosto, en una bella mañana, al salir del templo, el sacerdote vió a un ciclista, desconocido en la región, que, después de poner su máquina al abrigo de accidentes, examinaba la antigua iglesia románica, cuyo magnífico campanario prometía más de lo que el monumento era en sí.

Dirigiendo sus miradas a uno y otro lado, vió al cura. —Tiene usted un hermoso campanario —dijo el viajero, saludándolo deferentemente. —Y una iglesia bien mezquina —repuso el abate Verbois—; pero hay que contentarse con lo que se tiene. —Me contentaría con el campanario —agregó sonriendo Ricardo Destrée, pues él era.



¿No hay medio, en este país prodigiosamente fértil, de encontrar un trozo de pan que llevarse a la boca?

Ya lo creo. Pero forzosamente ha tenido que encontrar usted posadas por el camino.

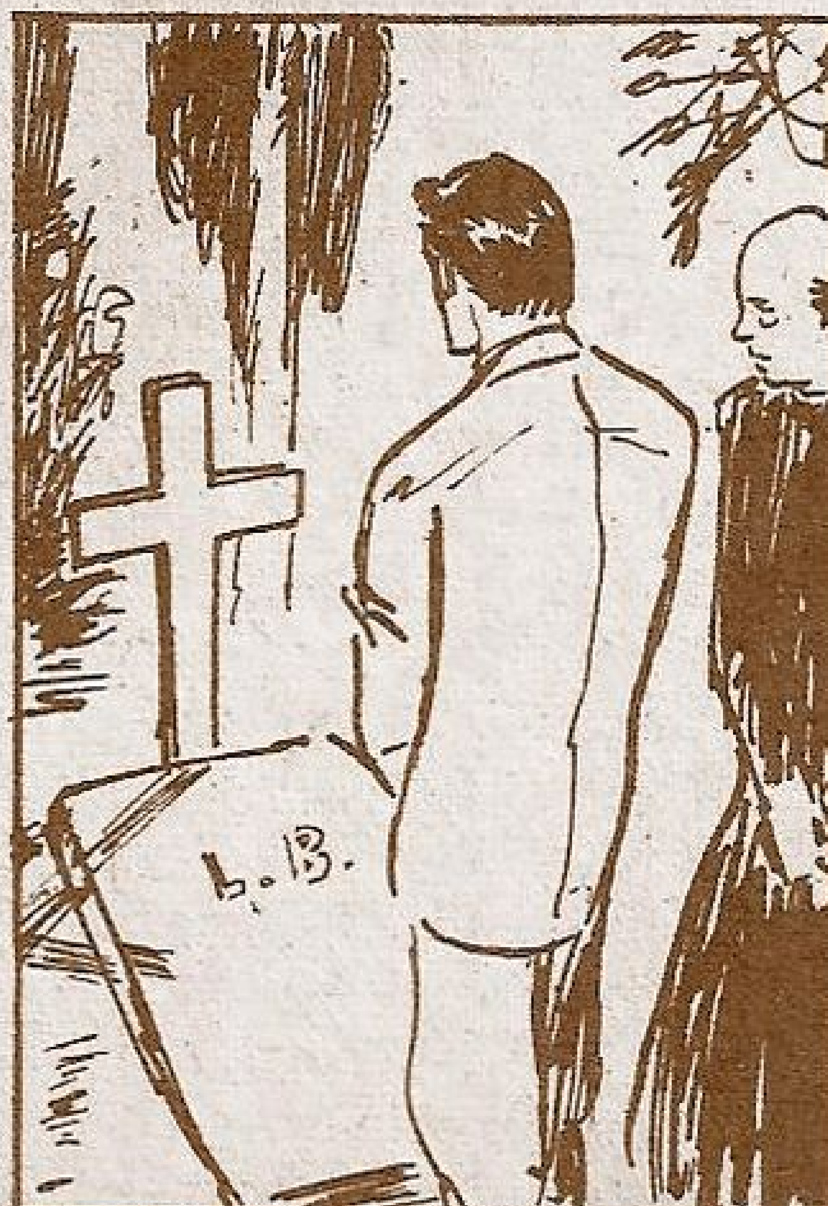


¡Ni una! Es verdad que no he venido por el camino real; con mi bicicleta quería hacer un viajecito...





—No, de recreo no, precisamente; es más bien una peregrinación —respondió Ricardo—. Hará pronto un año, escapé a la muerte en circunstancias particularmente horribles, no lejos de aquí, en la línea de Cherburgo, y tenía motivos para desear volver a ver este sitio... Además, el país es tan hermoso... Siempre subiendo y bajando, he terminado por llegar aquí, engañado por tres campanarios que se semejan unos a otros de una manera prodigiosa.



Atraído por la fisonomía franca y noble de Ricardo, el sacerdote se unió a él, y juntos penetraron en el pequeño cementerio anexo a la iglesia para que el viajero pudiese contemplar de cerca unos cipreses que llamaron su atención, pues nunca había visto otros más bellos. Bajo su sombra había una losa con las iniciales L.B. Ricardo pensó: "Este o esta tiene una tumba por lo menos; la otra no tiene ni eso."

—Es la tumba de una mujer desconocida que vino a morir aquí, precisamente el día de ese accidente a que usted se refirió hace poco —dijo el sacerdote—. Algunas comadres del pueblo se imaginaron conocerla... Yo no lo creí; pero las iniciales no podían perjudicar a nadie; además la muerta está inscrita en el registro de defunciones como desconocida.



¿La conocería usted tal vez? Estoy tentado de creerlo.

Si es la que yo me figuro, se trata de la madre de la mujer que pronto va a ser mi esposa.





El sacerdote invitó a Ricardo a pasar a su jardín. —¿Aceptará usted mi hospitalidad? —le dijo—. No tendrá más compañía que la mía, y la preferirá, así lo creo, a la de las posadas. Fué un almuerzo delicioso: huevos frescos, natillas, la sidra de los manzanos del huerto parroquial, una taza de café caliente, y en seguida una de esas largas conversaciones, en las que las almas tocan a las almas, las penetran, se impregnan.



Le explicó Ricardo su situación y le confió su proyecto de esperar que la mayoría de edad de la señorita Rieul le permitiera exigir de su padre un consentimiento que de ninguna otra manera y, a ningún precio, le daría. Pronto se le figuró al cura Verbois que conocía a Ricardo de toda la vida y lo invitó a quedarse con él unos días. —Hablaremos, estudiando juntos lo que mejor le convenga hacer —le dijo. Y, ganado por la bondad del sacerdote, el joven aceptó. Lo primero que hizo Ricardo fué informar a la señora Mornand de su nueva dirección. Ardía en deseos de ir a París y no se atrevía por miedo a que lo encontraran y reconocieran. Los celos de Rieul podrían tomar otras proporciones, si supiera que el joven estaba ya en Francia. ¿Creería que había estado fuera de su patria?



—¡Ayúdame a sostener a Haroldo, mamá! ¡El no sabía que tú estabas de visita!



En la tarde del siguiente día, Ricardo se fué a dar un paseo por la parte del mar. Era la alegría de sus ojos, la atracción irresistible de su espíritu. Al regreso, se detuvo en la fuente, la misma fuente en la que un día se detuvo Luisa. Después de beber sumergió sus manos en el agua fresca. Aquel año, las lluvias habían sido muy escasas, el agua estaba muy baja, y Ricardo tocó el fondo espeso y mullido del manantial.





Sintiendo como una caricia la frescura del agua, hundió sus manos por segunda vez y tocó un objeto duro, redondo, metálico. Pensó que fuese una anilla de cortina; mas no; lo que Ricardo acababa de extraer del agua era un anillo de oro. Lo examinó detenidamente, y su excelente vista le permitió ver en la parte interior los nombres de Jaime Rieul y Luisa Belfroy entrelazados.

Lo único que faltaba para poder reconstruir la larga cadena de vicisitudes por que había pasado Luisa acababa de ser hallado; la muerta enterrada bajo los cipreses era la madre de Alicia.— ¡Pobre, pobre mujer! —susurró Ricardo—. Voy a enseñar el anillo al señor cura. Y ahora, a cumplir con mi deber, y que Dios me ayude...



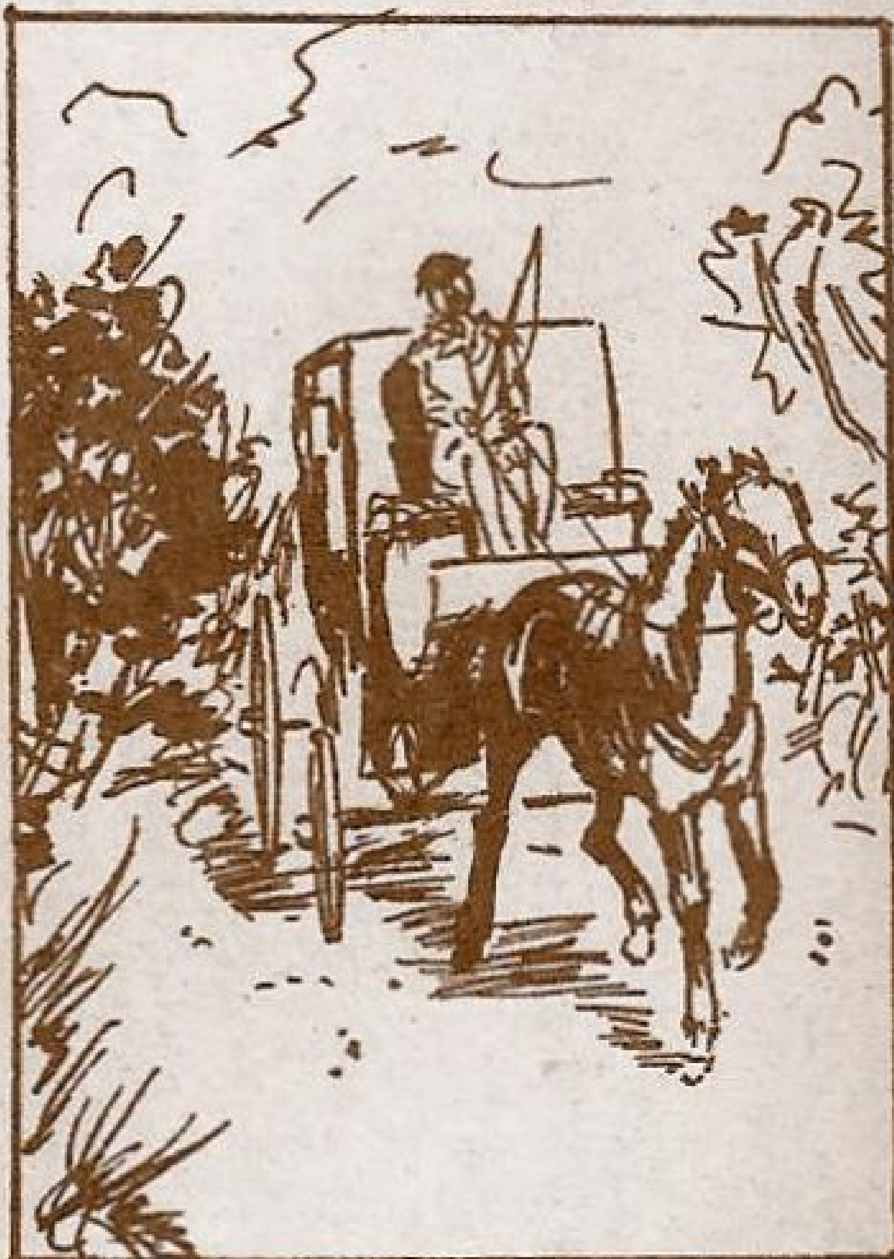
Jaime Rieul seguía sin creer que Luisa estuviese muerta. Cuando Alicia pronunciaba las palabras: "en vida de mamá", le respondía con estas otras, mortificantes y aceradas: "antes de que tu madre nos hubiese abandonado". La joven se callaba. ¿Qué podía contestar? ¿Qué prueba tenía ella de la muerte de su madre?



La asociación que hacía su padre entre la desaparición de Ricardo y la de Luisa, no podía caber en el puro corazón de la muchacha, y su mismo padre no osó insistir nuevamente sobre aquel asunto. Aun más: ella se guardaba de pronunciar en presencia de Rieul el nombre de Ricardo. ¿No le había recomendado su madre, antes de emprender aquel viaje fatal, que guardase silencio acerca de su amor?



El encargado de hablarle sería el sacerdote de Louvières. Y un día, llamado por éste, se trasladó Rieul a aquel pueblecito, sospechando que, por estar inmediato a Bayeux, donde nació su esposa, el llamamiento estaba relacionado con ella. Empecinado en la idea de que vivía, iba convencido de que había dado con una pista para encontrarla y que a la vez encontraría a Ricardo, a quien esperaba hacerle pagar todo lo que había sufrido por su culpa.





Entraron en el gabinete de trabajo del abate Verbois. Rieul tenía el aspecto de hombre cansado, envejecido; su cólera contenida arrugaba sus labios, y bajaba los ojos para no delatar su estado de ánimo. El cura miró compasivo a aquel viudo, a aquel padre, que ciertamente no era ni bueno ni justo, pero que sufriría sabiendo la verdad, y le preguntó con dulzura: —¿Amaba usted a su mujer?



Rieul contestó impacientado: —La cuestión no es esa. Quiero que me devuelvan a mi mujer. ¡Me pertenece! El cura pensó con cierta satisfacción que Luisa se hallaba ya fuera de aquel imperio, y comprobó que Ricardo no había mentido llamándola desgraciada. —Ha vuelto a su dueño— dijo el sacerdote—. Ya no tiene usted ningún derecho sobre ella. Murió el mismo día de la catástrofe.



El marido se llevó las manos a la cabeza. —No entiendo —dijo—. Pero ¿y Ricardo? El odio de su vida, el motivo de sus celos, la causa de sus locos enfados se le escapaba de repente; fué como si la tierra hubiese faltado de pronto bajo sus pies. Quedó silencioso, mirando alrededor con aire de idiota. —¿Dónde está? —preguntó buscamente, levantándose.





El cura lo condujo bajo los cipreses, donde estaba la lápida con las iniciales L. B. —Así, pues —repitió, como para grabarlo más en su mente—, está muerta, y Ricardo no representa ningún papel en este drama. Después de otro silencio, el viudo miró en torno y dijo: —Me marcho. Gracias, señor.

El cura adivinó la brecha que se abría en aquel corazón destrozado y puso una mano sobre el brazo de su interlocutor.



Insistió el sacerdote, pero fué inútil. Rieul se apartó, le dió de nuevo las gracias y desapareció entre la creciente sombra. El cura lo siguió con los ojos, mientras pudo verlo por el camino. "Este hombre se volverá loco —sentenció—, si no lo está ya."

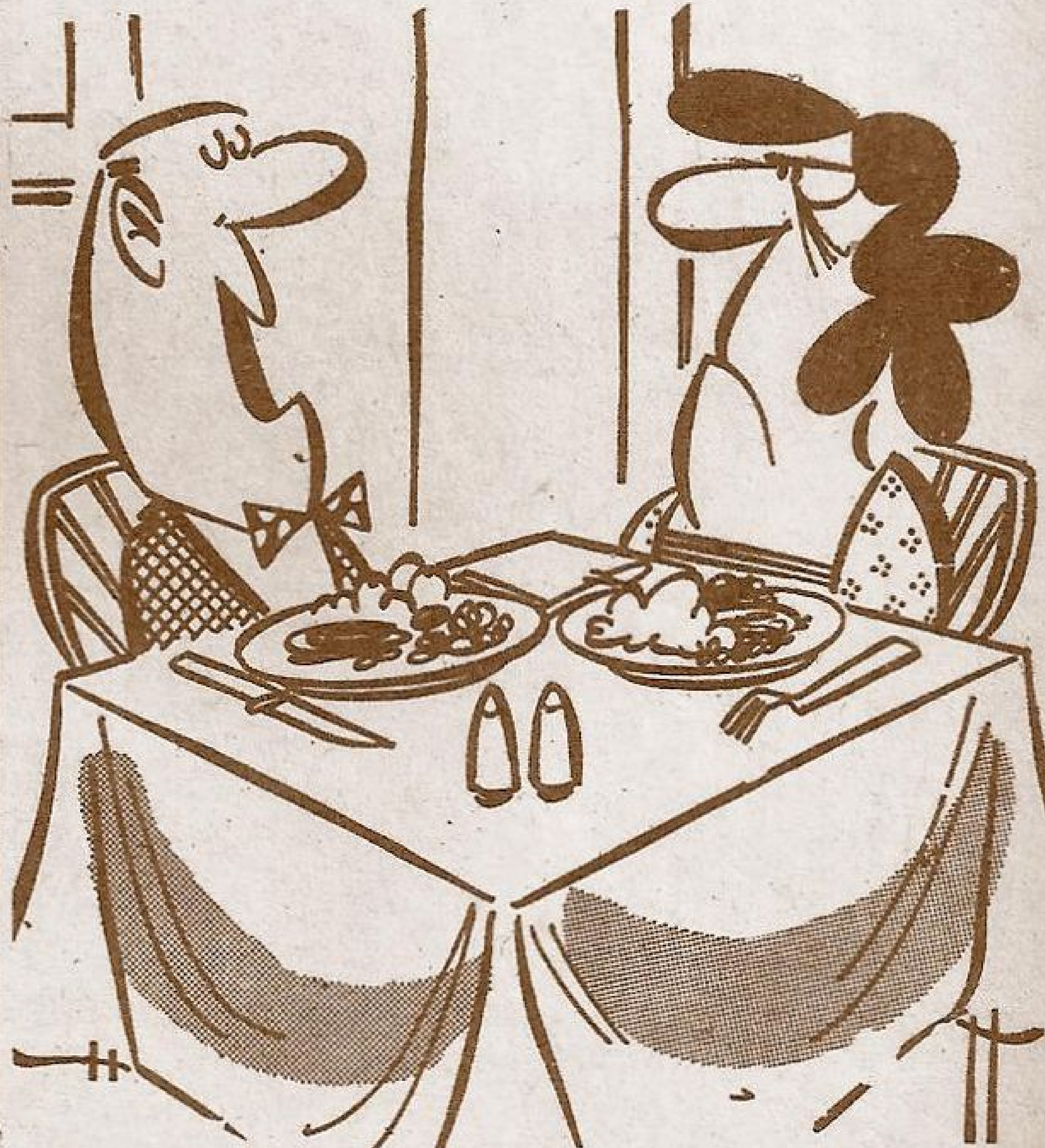


Rieul caminó toda la noche. No iba muy de prisa, a pesar de que deseaba llegar pronto. Algunas veces se sentaba por un largo rato y reposaba. Una idea, una sola, le servía de guía: el deseo de volver en seguida, de ver a Alicia, de abrazarla. Creía que viendo a Alicia lloraría, y que esto le haría bien. El alba se entreveía ya en el cielo cuando llegó a la estación, y tomó el primer tren que salía para París.

MOMENTO HUMORISTICO



-No te preocupes, Roberto, por aquí debe de haber un taller de chapa y pintura.



-A propósito, querida... Para tu cumpleaños he decidido regalarte un libro de cocina...



¡Cuán altos se le antojaban los peldaños de la escalera de su casa! No obstante, llegó y quiso abrir la puerta. Fué inútil que intentase meter la llave en la cerradura; quiso llamar y no pudo encontrar el llamador. Entonces llamó golpeando con todas sus fuerzas. Al fin acudió Alicia y abrió la puerta.

—¡Oh, papá! —exclamó asustada. Los cabellos de Rieul se habían vuelto blancos. Quiso hablar, y de su boca no salió ningún sonido. Hizo ademán de tender los brazos a su hija, mas no lo pudo hacer y cayó al suelo cuan largo era.



Rieul fué conducido a la cama, y el médico no se hizo aguardar. Examinó en seguida al enfermo y no ocultó a Alicia que el caso era grave: un ataque de parálisis es siempre grave, y más aún cuando en la familia ha habido otros casos semejantes. Su vida era como un hilo que flotase a voluntad de una mano invisible. Los esfuerzos de Rieul para hablar lo extenuaban aún más.





Enterado de lo ocurrido, Ricardo, que se hallaba ya en París, fué a visitar a Alicia. La muchacha, que nunca había dejado de estar en comunicación con él por medio de su buena vecina, la señora Mornand, salió a su encuentro, y le pareció, al verlo, que se sentía liberada de buena parte de sus penas.—¡Ah! ¡Hubiese muerto de no contar con su apoyo! —exclamó transportada—. ¿Qué hacer? El doctor dice que mi padre quiere ver a alguien... No me atrevo a creer...



—Yo sí que me atrevería —contestó Ricardo. Y, tomando a Alicia de la mano, penetró en aquel cuarto, donde aun palpitaba un cuerpo próximo a dejar escapar su alma. Por la expresión dichosa del semblante de Rieul, comprendieron los jóvenes que habían adivinado la voluntad del agonizante.

Pausadamente, con gran fatiga, lo mismo que un niño cuando deletrea, dijo Jaime:

—Ha venido usted, Ricardo... Se la doy... Tómela. Le he faltado a usted en mi pensamiento. Los celos vuelven malos a los hombres, los vuelven locos... Creo que mi Luisa me habrá perdonado.



Ricardo sacó de su bolsillo el anillo de Luisa Belfroy, encontrado por casualidad en el manantial, y lo puso en la mano de Jaime. Este se esforzó por hacer un movimiento con sus manos paralizadas. Ricardo lo comprendió y le prestó ayuda, presentando el dedo de Alicia, en el cual su padre colocó el anillo de prometida. Dichoso, sonriente, con el rostro sereno, Rieul se dejó caer sobre la almohada, con la mano entre las de sus hijos.





De pronto, una sombra pasó por sus ojos; sus labios se entreabrieron y dieron paso a una dulce sonrisa de conformidad. Dirigió una mirada llena de ternura a los dos jóvenes y suavemente, sin ninguna señal que delatase el menor sufrimiento, entregó su alma al Creador.

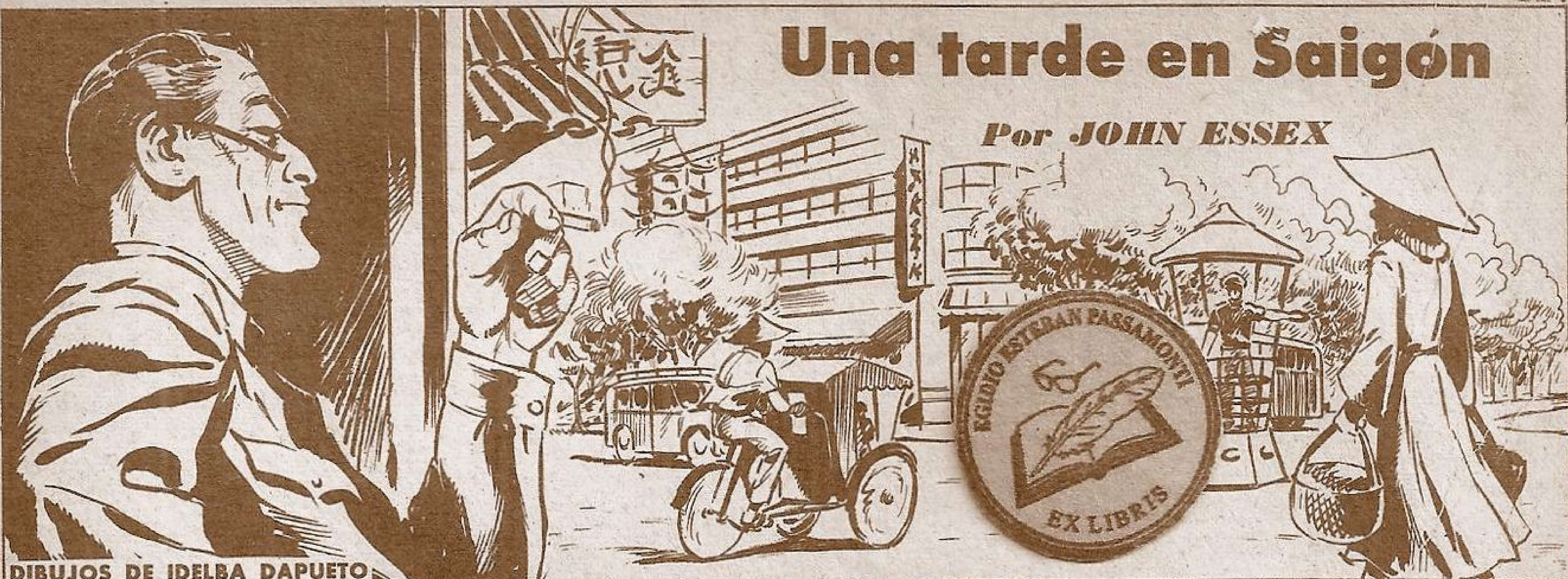


—El nos ha unido —dijo Ricardo, dirigiéndose a su prometida, que lloraba con gran amargura—. Jamás nuestros más hermosos sueños llegaron a tanto: ha muerto en la paz; yo se la he traído... Alicia, es usted mía ahora y para siempre. Su vida será una hermosa vida: se lo juro por aquellos que han amado y que han sufrido. ¿Me cree? La joven alzó hacia él sus ojos, inundados por las más santas lágrimas, y lo contempló largo rato sin poder contestar, con una mirada que era la mejor respuesta que podía darle.

FIN

Una tarde en Saigón

Por **JOHN ESSEX**



Las revueltas internas del Viet-Nam facilitaban las incursiones de comandos comunistas.



A veces la noticia era otra, pero en el fondo un mismo horror.



Muy ocupados en sus cosas privadas, en sus ambiciones, los jerarcas vietnameses descuidaban la guerra con el Viet-Cong.



¡Y mientras tanto los americanos nos jugamos la vida...!

Era muy lógica la indignación del mayor Barham. En pocos días, los comunistas emboscados en la mismísima capital vietnamesa, habían matado o herido a cuarenta y seis soldados de la Unión.

¡Parte para el mayor Barham!

El jefe giró la cabeza hacia el capitán Bealey.

¿Qué novedades, capitán?

Hemos atrapado a un oficial comunista.

Sonrió el mayor, murmurando: "Estaba desacostumbrándome a las buenas noticias, Frank. Lo felicito".

Ya está preparado para el careo. ¿Quiere verlo, mayor?



Frank Bealey podía estar muy cómodo en su rancho de Texas. Su padre era muy anciano y lo necesitaba. Mas cuando lo citaron para integrar ese cuerpo que enviarían a Saigón, no se opuso. Y a fe que era un eficaz colaborador del mayor Barham.



El apresamiento del oficial rojo -un comando asesino autor de varios atentados de importancia- dio muchas satisfacciones a Bealey, y tres días de licencia que él no se tomó.



Hoy llega un contingente de hombres desde la patria lejana.


Decidido a lograr la mayor eficiencia posible de sus soldados, el capitán los vigilaba desde la llegada al aeropuerto.
(¡Hum! ¡No los veo muy airosos a estos muchachos!)


Frank Bealey había estado en la otra guerra - la de verdad contra Japón, como él decía- y ahora, a los cuarenta años, aún seguía soltero y sin novia.
(¿La guerra será la eterna novia?)

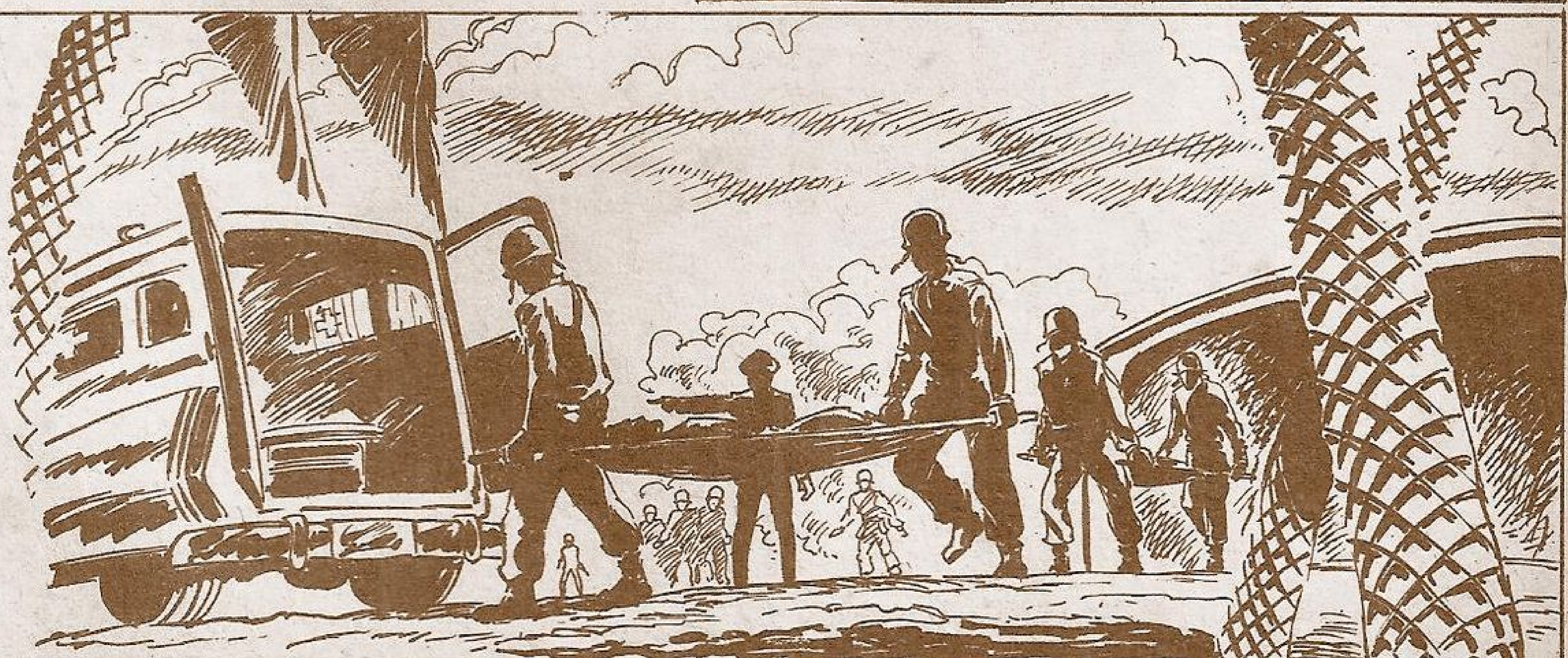

Borró toda clase de recuerdos para concentrarse en esa llegada de soldados, qué, por otra parte, no le satisfacía.
(Creo que a Indochina mandan lo peor.)


Le dolía, por la parte que le tocaba.
(Y también al mayor Barham; un gran tipo, un gran soldado.)


Algunas pequeñas muñecas vietnamesas vivaban a los recién llegados.
¡Nos reciben con flores!
Las únicas que veo son las de los vestidos.


Era de noche, y de pronto todo se iluminó... trágicamente. Acababa de estallar una bomba de alto poder destructivo.
¡BAAAM!


Frank Bealey, no por acostumbrado menos indignado, corrió hacia el sitio de la explosión: una inocente alcantarilla.
¡Ustedes, ayuden a los heridos!


Así recibía Saigón a los nuevos soldados americanos. El teniente Wall Manzie, luciendo impecable uniforme, ordenó las inesperadas tareas. Su competencia agradó al capitán Bealey.


Media hora después, las tropas iban en camino de su guarnición.
Usted, teniente, vendrá conmigo a Pai-Pong.


En la cercana villa vietnamesa se advertían muchos brotes de agresión enemiga, y había que reforzar las guardias. Frak Bealey miraba de reojo al apuesto teniente Wall Manzie.
(Sonriente, limpito... ¡Pronto sabrá lo que es bueno!)


No obstante, la energía puesta de manifiesto por el joven de Nueva York, había sido excelente carta de presentación ante el capitán.
(Siempre hay uno que se destaca-netamente. ¡Menos mal!)


Sorprendía a Bealey -un ranchero tejano de corazón- la pulcritud y los finos modales de ese teniente qué, además, sabía mostrarse muy aguerrido. Conversaron durante el viaje a Pai-Pong. Rick Wall Manzie era un verdadero técnico en comunicaciones.


Además -y ésto lo descubriría Bealey un día después - sabía tratar a las mujeres, aunque ellas fueran asiáticas.
(Le advertiré del peligro que corre en estas latitudes.)


En la expresión del teniente había algo de infantil, cuando escuchaba a su superior...
...y la "delicada vietnamesa", terminó acuchillándolo por la espalda. ¿Entendido, teniente?


"Entendido, mi capitán", dijo por satisfacer a Bealey, pero éste comprendió que el joven seguiría actuando a su gusto.
(Tendrá un triste despertar este "Rodolfo Valentino".)


Con las jóvenes del Viet-Nam nunca se estaba seguro. Sonreían, pero muchas de esas sonrisas eran mascarillas que ocultaban odio.
(¡El finado capitán Harsh iba a casarse con una de esas deliciosas sonrisas!)


Recordó al pobre George Harsh, muerto de una puñalada en el corazón por la deliciosa que ahora pagaba su delito en la cárcel.
Es mi deber alertarlo, teniente.
Y yo muy agradecido, mi capitan.


Durante la inspección en Pai-Pong no hubo novedades de importancia, y al cuarto día los hombres de Frank Bealey volvieron a Saigón. Allí, un suboficial contó a Bealey la historia "del inglés".
Los padres del teniente Manzie son de "las islas", pero aunque él nació en Nueva York...


... siempre parece que está por tomar el té de las cinco.
Se equivoca, sargento. Es un muchacho bravo e inteligente.


¿No será que sabe tapar el miedo que siente, mi capitán? Dudo de su pasta de verdadero soldado.


Los Wall Manzie eran sólidos comerciantes radicados en Nueva York desde hacía treinta años. Rick acababa de cumplir veintisiete.
Tengo noticias de que es todo un "Don Juan".
No sé, ni me interesa ese dato, sargento.


Luego, Bealey supo algo más del apuesto teniente. Algo que le hizo aumentar su simpatía por el joven.
(Pudo salvarse de venir al Viet-Nam, y él no quiso. ¡Bravo!)


En los días posteriores probó veinte veces las condiciones de Wall Manzie, y él respondió siempre. Cierta tarde de Marzo...
¡Mi capitán! Un atentado en la villa Wou-Sai!


En ese sector estaba el consulado americano. Los jeeps partieron con rapidez de rayo. En el trayecto, Frank Bealey vio a mucha gente alzando los brazos en actitudes cargadas de ira.


Se habían conmovido las casas, los vidrios se hicieron trizas, pero hubo pocas víctimas; ningún muerto, felizmente. El capitán Bealey observaba el trabajo de sus hombres cuando advirtió que una mujer se desempeñaba de enfermera con gran eficiencia.


Se acercó a ella. No era vietnamesa. Daba algunas órdenes con tono nasal perfectamente "made in Manhattan", pero era muy delicada en sus modales, y se dirigía con ternura a los heridos.
(Es un verdadero rayo de sol para esta pobre gente.)


Varias veces durante esa terrible tarde de Saigón, las miradas de la mujer y el militar, se cruzaron. Y cuando la calma renació, Bealey pudo saber que ella se llamaba Marie Mc Ray, y era hija de la secretaria general del consulado: la señora Helen Swenson de Mc Ray.
Debo felicitarla por su magnífico trabajo, señorita.


Marie hizo pasar al capitán -acababan de destruir parte de una habitación que daba a la calle- al amplio recibido del consulado.
Allí teníamos la biblioteca. ¡Los siento tanto!


No tardarían en conversar sobre la situación del país. Y, poco después, sobre la patria lejana. La joven prefería escuchar al capitán Bealey, quien se descubrió como firme simpatizante del ex-presidente Truman. Los ojos de Marie Mc Ray estaban fijos en los del militar. En ese instante se nublaron.


La madre de Marie no se hallaba en Saigón esa tarde de marzo. "Mucho mejor, pobre mamá", opinó Marie. Anochecía, cuando Frank Bealey decidió retirarse, aunque le pesaba hacerlo. Ella le había causado una deliciosa impresión.
Espero tener el gusto de volver a verla, señorita.


Marie lo miró con sinceridad, y dijo: "No puedo volver a verlo, Capitán Bealey". Hubo un corto silencio, y Frank no se atrevió a insistir. Pero al despedirse de la misteriosa joven, dijo: "¿Puedo llamarla por teléfono el próximo sábado?"
Sí, así lo desea, hágalo. Pero creo que todo será inútil.


Desorientado, Frank Bealey no pudo atar algunos cabos sueltos alrededor de Marie Mc Ray, qué, en verdad, le había impresionado favorablemente. ¿La habría ofendido en el curso de esa conversación? Toda ella le persiguió en sueños durante varias noches.


Los comunistas volvían a dar mucho trabajo, y el capitán salió de Saigón en varias comisiones muy riesgosas. En la de ese día sábado lo acompañaban el teniente Wall Manzie. Y a fe que el joven tuvo un sensacional comportamiento, apresando a dos espías del Viet-Cong.


Regresaron en el siguiente lunes, y Bealey no se animó a telefonear al consulado. La semana fue larguísima y cruel para Frank, aunque no tuviera que echar mano a las armas.
(La veo en cada árbol, en cada flor de Saigón.)


No pudo resistir más, y llegado el sábado, telefoneó a Marie. El oficial fue atendido por la señora Helen.
De cualquier manera tendré mucho gusto en conversar con usted, capitán.


Marie se encontraba en el hospital Washington de Saigón, donde actuaba como enfermera. Volvería al atardecer. La señora Helen invitó a cenar al capitán Bealey, y éste aceptó. Cuando Marie llegó al sonsulado, sus ojos saltaron inquietos al "chocar" con los de Frank.


La cena fue sencilla pero bastante animada. Aprovechando que la señora de Mc Ray tuvo que dejarlos solos para atender un pequeño problema que se presentara, Frank intentó saber más sobre la vida de Marie. Ella, intensamente pálida, lo explicó a su manera. Y de pronto...
Mi padre, capitán Bealey...


Frank tenía los ojos puestos en la joven cuando el reloj de pared marcó las nueve de la noche.
¡Las nueve! ¡Mi servicio de guardia! ¡Caramba, lo siento!


Interrumpida, Marie Mc Ray suspiró algo dolorosamente, mientras el oficial iba en busca de su gorra.
Mis saludos a su madre. Ha sido demasiado gentil conmigo.


Sonriendo apenas, Marie lo acompañó hasta la salida de la casa.
Marie, quisiera que usted se olvidara "que yo la quiero".


Ella sonrió, murmurando:"No lo olvido". Esas simples palabras fueron maravilloso tónico para el oficial. Vivía esperando su próxima licencia. Sólo se acordaba de la áspera Indochina cuando tenía que salir en comisión.


Visitó nuevamente a las agradables Mc. Ray. En su tercera visita propuso matrimonio a Marie. Ella fue reticente: "Gracias, Frank. Pero no puedo aceptar".
¿Qué le sucede realmente? ¡Te quiero!
No comprendo, Marie.


" No te amo, Frank", respondió ella. "Mi amor bastará para los dos", replicó el militar, pero ella negó con un gesto.
¡Haré que me quieras, Marie!
¡Ojalá lo logres algún día!


Frank no podía marcharse sin saber "qué misterio le ocultaba" Marie Mc Ray. Insistió y ella dijo en tono muy bajo: "Sigo notando que tienes mala memoria, Frank".
Conoces mi apellido y sin embargo "no recuerdas": Mc Ray.


"Mi padre fue el diputado que baleó a un enemigo del general Mc Arthur, durante los agitados días en que el presidente Truman se opuso al plan que el general iba a desarrollar en Corea. Las balas dieron todas en el blanco. Mi padre, John Mc Ray murió en la prisión. Luego, reivindicaron su nombre", dijo ella.


Frank Bealey estaba en Corea por ese tiempo. No recordaba el suceso, y exclamó: "Hubo muchas reyertas entre amigos y enemigos de Mc Arthur". Sin embargo -para él que no simpatizaba con el famoso general- el acto de John Mc Ray había sido detestable.
Mi madre logró desde hace unos años este trabajo en el consulado del Viet-Nam. Creo que ...


"... nunca más regresaremos a la patria. Por eso es que no debemos tejer ningún plan matrimonial, Frank. Debemos decirnos adiós". Y Marie rompió a llorar, escapando hacia el interior del edificio.


Un tropel de cosas martillaron el cerebro de Bealey. El siempre había discutido contra Mc Arthur, y ahora se enamoraba de la hija de un pandillero del general.


En el siguiente fin de semana, no se vieron. Dos días más tarde se celebraba el aniversario patrio del Viet-Nam, y los oficiales americanos, uniformados de gala, tuvieron que concurrir a una fiesta en el palacio presidencial.
(¡Ella! ¡Está escrito!)


Miró con curiosidad hacia la mesa que ocupaban la señora Helen y su hija. "¿No estaba con ellas el teniente Rick Wall Manzie?" Era el mismísimo y elegante joven de New York.
(¿Las está haciendo reír ese payaso?)


Era injusto con el teniente. El distinguido Wall Manzie jamás se comportaría como un payaso. En la ocasión narraba a esas dos damas una serie de chistes londinenses de elevada categoría. Y la atención de Marie Mc Ray estaba toda sobre él.


Picado por los celos, el capitán se acercó a la mesa.
¡Nuestro buen amigo el capitán Bealey!


La radiante sonrisa de Marie concluyó en ese mismo instante.
(¡Mi llegada no la ha impresionado bien.)

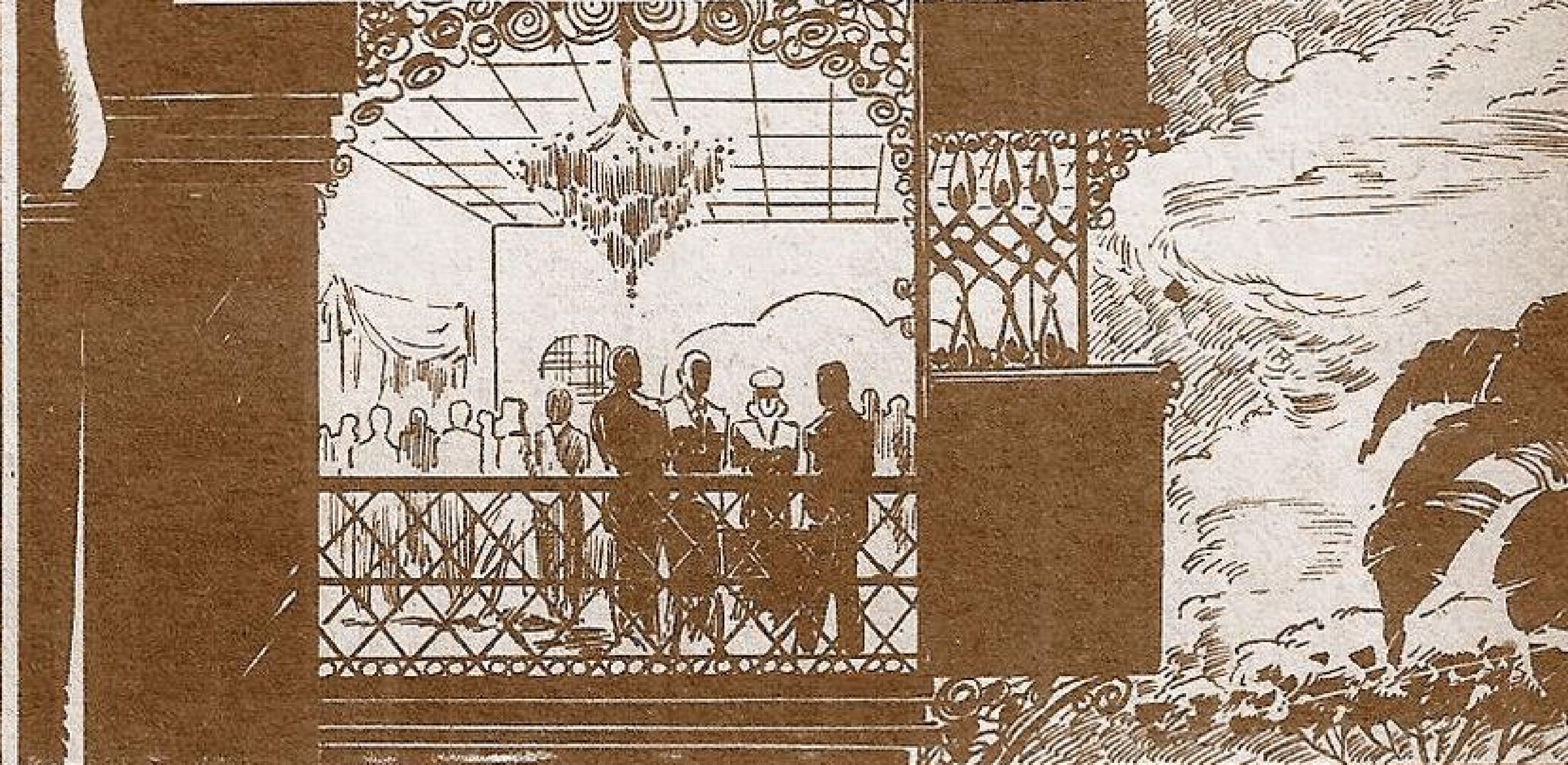

Poco después, la señora Mc Ray fue invitada a bailar por un caballero de rostro oriental.
Con su permiso, mi capitán. ¿Baila, señorita Mc Ray?


"¡Y yo no sé dar dos pasos!", pensó Frank Bealey con indignación.
(¡No soy más que un vulgar ranchero tejano, y en cambio Manzie es "un gentilhombre de Londres"!)


El teniente y Marie bailaron varias veces esa noche.
(¡Los rostros juntos, maldición! ¿Quién se creerá que es? ¿El Tenorio?)


Los jóvenes se volvieron hacia el solitario capitán. " ¿Por qué no aprendes a bailar, Frank?, dijo Marie, haciendo que Bealey se sintiera más innecesario en esa fiesta. Instantes después, Wall Manzie y miss Mc Ray volvían a bailar juntos.


Frank iba a marcharse.
¡Capitán Bealey! ¡No me dirá que no se divierte!
Sí, por supuesto que sí, mayor.


El mayor Barham y el coronel Hatkins acompañaban a la señora Mc Ray hasta su mesa. Pocas ganas tenía el capitán de seguir hablando, pero las circunstancias lo obligaron . . .


. . . por cerca de una hora más.
Voy a retirarme. ¡Que pase buenas noches, señora Helen!
¿No olvidará nuestra casa, verdad, capitán?


Algo parecía haber adivinado la viuda de John Mc Ray. Algo, alrededor de la nueva simpatía de Marie -el teniente Wall Manzie- y alrededor de la callada angustia del capitán Bealey.


En Benh Cat los comunistas acababan de distribuir su infierno de metralla, en inesperado ataque. Los helicópteros estadounidenses partieron al amanecer.


No tardaron en ser rechazadas hacia la selva las fuerzas rojas. El sol estaba muy alto cuando el capitán Bealey se dejó caer en la húmeda tierra, y cerca de un inocente huerto sembrado de coles.
Todavía seguimos vivos, teniente.


El teniente Wall Manzie encendió un cigarrillo. ¿Por qué lo miraba con antipatía el capitán Bealey? Aguantó con firmeza las pupilas de su superior, y preguntó: " Quiere a miss Mc Ray, ¿no es así?" Frank hubiera querido golpear a ese chico aristocrático que le hablaba paternalmente.

"¿Y usted?", rugió Bealey. "La estimo mucho. Es encantadora", repuso con su calma de siempre el joven oficial.



Hubo una larga pausa entre los dos. A lo lejos volvía a repiquetear la metralla roja. Wall Manzie hizo como si no diera importancia al viejo suceso político estadounidense.



La contestación de Bealey no pudo ser escuchada por el teniente. Un obús comunista acababa de estallar cerca de allí con ruido de mil demonios juntos.



Concluyó el día, y el capitán Bealey tuvo que regresar a Saigón.



Cuando fue en busca del teniente, éste había salido de inspección hacia las nuevas posiciones tomadas por los vietnameses.



Frank Bealey amaba a Marie Mc Ray, pero no tenía malos sentimientos. Por eso, si ella se inclinaba por "el aristócrata"...



Un día más tarde, Rick Wall Manzie aterrizó en Saigón. Lo primero que hizo fue telefonear a Marie. Las Mc Ray tenían una visita.



Marie se vio más contenta que nunca al ver al apuesto teniente. No quería herir los sentimientos de Frank, pero el amor por Rick Wall Manzie saltaba en sus azules pupilas.



En la mitad de esa cena, Frank se retiró aduciendo que debía tomar la guardia. Cuando el teniente se despidió de Marie -dos horas más tarde- ella extendió sus labios, y él la besó.



En la guardia americana, media hora después, el teniente pidió hablar con el capitán. Sonreía, muy dichoso, cuando le dijo "que pensaba casarse con Marie". Frank Bealey tuvo que hacer un gran esfuerzo para no perder la línea. Contestó: "¿Y qué me cuenta? ¡Vaya a dormir, teniente Manzie! ¡Buena noches!"



En cuanto el joven se retiró, Frank volvió a la realidad, y se dijo: "Eres un perfecto niño imbécil, Frank". Ante el teniente has quedado como un celoso de "tres por un dólar".

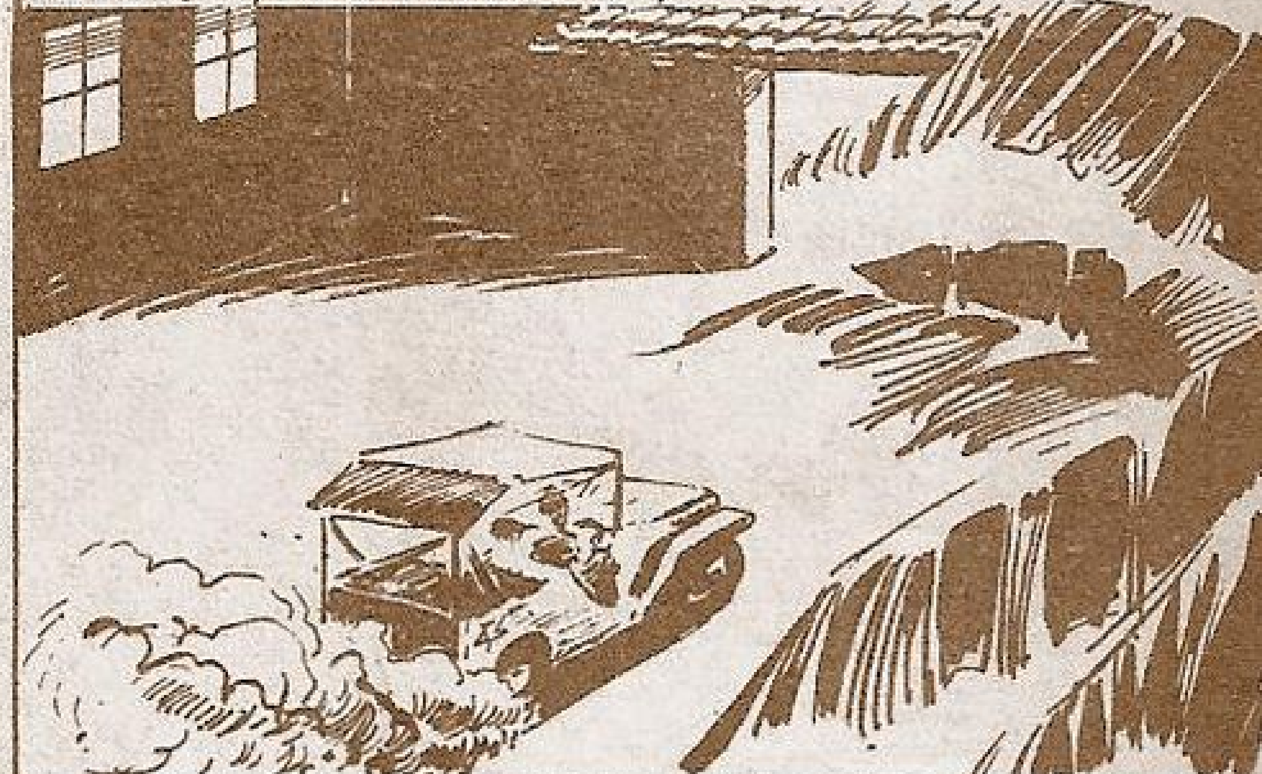



Era una reunión urgente, ocasionada por los reiterados golpes rojos en la parte noroeste de Viet-Nam. Un robusto general vietnamés solicitaba esa reunión para cambiar ideas. En el transcurso del cálido debate, Frank Bealey se mantuvo a muchas millas de allí. Pensaba en su pueblo tejano ...


...en su anciano padre, y en la inutilidad de su presencia en ese ardiente rincón del Universo. La depresión íntima del capitán se llamaba Marie. Maldijo la tarde aquella, cuando la conoció en la agredida villa de Saigón...
...y en ese estímulo del esfuerzo bélico contra los comunistas...


¡Nada! Frankestaba muy lejos de allí. Y odiaba esa lucha que lo tenía amarrado a Indochina...y a pocos pasos de la mujer que amaba, y que nunca sería su esposa.


En ese triste día para el capitán Bealey, tuvo la mala suerte de escuchar a dos jóvenes oficiales americanos, quiénes, a las risotadas, comentaban los amoríos del teniente Wall Manzie.
(¿Estará incluída Marie en esa burla? ¡Maldición!)


De tenerlo cerca hubiera abofeteado al "Tenorio". Tenía que hacer algo decente por ella. Marie debía saber qué clase de hombre era Rick Wall Manzie. ¿Cómo decírselo sin cubrirse de ridículo? Saltó en un jeep, y tomó el camino del consulado. Al llegar, su corazón se paralizó.


Manzie besaba a Marie. "¡El burlador!" gritó Frank largándose del jeep. Buscando con las manos extendidas el fino cuello del joven subordinado, golpeó al teniente. Marie se hizo a un lado, pero ni el menor grito escapó de sus labios.
¡Dile que ibas a engañarla! ¡Cuéntale lo que les contaste a tus amigos, Rick Wall Manzie!


El teniente bajó la cabeza, dio media vuelta, y se perdió en la oscuridad. Cuando Frank Bealey iba a dar explicaciones a Marie, comprendió que estaba solo;que ella también había desaparecido.


Los helicópteros volvieron a Benh Cat. El teniente Wall Manzie quiso hablar con el capitán; explicarle.
¡Terminado, teniente! ¡Terminado!
No me guarde rencor, Bealey. Yo...


Iba a decir que era muy joven y por lo mismo podía hacer cosas equivocadas, pero los comunistas atacaban ferozmente, y se separaron. En esa terrible noche volverían a verse en el interior de un bosquecillo repleto de enemigos.
Lamento mucho lo sucedido, capitán. Quisiera disculparme ante ella como...

En ese mismo instante cayó el obús que iba a empapar de sangre ese sector del bosquecillo.



El capitán Bealey resbaló lentamente por la corteza del árbol que la había guarecido a medias.



Estuvo sin conocimiento durante un buen rato. Al volver a abrir los ojos...



Un silencio completo le rodeaba. Muy de tarde en tarde la metralla indicaba su presencia, pero ya bastante lejos de allí.



Ambos estaban heridos de gravedad, como así también una de sus piernas. ¿Le tocaría esperar la muerte en ese sitio tan alejado de su rancho natal, de sus verdaderos afectos?



Para ella fue el más hermoso recuerdo de ese duro instante. Sintió un quejido cerca de allí, y volvió la cabeza, tratando de ver entre esas penumbras que poco a poco iban siendo borradas por el amanecer.





Rick Wall Manzie tenía los ojos muy abiertos, y una expresión de intensa sorpresa, cuando falleció. Era como si reprochara por tener que dejar el mundo siendo tan joven y tan apuesto.

El capitán siguió arrastrándose, con un dolor que lo cegaba por momentos, hasta lograr salir del bosquecillo. Se tendió de cara al sol, no esperando más nada de su buena estrella.



El suave sonido de un helicóptero llegó hasta sus oídos minutos más tarde. Salir del bosquecillo había sido la gran idea del malherido capitán. Los del helicóptero lo ubicaron.




En Saigón padeció dos operaciones casi seguidas.
Un poco de paciencia, capitán. Es por su beneficio.
Tengo... que escribir... una carta...


Tendrá tiempo para escribir cien cartas, capitán Bealey. Ahora vamos a operarle.


Cuando lo dieron de alta pudo escribir a los desconocidos padres de Rick Wall Manzie. Se hallaba en esa tarea cuando la puerta de su cuarto en el hospital Washington se abrió...


Eran niños vietnameses, acompañados por una enfermera que...
¡Marie! ¡Marie Mc Ray!
Este es el heroico mayor Frank Bealey, niños.


¡Siempre Marie en los mejores momentos! Ella le traía la noticia de su ascenso. Le traía su sonrisa, su amistad.
Un heroico oficial demasiado zurcido por los médicos amiguitos míos. ¡Parezco un dibujo animado!


Mientras Frank conversaba con los sorprendidos pequeños asiáticos, Marie leyó la carta que aquél escribía a los padres del infortunado teniente Wall Manzie. Una carta tierna, amistosa.
("... y Rick, aparte de su coraje y hombría de bien, sabía ser amigo de sus amigos".)


Se llenaron de lágrimas los ojos de la joven Mc Ray. No pudo soportarlo más y echó sus brazos al cuello de Frank.
¡Caramba! ¿Más sorpresas, Marie?


Su voz sonaba alegre, aunque levemente emocionada. Y los catorce pequeños vietnameses asistieron -en una nueva edición de las sorpresas de esa mañana- al beso de amor de dos seres que acababan...


... de encontrarse definitivamente, y con la verdad en los labios y en los corazones.
FIN

ALMANAQUE CRIOLLO





Consejos del Viejo Irala
por Alberto Vacarezza



Y era altivo y desigente
hasta pa usar de lo ajeno;
si el frasco no estaba lleno
se le agriaba la saliva...
TODO EL QUE PITA DE ARRIBA
EXIGE TABACO BUENO.

NOVIEMBRE 1964

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
1	2	3	4	5	6	7
8	9	10	11	12	13	14
15	16	17	18	19	20	21
22	23	24	25	26	27	28
29	30	L. Nueva 4	C. Crec. 12	L. Llena 19	C. Meng. 26	*

DICIEMBRE 1964

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
L. Nueva 3	C. Crec. 12	1	2	3	4	5
6	7	8	9	10	11	12
13	14	15	16	17	18	19
20	21	22	23	24	25	26
27	28	29	30	31	L. Llena 18	C. Meng. 25

Lea, en el próximo intervalo ALBUM

intervalo ALBUM

AÑO XV — Nro. 90



Editor responsable

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - TEL. 45-1145 Y 4297

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta Interior y Exterior: B. Bertrán, Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hnos., Talcahuano 1146

Registro Nacional Nº 807.943 de la Propiedad Intelectual

Correo Argentino Central B

Franqueo a pagar Concesión Nº 372

Tarifa Reducida Concesión Nº 2761

1164) 2

Blondatex

Salud y alegría!..

en todos los corazones infantiles

IMPALA BROADWAY



BICICLETAS BROADWAY



ALFIN BROADWAY



TODAS LAS MARCAS!
CHEVROLET
RAMBLER
PEUGEOT
FORD
CADILLAC
"IGUALITO AL DE PAPA"!

MOTONETA ALEGRETTA

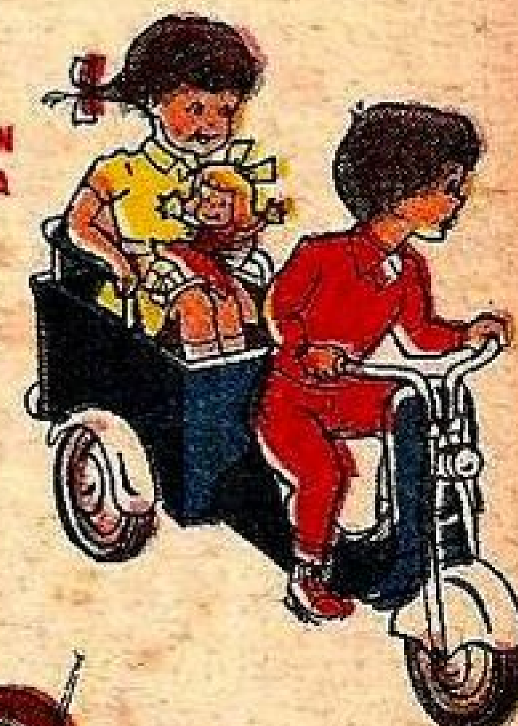


PICK-UP "AUXILIO"



ADEMAS:
TRICICLOS
TRACTORES
JEEPS
REMOS
SULKYS
MONOPATINES
AVIONES
HELICOPTEROS
PATINES CON Y SIN BOTAS

MOTO FURGON ALEGRETTA



MOTO PUMITA

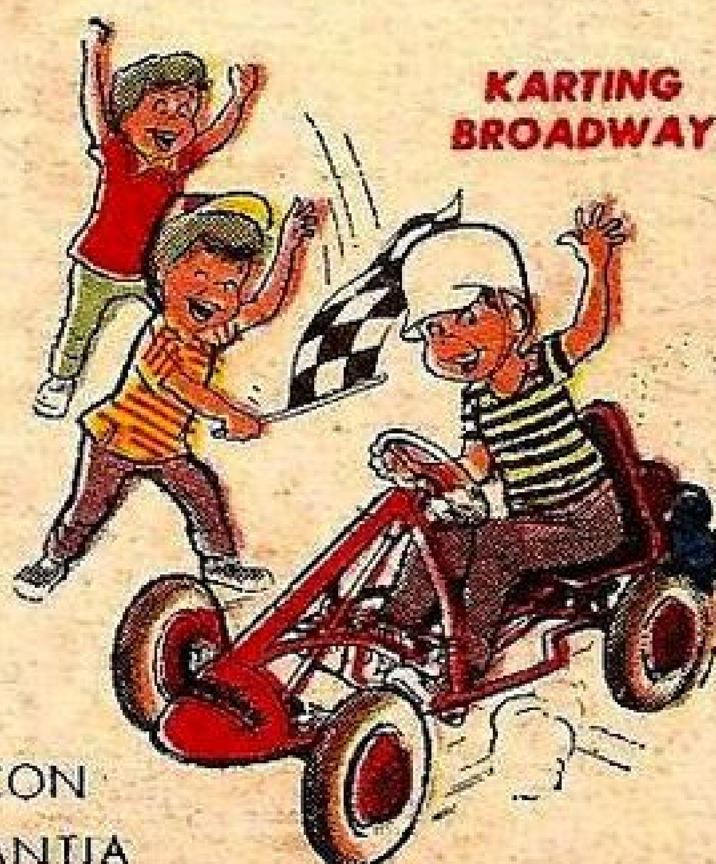


SU HIJITO MERECE LO MEJOR

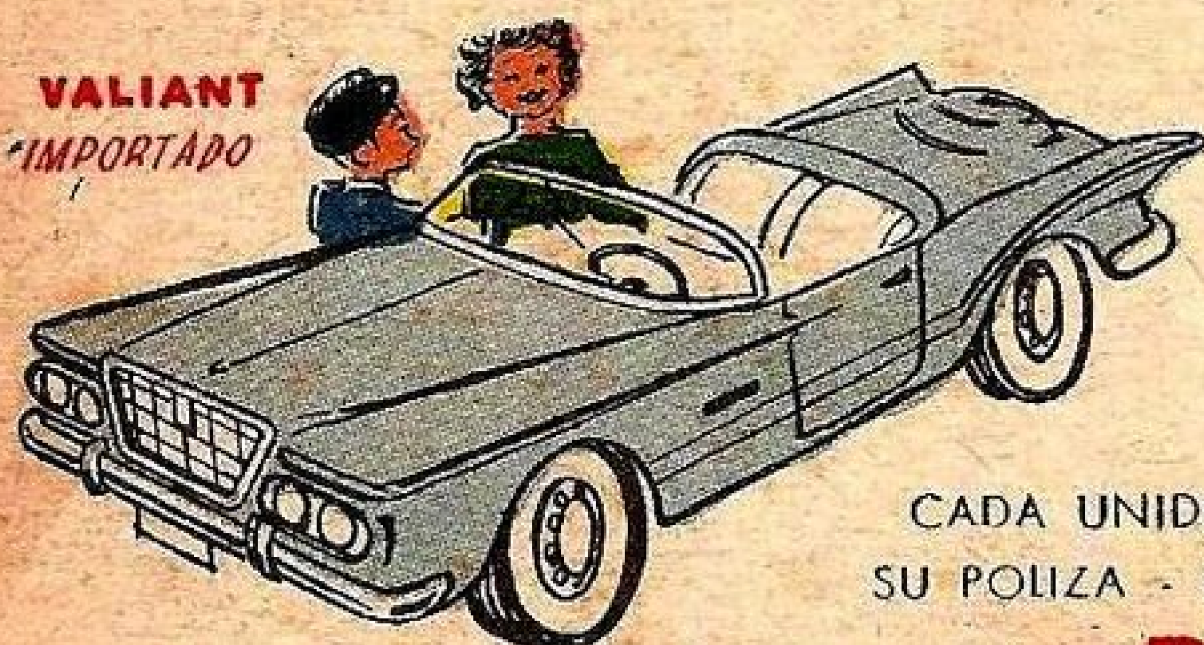
TRICICLO "COMET"



KARTING BROADWAY



VALIANT IMPORTADO



TAXI SIAM

CADA UNIDAD CON SU POLIZA - GARANTIA

REGALE LO MEJOR!





Y LOS MAS MODERNOS RODADOS PARA BEBE, COCHECITOS, CUNAS, SILLAS DE PASEO, CAMITAS Y MUEBLES, ANDADORES, BAÑERAS, etc. MODELOS EXCLUSIVOS.





¡VEALOS FABRICAR!... Y ELIJA A SU GUSTO Y CONDICIONES

Broadway
BICICLETAS PATINES RODADOS

VENTAS AQUI EN FABRICA DE 8 A 20 HS.

Establecimientos
Broadway S.A.

TARIJA Y AV. LA PLATA 1300 — T. E. 922-2031-2-3

UNA MARCA DE FAMA MUNDIAL PARA SALUD Y ALEGRIA DEL MUNDO INFANTIL